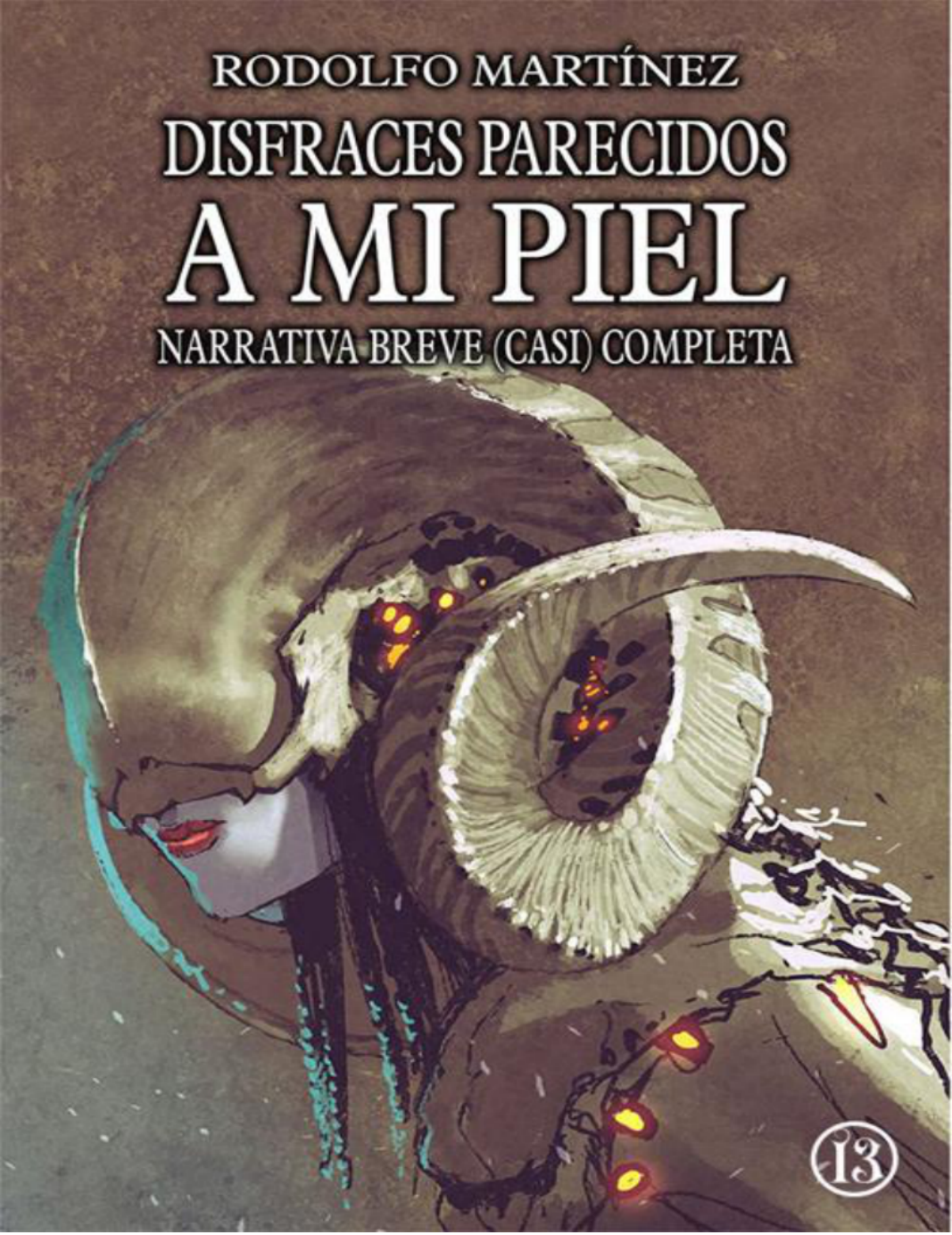
RODOLFO MARTÍNEZ

# DISFRACES PARECIDOS A MI PIEL

NARRATIVA BREVE (CASI) COMPLETA



13

Una mujer encerrada que intenta volver a su hogar; un pasado que no es como todos recuerdan; un tren que recorre un mundo muerto; una partida de póquer con cartas de Tarot; un cuenta cuentos que quizá ha encontrado su destino, un cazador que descubre que a lo mejor es la presa; una paradoja temporal que tal vez no lo sea, un electricista que podría provocar el fin del mundo; un parque por el que nadie debería pasar…

Diversos momentos, disfraces con los que el autor viste el mundo para comprenderlo mejor. Reflejos, tal vez retratos de máscaras que, en lugar de ocultar, revelan. Disfraces parecidos a mi piel es la recopilación definitiva de la narrativa breve de Rodolfo Martínez.

Cada relato va acompañado de una pequeña posdata en la que el autor nos habla de su concepción y de lo que significó para él en ese momento.

Si aún no has leído a Martínez, este libro es el lugar perfecto por el que empezar. Si ya conoces su obra, seguramente lo estabas esperando.

Rodolfo Martínez

# Disfraces parecidos a mi piel

Narrativa breve (casi) completa

Título original: *Disfraces parecidos a mi piel*
Rodolfo Martínez, 2019

–

Revisión: 1.0
23/04/2021

# UNAS PALABRAS INICIALES

Tal como reza el subtítulo de este libro, estos no son todos los relatos que he escrito. Ni siquiera todos los que he publicado.

Los relatos que no aparecen aquí pueden dividirse en tres categorías:

1. Ya no existen. Los azares del tiempo y la vida han hecho que se hayan perdido. Prácticamente todos aquellos relatos que escribí antes de empezar a utilizar un ordenador han desaparecido. Y buena parte de los que escribí con mi primer ordenador, también. No han muerto del todo. Aquellos relatos que tenían algo aprovechable (ya fuera la idea de arranque, el enfoque, alguna situación o cierto personaje) acabaron pasándolo a cuentos posteriores. Así que aunque ya no existen, podríamos decir que no fallecieron sin descendencia y que una parte de ellos vive en relatos posteriores que aún conservan buena salud.
2. Se han integrado en una narrativa mayor (una novela, un grupo de ellas, una edición recopilatoria de un ciclo narrativo), ya sea publicada, ya inédita. Los ambientados en Drímar están todos incluidos en *Drímar, el ciclo completo*; «Embrión» y «Amistad» se acabaron integrando en la novela *Los rostros del pasado*. «En el ático» y «Piso 27» son ahora parte de mi novela distópica *Final de trayecto*. Por último, los diferentes cuentos que tienen lugar en el bar «Horizonte de sucesos» pertenecen al ciclo del mismo título.
3. Considero que no merecen la pena. Ya se trate de inéditos, ya hayan sido publicados. Ese tercer grupo es parte del interminable proceso de aprendizaje que es la vida de todo escritor. No me arrepiento de haberlos escrito; tampoco de haberlos publicado (bueno, tal vez alguno, sí), pero simplemente no alcanzan el nivel mínimo de calidad que, en estos momentos de mi vida, le exijo a un relato. Son parte forzosa del proceso eterno de aprendizaje que es la vida de un escritor. En cierto modo, son las víctimas colaterales inocentes, las bajas inevitables que se producen a lo largo de una larga travesía y que van quedando abandonadas a la estela del buque del que cayeron, despojos que la

marea puede llevar a alguna playa, pero que lo más probable es que acaben engullidos por las aguas y se pudran lentamente por toda la eternidad en un mar de los sargazos narrativo.

Otras personas quizá lo vean de forma distinta. Tal vez consideren que ninguno de mis cuentos alcanza ese nivel mínimo de calidad, o que otros que no he incluido aquí lo rebasan sin problemas. Puede que tengan razón. Mi criterio no tiene por qué ser mejor que el suyo. Pero es mi criterio y es mi obra y, por tanto, decido qué parte de ella merece la pena ser reeditada y qué parte no.

Empecé a escribir hace unos cuarenta y dos años; a publicar en fanzines y revistas de aficionados hace treinta y dos; y tuve mi primera publicación profesional ocho más tarde, en 1995.

En ese tiempo he ido dispersando mis relatos un poco por todas partes, tal como podréis ver en la bibliografía que cierra el libro: por fanzines y revistas aficionadas al principio, como acabo de decir; por algunas publicaciones periódicas profesionales después; por antologías de autoría compartida y por recopilaciones propias de narrativa breve; en papel y en formato digital; con diversos editores y ejerciendo yo mismo esa tarea.

Existen varias recopilaciones que recogen parte de mi narrativa breve: *Callejones sin salida* (Berenice, 2005), *Laberinto de Espejos* (Berenice, 2006), *Porciones individuales* (Sportula, 2012) y *Dados cargados* (Cazador de ratas, 2017). Tres de ellas están descatalogadas (las dos primeras, hace tiempo) y la que sigue en activo, *Porciones individuales*, se centra en mi obra de fantasía y deja fuera casi todos mis relatos de ciencia ficción.

Hacía tiempo que tenía ganas de construir una recopilación con vocación de definitiva que, además, sirviera para ir mostrando lo que ha sido mi evolución como escritor a lo largo de los años. Por ese motivo, como ya hice en *Dados cargados* (del que, en cierto modo este libro podría considerarse una edición revisada y aumentada) decidí ordenar los relatos cronológicamente, no atendiendo a su fecha de publicación, siempre engañosa, sino al momento en el que fueron escritos.

Así nace este *Disfraces parecidos a mi piel*. Abarca unos treinta años, los que median entre el primer relato, «Encerrada», escrito en 1987, e «Historia sin ciudad», pergeñado en 2017, y muestra los dos principales géneros que he ido tocando a lo largo del tiempo: la fantasía y la ciencia ficción.

Además de los relatos, encontraréis una pequeña postdata a cada uno explicando parte del proceso de creación. Creo que puede tener su interés. Y si no es así, es fácil saltársela.

Que tengáis una buena travesía.

Rodolfo Martínez
Diciembre, 2019

# 1978-1987

No recuerdo con exactitud cuándo escribí mi primer relato. Curiosamente sí que recuerdo cuál era. Se titulaba «Demuéstramelo» y era una historia acerca del solipsismo y de la imposibilidad de demostrar nada a causa de que la única información que poseemos sobre el mundo es la que nos proporcionan nuestros sentidos y no tenemos forma de saber si los estímulos que estos reciben son reales o no.

Nada del otro jueves, supongo. El típico cuento que puede escribir un chaval de trece o catorce años que cree que está siendo ingenioso. Como digo, no recuerdo la fecha exacta, pero como muy tarde tuvo que haber sido hacia 1979. Quizá antes, pero no mucho. Casi seguro que no después.

Había empezado a escribir allá por 1978, después de que el visionado de *La Guerra de las Galaxias* despertase mi imaginación de un modo que hoy es difícil de concebir. En aquel momento fue como encontrar un oasis floreciente tras haber atravesado miles de quilómetros de desierto. Nunca había visto nada igual, a una escala tan increíble.

Por otro lado, llevaba siendo lector de ciencia ficción desde hacía un par de años y mi panteón personal estaba formado básicamente por Isaac Asimov, Arthur C. Clarke y, curiosamente, Philip K. Dick. Aún no había descubierto a Tolkien, ni lo descubriría hasta 1981, más o menos.

Lo primero que escribí y que llevaba el título de *Un terrestre en Krándor-V*, fue el intento de aunar, por un lado, la aventura espacial al estilo de *Star Wars*, con la especulación científica en la línea de Asimov o Clarke. Y era una novela. O, al menos, pretendía serlo. En realidad, tendría unas cuarenta o cincuenta páginas y podríamos considerarlo una novela deshidratada a la que le faltaba añadir el agua necesaria para que tuviera el volumen adecuado, algo que iría aprendiendo a hacer con el correr de los años.

Pero no estamos aquí para hablar de mi labor como novelista, sino de mis relatos.

Tardé un tiempo en decidirme a escribirlos. Curiosamente, una parte importante de la ciencia ficción que leía entonces eran relatos cortos, pero de algún modo mi mente se enfocaba hacia las novelas, aunque luego al pasarlas al papel quedaran reducidas al tamaño de un bonsái.

«Demuéstramelo» fue, si la memoria no me falla (o, peor, me engaña, lo que no sería nada raro), mi primer intento en ese terreno. Y, como decía,

seguramente nació allá por 1979.

Escribí unos cuantos más en los años siguientes.

«Elecciones» y «Los únicos seres vivos», de 1980, tienen el dudoso honor de ser los primeros relatos que publiqué, en 1981, en un pequeño fanzine de Canarias llamado *Black Hole*. Aún sigue siendo un misterio para mí por qué el editor del fanzine, Carmelo Rosales, decidió publicar aquellos dos relatos. El primero, que no duraría más de tres breves párrafos, no dejaba de ser un chistecito moderadamente gracioso. El segundo, de unas dos o tres páginas, era un intento de darle la vuelta a un pensamiento común.

Ni estaban muy bien escritos ni eran gran cosa, seamos sinceros. Los originales se han perdido (recordemos que hablo de una época bastante anterior al uso habitual de ordenadores para escribir) y, salvo que alguien recuperase algún ejemplar del fanzine en cuestión, no queda rastro alguno de esos cuentos. Tampoco existe «Demuéstramelo», por otro lado.

Recuerdo algún otro relato más de esa época, de principios de los años ochenta. Por ejemplo, uno sobre una invasión extraterrestre que fracasa porque el explorador cae en un parque de atracciones tipo DisneyWorld y le entra el canguelo al ver todas esas cosas raras. Lo gracioso es que mi amigo Javier Cuevas escribió su propia versión de la misma idea. Ambos le pasamos el relato a una compañera de clase y ella prefirió la versión de Javier. La cosa le dolió bastante a mi ego, no lo negaré.

Tras el descubrimiento de Tolkien allá por 1981, pasé los siguientes tres años embarcado en mi propio Señor de los Anillos, una ambiciosa novela de fantasía épica que nunca llegué a terminar. Añado que por suerte. Era demasiado joven para comprender, asimilar y aprovechar la lección que da Tolkien en su obra y pasarían muchos años hasta que estuviera preparado para ello, en buena medida gracias a Stephen King, pero esa es otra historia.

Como parte del pasado del escenario ficticio en el que se ambientaba aquella novela, escribí varios relatos. Recuerdo vagamente dos o tres y algún poema. Todo eso se ha perdido como lágrimas en la lluvia, aunque no seré yo quien lloré por ello.

Allá por 1980, hubo una pregunta vital que encontró respuesta. Me refería a saber, por fin, si estaba solo en el universo. No, me refiero a conocer la existencia de civilizaciones extraterrestres, sino a algo mucho más íntimo personal y, al menos para el adolescente que era yo entonces, bastante más importante.

Antes de ese año, si me lo hubiesen preguntado, habría dicho que sí, que estábamos solos. Concretamente, que Javier Cuevas y yo estábamos solos, éramos los únicos aficionados a la ciencia ficción y la fantasía que había en el mundo.

Bueno, venga, no exageremos. Dejémoslo en España.

Sabía que no podía ser así. Por ingenuo que fuera, era consciente de que resultaba imposible que una editorial sobreviviera vendiendo solo los ejemplares que podíamos adquirir Javier y yo. Así que, obviamente, alguien más leía a Asimov, a Clarke, a Dick o a Heinlein. Y seguro que hasta había gente que leía al tipo aquel polaco tan raro (no, no hablo de Sapkowski, obvio es decirlo) cuyos libros a veces veía en los estantes pero que nunca me decidía a pillar. De hecho, sabía que algunos compañeros de clase leían ocasionalmente ciencia ficción y les gustaba.

Pero no era lo mismo. Eran lectores generalistas que lo mismo se leían un policiaco que un histórico, una novela realista decimonónica, el *best-seller* de moda o una de ciencia ficción. No sentían verdadera predilección por un género concreto. No eran fans.

No eran, por usar una palabra que yo entonces desconocía, friquis.

Tanto Javier como yo éramos… iba a decir excéntricos, pero ninguno de los dos tenía suficiente dinero para ser calificado así. Así que éramos simplemente raros. Capaces, más o menos, de mezclarnos con la gente… ¿normal? y socializar con ellos e incluso, en ocasiones, de camuflarnos y mezclarnos en la multitud y parecer uno más. Pero no, aquellos no eran los nuestros. Estábamos entre filisteos. En algún lugar tenían que existir más fieles de la fe secreta (bueno, no tan secreta, porque lo cierto es que nunca hicimos ningún esfuerzo en ocultarla) que compartíamos.

Y un día, alguien vino con la respuesta bajo el brazo. Un compañero de clase me trajo dos extraños libros… que no eran dos libros, sino dos números de una revista. Con un formato raro de narices (casi cuadrada, un poco más ancha que alta), se llamaba *Nueva Dimensión* y en aquellos dos números, si no recuerdo mal, estaba la primera antología que Isaac Asimov había recopilado de los ganadores de los Premios Hugo.

No eran, según supe después, verdaderos números de la revista, sino dos de los especiales que Dronte Argentina había sacado, algo que al parecer podían hacer en virtud de su contrato con la revista «de verdad».

Pero eso no importaba.

Existía una revista de ciencia ficción española. Como aquellas de las que hablaba Asimov en los comentarios de sus cuentos: *Astounding, Galaxy, F&SF*…

Y si existía, estaba en los quioscos o las librerías. Y, por tanto, podía hacerme con ella.

Así que me acerqué al lugar donde solía comprar los libros. Una librería llamada *Paradiso* que, en aquellos tiempos, era lo más parecido al cielo que podía encontrar un solitario aficionado a la ciencia ficción en Gijón. Tenían un estante completo de CF. Y otro de fantasía. Y otro de cómic. Y otro más de novela policiaca. Y la gente que trabajaba allí conocía lo que vendía, te

orientaban, podían informarte. Era, de lejos, lo más parecido que podías encontrar en 1980 en una ciudad de provincias española a una librería especializada.

Y sí, allí estaba, un ejemplar del número 119 de *Nueva Dimensión*. No era como los que me había dejado mi compañero de clase: el formato ya era más estándar, más parecido a un libro normal, aunque seguía manteniendo el mismo diseño de portada. Y unos minutos más tarde, con él bajo el brazo, me dirigí a casa. Abrí sus páginas y empecé a leer.

¿Y qué era aquello?

¿Solos? Qué coño íbamos a estar solos. Si uno leía las páginas de *Nueva Dimensión* se quedaba con la sensación de que la península hervía de grupos de aficionados, cada uno de ellos embarcado en multitud de actividades. Y, encima, había una cosa llamada HispaCones donde se reunían una vez al año. La última había sido en Madrid, en 1979, y aquel número hablaba de ella y publicaba algunos de los relatos que se habían premiado en su transcurso.

¡Relatos de ciencia ficción de autores españoles!

Esperad, que creo que no lo he resaltado lo suficiente:

**¡¡Relatos de ciencia ficción de autores españoles!!**

Así que no era yo solo el que se tiraba tardes y tardes escribiendo ciencia ficción. Y, encima, había tipos que conseguían publicarla. Me llamó especialmente la atención un cuento de un tal Rafael Marín titulado «Habrá un día en que todos…». Aquel tipo tenía garra, sabía contar las cosas, habría que seguirlo en el futuro. No contento con eso publicaban un fragmento de una novela de un tal Ignacio Romeo en una sección llamada «Lo que preparan nuestros autores». Y relatos de Joan D. Vinge y Leigh Bracket. Y un artículo de un tal Javier Redal sobre la ciencia ficción y la genética, y otro sobre comics de ciencia ficción (SF, como la llamaban entonces, usando las siglas anglosajonas) dedicado a Buck Rogers.

Y algo más. Una sección llamada «Se dice» donde se informaba de los libros que salían a la calle. De las revistas que había. Y de una cosa llamada fanzines que, básicamente, eran revistas hechas por aficionados donde se publicaban relatos y artículos de otros aficionados.

Y una sección de correo, donde los lectores opinaban sobre números anteriores de la revista y daban su divina opinión sobre lo que habían leído.

¿Solos?

Ni de coña. Qué narices íbamos a estar solos. El universo estaba lleno de aficionados a la ciencia ficción. Javier y yo teníamos la mala suerte de vivir en la periferia de la Galaxia, y nos parecía un lugar desolado y sin habitantes. Pero allá a lo lejos, en el luminoso centro, había una civilización activa y abigarrada con la que acabábamos de establecer nuestro primer contacto.

Las últimas páginas de la revista incluían un boletín de suscripción. Ni siquiera me lo pensé. Lo rellené, lo puse un sobre y lo mandé por correo. Y a

partir de ese momento, durante unos tres años, recibí puntualmente mi ración de ciencia ficción. Al principio cada mes, luego cada dos meses, cuando la revista se hizo bimestral.

Y, poco a poco, fui descubriendo el ancho mundo que había más allá de mi solitaria posición de aficionado casi solitario a la ciencia ficción.

A través de Nueva Dimensión descubrí a George R. R. Martin («Los reyes de la arena») y a John Varley («La persistencia de la visión») y a Orson Scott Card («La casa del canto») y me enteré de la enloquecida forma de pensar de Dick en el número especial dedicado a él, y descubrí la obra de autores españoles como Rafael Marín («Nunca digas buenas noches a un extraño»), el propio Domingo Santos, director de la revista («En la ciudad»), Ángel Torres Quesada (*Dios de Dhrule* y *Dios de Kherle*), Juan Miguel Aguilera y Javier Redal («Sangrando correctamente»). Y oí hablar de un fanzine llamado *Space Opera* que editaba Miguel Ángel Martínez y otro llamado *Maser* que publicaba Juan José Parera (él no lo sabía, pero unos nueve años más tarde se convertiría en mi segundo editor). Y un día, sorpresa, me llegó un ejemplar de uno llamado *Kandama* que editaba un tal Miquel Barceló y que *Nueva Dimensión* regaló a todos sus suscriptores. Y un montón de ellos más.

Términos como fandom, WordlCon, SF (aunque yo siempre preferí llamarla CF) empezaron a ser familiares.

Estaba lejos, cierto. Pero ya no estaba solo. Y no lo estuve nunca más.

Aquel mismo 1980, lleno de entusiasmo, inconsciencia y, probablemente, un atrevimiento sin límites debido a la ignorancia, decidí editar mi propio fanzine. Para mi sorpresa descubrí que no era el único loco al que aquello le pareció buena idea: dos compañeros de clase, Javier Cuevas y Antonio Fontela se embarcaron en el proyecto con el mismo entusiasmo, inconsciencia y atrevimiento sin límites.

Antonio se encargó de las ilustraciones del fanzine, además de adaptar el cómic algunos de mis relatos de entonces («Elecciones», «¿Engañar a Satán?», «Reclutamiento») e iniciar su propia adaptación a las viñetas de la novela de H. G. Wells *La máquina del tiempo*. Javier publicó un cuento, «Diario de un avistamiento cachondo (extracto)» y los dos primeros capítulos de una novela de ciencia ficción que estaba escribiendo por aquel entonces, *Mi primera guerra*, un space opera muy influido por *La Guerra de las Galaxias*, pero que ya entonces apuntaba garra y ritmo, dos de los elementos que han acompañado a Javier como escritor desde el principio. Completamos la cosa con algún artículo, fotocopiamos los veinte o treinta ejemplares que nuestra paupérrima economía nos permitía y vendimos el engendro entre nuestros compañeros de clase.

Y lo compraron. Para que luego digan que los milagros no existen.

El invento duró dos números durante los que nos lo pasamos de miedo y estábamos preparando el tercero (que iba a incluir un cómic maravilloso llamado «Bananaville: el día de la liberación», escrito por Javier e ilustrado por Antonio y que revisitaba *El planeta de los simios* en clave de parodia) cuando, por una cosa o por otra, decidimos dejarlo y cada uno de nosotros se dedicó a otras cosas. No lo olvidéis: estábamos en la adolescencia; teníamos asuntos más importantes de qué ocuparnos.

Aún hoy el fanzine (bautizado por mí como *Extrange Aparatus*; no me preguntéis qué quería decir ni con el nombre ni con la sorprendente ortografía) surge a menudo en las conversaciones entre Javier yo.

A Antonio le fuimos perdiendo la pista con los años, pese a vivir en la misma ciudad, aunque curiosamente solíamos encontrarnos con una regularidad sorprendente cada año y medio, aproximadamente, ya fuera en la Feria de Muestras, en la calle o en una cafetería. Y el *Extrange Aparatus* siempre acababa asomando a nuestra conversación. Por desgracia, Antonio falleció hace unos años, pero confieso que no me hago a la idea del todo y que sigo esperando que, pese a todo, nos topemos el uno con el otro en algún ignoto rincón gijonés en algún momento.

Allá por 1983 abandoné la idea de emular a Tolkien y me volqué en escribir relatos. Los primeros, muy influidos en su estilo por García Márquez, al que descubrí hacia 1982.

Luego, poco a poco, me fui apartando de mis modelos y buscando, más o menos a tientas y sin tener muy claro qué estaba haciendo, mi propia voz y mis propios temas.

A mediados de los ochenta escribí dos relatos, «El chico de la moto es el rey» y «En los confines del norte» que acabé enviando al fanzine *Maser*, que editaba Juan José Parera.

El primero era una especie de relectura y continuación de la película de Coppola *Rumble Fish*, basada en la novela del mismo título de Susan E. Hinton y que aquí se tituló *La ley de la calle*. Era un relato de ambientación urbana, muy deudor de la estética de la película y con un narrador en primera persona que intentaba captar el tono poético-urbano de esta.

El segundo fue el intento de armar una historia de fantasía con momentos inquietantes partiendo de lo que recordaba de un sueño. No sería la última vez que iba a intentar algo parecido (ahí está «Todo fluye», por ejemplo, al que acabaremos llegando en las siguientes páginas), pero creo que sí fue la primera.

Juan José aceptó y publicó ambos cuentos en 1987. Por aquel entonces ya usaba ordenador para escribir, concretamente un Amstrad CPC 6128 con disquetera integrada en el teclado. Por uno de esos azares, el ordenador de Juan José también era un Amstrad, así que no tuvo que volver a teclear el

cuento a partir de una copia impresa y puso usar la versión digital que le mandé en un disquete.

Esto puede sonar muy extraño hoy, donde no importa la máquina que uses, todos los archivos son más o menos compatibles. Pero en la primera mitad de la década de los ochenta, hasta que IBM impuso su modelo de PC, cada fabricante seguía su propio estándar y sus protocolos. Y, bueno, luego estaba Apple que iba por libre y de elitista, pero esa es de nuevo otra historia.

Para los que no sepan qué es un disquete, seguro que los hay, echad un vistazo al icono de «grabar» en la mayoría de los programas tenéis en el ordenador. El Word, por ejemplo. Ese dibujito que veis es un disquete. Y se usaban para grabar y enviar información antes de que internet fuera más cotidiano que el desayuno.

Volviendo a los relatos, ¿merecen la pena estos dos que he mencionado? No mucho, pero sí un poco. Al menos se ve en ellos una cierta intención de estilo y de tono que estaba ausente de intentos anteriores. Como decía, estaba buscando mi voz, aunque aún tardaría en dar con ella.

A menos que tengáis un ejemplar de los números de Maser donde salieron esos relatos, también se han perdido, por otro lado. Y así los dejaremos.

Creé la primera versión de Drímar hacia 1982. Nació como un lugar onírico, muy influido por García Márquez, donde mezclaba fantasías personales con mi propia realidad, mucho más prosaica lógicamente, pero como ya he contado en otras partes, no tardó en derivar en un escenario de ciencia ficción.

Fueron muchos los relatos que escribí ambientados en Drímar en la primera mitad de los ochenta, pero muy pocos sobrevivieron.

Recuerdo uno titulado «Qué noche la de aquel día» en la que planteaba un enloquecido viaje psicodélico a una especie de inframundo para rescatar a una antigua novia. Aparte de que estaba narrado en una primera persona un tanto mordaz e irónica, poco más se puede decir del relato.

Otro, del que ya no recuerdo el título, era una especie de wéstern fronterizo ambientado en una Europa del Este devastada por un cataclismo.

Un tercero, que llevaba por título «Después del pasado» volvía la ambientación de wéstern, ahora con toques claramente *post* apocalípticos directamente inspirados en *Mad Max*.

«Tiempo pasado» son los desvaríos de un hombre atrapado en un refugio antinuclear y se trata de mi primer intento de reconstruir el «fluir de conciencia» que popularizaron autores como Joyce en su *Ulysses* y su *Finnegan's Wake*.

Allá por 1984 cree un personaje que durante un tiempo ocupó casi todos mis pensamientos literarios. Se trataba de Roy Córdal, un detective privado que vivía en Drímar y cuyo primer caso, «En la abadía», no dejaba de ser *El*

*nombre de la Rosa* contado en clave de ciencia ficción… más o menos. Uní esa novela corta a otras dos más con los mismos protagonistas y acabé teniendo *Tres huellas del poeta loco*, una novela en la que fusionaba la narración en primera persona y la ambientación de novela negra con los Mitos Chtulhu de Lovecraft en un escenario futurista. ¿Fue la primera vez que probé el mestizaje literario que con el tiempo se convertiría en una de mis marcas de fábrica? Posiblemente. Desde luego, fue la primera vez que usé las creaciones de Lovecraft en mi propia obra.

La mayoría de las historias de Córdal no han sobrevivido el paso del tiempo. Las dos que sí, un relato y una novela corta, acabaron publicadas en *Drímar, el ciclo completo*.

En «Más allá de la biblioteca» intenté escribir un cuento de terror lovecraftiano (pese a que el modelo que seguía estaba más cerca de King que de Lovecraft) narrado, aún no sé muy bien por qué, en una extraña primera persona en tono desenfadado y ocasionalmente jocoso.

Y está también «En el feudo», que narra una historia sumamente simple, pero en el que me siguen funcionando las pinceladas que va dando el narrador en primera persona de ese mundo caído en el caos y la barbarie. Lo que más me llama la atención hoy en día es la extraña mezcla urbanística que es la ciudad de Drímar; en ella conviven elementos arquitectónicos y de emplazamiento tanto de Gijón, la ciudad en la que vivo desde hace cuarenta y cuatro años, como de Oviedo, en la que trabajo desde hace doce y a la que he estado yendo y viniendo de un modo u otro los últimos treinta y seis.

«En el feudo» es un relato escrito en 1987. De ese mismo año es el primero que encontraréis en el libro, en cuanto paséis la página.

# 1987

# ENCERRADA

Viene a verme todos los días. Es muy bueno. Siempre me trae flores; rosas, a veces alguna orquídea. Se queda un rato allí, frente a mí, de pie, hablándome. Me cuenta cosas de él, de los niños, de su trabajo, de cómo le va todo. Es muy bueno. Viene a verme todos los días.

Me siento prisionera aquí, acorralada, encerrada tras estos muros, con solo unos pocos metros en los que moverme. La mayor parte del tiempo estoy sola, salvo cuando él viene a verme con sus flores y su rostro triste y sus chismes cotidianos. Otras veces aparecen Ellos, me rodean, cuchichean entre sí, sonríen. De vez en cuando les pillo una palabra, algo aquí, algo allá, un comentario: «Evoluciona bien, si hay suerte saldrá pronto». No sé si es cierto o lo dicen para consolarme. No necesito que me consuelen. Estoy aquí, encerrada, y nada de lo que digan va a consolarme.

Hoy no ha venido. Intento tranquilizarme, decirme que ha debido tener un buen motivo para no venir, pero es inútil: hoy no ha venido. Me siento sola, tan sola, muy sola aquí dentro. A veces puedo echar un vistazo a mi alrededor y veo a los otros. Sus rostros sonrientes, resignados a veces, Siempre se dan cuenta de mi presencia al cabo de un tiempo y me hacen señas: «Ven», parecen decir, «ven, no es tan malo, te acostumbrarás, todos lo hacemos». Pero no, no me acostumbro, no puedo ir, al menos aún no. Sigo aquí, encerrada, sin posibilidad de salir, pudiendo solo a veces echar un vistazo fugaz al exterior de mi celda. Pero siempre es lo mismo, siempre hay otros como yo, encerrados también. «Te acostumbrarás, todos lo hacen», me dicen. Pero no lo haré, no puedo acostumbrarme a estar aquí, encerrada. Quiero salir. Pero no puedo hacerlo y él no ha venido hoy. Voy a volverme loca.

Esta tarde Ellos han estado más tiempo conmigo, me han mirado con más

atención, han sacudido las cabezas en un gesto triste y se han dicho unos a otros: «Esto no va como pensábamos. Ha retrocedido». ¿He retrocedido? ¿Acaso debo avanzar? ¿En qué? ¿Adónde? No puedo avanzar en acostumbrarme a estar aquí, encerrada, y más cuando él ya no viene todos los días. Una vez a la semana, dos, nunca más. Y ya no está tanto tiempo. Y no siempre me trae flores. Y quiero flores, me gustan las flores, son lo único hermoso que hay aquí. Pero ya no me las trae siempre; se marchitan, se resecan, se consumen, pierden su color y se queman antes de que vuelva con más flores, más rosas, más orquídeas. Me gustan tanto las orquídeas. Ninguna es igual a otra, todas distintas, cada una con sus rasgos propios, como si no fueran flores sino personas. Me puedo pasar horas enteras mirando las orquídeas, sin hacer nada más, sin que nada más me importe. Pero ya no viene todos los días y no siempre me trae orquídeas. Quiero orquídeas, guárdate las otras flores, dáselas a otra, solo orquídeas, nada más. Pero no siempre las trae. Ya no viene todos los días. Y yo sigo aquí, y he retrocedido, dicen Ellos. ¿Hacia dónde debo avanzar?

No, no, es inútil que me hagáis señas, no pienso ir con vosotros. No importa que Ellos digan que ya puedo salir, reunirme con los demás, pasear, jugar. No pienso ir. Me quedo aquí, en estas cuatro paredes, con las flores marchitas que ya no trae siempre. No saldré, nunca saldré salvo para irme con él, para volver a casa. Solo que Ellos dicen que jamás volveré a casa, que es imposible, que puede que me trasladen, pero será a otro lugar como este. Nunca regresaré a casa. Y él casi ni me habla, se queda ahí, frente a mí, sujetando en la mano las flores que ya no me trae siempre, sin hablar, casi sin moverse, solo mirándome. Le hablo, le pido que me hable, pero solo agita la cabeza, llora un poco y se va. No te vayas, llévame contigo, quiero volver a casa, mi amor, no te vayas, pero no me hace caso, ni siquiera parece oírme, agita la cabeza, deja caer a veces un par de lágrimas y se va. Me deja aquí sola, encerrada. No, no iré con vosotros. No importa lo que digan Ellos. Si he retrocedido, mucho mejor, no pienso salir de aquí, no saldré de una prisión para ir a otra más grande. No jugaré con los otros. Son unos estúpidos, no les importa estar aquí, son felices aquí. No, no saldré.

Hoy se me acercó uno y me preguntó que por qué no salía. No le respondí, para qué, son unos tontos, no comprenden nada, no ven que yo no soy como ellos. Siguió ahí, preguntándome que por qué no salía, como si no supiera decir nada más. Pero no consiguió convencerme. ¿No me dejáis volver a casa? Pues no saldré de aquí. Vamos, vete, déjame en paz. Pero sigue ahí, repitiendo que por qué no salgo, sin decir nada más, solo eso: por qué no sales por qué no

sales por qué no sales por qué no sales por qué no sales. Todo el día ahí, frente a mí, por qué no sales, y sigue de pie, incansable, por qué no sales, no se mueve, no sabe decir otra cosa, por qué no sales, le odio, es un estúpido y él ya no viene casi nunca por qué no sales. No, no, no, no, no, no.

Me miran, menean la cabeza. «Va mal, muy mal. No sé qué podemos hacer». Nada, no hagáis nada, dejadme sola, eso es, sola, no hagáis nada.

Se va a casar. Ha venido hoy, sin flores, sin nada, y me ha dicho que se va a casar. Dice que me quiere, pero que la vida debe seguir y que se va a casar con otra. No puede hacerme esto, todavía soy su mujer, no lo consentiré. Tengo que hablar con Ellos, tiene que haber una forma, no pueden permitirle que se case con otra, soy su esposa, YO soy su esposa. Venid, por favor, venid, se va a casar, tenéis que dejarme salir, se va a casar, ¿no lo entendéis?, se casa con otra y soy su mujer, no puede hacerlo, no puede. Dejadme salir, por favor, por favor, por favor.

Los otros me han visto triste y han venido todos aquí. Se agolpan frente a mí, me miran. «¿Por qué no sales? Ven con nosotros». Es lo único que saben decir.

Hoy ha venido mi hijo. Hacía tanto que no lo veía. Dios, cómo ha crecido, casi ni lo reconozco, está tan guapo. Él sí se ha acordado, y me ha traído orquídeas, frescas, nuevas. Deben de haberle costado una fortuna. Pero se ha acordado. Me habló y lloró y luego se fue. Dijo que se iba de casa y que había venido a despedirse. Qué guapo es, se parece tanto a su padre. Y me ha traído orquídeas, montones de orquídeas. Me siento feliz, no sé por qué, pero me siento feliz. Creo que saldré un poco, quizá juegue con los otros. Ya puedo verlos a Ellos, agitando de nuevo la cabeza, pero esta vez sonriendo: «La cosa mejora», dirán. Qué importa, que digan lo que quieran, que crean que sus tratamientos han dado algún resultado, qué más da. Hoy me siento feliz y creo que saldré un poco. Sí, creo que lo haré. Los otros se agolparán a mi alrededor, saltando y gritando «¡Ha venido, ha venido!». Pero no importa; son unos tontos, pero saldré. Me siento bien, muy bien.

—¿Está? —preguntó el joven del interior del coche.

—Sí, ya está —asintió el otro—. Era algo que tenía que hacer desde hace mucho tiempo. Tenía que despedirme de ella.

Esbozó una sonrisa triste, se limpió las lágrimas y subió al coche. Mientras arrancaba, echó un último vistazo al solitario y gris cementerio.

—Adiós, mamá —dijo.

*Es curioso cómo cambiamos a lo largo de los años en pequeños detalles de los que ni siquiera somos conscientes. No soy la misma persona que escribió este relato hace ya muchos años, es evidente. En aquel momento era un escritor joven que simplemente estaba jugando a darle la vuelta a una idea convencional y ver qué pasaba. No tenía la menor conexión emocional con el relato: me limitaba a jugar con conceptos que me parecían interesantes, sin más.*

*Cuando lo releo ahora, sin embargo, despierta extrañas emociones en mi interior y lo siento mucho más cercano, emocionalmente, que otros relatos que he escrito.*

*Dado que el texto es el mismo que era hace treinta y dos años, no me queda más remedio que llegar a la conclusión de que soy yo el que ha cambiado.*

# 1989

# TODO FLUYE

*Here's another place you can go,*
*where everything flows.*

Lennon & McCartney

*El griego que dijo que no te podías bañar dos veces en el mismo río no sabía de qué hablaba realmente.*

Estúar Ramónez (uno de tantos).

## I

Me despierto. ¿Qué es esa música? ¿Michael Jackson? No puede ser. Abro un ojo con mucho cuidado. Un rostro extraño sonríe junto a mí.

—Ya va siendo hora de que te levantes, ¿no crees, cielo?

¿Cielo? La observo con atención. No la conozco de nada, es la primera vez que la veo en mi vida, pero tengo la impresión (no sé cómo ni por qué) de que es justamente el tipo de mujer con el que me gustaría casarme, si es que alguna vez decido casarme con alguien, que es otro asunto.

—¿Qué… qué pasa? —consigo preguntar.

Sonríe. (Me gusta su sonrisa). Acerca su boca a la mía y me besa. Sus labios son dulces y parecen conocer muy bien los míos. Definitivamente, si me casase con alguien sería con una mujer como ella.

—Anoche estuviste levantado hasta tarde, ¿verdad?

¿Anoche? ¿Qué estuve haciendo anoche? No tengo la menor idea.

Recuerdo vagamente una aburrida cena de negocios con un representante de zapatos ortopédicos.

—Sí… Supongo que sí —logro decir precavidamente.

¿Quién es ella? No recuerdo que después de cenar me fuese a ningún sitio. Juraría que volví a casa directamente. La observo con más atención. Mis ojos se fijan por primera vez en su cuerpo. Me doy cuenta con sorpresa del evidente abultamiento de su vientre. ¿Embarazada? Dios, debía de estar completamente borracho. No ligo con mujeres embarazadas.

—Quita… quita esa música, ¿quieres? —logro decir.

Vuelve a sonreír. (Definitivamente, su sonrisa me vuelve loco).

—Siempre estás igual —dice.

¿Siempre estoy igual? Dios, necesito despejarme y rápido. Esto cada vez me gusta menos.

—Voy a darme una ducha.

—De acuerdo —responde—. Te prepararé el baño.

Se va, antes de que yo pueda decir nada. Cada vez más perplejo, me rasco la cabeza, alborotándome aún más el pelo. Echo un largo vistazo a mi alrededor. Sin duda es mi habitación. Estoy en casa. ¿Quién es ella? ¿Por qué me trata como si me conociera de toda la vida? ¿Qué estupideces hice anoche?

Salgo de la cama. Llevo puesta la parte de abajo del pijama. ¿Qué pijama? Este no es mi pijama. Salgo de la habitación. Quedo petrificado en el umbral, contemplando la sala de estar. Es mi sala de estar, pero no lo es. Jamás la habría decorado así. Sin embargo, me gusta. Mierda, eso es lo de menos. No reconozco la mitad de los muebles. ¿Qué está pasando aquí?

—Ya está, puedes entrar. Te haré el desayuno.

Un cuarto de hora más tarde estoy desayunando en la cocina, con ella mirándome. (Me gustan esos ojos grandes y verdes). Tengo en la mano una taza de café. Le doy la vuelta y la miro. Mi nombre está escrito en ella. Dios, qué clase de horterada es esta. Acabo el café. Por mi garganta ronda la pregunta del millón, pero no me atrevo a hacerla, no sé por qué.

—Mamá y el médico van a venir pronto.

¿Mamá? ¿El médico? Venga, por qué no le preguntas de una vez a la tipa esta quién es y luego la largas de aquí, vuelves a poner la casa como estaba antes de esta mañana y te olvidas de todo esto.

—Bien —digo, sin embargo—. Voy… voy a vestirme.

Miro el reloj de la cocina. Ya son las nueve y cuarto. Mi jefe me va a despellejar vivo. Pero cómo voy a irme y a dejar a esta mujer desconocida (y encima embarazada) en casa, eso sin tener en cuenta que dentro de poco van a llegar su madre y el médico. ¿Médico? ¿No pretenderá dar a luz aquí? De forma absurda, su imagen pariendo en el sofá llena mi cabeza. Sonrío, y no sé de dónde saco las fuerzas para hacerlo. Me devuelve la sonrisa. Me gusta, cada vez me gusta más. Pero todo esto no tiene ningún sentido.

—Voy a vestirme —repito.

Salgo de la cocina. Llego a mi habitación. Allí está mi ropa, cuidadosamente apilada en una silla. Vaya, es de las ordenadas. Empiezo a vestirme. Busco mi cartera. No está en el pantalón. La veo sobre la mesita de noche. La abro. Ahí está mi carnet de identidad. No sé por qué, lo saco y le echo un vistazo. Sí, pienso de forma absurda, no cabe duda, soy yo. Esta es mi foto, esta, la huella de mis dedos y este, mi nombre. Le doy la vuelta. Nacido en… Hijo de… Estado civil casado… ¿Estado civil casado? ¿Qué clase de broma es esta? Me doy cuenta ahora de que en la mesita, junto al carnet, hay un portarretratos. Miro la foto. Somos ella y yo, y por la forma en que vamos vestidos apostaría el cuello a que alguien nos está declarando marido y mujer.

Me siento en la cama. Oigo sonar el timbre de la puerta. ¿Qué clase de pesadilla es esta? Estoy casado, desde hace algún tiempo a juzgar por la barriga de mi ¿mujer?, y acabo de enterarme ahora mismo. La puerta de la habitación se abre. Me doy media vuelta. Es ella.

—Mamá ya viene —dice.

Cojonudamente. Voy a conocer a mi suegra. Y a un médico. ¿Para qué, un médico? Para llevarme a un manicomio, supongo, para qué si no. Siento ganas de gritar, de romper algo. Esto no me puede estar pasando a mí; la frase no puede ser más tópica, pero es cierto, no me puede estar pasando a mí.

Me levanto. Salgo al cuarto de estar. Veo a mi ¿esposa? abriendo la puerta. Una mujer de unos cuarenta y pico años, un tanto gruesa, entra en el apartamento. La sigue un tipo bajo y delgado. El imbécil de Jackson sigue sonando en el tocadiscos, desahogando sus frustraciones con Diana Ross.

—Estu, cariño, ¿cómo estás? —me pregunta mi suegra.

No digo nada. Mi rostro se las arregla él solo para componer una expresión neutra. Ella se acerca y me besa en la mejilla.

—Hoy es el gran día, ¿eh? —Se la ve muy contenta—. Ya conoces al doctor Marcovich.

Claro, seguro que lo conozco, aunque no tengo ni la menor idea de quién es. El tipo bajito me tiende la mano. Se la estrecho.

—Bueno —dice de nuevo mi suegra—. Cuanto antes mejor. Querrás verlo, supongo.

¿Verlo? ¿Ver qué? ¿Es que realmente va a dar a luz aquí, ahora? Pese a todo, logro asentir con cierta naturalidad. Si en este momento mi vida dependiese de lo que pudiera decir ya estaría muerto. Quién sabe, puede que lo esté.

El médico, mi suegra y mi mujer (Dios, casi estoy pensando que esto pueda ser real) pasan a mi cuarto. Voy tras ellos.

Mi mujer (no, no es mi mujer, sea quien sea) se alza el vestido. El vientre está cubierto por algo parecido a una faja, con un raro brillo metálico. Se la quita. Veo la piel tensa y palpitante. ¿Es mi hijo lo que lleva dentro? No,

absurdo. Maldita sea, no los conozco de nada, no tengo la menor idea de lo que hacen aquí, en mi casa, quiénes son, por qué me hablan como si me conocieran desde siempre.

El médico cierra los ojos. Acerca las manos al vientre de ella. Lo toca. ¿Qué mierda está pasando? El tiempo parece detenerse, mientras ese hombrecito gris sigue con las manos sobre el abdomen de mi mujer (no, no es mi mujer). Luego veo como una sacudida, como si el crío le hubiera dado una patada. Y menuda patada. El médico aparta las manos. Abre los ojos. Me mira y sonríe. Mi suegra también sonríe, igual que mi… que ella.

—Espero que sea un gran cirujano —me dice el médico.

Asiento de nuevo. En mi garganta se ha ido formando una bola amarga. Mi lengua está seca.

—Bien —dice él—. Ahora debo irme. Mi enhorabuena a todos. Siempre es un placer cuando unos padres deciden que su hijo sea médico. Buenos días.

—Espere, doctor, lo acompaño —dice mi suegra.

Nos quedamos solos en la habitación. Me mira. Se la ve contenta, feliz. Me gusta, Dios, me gusta mucho. Pero no la conozco, no sé quién es, ni qué hace aquí, ni qué significa toda esta absurda mascarada.

# II

Oh, Dios, la cabeza me late como un tambor enloquecido. Enciendo la luz. Marta no está. Se habrá quedado en casa de su madre. Bueno, tendré que hacerme yo mismo el desayuno. Me levanto y me pongo la parte de arriba del pijama. Salgo del cuarto. Es curioso, hay algo extraño en la sala de estar. Bueno, a Marta le gusta cambiar las cosas de sitio. ¿Por qué no me habrá avisado de que se iba a quedar en casa de su madre? Pronto habrá que elegir la profesión del niño.

Entro en la cocina. Abro el armario en busca de café. Mierda, no queda. Tendré que bajar a la cafetería de la esquina a desayunar. Voy al baño, abro la ducha y dejo correr el agua hasta que esté bien caliente.

Bien. Después de una ducha me quedo como nuevo. Me visto, salgo del apartamento y llamo al ascensor. Le echo un vistazo al reloj. Las ocho. En la oficina no me esperan hasta dentro de un par de horas. El ascensor llega abajo y las puertas se abren. La cara ceñuda del vecino del quinto aparece ante mí. Lo saludo con una sonrisa. Salgo a la calle.

A estas horas apenas hay coches. Me gusta: el aire fresco, las calles

mojadas, las luces apagándose. Cruzo la carretera y entro en la cafetería. Me siento en la barra.

—¿Qué desea?

—¿Sirven desayunos?

Me da la carta. Después de un rápido vistazo me decido por el número tres: huevos con jamón, tostada y café. Voy a decírselo al camarero, pero este ya está de espaldas, gritándole al cocinero que prepare un número tres. Bueno, el tipo debe tener dotes de adivino, o quizá el tres es el más solicitado, o a lo mejor no tienen otro, diga lo que diga la carta.

La puerta del bar se abre. Una pareja entra. Ella está embarazada. Me pregunto qué habrán decidido para el bebé. Médico, Marta quiere que el nuestro sea médico. No sé. Es una decisión importante.

El camarero enciende la tele. Están dando las noticias. Vaya, el locutor es nuevo. Habla de algo que ha ocurrido en las montañas, hace un par de días. Mientras espero a que me sirvan oigo la noticia.

—Blade Sílvero, un pastor de las montañas, ha conseguido lo que parecía imposible. Todos recordarán, sin duda alguna, el helicóptero de Protección Civil que desapareció la semana pasada. —En la pantalla se ve un mapa de la zona donde fue visto por última vez el aparato—. Al parecer, se estrelló en las montañas, muy cerca de la propiedad del señor Sílvero quien, ignorante de lo que se trataba se lo comentó a sus vecinos. Todos conocen el tradicional aislamiento de los pastores de las montañas, aislamiento del que rara vez salen. Sin embargo, el señor Sílvero ha accedido a hablar con nosotros.

Hay un corte, y un rostro sonrosado y grueso ocupa la pantalla. El camarero viene con el desayuno. Mientras ataco los huevos sigo mirando la tele. El hombre de rostro sonrosado está hablando.

—Bueno… No sabía yo qué era, ¿entiende usté? Pero vi las formas y pareciome… no sé, todo encajó en mi cabeza.

—Y dígame, no se asustó en un principio.

—Sí oh, pues claro. Pero… luego hablé con la gente y me dijeron que lo intentase. Así que fui y púseme a ello.

No están mal los huevos. El pastor sigue hablando mientras bebo un sorbo de café.

—Y no fue nada difícil, que pensé que sí, oiga, pero no.

Ahora la cámara enfoca al locutor.

—Y este es el asombroso resultado. De lo que eran unas simples ruinas de metal calcinado, el señor Sílvero ha sido capaz de reconstruir el helicóptero. —En la pantalla se ve un helicóptero como recién salido de fábrica—. Todo parece indicar que el señor Sílvero es poseedor de un alto potencial telekinético. El departamento de Asuntos Paranormales del gobierno ya se ha puesto al habla con él. Aunque el señor Sílvero ignora lo que va a hacer exactamente, ha afirmado que su deber es, sin duda alguna, colaborar con el

Gobierno.

La noticia se acaba. No digo nada, pero me suena a cuento chino. El camarero me mira.

—¿Qué pasa, cree que es un fraude? —me pregunta.

—¿Es que la expresión de mi rostro es tan evidente?

El camarero me mira como si no supiera de qué estoy hablando.

—¿Qué tiene que ver su cara con esto? Su aura es de clara incredulidad, amigo.

Una sonrisa muere a mitad de camino en mis labios. De qué está hablando este individuo. Doy media vuelta y veo que los ocupantes del local me miran con cara de pocos amigos.

—Bueno… —digo—. No parece muy normal.

—¿Por qué no? ¿Es que un pastor no tiene derecho a desarrollar sus facultades?

—No es eso, yo…

—Oiga, me da la impresión de que usted no sabe de qué estoy hablando.

No digo nada. ¿Cómo he llegado a meterme en esta conversación tan absurda con un camarero que, evidentemente, no está en sus cabales?

—Eh, no siga insultándome —me dice el camarero.

—¿Insultarlo? Le aseguro que…

—Hipócrita —dice, y se da media vuelta.

Esto no tiene ningún sentido. Por la tele hablan de un pastor con poderes y el camarero actúa como si pudiera leerme la mente. Un chiflado, fijo, eso es. Decido seguir con mi desayuno. Lo acabo y dejo el importe sobre la barra.

—Buenos días —digo, echando a andar hacia la puerta.

El camarero no se molesta en responderme. Paso junto a la pareja. Los saludo. Me detengo un momento.

—Perdone que los interrumpa —digo—. Mi mujer también está embarazada. —Ella me sonríe—. ¿Han decidido ya lo qué será su bebé?

—¿Decidir? —me dice el marido—. Será lo que quiera ser, por supuesto.

—Pero… —Dudo ante la idea—. ¿No van a llamar a nadie para que le traspase sus conocimientos?

—¿Qué mierda está diciendo? —la expresión en el rostro del hombre es claramente hostil.

—Quiero decir… —La situación se vuelve cada vez más irreal—. Llamarán a alguien para que imponga sus manos sobre el vientre de su mujer y le pase sus conocimientos al feto. Lo… —Dudo unos instantes, incapaz de creer la idea terrible que está naciendo en mi cabeza—. Lo harán, ¿verdad?

Hombre y mujer se cruzan una mirada. Luego, ambos alzan los ojos hacia mí.

—¿Qué pasa, por qué no responde? —me pregunta ella.

—¿Responder? No he oído nada.

—Claro, no hemos hablado. Pero le hicimos una pregunta. Usted no se encuentra bien.

No es una pregunta, está afirmándolo. Miro a mi alrededor. Todos están pendientes de mí.

—Mejor… mejor me voy. Buenos días.

Salgo a la calle. Los puedo oír, murmurando a mis espaldas, pero no hablan. Sé que no hablan, pero los puedo oír.

# III

Una buena resaca, no cabe la menor duda. No debí quedarme hasta tan tarde en lo de Arti. Pero… Bueno, supongo que un día es un día. Enciendo la luz. Miro la hora. Son más de las nueve. ¿Por qué no ha sonado el despertador? Me olvidaría de ponerlo.

Me levanto. Mis ropas están revueltas, tiradas por el suelo. Debí de pillarla buena anoche. Salgo de la habitación. ¿Qué demonios ha pasado aquí? El ventanal de la sala de estar tiene las persianas alzadas y lo que se ve por ella carece de sentido. Me acerco a la ventana: un bosque inmenso se desparrama incontenible ante mí. ¿Qué ha pasado con la ciudad?

No sé cuánto tiempo paso inmóvil, contemplando con expresión atontada un paisaje que no puede ser real. Los árboles se extienden hasta donde alcanza la vista, hasta perderse a lo lejos. La mole de una montaña asoma apenas tras ellos. Una broma, tiene que ser una broma, pero de quién y por qué. Extiendo mis pensamientos con sumo cuidado, tratando de captar otras auras. Pero es inútil, todo está vacío, muerto. Los árboles no son reales, no están vivos, comprendo de repente; se encuentran lo bastante cerca para que pueda percibir sus lentas auras vegetales, pero no hay nada. No hay un solo ser vivo en el paisaje que se extiende ante mí. Estoy solo.

Un timbrazo agudo me saca de mis reflexiones. Me vuelvo y veo encenderse el monitor de televisión. Un rostro desconocido aparece en él.

—Base a cazador 2b3. Estas son tus instrucciones para hoy: Explorar sector H4. Recomendaciones: cuidado con los patos falsos. —Su rostro pierde la expresión vacía y sonríe—. Bien, no parece que hoy lo tengas muy difícil. Buena suerte, Estu.

Algo extraño recorre mi cuerpo al oír mi nombre salido de unos labios que no conozco. Me siento, o mejor, me dejo caer sobre el sofá. Mis ojos siguen clavados en la ventana, en el paisaje sin sentido y, sin duda, artificial que se

extiende tras ella. Por el horizonte, más allá de la montaña, asoma la luna… no, las lunas, hay dos, una un poco mayor que la otra.

El tiempo pasa. Las dos lunas van subiendo lentamente por el cielo. Una bandada de patos negros cruza delante de ellas. Cuidado con los patos falsos, recuerdo. Sigo allí, contemplando un bosque muerto donde debería estar la ciudad.

## IV

Un nuevo día. Mi cuerpo, como el resorte perfecto que es, despierta exactamente a las ocho en punto. Me pregunto qué me espera hoy. No, mejor no pensar en nada, mejor enfrentarme a todo con la mente limpia, clara. Dios, me gusta este trabajo, no cabe duda.

Salgo de la cama y voy hacia la sala de estar. Un buen desayuno y como nuevo, listo para recibir las instrucciones de hoy. Pondré un poco de música. Voy hacia el reproductor y elijo una cinta al azar de entre el montón que hay allí. La pongo. Me gustaría que fuera algo de los Zeppelin. Sí, por qué no, escuchar como Robert Plant me habla de la mujer que cree haber comprado una escalera al cielo. Al cielo, qué cielo, este es mi cielo. Completamente solo, nadie más que yo a mi alrededor por cientos de kilómetros. *The piper's calling you to join in*. Oprimo la tecla de reproducción. Voy a la cocina mientras mi mente anticipa ya la guitarra de Jimmy Page.

Me detengo junto a la puerta. Lo que sale de los altavoces no es una guitarra. Es mi voz. ¿Mi voz? No recuerdo haber grabado ninguna cinta.

—Creo que al final he encontrado una clave en todo esto. No sé cuánto tiempo más seguiré aquí. No importa. En cierta forma es maravilloso, y también terrible.

Voy hacia el aparato. Me detengo a mitad de camino, intrigado. ¿De qué demonios estoy hablando?

—Creo que es la habitación. Al principio creí que se trataba de la casa, pero no es así, el resto de los cuartos cambian. Unas veces apenas nada, otras hasta resultar casi irreconocibles. Solo mi cuarto permanece sin cambios. No sé cómo ni por qué, tampoco creo que eso importe mucho. Mejor que borre esto antes de irme, no me haría gracia que el próximo… —mi voz se ríe apenas desde la cinta—… inquilino me chafe el plan. Aún no me lo creo, después de tantos cambios todavía me cuesta acostumbrarme, aceptar que es real y no un sueño.

Hay una pausa, larga. Oigo un extraño ruido de fondo como… ¿automóviles? No tiene sentido, elegí la simulación de un bosque precisamente porque no soporto los ruidos de la ciudad.

—Sí, es mi habitación, ella es lo único constante, lo único permanente en este caos que me arrastra de un lugar a otro. He estado…

Suena el timbre de la puerta. ¿Qué pasa? Me doy cuenta en ese momento de que mis instrucciones aún no han llegado. Rápidamente corro hacia el reproductor de sonido. Lo paro. Abro el cajón bajo él, buscando mi pistola. No está. ¿Dónde mierda la he dejado? El timbre vuelve a sonar. Conecto el intercomunicador.

—¿Quién es?

—Cartero, señor —me contesta una voz átona, cansada—. ¿Me abre la puerta?

—Ahora mismo.

Voy a la cocina. Cartero, ¿eh? La voz estaba conseguida, sonaba casi real. Abro otro cajón. Agarro el cuchillo más largo que encuentro. Cartero, se va a enterar de quién soy. Abro la puerta. Bien, estará subiendo las escaleras. Pronto llegará aquí y llamará. ¿Usará el timbre? Mejor que no, quedaría frito como un pájaro en un cable de alta tensión. Oigo las pisadas por el pasillo. Ahí viene, llama con los nudillos.

—Tiene usted carta, señor.

Tengo carta, tengo carta, claro que sí, y tú tienes una cita con la muerte. Voy hacia la puerta. La abro. Realmente está conseguido: pequeño, gris, impreciso, con aire cansado.

—Es un certificado —empieza a decir.

No lo dejo acabar. El cuchillo se hunde en su garganta. La sangre se escapa en un borbotón que me salpica. Sus ojos se abren como platos. Me miran como si no comprendiese. Luego, la muerte los convierte en vidrio frío y cae a mis pies. Cierro la puerta. El día empieza bien. Miro la sangre que me mancha el pijama. Empieza bien, muy bien.

No sé cuánto tiempo (seguramente horas) estoy sin hacer nada, simplemente tirado en el sofá, recordando el cuchillo en su garganta, la sangre escapándose, su rostro vaciándose de expresión. Hacía siglos que no mataba con mis propias manos. Es magnífico.

De pronto recuerdo la cinta, esas palabras extrañas dichas con mi voz que hay grabadas en ella. Me levanto y la pongo de nuevo en marcha.

—… No sé en cuántos sitios. Apenas consigo recordar cuál era mi mundo original. Quizá incluso he pasado ya por él. No importa. He visto sociedades caídas en la barbarie, lugares en los que los hombres adoraban a las máquinas como si fueran dioses, en los que bastaba un pensamiento para conseguir lo que se deseaba, en los que el mayor bien era un poco de sal. ¿A quién estoy tratando de impresionar? Estás solo, Estu, no hay nadie más, la retórica sobra.

No importa. Acabaré de grabar esta cinta, no sé por qué, pero me gusta pensar en voz alta. La habitación, ella es la clave, como un portal, no sé, desconozco la teoría que pueda haber tras todo esto, ignoro siquiera si hay alguna. Pero algo es evidente, cuando se produzca el cambio debo estar en la habitación. Siempre ha sido así, y no creo que vaya a suceder de una forma distinta ahora. El tiempo nunca es el mismo. Minutos, meses, a veces años. Así que no tengo ni idea de cuándo volveré a cambiar. Pero sí sé una cosa. Que los demás… los demás, tiene gracia, los demás yo sigan moviéndose de un mundo a otro, si quieren. Un día, encontraré un mundo que me guste, hecho exactamente a mi medida. No sé cuándo, ni importa, pero algún día lo encontraré. Y ese día saldré de esta casa y no volveré. Quizá entonces ya no se produzca el cambio, o a lo mejor sigue igual, trasladando a mis infinitos otros yo de un universo a otro. Pero eso ya no me importará. Tanto si el cambio se produce como si no, no estaré en la habitación. Seguiré en ese mundo que habré elegido y ya no me iré de él. Bueno, es suficiente. Tengo que recordar borrar esta cinta, o llevármela conmigo. Bueno, ya basta.

La cinta se acaba. Dios, debía de estar completamente borracho cuando grabé esto. Con un chasquido, el botón de paro automático detiene el girar de la cinta. No tiene ningún sentido: la habitación, cambios, otros yo. ¿De qué estaba hablando?

De pronto, soy consciente de que no estoy solo. Tras la puerta hay murmullos, pasos, gritos. Qué ocurre. A lo lejos oigo una sirena. ¿Una sirena?

Me levanto y busco la pistola por toda la habitación. No está y me doy cuenta ahora de que la mitad de las cosas parecen fuera de su lugar habitual. Tras la puerta, una voz autoritaria grita que se aparten. Me van a atrapar, maldición, me van a pillar después de tanto tiempo. No es justo. Bien, pase lo que pase, no me rendiré. Al fin y al cabo, la garantía del contrato no duraba más de tres meses y me las he arreglado para seguir vivo más de dos años. No es un mal promedio.

Empuño con firmeza el cuchillo y avanzo hacia la puerta. La abro. Dos hombres uniformados me miran. Antes de que puedan reaccionar, el cuchillo abre el vientre de uno de ellos. Tiro hacia arriba, sajando vísceras, pulmones, buscando el corazón. Algo choca contra mi cabeza. Todo da vueltas. Trato de desclavar el cuchillo y enfrentarme al otro hombre. Algo vuelve a dar contra mi cabeza. Todo se vuelve negro. Pierdo el sentido.

## V(I)

Lo sabe. Ella sabe que no soy su marido. Dios, lo sabe. ¿Y qué puedo decirle, que este no es mi mundo, que vengo de…? ¿De dónde? Hace dos meses estaba soltero, en un lugar donde los hijos no nacen con una profesión aprendida en el vientre de su madre, donde… Me mira. En sus ojos (esos ojos que me siguen volviendo loco) hay una acusación no formulada. No eres mi marido, no lo eres. ¿Y qué puedo responder? Es cierto, no soy su marido, aunque de alguna forma extraña sí lo soy. ¿Qué puedo responder?

## VI(II)

Los médicos están asombrados conmigo. Un hombre que, de pronto, ha perdido sus facultades telepáticas, dicen. Se frotan las manos, al borde del éxtasis. Si supieran la verdad, si supieran que no he perdido facultad telepática alguna, que, simplemente, jamás la tuve, si les dijera que este no es mi mundo, que nunca lo ha sido… No me creerían; casi puedo oírlos: «Clásico, ante la pérdida su mente se protege tras una cortina de humo», aunque supongo que su lenguaje será más técnico, más farragoso, más incomprensible, buscando falsa sabiduría en la oscuridad de sus conceptos. Cortina de humo. Dios, y qué habrá sido de Marta, y del niño. Estará aun buscándome, o habrá tomado alguien mi lugar, alguien similar a mí, idéntico hasta el mínimo detalle, solo que no seré yo, claro que no, no lo seré, pero ¿se dará cuenta ella, lo sabrá él?

## VII(III)

Están en la puerta, tratando de entrar. Mis instrucciones para hoy eran exterminar las lombrices de la cañada sur, sea lo que sea eso. Pero no saldré. En la terraza, lo he visto, hay algo vagamente parecido a un helicóptero. Supongo que es lo que tengo que usar para exterminar las lombrices. Y ellos intentan entrar, no están vivos, no hay aura alguna a su alrededor, ni siquiera el resplandor lento de los vegetales, pero tratan de entrar, lo han venido intentando desde que llegué aquí, si es que alguna vez estuve en otro sitio. Intentan entrar.

# VIII(IV)

Un juicio rápido y condenado de por vida a un manicomio. Un abogado gordo me defendió ante un tribunal aburrido. Loco. Sí, debo de estarlo, supongo, el universo entero debe de haberse vuelto loco. Utilizaron la cinta encontrada en mi habitación (la cinta en la que se oye mi voz pero que no grabé yo) como prueba de mi locura. Si supieran la verdad. Porque la sé, sí, al fin la sé, mejor que nadie, mejor incluso que ese extraño con mi voz (y probablemente mi cara y mi nombre y puede que hasta mi mente) que planea quedarse en un mundo a su medida. Gracias a él he podido entenderlo. Ahora me doy cuenta de que el cartero que maté era un cartero de verdad, un pobre hombre que no hacía más que cumplir con su trabajo. No estoy en mi mundo, lo sé ahora, no lo he estado desde que desperté aquella mañana y oí una cinta grabada por mí (aunque no por mí, pero sí) contando cosas de las que yo no sabía nada. Estúpido, ¿es que no se da cuenta? O quizá debería decir que soy yo quien no se da cuenta. No, no lo soy, aunque lo sea. ¿Es que no sabe que en el momento en que él se niegue al cambio todo parará, todos estarán, estaremos, atrapados para siempre? ¿Es que no puede ver que en uno de los infinitos mundos posibles no habrá ningún Estúar Ramónez y que en otro de ellos habrá dos? ¿Y cómo reaccionará él, cómo reaccionaré yo cuando nos encontremos, yo y yo, aunque ninguno de ambos sea yo, cara a cara?

*En ocasiones, algunos de mis relatos (y a veces partes concretas de mis novelas) surgen de sueños que he tenido o que alguien me ha contado.*

*Lo que ocurrió en este caso fue que al despertar una mañana tenía en mente los restos de lo que parecían tres sueños distintos: en uno de ellos, un hombre se sentaba junto a una mujer embarazada cuyo vientre estaba envuelto en una extraña faja metálica; en otro vi lo restos destrozados de un helicóptero que, de repente, se convirtieron en uno recién salido de fábrica, reluciente y casi con la pintura fresca; en el tercero, me encontraba en una sala de estar y la pared frente a mí era una inmensa ventana que daba a un denso bosque sobre el que se alzaba una luna enorme.*

*Empecé a jugar con esas tres imágenes, tratando de encontrar un hilo narrativo que las enhebrase de algún modo. Así nació este relato.*

*Si la memoria no me falla aquí usé por primera vez un tipo de narrador al que luego he vuelto de vez en cuando: un narrador en primera persona en tiempo presente. De algún modo, algunas historias me piden ese tipo de narrador, encajan mejor si son contadas de ese modo. Nunca sé* a priori *cuáles, solo en el momento mismo de sentarme a escribirlas, seguramente un picosegundo antes de teclear la primera letra, algo encaja en mi cabeza y me dice que ese relato tiene que ser narrado en primera persona en tiempo presente.*

*Por otra parte, si alguien cree encontrar en él ecos distantes de Philip K. Dick… bueno, no seré yo quien se lo discuta.*

# OYE, VÉNDEME TU ALMA

Hasta donde lo recuerdo, la cosa empezó cuando Carlos me dijo: —Oye, véndeme tu alma.

Alcé la vista, sorprendido. Me había pasado los últimos minutos viendo una gota resbalar por mi vaso de cerveza hacia la mesa. No estaba preparado para una proposición de ese estilo.

—¿Hmmm? —pregunté, no muy seguro de haberle oído bien.

Al fin y al cabo, la música estaba bastante alta y mi mente perdida en las ensoñaciones metafísicas a las que puede llevar el ver una gota de rocío resbalar por un vaso.

—Que me vendas tu alma.

Pues sí, había oído bien. Les eché un vistazo a los vasos vacíos que Carlos tenía a su lado. Tres *whiskies*, un chupito de tequila y dos cervezas. No podía ser el alcohol, casi no había bebido nada.

—¿Qué pasa? —dije—. ¿Has esnifado caspa de mala calidad últimamente?

—Hablo en serio.

—Y yo en sirio. —Y empecé a reírme. Reconozco que no fue una salida muy ocurrente, pero tampoco me encontraba en plenitud de facultades.

No estaba borracho, por supuesto, media docena de cervezas y cuatro chupitos de tequila no pueden emborrachar ni a una monja, pero digamos que me sentía… ligeramente irresponsable. Algo así, vaya.

—Oye, Jose, te lo digo completamente en serio. ¿Quieres venderme tu alma?

—Venga ya.

Alcé el brazo para llamar al camarero. Carlos necesitaba urgentemente una copa. Yo también. No vino nadie. Mierda de sitio.

—¿Por qué no? Siempre andas por ahí diciendo que eres ateo, ¿no? Así que no tienes alma, ni hay un diablo que se la pueda llevar. ¿Qué trabajo te cuesta venderme algo que no tienes?

Vale, vamos a seguirle la corriente. Al fin y al cabo, qué trabajo me costaba, y si el chaval era feliz así, pues eso.

—¿Por cuánto? —pregunté.

Carlos ni siquiera parpadeó.

—Diez talegos.

Me di una bofetada a mí mismo. No muy fuerte, pero me la di.

—Joder, colega, andas chungo del todo, ¿eh?

—Todo lo chungo que quieras, pero son diez mil pesetas por algo que ni siquiera crees que exista. ¿Qué me dices?

—Que voy a llamar al Asilo de Arkham para criminales piraos y les digo que te vayan buscando una preciosa celda entre el Joker y Dos Caras. Tú estás loco. Eso, o le has estado dando al ácido sin que yo lo supiera. Y eso sí que me toca las narices, porque ¿para qué estamos los amigos sino para invitarnos?

Carlos meneó la cabeza de un lado a otro, desesperado por la incomprensión del mundo. El mundo, en este caso, era yo.

—Mira. Es la última vez que te lo digo. Tú me vendes tu alma y yo te suelto diez papiros.

Una idea luminosa (a veces tengo alguna, aunque no muy a menudo) se abrió paso en mi cabeza. Apartó a toda leche a la cerveza y el tequila y alcanzó mi garganta: —Y ¿qué vas a hacer con ella?

—¿A ti qué más te da? Una vez que sea mía, ya no tendrás que preocuparte por ella.

Aquello tenía lógica. A mí me sonó lógico, por lo menos. Alguien puso una versión disco de *Noche en el Monte Pelado*. Muy apropiado para la ocasión.

—Estás chungo, ya te lo dije. Pero diez papiros son diez papiros. Mi alma es tuya, Carlos, colega.

Pareció que le hubiesen dicho que había ganado la loto. El rostro se le iluminó.

—Estupendo —dijo—. Espera un momento.

—¿Adónde vas?

—A la barra.

—Cojonudo. Pídeme otra cerveza y un chupito de tequila a cuenta de las diez mil.

No contestó. Se levantó y lo vi dirigirse con paso extrañamente seguro a la barra. Pobre chaval. Estaba jodido de verdad. Pero si quería soltarme diez mil pesetas por nada, yo encantado, qué leche.

Volvió enseguida con lo que le había pedido. También traía una hoja de papel y un bolígrafo.

—¿Vas a hacer testamento? —pregunté, y encontré la frase increíblemente graciosa. Se me escapó una risita chillona que ahogué con un poco de cerveza.

—Es para el contrato de venta —dijo, muy serio—. Toma, escribe lo que te voy a dictar.

—Vale, vale.

Cogí el papel y el bolígrafo. Eché un nuevo trago y miré a Carlos, expectante y medio muerto de risa.

—Escribe: *El abajo firmante, José Manuel Gutiérrez Sánchez, DNI número*, bueno, pones el número de tu carnet de identidad. —Asentí—. Sigamos. *Por el siguiente contrato declara que su alma ha sido vendida por la cantidad de diez mil pesetas a Carlos García Freije, DNI* —me dio su número—. *Ponemos por testigos a todas las deidades infernales. Que Lucifer, Belcebú, Satanás y Azrael lo confirmen. En Gijón, a…*

—¿Qué pasa, no ponemos de testigos a Cthulhu y Pennywise?

—Déjate de paridas y escribe: *En Gijón, a 19 de abril de 1989. Firmado…* Ya está, ahora tienes que firmar con sangre.

—¿Cómo? Y luego nos cargamos un gallo negro y buscamos un cruce de caminos. Que te den, hombre.

—¿Qué pasa? ¿Por diez talegos no eres capaz de hacerte una herida en el dedo?

No contesté. Acabé de un trago lo que quedaba de la cerveza. Miré a Carlos. Parecía más serio que la momia de un funcionario. Qué cojones, por diez mil pesetas era capaz hasta de aguantar una película de Herzog.

—De acuerdo.

Saqué mi navaja multiuso y me hice un pequeño corte en el dedo índice. Carlos me tendió un palillo. Lo cogí y lo hice girar entre los dedos.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Mojarlo en la sangre y escribir con él.

Aquello cada vez tenía menos sentido; además, casi me desangro. Tuve que mojarlo en sangre dieciocho o veinte veces y el puñetero palillo no escribía ni de coña. La gente de alrededor empezaba a mirarnos con una cara de mosqueo de la leche. Al fin conseguí escribir mi nombre. Me llevé el dedo a la boca y lo chupé hasta que dejó de sangrar.

—Me pagarás la antitetánica, supongo.

—Jose, te pago hasta un viaje a la India, si quieres —dijo mientras cogía el contrato, le echaba un largo vistazo y se lo guardaba. Parecía a punto de correrse de satisfacción—. Tengo que irme —dijo, levantándose.

—No jodas.

—Lo siento, tengo cosas que hacer. Ya te veo.

—Oye, espera, ¿qué vas a hacer con eso?

Sonrió. No me gustó un pelo aquella sonrisa.

—No te preocupes. Te enterarás. Hasta luego.

No volví a ver a Carlos hasta pasada una semana. Y cuando lo hice, pensé que tenía un doble. Se bajó de un Ferrari testa rossa con una rubia despampanante colgándole de un brazo. Todos los que estaban en la Ruta lo miraron alucinados. Yo eché un vistazo a mi alrededor. Franki estaba a mi lado con un vaso de *whisky* en la mano.

—Permiso —dije.

Le cogí el vaso y lo vacié de un trago.

—Joder, tío, ¿de qué vas?

—Te lo pago, tranquilo.

Volví a mirar. Carlos, el Ferrari y la rubia seguían allí. O bien el *whisky* era una mierda (cosa bastante probable, conociendo al tacaño de Franki) o aquello era real. Se abrió paso por entre la gente en dirección a donde yo estaba. Sonreía tanto que parecía que iba a caérsele la cabeza.

—Hola, Jose.

—Holajose, holajose, holajose —repetí yo—. ¿Es todo lo que se te ocurre decir? ¿Qué pasa? ¿Te tocó la lotería?

Sonrió igual que lo había hecho una semana antes. Siguió sin gustarme lo más mínimo. La rubia, pegada a él, lo miraba con cara de hambre.

—En realidad no —me dijo.

—¿Entonces?

—¿No te lo imaginas?

—Ni idea.

Dudó unos instantes. Se encogió de hombros.

—Ya sé que no te lo vas a creer —dijo—. Qué más da. He hecho un pacto con el Diablo.

Aguanté la risa como pude.

—Ya —dije—. Le has vendido tu alma.

Me miró como si me compadeciese.

—¿La mía? Claro que no, no soy imbécil. Hasta otra, colega.

Se fue y me dejó allí, convertido en una especie de estatua abobada. Miré a Franki.

—Oye, tío. Entra ahí y pídeme una botella de *whisky*.

—¿Una botella?

—Haz lo que te digo, ¿vale? Y un poco de costo, como diez o doce kilos.

Franki se encogió de hombros y entró en el bar. Me quedé allí, apoyado en la pared, pensando a toda velocidad en alguna forma de salir de aquello, o estaba claro que las podía pasar putas, realmente putas, y encima por toda la eternidad. Casi nada. Franki volvió a la calle, con una botella en la mano. Lo miré y vi en él mi salvación.

—Oye, Franki, colega —dije con mi mejor sonrisa—. Véndeme tu alma.

*Soy el primero en admitir que, en realidad, «Oye, véndeme tu alma» es poco más que un chiste. Pero me sigue pareciendo un buen chiste y espero que algunos de los que lo hayáis leído compartáis mi opinión. Dado que a menudo mi sentido del humor ha sido calificado de «deplorable», sospecho que no seréis muchos. Por cierto, es uno de los pocos relatos que puedo fechar con exactitud. La fecha que aparece en él, ese 19 de abril 1989, es la del día que lo escribí.*

*Como ocurre con muchos de mis cuentos más orientados hacia la fantasía que hacia la ciencia ficción tiene ramificaciones religiosas, lo cual puede parecer raro, teniendo en cuenta mi ateísmo.*

*Lo cierto es que siempre, desde muy joven, me ha fascinado la idea de la religión, sus ramificaciones y evolución en el mundo, los mitos que crea y modifica. Sospecho que es consecuencia de haber sido educado en un colegio de Jesuitas.*

*A un nivel puramente estilístico, la mayor influencia de este relato es, curiosamente, Angélica Gorodischer. En concreto su libro de relatos Trafalgar, donde la autora argentina eleva el habla coloquial a la categoría de arte. «Oye, véndeme tu alma» está muy lejos de eso —en otro sistema solar, probablemente—, pero fue la primera vez donde intenté transcribir la historia (y, especialmente, los diálogos) como si alguien me la estuviera contando en voz alta; tal vez en un bar, con una cerveza en la mano.*

# 1990

# HIJOS DE LA MISMA NOCHE

*Mientras unos tienen por hechos ciertos los rumores más precarios, otros convierten los hechos en falsedades. Y tanto unos como otros son exagerados por la posteridad.*

Tácito

El editor de esta publicación me ha pedido que, en un breve artículo, exponga las ideas más importantes que se contienen en mi libro *There are more things*, recientemente publicado en Boston por la Cambridge University Press y que, aunque sea quizá pecar de inmodestia por mi parte, ha causado no poco revuelo en el ambiente académico. Como quiera que la extensión del libro y el lenguaje, tal vez críptico en ocasiones, en que está escrito, no lo hacen demasiado asequible al gran público, nada me complacerá más que explicar en un tono más llano y prescindiendo de detallar pormenorizadamente mis investigaciones (apasionantes sin duda para un erudito pero poco atractivas para el lector medio) cuales son las ideas principales que se vierten en él. Además, resulta evidente que no podía negarme a la amable petición del señor Azimof, con el que me une una larga y fructífera amistad.

La idea a la que se refiere *There are more things* surgió hace ya bastantes años, concretamente en mi adolescencia, cuando descubrí, casi de forma simultánea, las ficciones de Howard Philips Lovecraft y Jorge Luis Borges. A pesar de la aparatosa adjetivación del primero y de la sobria precisión del segundo, algo en las imágenes que aparecían en sus narraciones los acercó en mi mente juvenil y, en ocasiones, tenía dificultad para recordar si tal momento pertenecía a un relato de uno o del otro. Con el tiempo, tal confusión desapareció, aunque en lo más hondo de mi mente había algo que tendía a identificarlos, no sabía cómo ni por qué.

No fue hasta 1975, con la publicación del volumen de cuentos *El libro de arena*, de Borges, cuando esta identificación, hasta entonces inconsciente y sutil, empezó a tomar una forma más definida en mi mente. En el libro del escritor argentino aparecía un cuento titulado, como mi obra, «There are more

things», evidente referencia a la quinta escena del acto primero de *Hamlet*. El hecho de que el título esté en inglés no es extraño, conociendo la anglofilia de Borges.

Ese cuento, aparte del hamletiano título, es un homenaje explícito a Lovecraft, algo que en un principio me hizo sonreír. Después de todo, está en la naturaleza humana sentirnos deleitados por el hecho de que dos personas que admiramos se admiren al mismo tiempo entre sí.

Sin embargo, al leer el epílogo del volumen descubrí (no sin cierta pena) que no había nada más lejos de la admiración que el sentimiento que Lovecraft despertaba en Borges. Lo calificaba de «involuntario parodista de Poe» e incluso parecía avergonzado de haber perpetrado «un cuento póstumo de Lovecraft».

De hecho, lo que el escritor argentino intenta en este cuento es, entre otras cosas, mostrar y corregir los defectos más evidentes del estilo del misántropo de Providence. Así, donde Lovecraft nos hubiera regalado una descripción sobreadjetivada de un monstruo informe e imposible, Borges se detiene y se limita a decir: «la curiosidad pudo más que el miedo y no cerré los ojos».

Como ya he dicho el desprecio (no exento de compasión) que Borges parecía sentir hacia Lovecraft me apenó. Sin embargo, una vez objetivado este sentimiento, algo muy distinto asomó a mi mente. ¿Por qué Borges, si tanto despreciaba a Lovecraft, escribió, de nuevo citando sus palabras, «un cuento póstumo» del autor de Providence, afirmando además que «el destino, que según es fama, es inescrutable» lo había obligado ello? ¿Cuál podía ser el significado de tan crípticas palabras?

Tal pensamiento me llevó de vuelta a mi vieja idea de la adolescencia. ¿Qué había de común en las narraciones de ambos para que, a pesar de sus tan diferentes estilos e intenciones, algo en mi mente las identificara?

Ambas preguntas quedaron sin respuesta durante largo tiempo, pero al mismo tiempo me llevaron a una investigación que, tras prolongarse durante quince años, dio como fruto último mi libro *There are more things*.

Pasé largo tiempo leyendo y releyendo *Ficciones* y *El Aleph*, los dos libros de Borges que más me recordaban a Lovecraft, así como las últimas narraciones de este, a partir de «The Call of Cthulhu», sobre los grandes Primordiales. Encontré varias pistas que me pusieron en la dirección adecuada.

No pude evitar darme cuenta de los puntos en común que existían entre narraciones como «La biblioteca de Babel» y «The Shadow Out of Time», entre la ciudad de los inmortales y Kadath la desconocida. Entre la lotería de Babilonia y los universos regidos por el caos primigenio. Sin embargo, era consciente también de que todas estas similitudes podían haber sido producidas simplemente por el poso que aún quedaba en mí de la mente adolescente que había descubierto casi a la vez a ambos escritores.

Cierto día, leyendo el ensayo introductorio del psiquiatra español Rafael Llopis a una edición castellana de los Mitos de Cthulhu vi que quizá no era yo el único en haber advertido los paralelismos entre la obra de ambos escritores. Llopis dice:

«Su influencia [la de Lovecraft] (…) es ya evidente hoy, (…) hasta en algunos relatos crípticos de Borges».

Así, otra persona, con la que no había tenido el menor contacto, que ni siquiera hablaba el mismo idioma que yo y que, desde luego, era muy posible que hubiera estado sometido a un ambiente y una educación completamente distintas a la mía, afirmaba encontrar en algunos cuentos de Borges la influencia de Lovecraft. Eso me hizo sentirme vindicado, en cierto modo, y me dio ánimos para continuar con mi tarea.

Aunque he de confesar que la idea expresada por Llopis resultaba insuficiente para mí: no era influencia de Lovecraft en Borges (o de Borges en Lovecraft) lo que yo percibía en sus historias, sino una delgada, finísima línea que los intercomunicaba, aunque ignoraba cuál era o cómo podía ser.

Así pues, mi investigación tomó otros derroteros. Intenté hablar varias veces con Borges pero no lo conseguí. Estuvimos a punto de encontrarnos en la universidad de Zurich pero, por circunstancias que no vienen ahora al caso, tal encuentro no fue posible. Ahora, Jorge Luis Borges ha muerto y, a menos que de la exhumación de sus papeles surja algún nuevo dato, no podremos encontrar corroboración de su parte a las conclusiones a las que mi investigación me ha llevado.

Mi primera pista fue la de que Lovecraft y Borges eran prácticamente contemporáneos: nacido uno en 1890 y el otro en 1899. ¿Había alguna posibilidad, me pregunté, de que se hubieran conocido? Sin embargo, en la abundante correspondencia de Lovecraft que se conserva no se menciona tal hecho en ningún momento, y no cabe duda de que los editores de sus cartas no habrían dejado pasar la oportunidad de publicar una, en caso de existir, donde se viera que dos de los más grandes maestros de lo fantástico de este siglo (a pesar del desprecio de Lovecraft por lo sobrenatural, o del rechazo de Borges por la etiqueta de autor fantástico o, por último, de las diferencias estilísticas evidentes que los separan) se habían conocido. Tampoco en la correspondencia conocida del autor argentino se menciona para nada que se hubiera encontrado con el misántropo escritor norteamericano.

Busqué en sus biografías si al menos tal cosa había sido, no ya probable, sino al menos posible. Howard Philips Lovecraft, aparte del periodo que estuvo viviendo en Nueva York, solo abandonó su Nueva Inglaterra natal en sus últimos años de vida en viajes de corta duración para visitar a algunos de sus amigos y colegas, y siempre sin salir de Norteamérica. Y, por lo que sabemos, todas las visitas que Jorge Luis Borges efectuó a los Estados Unidos tuvieron lugar tras la muerte de Lovecraft.

Mi investigación había llegado a un punto muerto cuando, el 15 de marzo de 1987 me encontré con algo completamente inesperado. Se trataba del texto original de una de las numerosas conferencias impartidas por Borges, concretamente en la universidad de la Sorbona, en París. La conocía ya, en su versión en libro, pero en lo que leía ahora, transcripción directa de la grabación magnetofónica de la conferencia, aparecían varias frases que, al ser revisado el texto para su edición, habían sido suprimidas.

Una de ellas hizo que el corazón me diese un vuelco. Borges está hablando de los libros, uno de sus temas más recurrentes. De pronto se queda unos instantes en silencio, y luego dice en voz muy baja:

«Aquel pobre loco me enseñó el libro en Nueva York».

Hay un nuevo lapso de silencio, tras el cual otra voz, probablemente la de algún profesor que compartía la mesa de conferenciante con Borges le pregunta:

«¿Quién? ¿Cuándo?».

Borges responde:

«En 1925, por supuesto, cómo olvidarlo. Estaba casado con aquella horrible mujer con la que intentaba conjurar el fantasma de su madre».

Silencio otra vez. La misma voz de antes dice, en tono indeciso:

«Señor Borges, la conferencia…».

La voz del escritor ciego parece salir de un sueño y dice:

«Claro».

A partir de ahí la conferencia continúa, sin que se vuelvan a producir más interrupciones.

¿Qué significaba aquello? Primero, que Borges había estado en los Estados Unidos, concretamente en Nueva York, en 1925, algo que ningún biógrafo suyo recoge. En segundo lugar, en 1924, Lovecraft se había ido a vivir a Brooklyn y allí permanecería hasta 1926, más o menos.

La alusión de Borges a la mujer con quien *el pobre loco* se había casado y que usaba como talismán para huir de la influencia de su madre fue para mí un mazazo mayor aún. ¿Acaso Lovecraft no se había casado en el 24 con Sonia Green, diez años mayor que él?

Por lo que sabemos de ella, Sonia Green fue una mujer inteligente, decidida y capaz de valerse muy bien por sí misma en el mundo masculino, por no mencionar su evidente belleza. Así que calificarla de «horrible mujer» como hace Borges parece como poco inadecuado y revela una misoginia bastante compatible con lo que se conoce del carácter del escritor argentino, por otra parte.

De acuerdo con Lyon Sprague de Camp, su primer biógrafo, Lovecraft usó a Sonia Green para exorcizar al fantasma de su madre, si bien es cierto que tal extremo ha sido cuestionado con bastante contundencia por Roberto García Álvarez en su más reciente (y mejor documentada) biografía del autor

de Providence.

Como, sea de las palabras del autor argentino podía deducirse que, en 1925, cuando Lovecraft estaba casado con Sonia Green, Borges y él trabaron contacto y el norteamericano le mostró cierto libro.

En un principio no había manera de saber a cuál se estaba refiriendo Borges, aunque el contexto de la conferencia, acerca de volúmenes que, por una u otra razón, habían sido prohibidos y circulaban en secreto, entre unos pocos adeptos, nos da ciertas pistas evidentes.

Fui a París. Ya en la Sorbona intenté conseguir la grabación de la conferencia. Los franceses, como ya esperaba, me pusieron alguna traba que logré sortear, no sin dificultad, y pude escuchar al propio Borges hablando sobre *el libro, el pobre loco* y su visita a Nueva York. Conmigo estaba un joven doctor llamado Carlos Fernández que, al parecer, era un especialista en literatura norteamericana. Le pregunté si conocía la otra voz de la cinta, la que le había preguntado a Borges. Dudó unos instantes y luego me dijo, en un francés excelente, pero con marcado acento español:

—Podría ser el doctor Paul Saint-Germain.

Volvimos a pasar la cinta y la escuchamos de nuevo. Fernández se corroboró en su opinión. Luego buscamos las actas de aquella conferencia y al fin (entre un laberinto de papeles que, sin duda, habría encantado tanto a Borges como a Lovecraft), las encontramos. Junto al conferenciante, en la misma mesa, habían estado Karl Blauberg, el conocido medievalista, y el doctor Saint-Germain, del departamento de investigación bibliográfica. Le pregunté a Fernández si Saint-Germain seguía en la universidad. Me dijo que sí y prometió arreglarme una entrevista con él.

Paul Saint-Germain era un francés de pelo engominado y bigote ridículo que hablaba con una afectación que, a los cinco segundos, se me hizo insoportable. Mi francés nunca ha sido muy bueno y el insigne doctor me miraba como si mi pronunciación hiriera de muerte a sus aristocráticos oídos. Sin embargo, lo que me dijo fue altamente revelador. Tras la conferencia, intrigado por aquel comentario de Borges, le había preguntado a qué libro se refería. El escritor argentino se había vuelto a él y le había mirado con sus ojos ciegos para decirle:

—Hablaba del *Al Azif*, naturalmente. El libro escrito por Abdul Yasar Al-Hazrid en el año 730 después de Cristo o, si es usted musulmán, en el 108 de la Hégira. Aunque nosotros siempre hemos preferido llamarlo Abdelésar, o Belaçar, tal como reza en la versión castellana que la Escuela de Traductores de Toledo realizó en 1647.

Borges se negó a decir más del tema e, intrigado, Saint-Germain consultó los archivos de la universidad. No encontró referencia alguna a aquel *Al Azif* hasta que un día, tras comentárselo a un compañero, este le dijo que el *Al Azif* o *Necronomicon* era un libro esotérico inventando por un escritor americano de

cuentos populares de terror llamado Lovecraft. Saint-Germain pensó que todo el asunto había sido una broma de mal gusto por parte de Borges y no volvió a investigar el tema.

Cuando me fui de París y regresé a los Estados Unidos, me encontraba en un estado completamente febril. Intenté serenarme y, durante un tiempo, me limité a archivar lo que había descubierto y traté de volver a la vida académica. Fue inútil. A mi cabeza acudía una y otra vez lo que Borges le había contado a aquel pomposo profesorcillo francés.

En Nueva York, en 1925, alguien que solo podía ser Howard Philips Lovecraft le había mostrado el *Al Azif*. Además, Borges había citado, no el nombre de Abdul Alhazred, sino el de Abdul Yasar Al-Hazrid (que, como ha demostrado el doctor Llopis, es el verdadero nombre del supuesto autor del *Necronomicon*) y decía que *entre nosotros* (supuse que se refería a los hispano-parlantes) era conocido como Abdelésar. No contento con esto, afirmaba que se había hecho una edición española del *Al Azif* en 1647.

No pude contenerme. Con mi fragmentaria información fui a ver al decano y le expuse lo que sabía, o creía saber. El decano pareció interesado por la cuestión. Prometió conseguirme una subvención («no demasiado holgada, sin embargo», me dijo, «los tiempos son difíciles») para que investigase el tema más a fondo. Desde luego, si lograba encontrar pruebas más sólidas, aquello incrementaría enormemente la reputación de nuestra Universidad: estábamos hablando nada menos que de demostrar que aquellos dos hombres se habían conocido y que lo que yo veía de común en sus obras era algo más que simple casualidad o, en todo caso, la influencia de un escritor en otro.

El primer paso era evidente. ¿Cómo se podían haber conocido, cómo pudieron contactar? Lovecraft era un escritor de revistas *pulp* y por aquel entonces Borges era un poeta de prestigio (aquel mismo año se publicaría su poemario *Luna de Enfrente* y su libro de ensayos *Inquisiciones*) y fundador de una revista literaria que poco o nada tenía que ver con las *pulp magazines*. Era pues, poco probable que tuviera deseos de conocer a un autor de cuentos *populares* (en el sentido peyorativo de la palabra). Por otro lado, no parece verosímil que Lovecraft, poco interesado en la cultura de origen no anglosajón, deseara establecer contacto con un poeta argentino. La razón de su encuentro, pues, no podíamos buscarla en motivos literarios. ¿Dónde entonces?

Winfield Scott Lovecraft, el padre de Howard, había sido miembro de la francmasonería egipcia (como han probado los doctores Hinterstoisser y Trausk) una sociedad secreta que, al contrario que la masonería o francmasonería tradicionales, presentaba un curioso interés por los rituales mágicos precristianos y que se parecía más a sociedades herméticas del estilo de *Golden Dawn* (de la que Machen y Yeats habían sido miembros) que al club de aristócratas en que se habían convertido en los Estados Unidos las masonerías tradicionales. Por otro lado, Borges había manifestado a lo largo

de su vida su interés por la cábala, esa curiosa secta hebrea que afirmaba que, ocultas en las Escrituras, estaban las claves matemáticas para comprender el universo.

¿Podía ser esa la relación? ¿Podía la francmasonería egipcia ser alguna forma moderna de sociedad cabalística? Al fin y al cabo no sería la primera vez que se sugirieran posibles vínculos hebraicos en el nacimiento de las masonerías en Europa. ¿Podía Borges haber pertenecido a ella y entrado así en contacto con Lovecraft? El hilo era tenue, pero no tenía nada mejor a qué agarrarme.

Le ahorraré al lector las largas y, a menudo penosas, investigaciones que desarrollé a partir de entonces, y no comentaré nada sobre los muros de secretismo y las conspiraciones de silencio que se alzaron a mi paso. Ni siquiera hablaré de la noche que estuve a punto de sufrir un fatal «accidente» en las calles de Berna. Quien desee conocer a fondo todo eso, lo encontrará ampliamente (aunque quizá tediosamente, lo reconozco) expuesto en mi libro. Iré, pues, directamente a las conclusiones.

Efectivamente, Borges había sido miembro de la francmasonería egipcia. Su padre, Jorge Borges Haslam había sido introducido en la sociedad secreta a través de su abuelo o, quizá más probablemente de su madre, Fanny Haslam, inglesa de nacimiento y que, con toda seguridad, conocía la francmasonería egipcia aunque no pudo ser miembro de ella por su condición de mujer. Ignoro hasta qué grado llegó el escritor argentino en esta sociedad (de la que es posible que también fuera miembro el escritor español Cansinos-Assens, al que Borges alude más de una vez como uno de los mayores conocedores de la historia cabalística) y parece más que probado que la abandonó hacia 1937, coincidiendo casi con la muerte de Lovecraft. Lo que queda claro es que, durante su viaje a Nueva York, contactó con algunos miembros de la secta, quienes, sin duda, le dijeron que el hijo de Winfield Lovecraft, aunque no pertenecía a su sociedad, poseía un ejemplar de su grimorio, legado al joven por su padre poco antes de su muerte a causa de la sífilis (como prueba rigurosamente Colin Wilson en su ya clásico trabajo sobre el tema). Borges buscó a Lovecraft y podemos afirmar que se encontraron al fin, y que el escritor de Providence, seguramente fascinado por la erudición y las maneras de aquel joven latinoamericano (nueve años menor que él) le permitió ver el libro, algo que, por lo que sabemos, no hizo ni siquiera con sus amigos más íntimos, con la posible excepción de Robert Ervin Howard.

Los reparos que Lovecraft pudiera tener fueron vencidos sin duda por la distinguida apariencia de Borges, su inglés perfecto y su ascendencia británica. Al respecto conviene recordar que, si bien las opiniones de Lovecraft estaban teñidas de un racismo intenso y visceral, su trato con individuos aislados, fueran de la etnia que fueran, siempre fue desprejuiciado y cortés. Que contrajera matrimonio con una mujer judía, sin ir más lejos, pone bastante en

entredicho la autenticidad de esas ideas racistas.

Hasta qué punto el libro en cuestión era el propio *Al Azif* citado por Lovecraft en sus escritos, o se trataba de un volumen en el que el escritor se inspiraría para crear su *Necronomicon* es algo que no sabemos. Sin embargo, la larga referencia que Borges le dio a Saint-Germain parecería apoyar la primera hipótesis.

Lo que ya no se puede poner en duda es que las similitudes entre las creaciones narrativas de ambos autores son algo más que una mera coincidencia. Los parecidos existen porque, no ya las ideas, sino las imágenes de ambos provienen del mismo lugar. Al igual que los tres evangelios sinópticos se parecen porque tienen como origen la desconocida fuente Q, los cuentos de Borges y de Lovecraft, a pesar de las grandes diferencias que existen entre ellos, han bebido en el mismo manantial: el grimorio de la francmasonería egipcia; el *Al Azif* o *Necronomicon* quizá, o tal vez un texto previo que Lovecraft utilizó para su creación literaria.

De esta forma, el horror que sentimos ante la infinita biblioteca de Babel es el mismo que se adueña de nuestros corazones al contemplar los anaqueles ciclópeos que se describen en «The Shadow Out Of Time»; la búsqueda de la ciudad de los inmortales por parte de un tribuno romano resulta comparable a la de Kadath la Desconocida por parte de Randolph Carter; sentimos vértigo al asomarnos a las montañas de la locura, al cruzar el muro del sueño, al ver las criaturas que el resonador nos muestra, al llegar a la isla sumergida donde un ser imposible aguarda muerto en su sueño, al percibir apenas recortada contra la luna la espalda gibosa de Dagón, pero también lo sentimos en las ruinas circulares, frente al aleph que nos muestra el mundo entero en un espacio infinitesimal, al darnos cuenta de la insoportable aleatoriedad que rige el universo y que tiene como símbolo la lotería babilónica, en el laberinto abominable de Asterion, en la búsqueda sin final de Almotasim.

Borges jamás mencionó a Cthulhu, Nyarlathotep o Yog-Sothoth. Lovecraft nunca nos habló de Almotasim, el Zahir o los tigres azules. Pero eso no importa, incluso es lógico: eran hombres diferentes, con un entorno completamente distinto y una formación que en poco o en nada se parecía: las formas que adoptaban sus fabulaciones tenían que ser, por fuerza, distintas, pero eso es irrelevante. Lo que importa realmente son esas imágenes que, cuando terminamos de leer una narración, quedan en nuestra cabeza. Y tales imágenes son a menudo las mismas (o muy parecidas) al leer determinados cuentos de Borges y de Lovecraft y lo son porque, a pesar de todas las diferencias existentes entre ambos, surgen del mismo origen.

Las narraciones de Borges no se publicarían hasta cuatro años después de la muerte de Lovecraft. Sin embargo, no cabe duda de que, algunas cuando menos, fueron escritas antes (el propio autor afirma que «El Acercamiento a Almotasim» data de 1935) y es muy probable que más de una fuese escrita (o

al menos concebida) al mismo tiempo que varios miles de kilómetros más al norte un feo y misántropo habitante de Providence trasladaba al papel sus pesadillas sobreadjetivadas.

Resulta curioso que en ninguna de las múltiples antologías que han aparecido hasta ahora acerca de *Los Mitos de Cthulhu*, en las que se recogen, junto a historias de Lovecraft, otras de sus seguidores o sus antecesores, se pueda encontrar un solo cuento de Borges. Quizá porque Borges no es antecesor ni seguidor de Lovecraft, ni siquiera discípulo como podrían serlo Derleth y Bloch, sino, y en todo caso, compañero de pupitre, descubridor, casi al mismo tiempo que él, de la fuente de donde surgieron algunas de las más aterradoras, oscuras y poderosas imágenes de nuestro siglo.

## BIBLIOGRAFÍA


BORGES, Jorge Luis: «There Are More Things», en *El libro de arena*, Alianza-Emecé, Quinta Edición, Madrid, 1983.

BORGES, Jorge Luis: «Páginas y Anatemas», recogido en *Actes Semiotiques de Paris*, BLAUBERG, Karl y SAINT-GERMAIN, Paul (eds.), Universidad de la Sorbona, Primera Edición, París, octubre de 1978.

GARCÍA ÁLVAREZ, Roberto: *H. P. Lovecraft. El caminante de Providence*. GasMask Editores, 2016.

LOVECRAFT, Howard Philips: «A Brief History of the Mad Poet», incluido en *Unpublished Lovecraft*, Arkham House, Primera Edición, Boston (Mass.), Junio de 1981.

LLOPIS, Rafael: Introducción a *Los Mitos de Chtulhu(Narraciones de Horror Cósmico)*, Alianza Editorial, Séptima Edición, Madrid, 1981.

LLOPIS, Rafael: *El Novísimo Algazife o Libro de las Postrimerías*, Ediciones Hiperión, Primera Edición, Madrid, noviembre de 1980.

HINTERSTOISSER, Stanislaus: Carta a Colin Wilson en *Necronomicon: The Book of Dead Names*. Sook Books, 1993.

MARTINSON, Isaac R.: *There are more things*, Cambridge University Press, Primera Edición, Boston (Mass.), Julio de 1990.

SPRAGE DE CAMP, Lyon: *Lovecraft: A Biography*. Doubleday, NY, 1975.

WILSON, Colin: Introducción a *Necronomicon: The Book of Dead Names*. Sook Books, 1993.


(*Texto original de Isaac R. Martinson. Traducción del inglés de Rodolfo Martínez*).

*Jorge Luis Borges forma parte de mi panteón personal desde que, en mi adolescencia, leyera sus relatos «La casa de Asterión» y «La biblioteca de Babel». Era inevitable que, tarde o temprano, acabara perpetrando un homenaje a su figura.*

*Dos, en realidad, aunque el otro no lo encontraréis aquí. Ha sido tragado por las brumas del tiempo. Se llamaba «El hijo de la noche» y surgió de un reto que Carlos Días Maroto nos lanzó a media docena de conocidos y que consistía en escribir un relato con ese título.*

*En lugar de acudir al vampiro o alguna otra inquietante criatura nocturna, decidí jugar con la idea del bibliotecario ciego y presentar un Borges inmortal, vagando eternamente entre un laberinto de libros que no podía leer. Como sea, el resultado no fue nada del otro mundo y solo tiene importancia porque ese primer homenaje a Borges me sirvió como detonante para «Hijos de la misma noche», donde homenajeaba no solo al escritor argentino, sino también a H. P. Lovecraft.*

*Siendo adolescente, pensaba que algunas de las imágenes de sus relatos eran sorprendentemente compatibles con las que aparecían en los cuentos de H. P. Lovecraft. Difícilmente encontraremos dos escritores más dispares que Borges y Lovecraft, pero la idea de que hubieran tenido algún tipo de relación me pareció lo bastante atractiva para explorarla literariamente.*

*Ese fue el embrión de* «Hijos de la misma noche», *escrito como si fuera un sesudo artículo de investigación en el que se pretende demostrar que ambos autores se conocieron y compartieron una fuente común para sus fabulaciones. Esta no podía ser otra que el infame* Necronomicon, *por supuesto.*

*Poco imaginaba yo que aquella idea de un Lovecraft poseedor del grimorio árabe desencadenaría años más tarde, no solo mi novela La sabiduría de los muertos, sino todo mi ciclo narrativo holmesiano. En cierto modo, en este pequeño divertimento que acabáis de leer está el embrión de lo que luego serían mis novelas de Sherlock Holmes.*

*He revisado y actualizado el texto para esta edición, no solo en busca de un tono académico un poco más creíble, sino también para incorporar en el relato elementos biográficos de Lovecraft que desconocía en el momento en que lo escribí. Y, de paso, citar en la bibliografía el excelente libro de Roberto García Álvarez que rompe muchos de los mitos y tópicos sobre el autor de* Providence.

*Lo más divertido de componer la bibliografía fue enhebrar el material ficticio mencionado en ella con el real. El lector interesado en tales minucias quizá pase un*

*rato divertido intentando desentrañar qué libros de los que menciono existen y cuáles no.*

# 1994

# VICTORIA PÍRRICA

Grabo esto exclusivamente para ti. Los demás no me importan demasiado, pero tú te mereces saber lo que ha ocurrido realmente. Claro que, desde tu punto de vista, no ha ocurrido nada, y difícilmente podrás aceptar lo que oyes. Sin embargo, es la verdad, o al menos lo fue.

Cuando llegaste al asilo llevaba algo más de un mes inmiscuyéndome en los recuerdos de los otros residentes. Fue algo casual, y aun hoy no he podido saber cómo llegó a ocurrir. Tengo la sospecha de que todo se debió a un medicamento o una combinación de ellos que, de alguna manera, alteraron mis percepciones de la realidad. Y no solo las percepciones. Pero eso, como la mayoría de las explicaciones, no explica nada.

Ocurrió por la noche. Estaba a punto de quedarme dormido, ya conoces ese estado, la vigilia y el sueño se mezclan, te duermes solo para volver a despertar enseguida a causa de cualquier ruido y, antes de que sepas lo que ha pasado, te has dormido otra vez. Comencé a soñar. Al menos eso creí al principio. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que estaba despierto. Me veía a mí mismo en la cama, oía a las enfermeras recorrer el pasillo, la luz de la luna se colaba por la persiana mal cerrada. Recuerdo que aquello me irritó. No soporto la menor claridad cuando voy a dormir. Chasqueé la lengua y me levanté para cerrarla mejor. Entonces me di cuenta. El sueño no se había desvanecido. De alguna manera seguía viéndolo. Allí estaba mi habitación, pero, al mismo tiempo, justo al borde de mi campo de visión, desenfocado, seguía el sueño. Me detuve con una mano apoyada en la correa de la persiana y me quedé completamente inmóvil, hasta que la imagen se fue aclarando y la habitación a mi alrededor perdió consistencia. Enseguida conseguí identificar lo que veía: eran los recuerdos de alguien ajeno a mí. No tardé mucho en darme cuenta de que pertenecían a Elisa, tres habitaciones más allá. Es curioso, nunca he tenido la menor dificultad en identificar a quién pertenecían los recuerdos que contemplaba.

No tengo mucho tiempo. He sentido los primeros pinchazos del sueño, de mi último sueño. Apenas me quedan unos minutos y en ellos he de contarte todo lo que ocurrió. O, tal y como tú (y todos los demás) veis las cosas, no ocurrió.

Una semana después no necesitaba acudir al sueño. Podía introducirme en

los recuerdos de los demás cómo y cuándo quisiera, pasear por entre ellos a mi antojo, recorrerlos como si fueran las viñetas de un comic, los fotogramas de una película. ¿Te imaginas lo que significaba eso para un mirón como yo? Ya sabes, unos viven, otros huyen y otros miran. Eso es lo que yo he estado haciendo toda mi vida, mirar. No he sido más que un espectador, y he disfrutado de cada pequeño atisbo de la vida de los demás al que he tenido acceso.

Se me ofrecía la oportunidad perfecta. De alguna manera (no sé cómo, e imagino que no quiero saberlo) las vidas de los demás eran ahora un atlas que podía desplegar cuándo y cómo quisiera para recorriera su mundo interior a mi antojo. Con el tiempo, con la práctica, fui ganando pericia: podía obtener una visión general, un rápido *flash* de lo que había sido el pasado de los demás, o podía detenerme en un accidente concreto, congelar un instante de su memoria y escudriñarlo hasta el último detalle.

Entonces apareciste. El día de tu llegada te fui presentado, como todos los demás, pero no me reconociste, por supuesto. ¿Qué motivos tenías para pensar que aquel viejecito calvo y encogido podía ser el mismo muchacho babeante y estúpido que había vivido pendiente de ti hacía más de sesenta años?

Supe quién eras al primer golpe de vista. Los años no habían sido misericordiosos contigo, el tiempo nunca lo es, y estabas tan vieja, encogida y arrugada como yo mismo. Pero aquellas cinco décadas no habían pasado por tus ojos y tu boca seguía teniendo la misma forma perfecta que me había cortado la respiración cuando teníamos dieciséis años, exactamente igual que me la cortaba ahora. Me saludaste (distante, distraída) y pasaste al siguiente.

Apenas pude dormir aquella noche, y ni siquiera me molesté en recorrer el pasado de los otros. Qué me importaba el pasado de los demás cuando era el mío el que aparecía de repente de la nada. Entre los catorce y los dieciocho años había sido tu perrillo faldero, pendiente de cada mínimo gesto tuyo, de cada palabra.

Luego, acabado el instituto, simplemente te fuiste.

Seguí recibiendo noticias sobre ti, por supuesto, gracias a amigos comunes que te mencionaban de pasada. Me siento un poco tonto diciendo esto. Al fin y al cabo, tú deberías saberlo tan bien como yo. Soy como uno de esos malos escritores que ponen en boca de uno de sus personajes algo que todos en la historia ya saben pero que el lector ignora.

Solo que no es así. Ya no.

Al día siguiente te seguí, mudo, silencioso. No creo que lo notaras. Pero mis ojos te perseguían, te acechaban fuese donde fueses, hicieras lo que hicieras, dijeses lo que dijeses, como en aquella vieja canción.

Llevaba más de un mes recorriendo el pasado de todos los que pasaban junto a mí: residentes, enfermeras, celadores, médicos; había saboreado su memoria como el más exquisito de los manjares. Y allí estabas tú, como un

regalo caído del cielo. Sin embargo, no di el paso. Aún no. Miedo, quizá. No lo sé y ahora ya no tiene demasiada importancia.

Pasó una semana y todo volvió más o menos a la normalidad. En todo aquel tiempo intercambiamos un par de frases de cortesía que no recuerdo y que carecían de sentido. Volví a mi afición favorita y mis ojos, aunque siguieron acechándote por todas partes, perdieron aquel brillo ansioso.

Fue entonces cuando Esteban murió.

Supongo que debo decir que éramos amigos, aunque eso no signifique mucho. Jugábamos al ajedrez por las tardes y él me hablaba a veces de sus nietos. No sé si lo apreciaba, pero le tenía cierta lástima, sobre todo desde el día en que me había paseado por sus recuerdos. Esteban se sentía inútil, un completo cero a la izquierda, alguien que no había hecho nada en toda su vida que justificase su existencia. Lo peor no era eso. Lo que realmente lo atormentaba era que tenía la sensación de que podía haber marcado la diferencia y la cobardía se lo había impedido.

De todos sus recuerdos tenía uno al que volvía una y otra vez, con una intensidad casi febril. Esteban, con veinte años, pasea por la calle. Ve un edificio en llamas. Alguien se asoma a una ventana y pide ayuda. Esteban duda. Da un paso hacia el edificio y se detiene. Entonces alguien se le adelanta y entra. Minutos más tarde, justo cuando llegan los bomberos, el hombre que se le ha adelantado sale de la casa con dos niños en brazos. Eso era todo. Esteban tenía la sensación de que si hubiera entrado en lugar de la otra persona su vida habría estado justificada, ya no habría importado lo que pasara de allí en adelante. Incluso tenía un recorte de periódico, amarillento y quemado por la edad, en el que entrevistaban a aquel individuo en relación con su heroica hazaña. Lo vi sacarlo de su cartera cientos de veces, desdoblarlo y mirarlo largo rato sin decir nada.

El día que murió llevaba ya nueve postrado en la cama. Se consumía lentamente, por nada en concreto que los médicos pudieran describir, salvo esa frase que no indica nada y que sin embargo nos estremece de terror cuando la oímos: «la edad». Fui a su cuarto a verlo. Apenas parecía consciente de mi presencia; en realidad casi no parecía consciente de nada de cuanto ocurría a su alrededor. En su mente solo había sitio para aquella tarde fatídica en la que pudo haber sido un héroe y la cobardía se lo impidió.

No lo pude evitar. Me lancé hacia adelante y entré en sus recuerdos. De nuevo lo vi frente a la casa, dudando. Algo se quebró dentro de mí. «Vamos, hazlo», grité, «vamos» y sentí que de alguna manera lo empujaba. Entonces Esteban echó a correr hacia la casa en llamas. Subió por las escaleras, entró en la habitación donde pedían auxilio y cogió a los dos niños. Cuando llegó abajo, una multitud expectante lo vitoreaba y un periodista se acercó a él.

Parpadeé, aturdido. Aquello estaba equivocado, torcido. No era así como había sucedido. De pronto, Esteban me vio y me llamó. Dije algo, no recuerdo

qué, posiblemente algunas vacías palabras de consuelo.

—No me importa —dijo con una voz apagada, casi inaudible—. La muerte no importa si uno ha justificado su vida de alguna manera. Fui un héroe, ¿sabes?

Fruncí el ceño. En la habitación había una enfermera. Me volví a ella y dije:

—Pobre. Desvaría.

Ella pareció disgustada.

—Quizá exagera un poco, pero lo que hizo tuvo su mérito —dijo.

Me señaló la pared junto a la cama. Allí, enmarcado y plastificado, había un recorte de periódico. No necesité leer los titulares para comprender que era un artículo hablando de la hazaña de Esteban al salvar a aquellos niños. Me levanté y lo miré. Un sonriente Esteban salía de una casa en llamas con dos criaturas en brazos. Me volví a la enfermera.

—Pero… —empecé a decir.

—Ha muerto —me interrumpió ella, tapándole el rostro con una sábana.

Salí de la habitación, aturdido. ¿Qué había pasado? Había entrado en sus recuerdos y, de alguna forma que no comprendía, los había modificado. No, no era eso. Había hecho algo más. No solo había modificado los recuerdos de Esteban, sino los de la enfermera.

¿Y el recorte de periódico?

Sentí vértigo al comprender lo que había hecho realmente. Había modificado la realidad. Al alterar los recuerdos de Esteban había cambiado los acontecimientos. En cierta forma, aunque fuera mínimamente, había cambiado el mundo en el que vivía.

Más tarde lo comprobé. Todos recordaban la hazaña de Esteban.

—Coño, si no hablaba de otra cosa —me dijo Marco cuando se lo pregunté.

Aquello me hizo temblar. ¿En qué me había convertido? No solo podía ver el pasado de los demás, podía modificarlo. Y lo que cambiaba quedaba fijado para siempre, como si eso fuera lo que realmente había ocurrido. De hecho, así era. La realidad anterior no solo desaparecía, jamás había tenido lugar. Nadie la recordaba salvo yo.

Noto que la modorra me va venciendo. No tengo mucho tiempo, así que será mejor que abrevie.

No espero que comprendas lo que he hecho, o que me perdones por ello.

En realidad, ni siquiera creerás que lo haya hecho.

Me he introducido en tu pasado, me he paseado por él hasta saberme tu historia de memoria y luego la he cambiado a mi antojo. Te he… te he convertido en lo que eres ahora.

Fue difícil y cometí muchos errores. Pero podía repararlos, claro, sin problemas. Todo lo que tenía que hacer era regresar a aquel instante que había

cambiado y volver a dejarlo como estaba. Y luego, a partir de ahí, probar otra vez.

Fue necesario más de un cambio. Logré que a los quince años te enamorases de mí, solo para que siete más tarde me dejaras. Allí tuve que intervenir de nuevo, realizar un pequeño ajuste. Y tuve que hacerlo otra vez década y media más tarde. Después de eso solo fueron necesarios pequeños toques, ajustes menores: una pincelada aquí y otra allá, lo suficiente como para completar el cuadro.

Al acabar, no recordabas haberme conocido cuando éramos adolescentes y haberte ido de mi vida cuatro años después. No, tus recuerdos abarcaban sesenta años de felicidad a mi lado, hasta que ambos habíamos decidido ingresar juntos en el asilo. No solo tus recuerdos, el mundo entero había cambiado para acomodarse al guion que yo había escrito con tu pasado.

No me crees, claro. No podía ser de otra forma. Para ti el nuevo pasado es el auténtico. El otro no ocurrió jamás. Pero te pido que lo aceptes, solo por un momento, como una simple hipótesis descabellada. ¿Por qué entonces estoy aquí grabando mis últimas palabras frente a este micrófono, por qué me he inyectado ese medicamento de nombre impronunciable que poco a poco me va sumiendo en el último sueño?

La respuesta es dolorosamente obvia. Porque he fracasado. Sí, recuerdas esos sesenta años a mi lado. Pero yo no. Cambio el mundo y todos recuerdan los cambios que introduzco en él como si jamás hubiera sucedido otra cosa. Todos menos yo. Quizá recuerdes haberme amado toda tu vida. Lo que recuerdo, sin embargo, es que jamás te has fijado en mí, que he estado solo toda mi vida y que he manipulado la realidad para obtener una victoria fútil que me ha dejado un regusto amargo y vacío en la boca. Así de sencillo.

Apenas puedo mantener los ojos abiertos y noto la lengua pastosa. Espero que puedas perdonarme el sufrimiento que mi suicidio te va causar. Podía haber vuelto a hacerlo, haber regresado a tus recuerdos para restaurarlos a su estado inicial. Ya no me recordarías y mi muerte no te causaría el menor dolor.

No lo haré.

Si voy a morir, si voy a fracasar, al menos que haya alguien que me recuerde, aunque su recuerdo de mí sea absolutamente falso.

Ojalá las cosas hubieran sido distintas. En realidad, lo fueron.

*Como lector de ciencia ficción desde la infancia, los relatos de viajes en el tiempo siempre han estado entre mis favoritos. Sin embargo, es un subgénero que he tocado muy poco, tal vez porque lo considero uno de los más difíciles.*

*«Victoria pírrica» es quizá mi primer acercamiento al tema, y en realidad es un acercamiento un poco de soslayo, porque en el fondo no hay viajes en el tiempo… siempre que consideremos que este tiene existencia objetiva fuera de nuestra percepción, claro.*

*El relato gira alrededor del pasado y la memoria y del hecho de que, en cierto modo, somos lo que recordamos haber sido, la historia que nuestra memoria nos cuenta acerca de nosotros mismos, que va cambiando cada vez que la recordamos.*

*No tengo muy claro de dónde salió la idea para el cuento. Tengo la sensación de que surgió en un chispazo, ya totalmente formulada, incluida el modo de contarla.*

*¿Fue así realmente? Como dije, nuestra memoria reinventa los acontecimientos cada vez que los recuerda. Y recordar, en cierto modo, no deja de ser otro modo de mentir.*

*Confieso que al releer ahora «Victoria pírrica», he estado tentado de cambiarle el final. Encuentro demasiado mezquina y rencorosa la actitud del narrador, especialmente esa negativa a restaurar los recuerdos de la persona a la que supuestamente ama, algo que en su día ni vi ni me habría importado de haberlo visto y que ahora me produce un intenso rechazo. El narrador del relato, tal como lo veo ahora, es una persona tóxica y egoísta, que en realidad dedica sus habilidades a lo que es una pura fantasía masturbatoria donde la «mujer amada» no es más que un trofeo, un objeto cuyo bienestar, en el fondo, le importa una mierda. Una actitud que no puede estar más en las antípodas de la propia… y que ya lo estaba cuando escribí el relato.*

*Sin embargo, las decisiones narrativas que tomé en ese momento fueron las que fueron. ¿Por despreocupación, por no pensarlo lo suficiente, por la comodidad de seguir ciertos clichés y estereotipos? Por todo ello, seguramente.*

*Como sea, así se queda el final del relato, por mucho que me pese. Al fin y al cabo, estoy intentando mostrar mi evolución como escritor en estas páginas, así que también debo dejar que veáis los errores que en su día cometí.*

# 1996

# ATRAVIESA EL DESIERTO

Atraviesa el desierto y a su paso el silencio se cierra como una mortaja envolviendo un cadáver sin esperanzas. Atraviesa el desierto, un suspiro de plata líquida, y nada detiene su destello interminable, el único testigo de su paso fugaz es el polvo que se asienta lentamente. Atraviesa el desierto, navega por los mares resecos como una bala lanzada en busca de una presa esquiva, un proyectil sin destino, una pregunta sin interlocutor.

Brilla en mitad del mediodía ardiente que convierte la planicie estéril en un mar reverberante, pero no hay ojos para contemplar los espejismos, no hay gargantas resecas que clamen por un último trago de agua o la muerte, no hay manos implorantes en busca de una ayuda que no llegará. Avanza como si no fuera de este mundo, como algo que la naturaleza no ha concebido, atravesándola a su paso como un animal ajeno, como una criatura mitológica, como un gólem de acero y plástico.

El rail se extiende interminable, y ni el tiempo ni la arena consiguen sepultarlo, florece en mitad del desierto y se pierde en un horizonte sin nubes. Sobre él, el tren se desliza en un abrazo tan fugaz como eterno en busca de esa línea que separa cielo y tierra y a la que no llegará jamás, como un animal que se acoplase con su pareja en un coito tan frenético como estéril.

A su paso el único testigo es el silencio, el sol abrasador, la arena y las piedras que yacen imperturbables. Lentamente el sol se va poniendo a sus espaldas mientras el tren devora kilómetros con un hambre insaciable, con una gula inútil. La noche cae a su alrededor, y el proyectil de plata líquida se transforma en un fantasma susurrante que atraviesa un cementerio sin cadáveres. Las estrellas, tan frías como burlonas, tan distantes como indiferentes, contemplan su viaje sin sentido y, acaso, sonríen.

Al amanecer el rail se curva, se arquea para franquear lo que parece un cráter lunar y un día fue, posiblemente, un lago. El tren no se detiene, sigue su carrera sin vencedores, atraviesa la olla en la que fósiles mudos y esqueletos calcinados parecen asentir inmóviles a su paso, en un gesto falso de aprobación.

No se detiene. Atraviesa el desierto que un día fue una selva con la misma

indiferencia con la que cabalgaría sobre el océano si aún existiera algo así en este mundo muerto y reseco cuyos dueños desaparecieron hace tiempo, consumidos en una última llamarada de gloria y locura, quizá en alguna guerra sin propósito, o en algún desastre que ellos mismo provocaron buscando privilegios inútiles con los que llenar sus vidas carentes de sentido.

No se detiene.

En su interior, el algoritmo de viaje ejecuta una y otra vez sus iteraciones, comprueba los sellos presurizados, la estabilidad de los motores, la comodidad de unos pasajeros que hace tiempo dejaron de subir, la limpieza de unos compartimentos cuyo único ocupante es el vacío, la correcta mezcla de bebidas en un bar que ningún borracho solitario visita en busca de un olvido que sabe que no encontrará allí. Manos de metal y plástico lo colocan todo en su sitio, camareros cibernéticos aguardan a unos comensales que no llegarán jamás, un monitor se enciende en la sala de recreo mostrando ruido blanco en todos y cada uno de sus ciento veintisiete canales y en los auriculares junto a los asientos Beethoven deja caer agorero las cuatro primeras notas de su quinta sinfonía, ignorante de que Lennon se queja de su luna de miel junto a Yoko en el canal de al lado, y que uno más allá un grupo de viejas glorias repite la enésima grabación de sus grandes éxitos.

No se detiene.

No hay estaciones intermedias en este viaje que parece atravesar de lado a lado la inmensa necrópolis en que se ha convertido el planeta. La noche cae de nuevo, los robots preparan las camas, tan eficientes como inútiles, y una orquesta holográfica interpreta en el salón verde las grandes melodías del pasado. Por un momento el tren casi parece cobrar vida a medida que las grabaciones tridimensionales de músicos muertos hace cientos de años vuelven a ejecutar su música. Pero no son más que fantasmas de la maquinaria, trucos de prestidigitación digital que el ordenador que dirige el tren (y en cierto modo es el tren) realiza con la misma monotonía y eficacia con la que controla la temperatura del exterior o el estado de la vía.

Al fin, la estación terminal se alza como un punto diminuto y oscuro sobre el horizonte impío. El tren parece redoblar sus esfuerzos, toma carrerilla sobre el fluido monorraíl como si al final del trayecto fuera a encontrar todas las respuestas.

La ciudad es ya una promesa de cemento y cristal, como una torre mítica en un cuento de hadas, como el tesoro de un dragón. Y el tren reduce velocidad a medida que se aproxima a ella, como si quisiera que sus habitantes fueran testigos de su llegada. Cuando cruza los primeros edificios ha dejado de ser un veloz proyectil de metal líquido y sus formas aerodinámicas y elegantes se pueden contemplar con nitidez.

Pero nadie vuelve la vista a su paso, nadie señala con asombro la más perfecta y eficaz creación del ser humano. La ciudad observa en silencio la

llegada del tren, y lo acoge muda, indiferente, como si el espectáculo de su llegada fuera algo tan cotidiano que no mereciera la pena comentarse. Edificios que parecen moradas de gigantes vuelven sus ventanas relucientes hacia el sol e ignoran al tren con frialdad, casi con envidia. Ninguna mano alza una persiana, nadie se asoma a mirar.

En la estación, sin embargo, todo es distinto. Por encima de la música ambiental, una voz perfectamente modulaba anuncia la llegada, según el horario previsto, del expreso intercontinental, que volverá a partir a las quince y veintiocho.

El tren se detiene en el andén, y sus puertas se abren para permitir que sus inexistentes pasajeros bajen a tierra. Espera tranquilo, inmóvil, indiferente a la proeza que acaba de realizar, sin el menor orgullo por su viaje heroico, mientras nadie se acerca a sus puertas, nadie introduce sus billetes en el revisor automático, nadie toma asiento en los cómodos sillones verdes.

Al fin la hora se acerca y el tren, lentamente, paso a paso, con la misma parsimonia con la que llegó, abandona una ciudad dormida para siempre en el sueño sin final de la muerte. En el interior del tren, los archivos se actualizan: pasajeros desembarcados cero, pasajeros embarcados cero.

De pronto el tren se detiene. Una voz que no es modulada por un sintetizador resuena en el vacío de la estación.

—¡Alto!

Los frenos, con una precisión extrema y una suavidad íntima, detienen el tren. Las puertas se abren y permiten subir a este pasajero inesperado que con dificultad consigue introducir el billete en la ranura del revisor automático. Con andares renqueantes cruza los vagones mientras el tren arranca de nuevo, llega al bar y se sienta junto a la barra. Mira el paisaje más allá de las ventanas, las torres desnudas de la ciudad que van siendo sustituidas lentamente por el paisaje árido y sin misericordia del desierto.

—¿Qué le pongo, señor?

Al principio el pasajero parece aturdido y mira incrédulo frente a él. El arquetipo mismo del camarero se alza expectante tras la barra. El pasajero extiende una mano para tocar su esmoquin impoluto pero la mano lo atraviesa y el pasajero comprende que está frente al fantasma sutil que en otros tiempos se llamó holograma.

—Un café —consigue articular al fin—. Con leche.

La cafetera borbotea alegre por primera vez en años y una taza humeante se posa en la barra frente al viajero. Este saborea el café como si fuera lo primero que bebe en mucho tiempo y luego se vuelve al camarero.

—Gracias.

—No hay de qué, señor. Estamos para servirle.

El pasajero asiente distraído y continúa saboreando el café. Su mirada tiene algo de febril y la carne se le pega a los huesos, tan tirante como la de

una momia.

—Quiero hablar con el ordenador de viaje —dice de nuevo, asombrado ante su propio atrevimiento.

—Está hablando con él, señor.

—Comprendo.

—¿Desea hacerme alguna pregunta en concreto?

—En realidad, sí. ¿Por qué?

—Creo que no le comprendo, señor.

—¿Por qué este viaje? —Su voz suena cansada, cercana al agotamiento. Desgrana cada palabra con desesperación, casi como si temiese que fuera a ser la última—. ¿Por qué seguir recorriendo estos páramos vacíos? ¿Qué sentido tiene?

—Es lo que debemos hacer, señor.

—Pero ¿para qué? Posiblemente yo sea la última persona sobre la tierra y cuando haya muerto no habrá nadie más. No habrá pasajeros que llevar a ningún sitio. ¿Para qué seguir entonces?

El camarero parece sopesar sus palabras, y por un instante un brillo de comprensión asoma a sus ojos, como si realmente fuera la persona que simula ser. A su lado, el pasajero ha caído sobre la barra, con los ojos vidriosos, y permanece inmóvil.

—Es muy posible que tenga usted razón, señor.

Pero el pasajero ya no responde. El tren analiza sus signos vitales y comprueba que estos han cesado. Ya no es un pasajero, solo otro desperdicio que reciclar y el tren da la orden oportuna para que sea eliminado.

Durante un instante fugaz algo parece a punto de quebrarse en el tren, como si comprendiera por fin la futilidad de su propósito. Hay un clic casi audible y luego todo sigue como si nada hubiera pasado. El programa de viaje continúa ejecutándose con la misma precisión de antes. Todo es correcto. Todo está como debería estar. El camarero recoge la taza vacía de café y la envía a la cocina, donde manos que nunca han estado vivas la volverán a dejar impoluta.

Mientras tanto, el tren atraviesa el desierto y a su paso el silencio se cierra como una mortaja envolviendo un cadáver sin esperanzas. Atraviesa el desierto, un suspiro de plata líquida, y nada detiene su destello interminable, el único testigo de su paso fugaz es el polvo que se asienta lentamente. Atraviesa el desierto, navega por los mares resecos como una bala lanzada en busca de una presa esquiva, un proyectil sin destino, una pregunta sin interlocutor.

*A mediados de los noventa decidí presentarme al premio de relatos que organizaba RENFE y que, lógicamente, tenían que ser de temática ferroviaria.*

*Envié «Atraviesa el desierto», que acabó pasando por el certamen sin pena ni gloria. Quizá lo encontraron flojo; posiblemente, el escenario postapocalíptico que dibujo en el relato no les pareció a los miembros del jurado la forma más adecuada de promocionar el transporte ferroviario.*

*Como sea, el cuento languideció en mi disco duro unos cuantos años. Cuando salió de su crisálida, el resultado fue sorprendente: no solo acabó siendo publicado en la versión española de la revista* Asimov Ciencia Ficción, *sino que fue mi primer relato traducido al francés. Curioso.*

*Aunque soy consciente de que lo que narro no es gran cosa y yo mismo pienso que la moraleja es demasiado evidente y torpe, me sigue gustando el tono poético en el que está narrado y la desesperación y la futilidad que atraviesan cada frase como un cuchillo al rojo vivo.*

*Por otro lado, este es uno de los pocos relatos que he escrito en el que detecto de forma explícita la influencia de Stephen King. Lo cual es curioso, porque King es uno de mis autores favoritos, así que es de suponer que me haya influido en otros momentos. Ese tren automatizado, que atiende a sus viajeros para siempre, vivos o muertos, está inspirado en buena medida en el Blaine el Mono que aparece en* Las Tierra Baldías, *tercer libro de La Torre Oscura.*

*Digo gracias, sai King.*

# TAROT

*Para Carolina y Marisa*

—Bien, señor Rodríguez. Hemos jugado a su juego y ha ganado. Creo que va siendo hora de que juguemos al mío.

Aquello me pilló por sorpresa. Acababa de ligar los dos dieces que me hacían falta para un *full* y trataba de impedir que mis dedos empezaran a tabalear sobre la mesa, traicionándome. Alcé la vista y solo entonces me di cuenta de que en la mesa quedábamos dos jugadores. El resto se había ido largando a medida que transcurría la tarde y sus fichas pasaban a engrosar el montón multicolor junto a mi mano derecha. Mi único oponente conseguía mantenerse no demasiado mal, perdiendo un poco a veces, ganando un poco otras. Era un jugador prudente. Rara vez arriesgaba. Esos son los más difíciles de tumbar: nunca darán el golpe, pero sus pérdidas jamás son excesivas.

—¿Por qué no? —dije, respondiendo a su oferta mientras juntaba los dos dieces con el resto de las cartas. Si jugábamos a algo que realmente le gustase quizá cometiese algún error del que yo pudiera aprovecharme—. Pero primero terminemos esta mano, ¿no?

Asintió y me miró con un brillo extraño en los ojos. Hasta entonces no me había fijado demasiado en él, y eso era curioso, porque el póquer no deja de ser un juego de carácter. Es fundamental conocer las manías y los tics de los otros jugadores, porque sus cartas y el modo en que las juegan son tan importantes como las tuyas. Recuerdo que al sentarme en la mesa le lancé una mirada distraída y lo catalogué sin pensármelo mucho como el típico jugador de fin de semana, que no ganaría nada, pero tampoco perdería mucho. Durante toda la tarde había resultado completamente anodino, gris, desvaído, como si él mismo no estuviera muy seguro de su realidad. Desde el momento en que acepté su desafío pareció volverse más nítido, como si estuviera más presente en cierto extraño modo.

Jugamos aquella última mano y gané con facilidad, pese a que intentó echarse un farol con un trío de cuatros. Incluso en eso no puso un gran

empeño, como si faroleara tan solo porque eso era lo que se esperaba de él en esa situación.

—Puede recoger sus fichas si lo desea, señor Rodríguez. Haré que el crupier se las cambie.

Aquello no tenía sentido y la expresión de mi rostro debió de ser bastante evidente. Una sonrisa tenue apareció en aquellos labios delgados y pálidos.

—No necesitaremos dinero. Se lo aseguro. —Chasqueó los dedos y un crupier apareció a su lado, entrando repentinamente en el haz de luz que caía sobre la mesa—. Cambie las fichas del señor Rodríguez. Y tráigame mi baraja. —Se volvió a mí—. Por supuesto, puede examinarla si lo desea, para asegurarse de que no está trucada.

Hice un gesto poco comprometedor con los hombros. El crupier recogió mis fichas y se fue de allí con una celeridad casi mecánica. Entrecerré los ojos y una idea asomó a mi cabeza.

—¿Es usted el dueño de esto?

—Digamos que tengo cierta influencia con él. —Otra vez aquella sonrisa —. Bien, aquí está.

El crupier, después de dejar una bandeja con un abultado fajo de billetes a mi lado, le tendió un extraño mazo de naipes, mucho más alargados que los normales y, aparentemente, más gruesos.

—¿Desea examinarlas?

—Si no le importa.

Me las tendió. Efectivamente eran más grandes, más alargadas y más gruesas que las cartas normales. También eran de mucha mejor calidad. Y tremendamente antiguas: el satinado que les daba brillo se había ido desgastando y por un momento me imaginé el cansancio paulatino de su superficie después del roce de miles de dedos. Les di la vuelta y las contemplé: parecía una prosaica baraja española, oros, copas, espadas, bastos, con la salvedad de que había ochos, nueves y dieces. Estaban ilustradas en un estilo primitivo y algo recargado en las decoraciones de los palos, y las figuras eran de un realismo ingenuo y detallista que les daba cierto encanto. Luego, empecé a ver cartas que no conocía de nada: un loco, que quizá fuera el comodín o quizá no, una torre, dos amantes, un carro, el sol y la luna, un juicio… Alcé la vista de repente, comprendiéndolo todo.

—¿Vamos a jugar con cartas de tarot?

Mi oponente asintió en silencio. Encontré aquello enormemente divertido.

—¿Qué pasa, va a decirme la buenaventura?

—No necesariamente la buena, amigo mío.

Su voz, que al principio había sido tan gris y átona como él mismo, había ido adoptando en los últimos minutos una cualidad profunda y resonante que parecía hacerla llegar de muy lejos.

—En realidad el juego es muy sencillo —dijo—. No muy distinto del

póquer al que hemos dedicado las últimas horas. Hay tres descartes, a menos que uno de los jugadores decida que es suficiente. Jugaremos con siete cartas. Con cinco de ellas podrá hacer las combinaciones normales del póquer. Cualquiera de los arcanos mayores puede servirle de comodín, aunque… bueno, hay arcanos que no casan con ciertas cartas.

—¿Cuáles?

—Lo sabrá usted cuando llegue el momento.

—De acuerdo. ¿Y las otras dos cartas?

—Las otras dos cartas serán siempre dos arcanos mayores, en caso contrario carecerán de valor, será como si solo tuviera cinco. Según las que sean pueden hacer que su jugada valga más o menos.

—¿En función de qué?

—Eso lo sabrá también cuando llegue el momento.

Aquello era ridículo. Me estaba metiendo en un juego en el que no conocía todas las reglas, y eso es algo que jamás hago, no desde… Aparté el pensamiento de la cabeza antes de que lo hubiera formulado del todo. No era el momento. Consideré la idea de levantarme de la mesa y salir de allí. Les lancé una mirada indecisa a los billetes nuevos y seguramente crujientes que descansaban junto a mi mano derecha. El hombre al otro lado de la mesa debió de captarla, porque enseguida dijo:

—Jugaremos unas manos de prueba, para que pueda ir haciéndose con las reglas, si le parece bien.

Lo pensé unos instantes. Miré otra vez el fajo de billetes y a mi oponente y respiré con calma. Qué demonios, solo era dinero, podía ganar más desplumando a otros primos. Miré de nuevo las cartas de tarot que tenía en la mano. Siempre me han fascinado los retos, y más cuando estos implican alguna clase de enigma.

—De acuerdo —dije al fin—. Echaremos un par de manos.

—¿Quiere repartir usted?

No respondí. En lugar de eso comencé a barajar las cartas. Me resultó difícil al principio, hasta que mis manos se acostumbraron a sus dimensiones y consistencia. Tenían un tacto curioso: suave, como si no fueran de papel sino de satén. Al final puse el mazo en mitad de la mesa para que él lo cortara.

Extendió una mano pequeña y cuidada y casi tan blanca como la servilleta de papel que había junto a su copa y tocó suavemente el mazo con los nudillos. Lo recogí y empecé a repartir. No sabía si había alguna forma especial de hacerlo, pero ya que él no me había dicho nada decidí que lo mejor sería una tanda de tres y dos de dos. Mi oponente pareció satisfecho con ello, dejó escapar un breve gruñido y bebió un trago mínimo de su vaso.

Recogí mis cartas y les eché un vistazo. Una pareja de doses, un diez, dos figuras (una sota y una reina), un tres y una silueta escuálida vestida con un manto negro y que sostenía una enorme guadaña, más grande que ella misma.

No necesité leer el rótulo bajo la imagen para comprender que se trataba de la muerte. Bien, muerte o no, era uno de los arcanos mayores y me convenía quedarme con ella. Lo hice también con las dos figuras y me descarté del resto. Mi contrincante dejó caer una sola carta sobre la mesa.

Le di su carta y recogí mis cuatro. Ahora tenía dos reinas y varios naipes sin valor. Una pareja, aunque alta, no era gran cosa, sobre todo si teníamos en cuenta que él solo se había descartado de una carta. Pero no tenía solo una pareja, tenía una pareja de damas acompañadas de la muerte, lo que era una jugada nada despreciable.

Un momento. Aquello no tenía sentido. ¿Cómo sabía yo…? Sin embargo, al mirar las cartas comprendí que era cierto, que una pareja de damas acompañadas de la muerte era una excelente jugada. Sacudí la cabeza, intentando librarme de la sensación de irrealidad que me embargaba, pero era inútil.

Entretanto, mi oponente y se había deshecho de otra carta.

—Lo siento —me oí decir—. Corto.

Él asintió cortésmente y recogió la carta de la mesa.

—Como esto es una mano de prueba, no apostaremos nada y nos limitaremos a mostrar las cartas —dijo—. Como ve yo tengo un *full* de treses y dieces, acompañados del loco. La otra carta carece de valor.

Yo mostré mi pareja que en realidad era un trío.

—Espléndida jugada, señor Rodríguez. —Parecía complacido—. Usted gana.

En realidad, sus palabras no eran necesarias, yo había sabido que mi extraño trío ganaba a su *full* antes de que él dijera nada. Al volver la vista a mi alrededor me di cuenta de que estábamos solos; el único foco de luz en todo el casino era el que iluminaba nuestra mesa, y no había el menor sonido en toda la sala. Cogí mi vaso. No me gusta beber cuando juego, embota los sentidos, salvo un sorbo que otro de vez en cuando para aclararme la garganta y no dar la impresión de que soy un puritano, pero esta vez me bebí lo que quedaba del vodka de un solo trago. Enseguida un camarero se materializó entre las sombras y volvió a llenármelo.

Jugamos un par de manos más. En la primera conseguí un póquer de cuatros, pero también obtuve un juez de mirada impenitente que parecía decidido a condenar a toda la humanidad. Intenté deshacerme de aquella carta, sabía que convertía mi jugada en algo fútil y vacío, pero mi contrincante no me dejó. Cortó antes de que pudiera descartarme y perdí frente a un trío de dieces sin ningún arcano mayor. En la segunda gané apuradamente con unas dobles parejas que superaron una pareja simple. Ninguna carta extraña intervino en aquella jugada.

—Bien, señor Rodríguez. Creo que esto ha sido suficiente para que se haga una idea de por dónde va el juego. ¿Ha tenido problemas para combinar

los arcanos con las cartas ordinarias?

Negué con la cabeza. No era capaz de hablar. Seguía encontrando absurda toda la situación, y tenía la impresión de que al día siguiente me despertaría con una tremenda resaca y los bolsillos vacíos y que no recordaría nada de aquella alucinación sin sentido. Pero también tenía la impresión de era real, de que aquel juego era lo más real de mi vida y que tenía que seguir adelante, jugar hasta el final, no podía detenerme ahora.

—De acuerdo. Entonces discutiremos el premio para el ganador.

—No me lo diga —dije de pronto, encontrando valor para hablar después de un nuevo trago de vodka—. Si pierdo, usted se lleva mi alma.

Me maldije a mí mismo por haber abierto la boca. Estaba seguro de que el hombre al otro lado de la mesa encontraría mis palabras de una grosería imperdonable y se negaría a seguir jugando. Sin saber por qué aquello me aterró.

En lugar de eso sonrió como si acabara de escuchar algo tremendamente ingenioso.

—Nada de eso. Le aseguro que su alma, si es que una cosa tal existe, no tiene el menor interés para mí. No, aunque ha estado cerca de la verdad. También soy un coleccionista, como el… eh… caballero al que aludían sus palabras, pero no me dedico a cosas tan prosaicas como las almas. No. Quiero sus sueños.

—¿Mis sueños?

—Especialmente los más pequeños, los más íntimos, aquellos de los que usted ni siquiera es consciente, y de los que quizá se avergonzaría si los recordase. Pero también me interesan los grandes.

—Mis sueños —repetí, como si masticase las palabras—. Mis sueños. ¿Y cómo vamos a apostar? ¿Yo pongo sobre la mesa mi pesadilla de la noche anterior y usted la ve y sube?

—Exactamente.

Empecé a reírme. No fue algo que pudiera controlar. Una risa extraña me iba subiendo desde la boca del estómago y se deshacía en burbujas caóticas en mi garganta. Tardé bastante en recuperar el control, pero durante todo aquel tiempo mi oponente mantuvo la calma, mirándome de vez en cuando con el asomo de aquella media sonrisa que convertía sus labios en una línea pálida y cruel.

—De acuerdo —dije, cuando pude hablar por fin—. Mis sueños, ¿por qué no? ¿Y qué gano yo a cambio? ¿O quizá no espera perder?

—Gana lo mismo que yo. Sus sueños.

—Pero ya los tengo.

—No. Ahora mismo no tiene más que sombras, posibilidades. Si gana serán reales.

Me incorporé de repente.

—Lo siento —dije—. Tengo que ir al servicio.

—Por supuesto, ya sabe dónde está.

Recorrí el enorme salón vacío como un sonámbulo aterrorizado. Mis pies parecían hundirse para siempre en algo demasiado mullido y absorbente para ser una alfombra, y el silencio a mi alrededor era un carnívoro esperando en la rama de un árbol. La prosaica luz fluorescente del servicio fue un toque de realidad inesperado, y me tambaleé en la puerta. Conseguí soltar cuatro gotas tensas que no parecían terminar jamás, y luego hundí el rostro en el lavabo lleno de agua fría. Me sequé y peiné y me contemplé en el enorme espejo. Parecía estar mirándome desde muy lejos, desde el otro lado de un mundo incomprensible que insistía en existir pese a todos mis intentos por anularlo. Intenté guiñarme un ojo, pero el gesto me pareció tan absurdo en aquella situación ridícula que no me sentí capaz. Miré a mis espaldas. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero antes o después tendría que volver y decirle a aquel individuo si aceptaba o no su desafío. La sola idea de decirle que sí me ponía la piel de gallina, pero la posibilidad de que no encontrase el valor suficiente y terminara diciéndole que no me aterraba.

Vamos, maldita sea, vamos, me dije a mí mismo como unas quince veces.

Al fin, después de una última mirada al espejo (en la que me encontré con un rostro perplejo que intentaba inútilmente conservar la serenidad), reuní las fuerzas necesarias para irme de allí y enfrentarme de nuevo a aquella mesa solitaria donde él me esperaba.

No parecía haberse movido desde mi marcha. Me siguió con la mirada mientras me sentaba y luego preguntó solícito:

—¿Se encuentra mejor?

—Perfectamente —dije, aunque sabía que mi pelo revuelto y mojado y mis ojos de sonámbulo desmentían mis palabras—. Podemos empezar cuando quiera.

Él asintió.

—De acuerdo. Lo mejor será que saquemos una carta para decidir quién reparte la primera mano.

Barajó con indiferencia y con una suavidad que hacía inevitable hasta el menor de sus movimientos. Corté de forma torpe y extrajo una carta. Hice lo mismo. Me mostró su naipe: la gran sacerdotisa. Sin mirarlo, le di la vuelta al mío y me enfrenté con los ojos perdidos en la nada del loco.

—Reparte usted —me dijo.

Cogí la baraja y comencé a mezclar las cartas.

—Por cierto —dije, intentando llenar aquel silencio incómodo que se cernía cada vez más denso sobre nosotros—. No me ha dicho su nombre.

—Es cierto. No se lo he dicho.

Asentí mientras terminaba de barajar y depositaba el mazo sobre la mesa. Cortó con un ademán fluido y desganado. Recogí las cartas y empecé a

repartir.

Agotamos los tres descartes y me encontré con una solitaria pareja de doses y cinco cartas más que para nada me servían. Hablaba él.

—No empecemos demasiado fuerte. Un sueñecito trivial y sin importancia será bastante de momento.

No lo dejé seguir hablando. Con aquella mano que tenía difícilmente podía ganar nada, sobre todo si teníamos en cuenta que él solo se había descartado de un naipe las tres veces.

—No voy —dije.

—Me temo que eso no es posible después del tercer descarte.

Pensé en quejarme, porque no me lo había advertido antes, pero comprendí que pese a eso yo lo había sabido, así que no dije nada.

—Entonces habla usted.

—La semana pasada soñó que paseaba por un jardín con su antigua novia. Apenas hablaban, pero estaban juntos y se sentían bien. Es un sueño que me interesa.

Incapaz de hablar, solo pude menear la cabeza. Recordaba aquel sueño, acababa de volver nítido a mi memoria un instante antes de que fuera conjurado por las palabras de mi oponente. Era una imagen un poco tonta: Concha y yo paseando, a veces agarrados de la mano, a veces mi barbilla descansaba en su espalda mientras la abrazaba por la cintura y los dos contemplábamos algo que carecía de sentido y que no tenía importancia. Me había despertado con sus últimos rescoldos entibiando mi cabeza, ligeramente sorprendido, porque hacía años que no pensaba en Concha, pero enseguida lo olvidé. Ahora, sin embargo, encontré que en aquel sueño había algo vital, algo de enorme trascendencia para mí, y no deseaba desprenderme de él.

Alcé la vista y me encontré con una mirada tranquila y oscura. Solo había una cosa que pudiera hacer si no quería perder aquel sueño: farolear y arriesgar un par de ellos más.

—Venga —dije, con toda la arrogancia que fui capaz de encontrar en aquellos momentos—. Se conforma usted con poco. Veo su apuesta y además la subo. Hace un par de días tuve un rocambolesco sueño en el que hacía saltar la banca en un casino infinito. ¿Le interesa?

Jugaba con la idea de que, conociéndome como un jugador profesional, juzgara aquel sueño más importante para mí de lo que era en realidad. No pareció demasiado interesado. Al final, con un encogimiento de hombros dijo:

—Lo veo.

Mostré mi pareja. Él no había ligado nada con cinco de sus cartas, pero la nada acompañada de la muerte y el juicio era suficiente para derrotar a una pareja.

—Me temo que sus dos sueños son míos.

—Eso parece —dije.

No me preocupaba demasiado, no eran sueños demasiado trascendentes. De hecho, ni siquiera conseguía recordarlos en aquellos momentos.

Seguimos jugando. Procuraba adelantarme a él con apuestas que no resultaran muy importantes: imágenes inconexas a las que jamás les había visto el sentido, deformaciones grotescas de la monotonía de un día; incluso apostando deliberadamente alguna pesadilla inquietante cuando no tenía intención de ganar. Mientras tanto, no apartaba la vista de mi oponente, tratando de encontrar sus puntos débiles, sus manías como jugador. No parecía tenerlas, en todo momento se comportaba con una calma casi total y sus modales eran exquisitos, ganara o perdiera. No parecía tener el menor tic que pudiera explotar.

A medida que jugábamos iba conociendo las cartas. Aprendí a reconocer si la mirada del loco ocultaba desesperación o alegría tras su mueca burlona, si el carro tiraba de los pueblerinos o los aplastaba bajo su rueda, si el juicio era realmente un juicio o un carnaval, si el líquido rojo en el que se bañaba la gran sacerdotisa era o no su propia sangre menstrual, si la luna estaba partida, el sol agonizaba o la muerte se había detenido a descansar unos minutos a un lado del camino. Poco a poco fui conociendo las cartas, encontrando los secretos que al principio me habían esquivado, aprendiendo a descubrir sus cambios de humor, a reconocer como algo familiar el tacto de su superficie satinada entre mis dedos.

Llevábamos algo más de una hora jugando, y en aquel tiempo había ganado la posibilidad de convertir en realidad un par de sueños y él se había quedado con otros siete. Interiormente, sonreí satisfecho. En realidad, él no había ganado prácticamente nada; aquellos siete sueños eran tan triviales que ni siquiera era capaz de recordar en qué consistían.

Entonces lo comprendí. Alcé la mirada a mitad de un descarte y vi la burla secreta en sus ojos fríos. No había olvidado los sueños porque no significasen nada para mí, lo había hecho porque él se los había quedado.

A partir de aquel momento jugué con rabia, con desesperación, como si me sintiera embaucado por un timador demasiado hábil. Sin embargo, él no había mentido, me había revelado el propósito de la partida desde un principio; de hecho, no tenía la culpa si yo había sido tan imbécil que no había sopesado las consecuencias de que alguien se quedase con mis sueños.

*Son míos, maldita sea*, y sentí que me estremecía.

En cierto modo mis sueños eran yo mismo, eran una parte de mi memoria, y no somos otra cosa que nuestros recuerdos. Si perdía, si al final él se llevaba hasta la última migaja que mi subconsciente hubiera tejido durante la noche, ¿qué quedaría de mí?

La respuesta estaba grabada a fuego en sus ojos burlones.

En la siguiente mano, cuando me tocó el turno de apostar, dije:

—Quiero tres de esos sueños míos que le pertenecen.

Él sonrió, como si hubiera esperado exactamente eso.

—¿Cuáles?

Sí, pensé, cuáles. No recordaba ninguno de ellos.

—El primero, el tercero y el séptimo que ha ganado —dije con más aplomo del que sentía.

—Como quiera. Y si pierde esta mano usted me dará los siguientes: la playa a la luz de la luna y el palacio cubierto de algas que se alzaba a sus espaldas; la habitación que era el foco del universo; el bosque enorme y lentísimo que usted descubrió tras su ventana.

Asentí y con el corazón en un puño mostré mis cartas. No tenía una mala jugada, pero el loco podía traicionarme en el último momento y cambiar su mirada de absoluta despreocupación por un brillo desesperado en aquellos ojos que parecía incapaz de cerrar. No sucedió, pero estuvo a punto mientras posaba las cartas sobre la mesa. Mi contrincante asintió y, sin mostrar su juego, me dijo que había ganado.

Los tres sueños que había pedido volvieron a mí lentamente, y los paladeé con sorpresa. Dos de ellos eran triviales, pero el primero hizo que se formase un nudo en mi garganta. Concha y yo paseábamos de nuevo en silencio por un jardín espectral. Dios, había estado a punto de perder aquello. No, comprendí, todavía podía perderlo de nuevo.

Seguimos jugando, y yo procuraba no arriesgar nada que realmente me importara, pero muchas veces no sabía lo importante que era hasta haberlo perdido, cuando sentía ese hueco desnudo que dejaba su marcha en mi interior y lanzaba juramentos contra mí mismo por haberme dejado embarcar en aquella partida.

Comprendí que me estaba dejando llevar por mis emociones y aquello era un error. Estuve a punto de sonreír, porque eso era algo que Concha siempre me había reprochado, que con ella era tan frío como cuando jugaba.

Bueno, pensé. Si estuviera aquí se llevaría una sorpresa.

Solo que no estaba allí, salvo como una imagen borrosa que podía serme arrebatada en cualquier momento. De algún modo sabía que no podía permitir eso; todo lo que tenía de ella era ese sueño y no iba a consentir que me lo arrebataran. No sabía por qué era tan importante, llevaba más de tres años sin acordarme de ella, sin pensar en la tarde en que la había empujado a dejarme con la misma frialdad con la que desplumaba a un primo. Pero ahora sentía que esa imagen, ese recuerdo falseado era vital para mí, y perderlo significaría perder parte de lo mejor de mí mismo.

Intenté concentrarme en las cartas, resolver los enigmas que me planteaba la mirada del loco o el mazo del juez, encontrar la salida del laberinto interminable donde parecía estar varado para siempre el carro, descifrar los jeroglíficos que asomaban al rostro helado de la luna. Poco a poco conseguí tranquilizarme, y a medida que me iba embarcando en el juego, las cartas

empezaron a convertirse en todo mi universo; incluso ganar o perder carecía de importancia y volví a ser el jugador frío e implacable que Concha había conocido y del que, al principio, se había enamorado. Las cartas eran lo que realmente importaba, su carácter imprevisible y enigmático me tenía fascinado, y no podía escapar de su hechizo. Pero de alguna manera yo también las iba atrapando; a medida que aprendía a conocerlas y conseguía que se amoldasen a mis deseos, iba comprendiendo cómo encajaban sus secretas combinaciones y cómo podía aprovecharlas para derrotar a aquella criatura que me miraba desde el otro lado de la mesa.

Empecé a descubrir que un grupo de reinas acompañadas de la muerte son una buena jugada, pero que no deben estar cerca de un juez. Que el loco es mortal si se une a las espadas, e inofensivo con las copas. Que la gran sacerdotisa solo casa bien con elementos masculinos y que los amantes podían estar separados por millones de kilómetros, aunque sus dos cuerpos pegados parecieran un único animal inverosímil. Aprendí también que el orden en que disponía las cartas era tan importante como las cartas en sí. El sol y la luna flanqueados por el loco y el colgado son una señal segura de desastre, pero cuando ambos bufones (uno agonizando, el otro irreverentemente vivo) se sitúan en medio, la jugada es casi imparable. No se puede poner el juicio entre los amantes y la torre, pero la torre puede proteger a los amantes del juez implacable que los busca para poner fin a su baile frenético.

La revelación llegó a mí lentamente, a medida que dejaba de prestar atención a los ademanes de mi oponente en busca de algún tic que explotar en mi provecho y me concentraba en las cartas. Era en ellas donde debía buscar manías, debilidades ocultas, ademanes furtivos que intentaran esconder la proximidad de su triunfo o el miedo ante la derrota. El hombre frente a mí no contaba, porque el cuerpo que repartía las cartas, la boca que enunciaba su apuesta no eran más que instrumentos. Su verdadero carácter estaba oculto en los naipes y era en ellos donde debía encontrarlo.

Las horas se deslizaron con una parsimonia casi insoportable. Él tenía casi la mitad de mis sueños en su poder y seguía ganando, aunque cada vez con menos frecuencia. Lentamente iba aprendiendo a jugar y a usar los cambios de humor de las cartas en mi provecho. Lo que ignoraba era si las fuerzas o el tiempo me alcanzarían hasta que hubiera conseguido la habilidad y soltura necesarias para derrotarlo definitivamente. Presentía que no. Necesitaba un golpe, un único golpe afortunado que me permitiera recuperar todos mis sueños y luego largarme de allí lo más rápido posible.

Llegó cuando casi había perdido la esperanza, y al principio no lo reconocí como tal. Cuatro reinas y la gran sacerdotisa eran una jugada nefasta. Pero luego levanté la siguiente carta y vi que era mi viejo amigo el loco, quizá la carta que mejor había aprendido a conocer en las últimas horas y en la que más confiaba. La séptima carta fue un diez de espadas, y aquello me hizo sentir

esperanzas: las espadas aumentaban el poder absurdo del loco, y el diez era la que mejor lo acompañaba. Pensé en quedarme solo con esas dos y deshacerme de las otras, esperando que el descarte trajera una mano mejor. Pero al mirar el rostro de la sacerdotisa comprendí que no habría descarte. Me quedaban pocos sueños, y de esos ninguno cuyo valor me pareciera irrelevante. Alguien ajeno a mí los habría encontrado triviales casi con toda seguridad, no eran más que imágenes inconexas sin la menor importancia objetiva. Pero para mí, aquellos sueños que me quedaban representaban el foco de mi vida y no estaba dispuesto a perderlos.

Miré de nuevo las cartas y vi que el loco me hacía un guiño malicioso mientras ocultaba la cara para que la gran sacerdotisa no lo viera. Al principio no supe qué estaba tratando de decirme, y la comprensión tardó en llegar a mi mente. Cuando lo hice estuve a punto de darme de cabezazos por mi estupidez de unos segundos atrás. ¿Tirar las cuatro reinas y la sacerdotisa? ¿Me había vuelto idiota o qué? Era cierto que la sacerdotisa no casaba bien con una presencia femenina, pero si ponía el loco en medio y lo protegía con el diez de espadas, la cosa cambiaba y me encontraba con una jugada casi imparable entre manos.

Cambié el orden de las cartas y, tratando de parecer impasible, alcé la vista. Él me miraba, impasible y paciente como siempre.

—Usted habla, señor Rodríguez.

—Ya. Creo que… sí, creo que voy a apostar el resto.

Ni siquiera entonces perdió la compostura.

—Una jugada arriesgada, pero interesante si tiene éxito.

—Otra cosa —dije. No estaba seguro de tener el valor suficiente para seguir hablando, pero lo hice de todas formas—. Esta es la última mano.

Pareció encontrar mi comentario tremendamente divertido.

—Sí, sin duda si pierde será la última mano. Pero de acuerdo, lo acepto. Gane o pierda el juego termina aquí. ¿Algo más?

—En realidad sí, pero se lo diré cuando hayamos terminado.

—Me parece razonable. Y puesto que usted habló y yo he visto su juego le toca poner las cartas boca arriba.

Así lo hice, una tras otra. Primero las cuatro reinas, luego, dejando un hueco, la gran sacerdotisa. A su lado, en el hueco, puse el diez de espadas. Mi contrincante chasqueó la boca y me miró con algo parecido a la compasión en los ojos por primera vez. Por último, dejé caer el loco, al lado de las cuatro reinas y junto al diez de espadas.

—Esta es mi jugada —dije.

En aquel momento mi voz sonaba imperturbable, como si lo que estaba haciendo no tuviera la menor importancia.

—Comprendo.

Miró sus cartas, miró de nuevo las mías y volvió a mirar las suyas. Frunció

el ceño, recogió sus cartas en un único montón y, sin darles la vuelta las arrojó sobre el mazo en mitad de la mesa.

—Una mano excelente. Usted gana, señor Rodríguez.

Apenas conseguí evitar un suspiro de alivio. Encendí un cigarrillo con manos temblorosas y aspiré el humo como si en aquello me fuera la vida.

—Dijo que cuando el juego terminase tenía algo más que decir.

—Es cierto. —En realidad cuando lo dije no tenía muy claro qué era, pero en aquel momento las palabras volaban a mi boca como si tuvieran voluntad propia—. Deseo que mis sueños sigan siendo, ¿cómo dijo?, sombras. Quiero que sigan ahí, revoloteando en mi cabeza sin molestarme, sin que yo sea consciente de ellos, empujándome de vez en cuando, pero dejándome tranquilo la mayoría de las veces. Los sueños están ahí para eso y si algunos se van a convertir en realidad seré yo quien se ocupe de ello, no usted.

—Comprendo. Es usted un excelente jugador y un hombre inteligente, señor Rodríguez. Lo felicito.

Se incorporó en el asiento y me tendió la mano. La estreché y la encontré curiosamente blanda, casi infantil, pero el contacto no fue desagradable.

—Me temo que tengo que irme —dije, mientras terminaba el cigarrillo y me ponía en pie.

—Ha sido una magnífica partida —me dijo él mientras yo recogía el dinero de la partida anterior—. Espero volver a verlo por aquí.

—No se lo tome a mal, pero no creo que eso vaya a pasar.

Él sonrió como si supiera algo que yo ignoraba y asintió con un ademán tranquilo de la cabeza. Guardé el dinero en el bolsillo y me puse el abrigo. Poco después me encontraba fuera del casino, contemplando un amanecer que parecía incendiar al mar a lo lejos; ya había visto un amanecer como aquel, no hacía mucho, en un sueño, y en aquel momento no estaba solo. Quizá en el futuro volviera a detenerme frente al mar para contemplar la salida del sol, y tal vez en ese momento estuviera acompañado, o puede que no. Eso no importaba: la posibilidad estaba ahí, como un fantasma sutil, de vuelta a lo más hondo de mi mente, donde debía estar y de donde nunca debió haber salido. Aspiré hondo y eché a andar hacia casa. Me esperaba una larga caminata.

No tenía prisa.

*A veces el comentario más trivial puede ser el desencadenante que haga resonar algún extraño eco en mi mente y me lleve a escribir un relato… o incluso una novela.*

*«Tarot» es un buen ejemplo. En una conversación sobre quién sabe qué tema, alguien dejó caer de repente «¿Os imagináis lo que sería una partida de póquer con cartas de Tarot?». De hecho, sí que podía, porque al día siguiente estaba escribiendo el relato de tal partida. Confieso que uno de los motivos que me movió a escribirlo fue impresionar a dos de las personas presentes por las que me sentía sumamente atraído. Les dediqué el cuento ambas y, varios años más tarde, me acabé casando con una de ellas. No sé hasta qué punto este cuento tuvo que ver con que empezara a fijarse a mí; seguramente poco.*

*Detalles menores aparte, estoy muy satisfecho de la atmósfera que conseguí tejer alrededor de la historia y el del modo en que los Arcanos mayores se integran dentro de las reglas del póquer. Y, sobre todo, me encanta especialmente la idea de apostar los sueños en una partida de cartas.*

*Por otro lado, y aunque yo no lo sabía por aquel entonces, con este relato estaba dando los primeros pasos en lo que luego sería uno de mis ciclos narrativos más importantes, compuesto hasta el momento por las novelas El abismo en el espejo, Este incómodo ropaje, Fieramente humano y Las astillas de Yavé. El ciclo en sí se llama «La Ciudad» y aunque cada novela narra una historia independiente y cerrada, todas ellas comparten el escenario y algunos personajes que van pasando de una a otra. Todas son fantásticas y no de ciencia ficción; una fantasía contemporánea y urbana, a veces con ciertos elementos de terror o de psico-thriller. Más o menos lo que luego vendría a llamar «fantasía oscura» tal como autores como Clive Barker o Neil Gaiman la fueron definiendo a finales de los años ochenta del siglo XX.*

*«Tarot» es, en cierto modo, mi primer relato de la Ciudad, a la que nunca doy nombre, pero que en el fondo es una suerte de «versión mágica» de Gijón, la ciudad en la que vivo desde hace más de cuarenta y tres años. En aquel momento, no era consciente de ello, pero este relato y tres o cuatro más que iréis leyendo en estas páginas, fueron dando forma al escenario que luego desarrollaría en las novelas.*

*Al releer ahora la historia, por cierto, encuentro en ella ecos (especialmente en los párrafos finales) de «Voy a probar suerte» de Fritz Leiber.*

# 1997

# INTRUSO

*Para Marisa*

Llegó con las primeras nieves, cuando el lobo de plata del cielo comenzaba a crecer de nuevo y la caza a escasear. Llegó por la tarde, tan envuelto en pieles que al principio no pudieron ver su rostro y, cuando se descubrió la cara, se sorprendieron ante aquellos cabellos pardos y aquella piel atezada. El herrero, que había viajado en su juventud, dijo que así era mucha gente en el sur, gente que desconocía los rigores del invierno y con una piel oscura que era testimonio de los arañazos de la tigresa de oro del cielo, cuyos zarpazos eran en aquellas regiones mucho más fuertes. En realidad, jamás dijo de dónde venía, ni comentó cosa alguna sobre las heridas y magulladuras que poblaban su cuerpo, o del lamentable estado en que se dejó caer en mitad de la plaza. Cuando las mujeres lo desnudaron para curarlo se sorprendieron ante aquel saco de huesos lleno de moratones que apenas parecía un hombre y una de ellas comentó, viendo sus manos cuidadas y ajenas a todo callo o aspereza, que no era con el sudor de su cuerpo como el desconocido se había ganado la vida. No se equivocaban. En efecto, sus manos jamás habían empuñado un arado, una espada o un arco. En cuanto a cómo había obtenido alimento y cobijo durante las tres décadas que aparentaba tener:

—Soy un narrador —dijo cuando se lo preguntaron, varios días después de su repentina aparición en el poblado. Durante algún tiempo esas fueron las únicas palabras que salieron de su boca.

Poco a poco, fue recuperándose y sus carnes se llenaron bajo el cuidado solícito y precavido de las mujeres. Agradecía con una sonrisa fría el alimento que le llevaban, pero seguía siendo parco en palabras. Un día, cuando consideró que estaba lo bastante fuerte, el hombre de la hechicera entró en la tienda, dispuesto a tener con él una larga conversación.

—Soy un narrador —repitió el extraño—. Busco historias que suenen verdaderas a mis oídos y a cambio dejo las que ya he recogido antes.

El hombre de la hechicera asintió. Conocía bien a los cuentacuentos, aunque nunca había visto uno que no perteneciera a su raza.

—Vienes del sur, supongo —dijo.

El extraño hizo un gesto vago con la cabeza, que podía ser un asentimiento o podía no serlo.

—¿Te quedarás mucho con nosotros?

—Hasta que encuentre todas las historias que he venido a buscar. Pagaré mi estancia entre vosotros. Trabajando, si así lo queréis, pero sobre todo con las historias que ya sé.

El hombre de la hechicera volvió a asentir: aquella era la costumbre entre

los cuentacuentos y su pueblo la respetaba. Luego miró largo rato al extraño y permaneció en silencio, sin saber muy bien qué decir, lo que para él era una novedad. El hombre de la hechicera era un buen juez de las personas y a menudo no necesitaba más que un rápido vistazo y media docena de palabras para conocer lo que había dentro de otro hombre y que, muchas veces, él mismo ignoraba. Pero algo en aquel desconocido lo desconcertaba, como si hubiera alzado a su alrededor una coraza fría y distante. Por un momento estuvo a punto de pedirle que se marchara, aun cuando de acuerdo a la ley carecía de autoridad para ello, pero luego pensó que no era justo juzgar a un hombre solo porque quisiera mantener sus secretos a salvo de miradas ajenas.

—Te quedarás tanto tiempo como quieras —dijo al fin—. Te buscaré una tienda. Esta noche, durante la cena, te presentaré al pueblo y luego, si te parece, nos contarás una historia.

—De acuerdo —dijo el narrador.

El hombre de la hechicera lo miró una última vez, y una pregunta murió en sus labios antes de ser formulada. Luego, dejó la tienda y salió al frío exterior.

Por la noche, tal y como había dicho, presentó al extraño al resto del pueblo y dijo que era un cuentacuentos del sur que se quedaría con ellos durante algún tiempo, posiblemente hasta el fin de las nieves. El narrador nada había dicho de eso, pero era lógico: pronto el invierno mordería con fuerza y de día la tigresa se convertiría en un resplandor difuminado y el lobo sería de noche un lejano resplandor de plata contra el frío cielo. No era aconsejable viajar en aquella época.

Los hombres del pueblo examinaron al narrador con curiosidad y las mujeres se sonrieron tapándose la boca y cuchichearon entre sí. La hechicera lo miró fugazmente y lo saludó con una sonrisa y un atisbo de emoción asomó por primera vez al rostro del narrador, porque alzó la vista y respondió con calidez a la sonrisa.

Aquella noche, con los estómagos satisfechos y llenos de pescado y carne en salazón, oyeron la primera historia del narrador. Hablaba la lengua del pueblo con la entonación y el acento adecuados, pero algo en la precisión con que usaba las palabras delataba en él al extranjero:

—En el sur, allí donde la tigresa del cielo es un hombre llamado Sol y el lobo del cielo una mujer llamada Luna, vivía una persona que jamás había visto el océano. Vivía hacia oriente, no muy lejos del lugar donde amanece, en una ciudad en medio de un bosque continuamente amenazado por un mar de arena que, año tras año, siglo tras siglo, intentaba devorarlo. Solo la tozudez de los habitantes de la ciudad lo había impedido, pero los seres humanos son inconstantes en su empeño y tarde o temprano se cansan de las tareas continuadas, así que era cuestión de tiempo que la arena engullera aquel lugar.

»Tejía alfombras para ganarse la vida y su fama era tal que llegó incluso a

oídos del rey de un país lejano, donde la gente tiene la piel amarilla y, en lugar de hablar, canta. Quería una alfombra, una que representara al mundo tal como era, y a cambio pagaría riquezas sin cuento. Los enviados del rey no solo no fueron bien recibidos, sino que se los despidió de mal humor. Aquella persona nada quería saber de riquezas, tenía cuanto alcanzaba para vivir y no ansiaba más que seguir con su trabajo. Los enviados del rey, sin embargo, no se fueron, temían demasiado la ira de su emperador ante una negativa, así que permanecieron en la ciudad y un día tras otro reiteraban su petición de una alfombra que representase el mundo.

»En cada ocasión el precio que ofrecían por su trabajo era mayor. Al principio los recibía con cortesía, pero pronto se hartó de su insistencia y ni siquiera les abría la puerta de su casa. Al fin dejó de pensar en ellos e intentó reanudar su trabajo: iba con retraso, siempre tenía más peticiones de las que podía atender.

»Sin embargo, descubrió que sus manos no le obedecían y que hasta su misma mente se mostraba díscola. Pese a todo no podía apartar el pensamiento de la petición de aquel remoto emperador y se despertaba en mitad de la noche pensando en una alfombra que representase el mundo con fidelidad. No tardó en comprender que deseaba tejerla, deseaba dedicarse a esa empresa y mientras no lo hiciera no podría descansar en paz.

»Así que un día, en lugar de despedir a los embajadores, volvió a recibirlos y les dijo que aceptaba el encargo de su rey. No por el dinero o las riquezas, dijo, ni por nada que el amo de aquellos hombres pudiera ofrecerle, sino simplemente porque la idea de una alfombra que contuviera el mundo le parecía adecuada de una manera que no podía comprender y sus manos deseaban tejerla.

»Empezó su trabajo aquel mismo día, mientras los enviados del emperador volvían alborozados a su hogar. En el centro de la alfombra estaría su propia ciudad, por supuesto, y a su alrededor el bosque, y más allá el enorme desierto de arena ardiente. ¿Y luego…? Sí, tendrían que estar las selvas del lejano sur, y las enormes extensiones cubiertas de nieve, y las montañas impenetrables que siempre se alzaban en la distancia y a las que el viajero jamás llegaba, y los ríos, y los hondos valles umbríos…

»La mayoría de aquellas cosas las desconocía, pero podía imaginárselas, bien directamente, bien por el relato de algún viajero, bien por la ilustración de algún libro. Así que empezó su labor y durante varios años se dedicó a ella sin descanso. Sus aprendices trabajaban en los otros encargos y a veces pasaba por el taller y supervisaba su obra. Poco a poco dejó de hacerlo, a medida que la alfombra que debía ser el mundo ocupaba más de su tiempo y de su mente.

»Al cabo de muchos años estuvo casi terminada: todo cuanto sabía del mundo estaba representado en ella, con sus colores y sus formas verdaderos. No todo, sin embargo, porque en la parte más externa de la alfombra había un

espacio vacío, allí donde debía estar el océano, rodeando la tierra y dándole forma.

»Ay, no sabía cómo era el océano y por más que pensaba en él no conseguía imaginárselo. Así que por primera vez en mucho tiempo salió de casa y recorrió la ciudad y detuvo a la gente para preguntarles si habían visto el océano. Algunos se negaban a contestar, preguntándose quién sería aquella persona perturbada, otros respondían negativamente y otros, unos pocos, afirmaban haberlo visto. Esos le hablaron de una llanura inacabable de pálidos colores celestes, eternamente cambiante y eternamente la misma; de un lugar sin fronteras donde los animales no corrían, sino que se deslizaban, y los vehículos tenían enormes alas que el viento empujaba; de un territorio vasto y salvaje donde nada se estaba quieto jamás y cuyo abrazo era frío y salado, pero también dulce y engañoso.

»Ninguna de estas descripciones le fue de ayuda, así que volvió a casa con el ánimo abatido. Había prometido tejer una alfombra que representase el mundo y descubría ahora que su obra quedaría incompleta porque no era capaz de imaginar el océano. No pensó en el lejano emperador de los hombres amarillos, irritado ante su fracaso, ni siquiera en la burla de sus vecinos al ver que había emprendido una labor que lo sobrepasaba. Pensó solo en su orgullo herido, y decidió que no se dejaría vencer por algo como aquello.

»Al día siguiente, antes del amanecer, aparejó sus animales y salió hacia el oeste, allí donde le habían dicho que estaba el océano. Atravesó leguas sin cuento, sufriendo la garra del sol durante el día, el mordisco del frío durante la noche, perdiéndose y demorándose en aquel desierto de arenas de bronce que no parecía terminar jamás y del que el agua había huido para siempre.

»Mas al fin salió del desierto y divisó unas montañas a lo lejos. Era una sombra, una criatura quemada y consumida a la que solo la obstinación mantenía en pie. Sus animales habían muerto hacía tiempo, y se había visto en la tesitura de sacrificar alguno para saciar el hambre con su carne correosa o la sed con su sangre tibia.

»Se encaminó hacia las montañas, alimentándose de lo poco que encontraba por el camino. Durante el viaje pasó cerca de algún pueblo y los habitantes huyeron aterrados ante aquella aparición que parecía surgida del corazón del infierno, ante aquella ruina desgastada y tambaleante que seguía su camino sin detenerse. Llegó a las montañas y las cruzó y más allá descubrió un valle verde y denso.

»Pero sus ojos ya no veían el verdor, ni sus oídos prestaban atención a los rumores de la vida salvaje. En su mente solo existía un propósito que negaba todo lo demás, ver un día el paisaje cambiante e inmutable del océano, escuchar al viento deslizarse sobre su extensión ilimitada.

»Atravesó la jungla y llegó a un nuevo desierto y allí las fuerzas estuvieron a punto de abandonar su cuerpo para siempre. Pero no se detuvo y atravesó

aquel yermo de arena y rocas calcinadas.

»Al fin, una tarde vio algo nuevo, distinto, descendió una loma cubierta por un pelaje suave y de pronto se encontró al borde de una enorme extensión de agua que murmuraba algo salvaje y poderoso. Se detuvo junto a ella, mientras una ola le lamía los pies y contempló aquel nuevo obstáculo con desesperación.

»Agua, agua hasta donde alcanzaba la vista, solo eso, una enorme e ilimitada extensión de agua que parecía fundirse con el cielo a lo lejos, nada más. ¿Cómo la cruzaría, de que medios podía valerse para atravesarla y llegar a aquel océano que necesitaba para completar su obra?

»Cayó de rodillas en la arena, miró de nuevo aquella inmensa masa de agua que se movía como un ser vivo y comprendió que no podía vencer, que seguir era una locura, que solo conseguiría morir y que jamás llegaría a ver el océano.

»Lentamente fue encogiéndose y la obstinación que había sido hasta entonces su alimento y empuje empezó a desvanecerse. Comprendió que su propósito había sido una locura, que había pecado de orgullo y que estaba recibiendo el castigo de su dios sin nombre, porque atrapar el mundo entero en una alfombra no podía estar al alcance de persona alguna.

»Murió allí, en la playa, y su último pensamiento fue una maldición para aquel océano que jamás encontraría y que ahora mismo estaba lamiendo su cuerpo sin vida.

Nadie dijo nada. El hombre de la hechicera miró al narrador a través de la hoguera que los separaba y asintió en silencio. Era un buen cuentacuentos, sus historias hacían que el mundo pareciera distinto y eso era lo que distinguía a un buen tramador de historias de uno malo. Se alegró de haberle permitido permanecer en el poblado, pero eso no alivió la inquietud y el desconcierto que seguía experimentando cada vez que lo miraba.

A su lado, la hechicera mantenía la cabeza agachada y reflexionaba. En aquel momento presintió, sin necesidad de jugar con sus guijarros oraculares, que había sido bueno para el poblado que el narrador llegase allí, pero supo también que causaría problemas. En el fondo de sí misma, allí donde ni ella se atrevía a mirar, comprendió que deseaba los problemas que el narrador podía traer.

Pasaron los días, el invierno empezó a morder con más fuerza y la caza se retiró a esperar la primavera. El lobo del cielo redondeó del todo su frío rostro de plata y luego comenzó a menguar hasta desaparecer. Los habitantes del poblado apenas salían de sus tiendas, salvo algunos días para pescar y tener algo con que volver menos monótona su dieta de carne en salazón.

Todas las noches se reunían en la gran tienda para la cena y después de la comida alguien contaba una historia. No siempre el narrador. De hecho, las más de las veces callaba, como si estuviera más interesado en escuchar historias ajenas que en contar las propias.

Así, el herrero hablaba de la nueva punta de lanza que intentaba forjar, y los pescadores de la criatura horrible y erizada de dientes que les había arrebatado la pesca, y los cazadores del rastro que habían seguido durante días en la nieve endurecida y les había llevado a ninguna parte. Los hombres contaban sus historias, triviales o importantes, y compartían con sus vecinos lo que les había ocurrido.

De vez en cuando el narrador pedía permiso para hablar y entonces todas las conversaciones cesaban mientras con aquella voz tranquila relataba un nuevo cuento que los mantenía cautivados durante toda la noche, a veces durante días enteros, como si las historias del narrador fueran molestos parásitos de los que uno no puede librarse, más obstinados aún que los piojos o las liendres. Mientras hablaba, el narrador no miraba a nadie en particular, mantenía la cabeza baja y permanecía en una inmovilidad casi total, atento solo al flujo de su relato y al correcto encadenamiento de los acontecimientos.

Pero a veces alzaba la vista y dejaba que sus ojos oscuros resbalasen por su auditorio, permitiéndose quizá un asomo de sonrisa ante un atisbo de emoción, ante una punzada de miedo, de alegría o de tristeza producidos por su cuento. En ocasiones su vista se detenía en la pequeña hechicera de ojos rasgados y por unos instantes parecía haber perdido el hilo y su historia estaba a punto de desbaratarse en una multitud de hebras inconexas. Pero enseguida se recuperaba, antes de que nadie fuera consciente de que algo extraño hubiera ocurrido, y de nuevo trenzaba su relato hasta llevarlo al final, inevitable e inesperado, que mantendría a su auditorio en vilo durante varios días.

Se extrañó al principio de que las mujeres no contasen historias, hasta que empezó a comprender cómo se organizaba la vida en el poblado. Para los lugareños, el arte de usar lo que ha ocurrido para tramar con ello nuevos acontecimientos pertenecía a los hombres, al igual que la magia era patrimonio de las mujeres. Con lo primero se cambiaba el mundo y con lo segundo, se conseguía que este se mantuviera unido mientras cambiaba.

En ocasiones el tiempo mejoraba y los hombres salían de caza. El narrador los acompañaba. No era bueno cazando, y resultaba peor aún como explorador, pero era voluntarioso y sus compañeros no se quejaban de él. El hombre de la hechicera, sin embargo, pensaba que no era bueno que alguien solo supiera hacer bien una cosa. Porque ¿qué ocurría cuando esas habilidades no eran necesarias? Él mismo era un buen cuentacuentos, pero por encima de eso era cazador y por encima de eso alguien que sabía interpretar los deseos de sus vecinos y que conocía lo que querían antes de que ellos mismos lo hubieran formulado en sus mentes.

—Si mis historias no fueran necesarias siempre podría cazar —le dijo una noche a la hechicera—. Y si la caza ya no hiciera falta siempre serviría para poner paz entre otras personas. Pero ¿qué hará el narrador cuando los demás no necesiten sus cuentos?

La hechicera no respondió enseguida. Sonrió con aquella sonrisa que parecía capaz de poner calma en mitad de la más feroz de las tormentas del invierno y dijo:

—Los cuentos siempre serán necesarios.

—No lo creo —respondió él—. Sin alimento morimos. Y las disputas pueden destruirnos. Pero podemos vivir sin historias.

—¿Podemos? —preguntó ella.

Él no respondió. Amaba a la hechicera. La amaba desde que era un adolescente que aprendía a rastrear con su tío y ella una de las aprendices de la antigua hechicera. No lamentaba ninguno de los contratiempos que había tenido que pasar por ella y hasta la más ínfima de las cicatrices que había obtenido durante la prueba era para él un tesoro inapreciable. Sabía que ella lo amaba y que, de haber sido necesario, habría amañado la competición para que él resultara vencedor. Creía conocerla, tanto como se puede conocer el interior de otra persona y, sin embargo, había cosas en ella que lo desconcertaban, como si de algún modo hubiera dentro de ella un salón recóndito al que no tuviera acceso. No comprendía la magia y no le gustaba verla entregada a sus prácticas adivinatorias, aun cuando ella le había manifestado más de una vez que no le importaba que él la viera.

Pero no era eso lo que realmente le incomodaba.

Sabía que él no la había ganado a ella, que estaba con él única y exclusivamente porque ella lo había querido así y que en el momento en que dejase de querer estar a su lado nada de cuanto él pudiera hacer lo impediría.

Aquella sola idea lo aterraba.

No pensaba mucho en ello, pero últimamente había empezado a hacerlo más a menudo. Desde que el narrador había llegado al pueblo, comprendió, y supo entonces que su intuición sobre él había sido correcta y que debería haber hecho que se fuera, pero supo también que ya era tarde.

Mientras tanto, el tiempo seguía transcurriendo. El lobo del cielo mostró entero su rostro de plata una vez más y otra, y la mordedura fría del invierno empezó a ceder. La primavera se acercaba. Aunque el narrador participaba en la vida del pueblo y prestaba su ayuda allí donde era necesaria, no se integraba del todo, era como si continuase siendo un invitado que, el día menos pensado, decidiera seguir su viaje. Una noche contó este relato:

—En el lejano sur, allí donde los hombres se acorazan tras los muros de un castillo, y los habitantes de los pueblos van a la ciudad a dormir por temor a los ladrones, había un hombre que amaba las historias. Desde niño vivía por y para ellas, al principio para escucharlas, para leerlas cuando aprendió los secretos del alfabeto, y para contarlas él mismo cuando sintió que no era suficiente con los cuentos que tramaban los demás. Era como un ansia, como un hambre que nada podía satisfacer.

»Nunca sintió que inventase sus historias: algunas porque, efectivamente,

le eran contadas por otras personas y él después solo las reelaboraba para poder narrarlas a su modo. Pero otras nacían de lo más hondo de sí mismo, crecían dentro de su mente casi sin ayuda y nada podía hacer por evitarlo, salvo ayudarlas a que salieran a la luz del modo menos dificultoso posible.

»Al principio era un narrador torpe, su lengua y su pluma aún no conocían las palabras adecuadas para que los relatos fluyeran a través de ellas. Rompió muchos de esos primeros intentos, los quemó una tarde en el salón del castillo que habría sido suyo de no haber tenido su padre otros hijos y mientras veía las llamas devorar el pergamino supo que para poder contar lo que ocurría en el mundo primero debía conocer el mundo, que para poder relatar primero debía vivir.

»Dejó entonces el castillo de su padre, dejó la vida fácil que era la única que había conocido, sin más compañía que una espada que no sabía manejar muy bien, un caballo dócil que sin embargo apenas era capaz de montar, y una resma de papel que todavía no sabía cubrir con las palabras adecuadas.

»Nunca aprendió a manejar la espada, más allá de lo necesario para defenderse, o a montar a caballo, fuera de lo suficiente para no caer de su grupa, pero con el tiempo fue encontrando las palabras, la forma de hacer que se ordenaran tal y como debían, y las obligó a rendirse a él, hizo contaran lo que él quería tal y como él quería.

»Para entonces ya no era un muchacho y su piel delicada había sido curtida por el sol de varios veranos y el frío de varios inviernos. Aunque aún era joven, sus pasos lo había llevado por la mayor parte del mundo: había atravesado la línea donde la brújula cambia su rumbo y habitado con los hombres de piel negra, había transitado en dirección al amanecer, y deambulado mucho tiempo por un desierto de arena inacabable hasta llegar a una ciudad que era la ciudad de las maravillas, donde los caballos tenían alas, las alfombras volaban y el más cotidiano de los animales podía ser un hermoso muchacho sujeto por algún extraño sortilegio. También recorrió las pagodas desiertas holladas únicamente por las pezuñas irreverentes de las vacas, y la enorme muralla que parecía atravesar medio mundo y que sin embargo no impidió la invasión de un pueblo que parecía vivir, comer y amar a caballo. Llegó a las mil islas donde nacía el sol y descubrió que más allá aún había otra tierra, donde hombres de piel rojiza se lanzaban a la batalla susurrando con voz monótona que era un buen día para morir y solo las piedras vivían eternamente.

»Durante todo ese tiempo no hizo otra cosa que oír historias y contarlas a su vez. En algunos lugares narraba lo que había oído antes, en otros un nuevo relato surgía de sus labios, perfecto y acabado, y contaba cosas que jamás habían ocurrido. Sin embargo, nunca tuvo la sensación de estar engañando a la gente que se arracimaba a su lado para escucharlo, porque presentía que sus historias eran ciertas, que más allá de lo falso o verídico de lo que relataban, eran ciertas de un modo incomprensible.

»Tardó muchos años en saber por qué, en darse cuenta de que toda historia que habla a las personas de lo que son y lo que desean ser y lo que temen ser es siempre cierta. Un día dirigió sus pasos hacia el norte, allí donde la nieve reluce insoportable con su resplandor frío y el gañido de los lobos es como la voz de un muerto en pena y el sol inmutable es una mujer y la luna inconstante un hombre, tal como debe ser.

»Siguió contando sus historias, siguió tramándolas, siguió escuchando lo que le decían los demás y haciendo de sus vidas el material con el que trenzar nuevas historias. Un día, al borde del agotamiento, se detuvo en un pequeño poblado de pescadores y cazadores y permaneció en él durante el invierno. Allí descubrió algo sobre sí mismo, un relato que había estado dentro de él todo aquel tiempo y que se había empeñado en ignorar.

»Descubrió que, pese a todo, no había vivido, que se había limitado a pasar por el mundo como un espectador, recogiendo historias y haciendo germinar otras nuevas, pero él mismo carecía de historia que contar y hasta que no la encontrase seguiría siendo un ser incompleto.

»Un intruso.

El narrador terminó su relato y permaneció largo tiempo con los ojos clavados en el fuego. Luego, alzó la vista y la fijó en la mirada de la hechicera y vio sus ojos cubiertos de lágrimas.

—No te engañes, cuentacuentos —dijo ella al advertir el gesto de rabia en el rostro del cuentacuentos—. Mis lágrimas no son de compasión. ¿Cómo puedo compadecer a quien ha tenido el valor suficiente para mirar dentro de sí mismo y admitir que no le gusta lo que ve?

El narrador la miró otra vez, y el gesto hosco desapareció de su rostro. Asintió solemnemente a las palabras de la hechicera y luego se incorporó y abandonó la tienda. El hombre de la hechicera lo vio irse por la solitaria llanura helada y tuvo la esperanza de que fuera para siempre, pero al alba el narrador había vuelto.

Durante varias semanas no se mezcló con la gente del poblado. De día permanecía solo, arreglando algunas pieles o calafateando las canoas. Por la noche se alejaba del pueblo y permanecía sentado en una roca, la mirada perdida en el lejano glaciar. No prestaba atención a los lobos que aullaban en la distancia y ellos no se le acercaban.

Al fin, un día, entró en la tienda de la hechicera. Porque, aunque era su hombre quién decidía dónde se levantaban las tiendas o elegía los miembros de las partidas de caza, era ella quien tenía potestad para decir quién se quedaba o se iba del pueblo.

—Tengo una petición que hacerte —dijo el narrador.

Ella asintió.

—Eres bienvenido, durante tanto tiempo como quieras quedarte.

Él no pareció sorprendido porque ella supiera lo que iba a decir antes de

que empezara a hablar. Solo asintió y una sonrisa fugaz pasó por su rostro.

—Creo que he vagado demasiado tiempo buscando una historia. Es hora de dejar que sea ella la que me encuentre.

Ahora fue la hechicera la que sonrió.

—Quizá lo haya hecho ya.

—Quizá.

El silencio cayó entre ambos, pero no era un silencio molesto, como si cada uno de los dos se encontrara tan cómodo en compañía del otro que las palabras no fuesen necesarias.

El narrador se incorporó a la vida del pueblo y aprendió a cazar, a pescar y a explorar, aunque nunca destacó demasiado en ninguna de las tres cosas. Sus manos perdieron aquella blandura que tanto había sorprendido a las mujeres cuando llegó al poblado. Ya no contaba historias tan a menudo como antes, pero de vez en cuando, muy de tarde en tarde, alzaba los ojos, los fijaba en la hoguera y empezaba un nuevo relato. Eran cuentos en los que los habitantes del poblado se reconocían a sí mismos, aunque lo que se contaba en ellos no había sucedido nunca. Fue así como comprendieron, al igual que había hecho el narrador antes que ellos, que una historia puede ser verdadera, aunque jamás haya ocurrido. A veces, sin embargo, sus relatos terminaban de forma abrupta, como si el cuento hubiera llegado a un abismo inesperado y se hubiera despeñado por él. Y en esas ocasiones el narrador siempre terminaba con estas palabras:

—Me temo que esta historia no tiene final. Muchas no lo tienen.

Perdió poco a poco aquella frialdad, aquella distancia que no había sido más que miedo y se convirtió en alguien con una chanza siempre a flor de piel, tan dispuesto a bromear como a permitir que bromearan a su costa. Pasaba largas horas con la hechicera, a veces solos en su tienda (pues todo habitante del poblado tiene derecho a consultar a la hechicera cuando lo considera necesario), a veces con su hombre al lado. Interrogaba a la hechicera sobre su magia y esta le hacía preguntas sobre sus historias y una tarde se sorprendieron al descubrir que no eran cosas tan distintas, que en cierto modo relatar algo que no había pasado y hacerlo verdadero era un tipo de magia.

Cuando el hombre de la hechicera estaba presente nunca hablaban de magia y rara vez de historias. Lo primero porque el narrador sabía que el otro desconfiaba de la magia, como desconfiaba de él, como desconfiaba de las pocas cosas que no conseguía comprender. Lo segundo porque se sentía incómodo al revelar una parte tan sustancial de sí mismo a otra persona. Podía contar sus cuentos y nunca rechazaba narrar un relato cuando alguien se lo pedía, pero hablar de ellos, de la forma en que nacían, del modo en que iban germinando poco a poco en la oscuridad de su mente, eso era algo que no podía compartir con nadie. Sin embargo, lo hacía con la hechicera sin que le costase el menor esfuerzo, como si en cierto modo no estuviera hablando con

otra persona, sino con otra parte de sí mismo.

El hombre de la hechicera nunca tuvo para él una palabra de desagrado, un gesto de desconfianza u hostilidad. Comprendía que el narrador había sido una buena adquisición para el poblado y que, en cierta manera, este se había enriquecido con su llegada. Pero también presentía que el narrador y la hechicera eran cómplices de una forma en que él y ella no podían serlo, que compartían algo que a él se le estaba negando, no porque no se le hubiera ofrecido, sino porque no podía aceptarlo. Nada podía hacer para cambiar eso y lo sabía.

El narrador no se integraba del todo en la vida del poblado, y el hombre de la hechicera no tardó en darse cuenta de su ausencia durante las ceremonias sagradas, cuando los hombres se reunían para desafiar al dios que habitaba en el distante glaciar o el pueblo entero se congregaba junto al río para alguna petición especial a la fría deidad que parecía gobernar sus vidas. Cuando se le preguntó si quería participar en la ceremonia de iniciación de un adolescente, el narrador solo meneó la cabeza y dijo:

—Preferiría no ir.

El hombre de la hechicera no dijo nada, pero un pensamiento se coló en su cabeza y no le permitió conciliar el sueño durante largas noches. El narrador nunca había pasado la ceremonia de iniciación, no se había aventurado hasta el enorme glaciar, no había desafiado al dios que moraba allí y arrancado un afilado trozo de hielo azul para mostrarlo a sus vecinos y proclamar que se había convertido en adulto. En cierto modo, desde el punto de vista de las escasas leyes del pueblo, el narrador aún no lo era, ni lo sería mientras no pasara la ceremonia de iniciación: hasta entonces no dejaría de ser un muchacho y su voz no podría ser oída en el consejo.

—Lo sé —respondió el narrador cuando el hombre de la hechicera reunió el valor suficiente para hablarle—. Pero mi voz se escucha por las noches, después de la cena, y eso es suficiente para mí.

El hombre de la hechicera habló con su mujer y le comentó esa extraña actitud del narrador.

—Quizá adore a otros dioses —dijo ella, a quien en el fondo el tema no le importaba demasiado.

Encontraba los dioses de los hombres demasiado ridículos, con su copia grandilocuente de las actitudes humanas.

—Quizá. Pero si quiere ser parte de nosotros debería compartir también eso.

La hechicera no respondió, pero prometió hablarle al narrador sobre el asunto. Le lanzó la pregunta al rostro la siguiente vez que él fue a su tienda, sin preámbulos ni rodeos. El narrador no pareció inquieto ni incómodo con ella.

—No adoro a dios alguno. He visto lo suficiente para saber que todos ellos

han sido inventados, que no son más que otra forma de tramar historias.

La hechicera asintió, porque aquello se parecía mucho a lo que ella misma pensaba.

—Tu hombre sí cree en ellos, ¿verdad?

—Para él forman parte de la vida del pueblo, son una de las cosas que hacen que seamos algo más que una manada de animales salvajes. Sí, cree en ellos. Supongo que no podría concebir un mundo ausente de dioses.

—Sin embargo, no cree en la magia.

—No, no es eso. Simplemente no la comprende.

El narrador sonrió.

—¿Y tú? ¿Cuáles son los dioses de las mujeres?

Ahora fue el turno de la hechicera de sonreír.

—Como tú, no tenemos. Pero en cierto modo si los tenemos, aunque sean distintos a los de los hombres. Creemos que cuanto nos rodea es parte de los dioses, que nosotros mismos somos dioses en cierta manera, igual que lo son los animales que cazamos y el río donde pescamos, y las montañas de las que baja la nieve. De alguna forma es como si todo estuviera vivo. El mundo es más amplio de lo que creemos.

—Interesante.

—Pero no lo crees.

—Creo que el mundo es mayor y menos comprensible de lo que parece, sí. Pero no creo en ocultos poderes que yacen en las rocas, las nubes o los ríos. —Señaló las piedras oraculares de la hechicera—. O en un puñado de guijarros. Si hay algún tipo de poder oculto, y te aseguro que eso es algo que ignoro, solo puede estar en un lugar.

La primavera se diluyó en un verano tan breve como dulce y este empezó a agonizar rápidamente en un otoño desapacible. Se acercaba un nuevo invierno. Salvo por su negativa a participar en los ritos religiosos del pueblo, el narrador se había integrado en la vida que lo rodeaba y la mayor parte del tiempo parecía razonablemente feliz. A veces, sin embargo, permanecía de pie, silencioso y sombrío, y a sus ojos acudía una llamarada fría e inexplicable: los demás no tardaron en comprender que en esos momentos no deseaba hablar con nadie y aprendieron enseguida a dejarlo solo.

Una mañana se preparó una gran partida de caza. Un explorador había avistado un grupo de focas, no muy lejos del fiordo donde desembocaba el río. Necesitaban pieles y grasa y también carne, así que todos participaron en la expedición. El narrador, como casi siempre, iba con el hombre de la hechicera.

Para los habitantes del poblado la tarea era casi rutinaria, pero para el narrador fue una experiencia extraña contemplar el frenesí de sangre que pronto enrojeció el estrecho canal entre el fiordo y el mar libre. Sin embargo, comprendió, no había crueldad en aquella danza mortal: los hombres mataban rápida, fría y eficientemente, tal como lo haría un predador. De pronto el

propio narrador se encontró de pie en la canoa, con un arpón en la mano y no pudo evitar una sonrisa al verse en una postura tan incongruente. Frente a él, el hombre de la hechicera reprimía las carcajadas.

—Nunca serás un buen cazador —le dijo, sin el menor asomo de hostilidad en su voz.

—No —respondió el narrador, y ambos vieron la risa en los ojos del otro y les pareció apropiado, como si por primera vez compartieran un chiste secreto.

Luego, no hubo tiempo para nada más. Una mole enorme y oscura se abalanzó sobre ellos lanzando al aire un surtidor de agua. Las focas se hicieron a un lado, presintiendo a su enemigo mortal, pero la canoa, completamente inerme, se encontraba en el camino de la bestia que la atacó de forma impersonal y arrolladora. La canoa se partió en pedazos y sus dos ocupantes se vieron de pronto rodeados por el abrazo helado del agua. Indiferente a su suerte, la pequeña ballena siguió su camino en busca de una presa más suculenta.

El narrador sintió que sus brazos tocaban algo y se agarró a uno de los extremos de la canoa, sacó la cabeza fuera del agua y aspiró un aire que era como fuego en sus pulmones. Vio que las otras canoas venían hacia ellos, pero estaban alejados del resto del grupo y aún tardarían varios minutos. Oyó un chapoteo a sus espaldas y se volvió a medias, siempre agarrado al trozo de canoa.

Lo comprendió todo en un instante. El hombre de la hechicera se ahogaba. No sabía nadar, pocos de los habitantes del poblado sabían: una muerte rápida en el agua era mejor que la falsa esperanza de llegar a la costa antes de que el frío lanzara su mordisco final. El pensamiento pasó por su cabeza como un relámpago. Todos ignoraban que él sabía nadar. Podía limitarse a permanecer aferrado a los restos de la canoa y ver morir al hombre de la hechicera; nadie se lo echaría en cara. La tentación fue más fuerte que él mismo durante unos instantes y luego descubrió, con sorpresa, que se estaba soltando y empezaba a nadar en dirección al cuerpo que, poco a poco, renunciaba a sus forcejeos y comenzaba a hundirse.

Llegó junto a él, lo golpeó en la cabeza sin miramientos y lo arrastró hacia los restos de la canoa. Allí lo sostuvo varios minutos, hasta que el resto llegó a su altura y con su ayuda pudo izarlo a una de las piraguas. Luego, él mismo se sintió socorrido por unos brazos fuertes y amistosos y se encontró tiritando en mitad de un caos de voces sin sentido. Apenas recordaba nada más.

Permaneció varios días febril en su tienda, ignorante del destino del hombre de la hechicera, del suyo propio, del resto del mundo, hasta que una tarde alzó la cabeza y se encontró frente a él el rostro sonriente e hirsuto del herrero.

—Eres un hombre extraño, narrador, pero encajarás bien aquí —dijo antes de irse.

El narrador se incorporó a medias en su lecho y reflexionó sobre las palabras del herrero.

Un par de días más tarde, la hechicera acudió a verlo, algo insólito, porque son los habitantes del pueblo los que van a su tienda, pero nadie lo encontró extraño. Al fin y al cabo, el narrador había salvado la vida de su hombre y nada tenía de extraordinario que ella quisiera agradecérselo personalmente.

Permaneció unos minutos en silencio, contemplándolo con aquellos ojos rasgados que siempre parecían sonreír y al fin le dijo:

—Mi hombre quiere saber por qué lo salvaste.

—¿Para eso has venido?

—No. Pero me pareció que era una pregunta que merecía la pena hacerse.

El narrador sonrió.

—Sí, lo es, porque para mí hubiera sido fácil permitir que muriera, y muchos de mis problemas se habrían solucionado sin que hubiera tenido que mover un dedo. Sin duda es una buena pregunta, y tu hombre es un hombre sagaz.

—¿Alguna vez lo dudaste?

—No. Pero a veces parece tan tranquilo, tan impertérrito, que uno llega a pensar que nada lo afecta y de nada se da cuenta. Sé bien que no es cierto, pero resulta fácil pensarlo.

—No has respondido a su pregunta.

—He estado pensándolo estos días. No lo sé. No fue por un aprecio especial, te lo aseguro. Para mí tu hombre no es más que un agradable desconocido y ningún lazo emocional me ata a él. Su muerte no significaría nada para mí. Podría haberlo dejado morir y ni siquiera tú lo habrías sabido. A mis ojos no había nada malo en dejarlo morir, pero sí a los tuyos. Y por unos instantes miré la situación con tus ojos en lugar de los míos. —Sonrió de nuevo, como quien descubre a un embaucador—. Esta explicación me convence tan poco como a ti, pero es la única que tengo.

La hechicera no dijo nada, pero volvió la vista al fondo de la tienda y allí vio un fardo.

—¿Nos dejas?

—Creo que es lo mejor. Supongo que me equivocaba, que mi historia no está aquí, o si está ha decidido no ser mi historia. Seguiré buscando. Puede que tenga suerte y encuentre otra historia en otro lugar. Puede que no.

Ambos guardaron silencio, y por primera vez la ausencia de palabras entre ellos resultó incómoda.

—Te conozco —dijo el narrador al cabo de un rato—. Creo que te conozco y creo saber que, de algún modo extraño, tú eres mi historia, la parte más importante de ella al menos. Durante todos estos años he ido tramando relatos sin saber muy bien para qué y, sobre todo, para quién. No para los campesinos en sus aldeas, los cazadores en sus campamentos, los salvajes en

sus junglas o los señores en sus castillos. No para todos los que las han oído. O puede que sí para ellos y, por supuesto, para mí mismo. Pero sobre todo he contado mis cuentos para alguien más y hasta que no encontré a ese alguien el acto de contar era un rompecabezas incompleto, un laberinto sin entrada, un río que nunca desemboca en ninguna parte.

—¿Es eso lo que pretendes, que sea tu público?

—Y yo el tuyo. No es cierto que los hombres no hagamos magia, igual que no es cierto que las mujeres no contéis historias. Mis relatos son magia porque al cambiar la forma en que los demás ven el mundo cambian el mundo mismo. Tu magia es un relato en sí, porque al vislumbrar lo que permanece oculto para los demás sacas a la luz su historia. Podría ser tu maestro y tu aprendiz, igual que tú serías mi maestra y mi alumna. Te enseñaría las historias ocultas tras tu magia y tú me mostrarías la magia que se esconde en mis historias.

—Quizá —dijo ella.

—O quizá no. Debes hacer lo que debes hacer, igual que yo hago lo que debo. Debes decidir si merece la pena correr el riesgo. Y eso solo lo sabrás una vez lo hayas corrido. Pese a tu magia y mis historias el futuro es igual que un pastel: no descubres a qué sabe hasta que no lo has probado.

Poco más dijeron, y al atardecer la hechicera salió de la tienda del narrador. Sé que este dejó el poblado al día siguiente, pero ignoro si la hechicera iba con él o finalmente eligió permanecer junto a lo que había conocido y amado toda su vida. Nada más puedo contar sobre esto. Me temo que esta historia no tiene final. Muchas no lo tienen.

*Decía, al hablar de «Tarot», que una de las personas a las que estaba dedicado el relato acabó casándose conmigo. Me refería a Marisa Cuesta, que ha sido, y es aún, una de las personas más importantes de mi vida. Nos conocimos en 1995, nos convertimos en pareja en 1997 y nos casamos en 2002. La cosa no funcionó y nos divorciamos en 2006, pero aún somos amigos y me resulta difícil imaginar mi vida sin Marisa en ella. Y sospecho que ella ve las cosas de un modo parecido.*

*Supongo que el hecho de que fuera uno de los testigos en mi boda en 2017 con Felicidad Martínez avala esa idea.*

*Escribí «Intruso» en 1997 cuando la situación entre Marisa y yo estaba lejos de haber quedado clara para ninguno de los dos y el cuento es una especie de metáfora de lo que estaba pasando en ese momento entre ambos. También es una reflexión personal sobre lo que significa el proceso de tejer una historia y de los diferentes modos que hombres y mujeres tenemos de ver el mundo.*

*Ya no estoy tan seguro, como lo estaba hace veintidós años, de que hombres y mujeres veamos el mundo de un modo tan distinto o, de verlo, de que tales diferencias sean relevantes y no pura ilusión creada por los estereotipos de una sociedad incapaz de manejar situaciones más complejas que una dualidad. Mucha agua ha pasado bajo el puente desde entonces y mi forma de ver ciertas cosas se ha modificado con los años. Para bien, desde mi punto de vista.*

*Pero, si bien puede que no comparta ciertos aspectos del relato a nivel, digamos, filosófico, sí que me sigue funcionando en un aspecto puramente narrativo. Me gusta cómo voy planteando la historia poco a poco, estableciendo el escenario y los personajes, tomándome mi tiempo, sin prisas, dejando que el relato fluya de forma natural hacia donde debe fluir. Si examino ahora lo escrito en la década de los 90, tengo la sensación de que es en ese momento, sobre todo en 1996 y 1997, cuando de verdad aprendo a escribir relatos. O al menos aprendo a pulsar los botones adecuados y destrabar los mecanismos correctos para que estos funcionen. «Tarot» e «Intruso» son las dos primeras historias cortas que escribo sintiéndome seguro de las reglas y de mi conocimiento de ellas.*

*Eso no quiere decir que antes construyera mal mis cuentos, pero lo que hasta entonces había sido una pura cuestión de prueba y error, de puro instinto, en esos dos años se convierte en algo claro y preciso. Y, a partir de ese momento, tan evidente que llego a preguntarme cómo es que no lo vi antes. A veces soy un estudiante lento y torpe, me temo.*

*Como decía, en el aspecto narrativo, el cuento sigue funcionándome sin problemas y me gusta mucho esa especie de ambientación neolítica que tiene. Y, por supuesto, aún me encanta la hechicera del relato y su calma y su ternura.*

# EN TERRITORIO AJENO

El alcalde estaba soltando lo que parecía su perorata habitual de todos los años. La aguantó con su mejor cara de póquer y, poco después, mientras el resto de los invitados a la Semana se abalanzaban hacia los canapés y los cócteles, se volvió al joven de la organización que lo había traído hasta allí y le dijo:

—Creo que tenéis una especie de monumento al horizonte.

—Sí, el Elogio, claro —respondió el muchacho, aparentemente sorprendido de que alguien hubiera oído hablar de aquella fea mole de hormigón.

—¿Queda muy lejos?

—No, en realidad no.

—Te quedaría muy agradecido si pudieras indicarme la dirección.

—¿Quiere ir ahora?

—Así es.

El joven pareció incómodo.

—Eh… Es que va a salir el tren negro, ya sabe. Llevará a todos los invitados a la Semana y…

Él no dijo nada, se limitó a quedarse mirando a aquel desecho humano que aún no se había librado de las últimas huellas del acné en su rostro. Enseguida el joven empezó a tartamudear.

—Claro que no es obligatorio. Si no quiere ir… en fin.

—¿La dirección? —preguntó con aquella voz suave y tranquila que usaba cuando estaba preparado para la violencia.

—Sí, cómo no. En cuanto salga del Ayuntamiento no tiene más que girar a la derecha y seguir todo recto. Enseguida llegará al Cerro. El Elogio está allí.

—Gracias.

Abandonó el Ayuntamiento, giró a la derecha y cruzó la plaza. El joven había tenido razón. No estaba lejos. Ascendió con parsimonia por una calle que intentaba imitar en vano el antiguo empedrado de los romanos y pronto se encontró en medio de un extraño parque que parecían los restos de un fuerte costero. Sí, allí estaba. Divisó la mole a lo lejos y echó a andar hacia ella.

Se detuvo a un par de metros, impresionado por aquella construcción absurda que sin embargo tenía un extraño poder evocador al que no podía negarse. Caminó hasta encontrarse en su interior, completamente abarcado por aquellas paredes que se cerraban alrededor suyo y fijó la vista en un horizonte que lo eludía a lo lejos, entre el mar y la niebla del atardecer. Sintió una punzada repentina, un olor familiar y extraño al mismo tiempo y se vio invadido de repente por una oleada de recuerdos.

*(La presa gritó, pero nadie oyó su grito, ni siquiera él, ocupado en abrir una puerta secreta en aquella piel deliciosa que temblaba en busca de la muerte. Recuerda sus ojos. Sobre todo, recuerda aquellos ojos insoportablemente azules que suplicaban, no sabía muy bien si el perdón o un final rápido para su sufrimiento, o tal vez le suplicaban que siguiera, que continuara abriéndose paso a través de su carne para siempre. No lo sabe, pero a veces esa mirada puebla los sueños que no recuerda al despertar. Y esas mañanas, cuando se arrastra hacia la ducha, nota que el olor que emana de su piel es más denso de lo habitual).*

Aspiró profundamente, tratando de abarcar hasta la última brizna de aquel olor elusivo que, sin embargo, sentía nítido y cercano. *Tonterías*, pensó. *No son más que tonterías*. Pero sabía que no era así, que aquel olor era importante, significaba algo y no tenerlo en cuenta podía resultar peligroso. Miró hacia arriba y se sintió atrapado por la magia absurda de aquel cilindro hueco de hormigón que prefiguraba el horizonte y parecía envolverlo para siempre. Por un instante notó una punzada de vértigo.

Pero la sensación pasó, tan rápida y fugaz como había llegado, y se encontró a sí mismo en medio de una simple masa de cemento de varias toneladas construida por manos humanas. Dio media vuelta y abandonó el parque. Se detuvo una última vez y echó un fugaz vistazo a sus espaldas. Sí, claro, cómo no lo había pensado antes: aquel ridículo monumento tenía algo familiar y acababa de identificarlo, en cierto modo era como la versión moderna de un alineamiento megalítico y, al igual que sus parientes más primitivos, despertaba fuerzas a las que sus creadores permanecían ajenos.

Volvió al hotel y en la cafetería se mezcló con el resto de los invitados a la Semana. Charló con algún conocido de otros congresos y estrechó algunas manos de desconocidos mientras saboreaba una cerveza pálida y sin apenas sabor.

A la mañana siguiente recogió su acreditación en el recinto de la Semana y le echó un vistazo al programa. Tenía una intervención aquel mismo día en compañía de otros escritores y al día siguiente una conferencia en solitario. Meneó la cabeza mientras salía de las improvisadas oficinas en el estadio de fútbol ¿Por qué se había dejado convencer para asistir allí? Bueno, ¿y por qué no? Hacía demasiado tiempo que todos sus actos estaban planeados con antelación, que no se dejaba llevar por la urgencia de un impulso repentino. Dudaba que en aquella ciudad encontrase nada que mereciera la pena, pero

tenía toda una semana por delante con los gastos pagados y… Quién sabía.

Alzó la vista y vio a lo lejos, parcialmente oculta por los árboles del parque donde estaba instalada la Semana, una curiosa estructura circular que lo desconcertó, como una pieza de tecnología extraña, casi alienígena, en mitad de un lugar tan prosaico como aquel. Cruzó el río y se internó entre el laberinto de carpas y casetas todavía cerradas, atravesó el parque y al fin el camino errático que seguía desembocó en un espacio abierto en cuyo centro se alzaba una enorme noria, tan muda, quieta y tranquila que casi parecía un dios dormido. Sonrió al imaginarla de noche, las luces encendidas y su cargamento de carne girando con ella, en un vértigo que imitaba el miedo ancestral al que sus vidas eran ajenas… casi siempre.

Se acercó a la noria. Una pieza trivial de tecnología, no la maquinaria extraterrestre que había parecido a lo lejos, pero sin duda interesante. A aquellas horas no había nadie más allí, se encontraba completamente solo y el lugar estaba sumido en un silencio casi antinatural, como una selva antes de un terremoto. Alzó la vista y la dejó perderse en el armazón de cables, vigas metálicas y luces apagadas. Por unos instantes sintió vértigo y otra vez le asaltó la sensación de estar ante algo familiar y al mismo tiempo extraño. Parpadeó y al abrir de nuevo los ojos no supo muy bien donde estaba; se sintió desorientado como si el tiempo se desarticulase a su alrededor y de algún modo hubiera vuelto a un pasado en el que hacía siglos que no pensaba.

*(Las manos… sí, las manos de la presa habían buscado las suyas, las habían encontrado y de una manera extraña las habían guiado en busca del más secreto de los lugares, señalándole con precisión dónde y de qué modo debía sajar, en qué lugar preciso tenía que abrirse paso con sus afiladas garras. Sí, aquellas manos de dedos largos, aquella caricia que parecía buscar la muerte para siempre, la suavidad del contacto de las yemas de sus dedos en el dorso de sus propias manos. ¿Qué le habían pedido? ¿Qué le habían implorado con una fuerza desconocida?).*

—¿Le pasa algo, amigo?

La voz del desconocido lo hizo volver de repente al mundo real y se encontró ante un hombre enfundado en un mono azul y armado con una escoba y un carrito.

—No, estoy bien, gracias.

El otro se encogió de hombros y siguió barriendo la plaza. Él permaneció unos instantes más contemplando la noria, que había perdido ya su cualidad hipnótica. Luego, dio media vuelta y volvió por donde había venido.

Por la tarde dejó pasar la mesa redonda de la forma más tranquila posible. Permitió que los otros se desparramaran alegremente por los caminos de la pedantería y la petulancia y él permaneció inmóvil, escudado por la mesa de madera, con la sensación absurda de que alguien lo vigilaba desde alguna de las portillas de observación del enorme submarino amarillo de cartón piedra que había a su espalda. Intervino poco y la tranquilidad, precisión y falta de

pretensiones de sus maneras contrastaron con las de sus compañeros de tertulia, pero de una forma tan sutil que nadie pareció darse cuenta de ello.

Hubo un momento en que no pudo escurrir el bulto como habría deseado, cuando el moderador le lanzó una pregunta de forma directa.

—Bueno, sí —respondió—. Al fin y al cabo, el escritor es básicamente un mentiroso, un impostor. Creamos mentiras y las vendemos como tales, avisamos a nuestro público de que lo son y aun así esperamos que las crean. Y funciona, por supuesto. La mejor trampa es aquella en la que la víctima se mete de forma voluntaria sabiendo que es una trampa.

Nadie pareció entender de qué hablaba. Repentinamente comprendió que eso no era cierto. Al fondo, entre la multitud junto a la barra que parecía escuchar sin gran interés, notó algo distinto. La encontró sin problemas, con nitidez, como si ella se hubiera hecho visible de pronto. Comprendía, se dio cuenta de repente, ella comprendía. Apenas podía distinguirla entre la multitud y lo único que pudo ver con claridad fue un pelo negro y largo y un cuerpo menudo. Pero sí, sin duda ella comprendía.

Por tercera vez desde que había llegado a la ciudad volvió a experimentarlo. Aquel olor que no era un olor, que parecía tan familiar como si fuera el suyo propio y tan ajeno como si fuera el de una criatura alienígena. Y con el olor otra vez los recuerdos, en un *flash* tan intenso que casi le dejó ciego.

*(Recuerda una gota, una única y preciosa gota de sangre que se derramó en la comisura izquierda de sus labios. Recuerda que solo podía mirar aquel minúsculo borbotón púrpura mientras proseguía su festín. Recuerda que una vez terminada su tarea, después de haber saboreado los lugares más lejanos de su cuerpo, inclinó la cabeza hacia el rostro muerto y lamió con la lengua aquella gota de sangre, la paladeó como si estuviera bebiendo su alma y aquel día no pudo recordar otra cosa; nada más había en su mente, ni la consistencia harinosa de su hígado, la dulzura de su tuétano o la dureza de su corazón. Volvió a casa sintiéndose henchido, completo, y nada más le importó durante mucho tiempo).*

Cuando volvió a la realidad, la mesa redonda terminaba y ella ya no estaba entre el público. Pasó el resto del día como un sonámbulo, deambulando por aquella enorme feria que se había montado con la novela negra como pretexto, aturdido por primera vez en medio de aquel laberinto de carne humana por el que normalmente se movía con la indiferencia y la seguridad de un dios. Un par de veces creyó atisbarla entre la multitud, apenas un manchón que se desplazaba a lo lejos, pero siempre se perdía entre la marejada de cuerpos antes de que pudiera acercarse a ella.

Aquella tarde no volvió al hotel. Borracho de algo que no podía precisar pasó toda la noche yendo de un lado a otro del recinto de la Semana, aturdido por las luces, los colores chillones y la machacona música que insistía en imitar con instrumentos electrónicos algún ritual arcano. Fue de una caseta a otra y

terminó desembocando ante la enorme noria. Ahora, con sus luces encendidas, parecía un inverosímil platillo volante sin hombrecitos verdes que pidieran ser llevados ante nuestros jefes.

La percibió entonces. Sintió con una urgencia inexplicable que ella estaba allí, subida en la noria y, cuando esta se detuvo, la presintió en lo más alto, detenida y contemplando una ciudad que debía de parecerle una promesa. La supo con un compañero al lado y por primera vez en años notó las tripas desgarradas por las uñas afiladas de los celos.

*¿Qué es esto?*, pensó frenético. *Ella no es más que alimento, comida, otra presa que saborear*. Pero los celos seguían allí, abriendo un surco malicioso en lo más hondo de sus entrañas. Estuvo a punto de abandonar el disfraz que le permitía caminar entre los humanos como uno más de ellos y aullar su frustración a aquella luna casi llena que lo contemplaba con indiferencia.

Se contuvo a tiempo. Dio media vuelta y echó a andar fuera de la plaza. Sin embargo, se detuvo casi enseguida. Lentamente consiguió que el jadeo atormentado de su respiración se fuera convirtiendo en un inhalar tranquilo y, acodado en la esquina de una caseta, esperó a que la noria completara su giro y sus ocupantes descendieran.

Allí estaba. Efectivamente, un macho humano la acompaña. Notó un gruñido nacer de lo más hondo de su interior y lo contuvo mientras la pareja pasaba a su lado y ella giraba la cabeza. Sintió que sus miradas se intercambiaban y vio asomar el reconocimiento a los ojos de la mujer. Una sonrisa aleteó fugaz en su rostro antes de que la marea humana la tragase a ella y a su acompañante.

Débil. Se sentía débil como si no hubiera comido en años. Tan débil que apenas podía mantenerse en pie, débil como si fuera una oveja más, como si hubiera dejado de ser un predador. Necesitó reunir hasta el último resto de sus fuerzas para no tambalearse y tuvo que apoyarse en la esquina de la caseta, mientras sentía que el mundo pasaba a su alrededor en un vértigo frenético.

Lentamente consiguió recuperarse, pero incluso entonces sus pasos eran vacilantes y la gente se apartaba ante él, ante su rostro casi blanco, mirándolo como estuviera borracho o colgado.

Poco a poco, sin embargo, sintió que las fuerzas volvían a él y notó de nuevo aquel olor cercano y desconocido, lo percibió como algo casi físico, como una huella casi visible que hubieran dejado para que él la siguiera. Se dio cuenta de que era el olor el que lo había permitido recuperarse, como si en cierta forma le prometiera una nueva forma de alimento, como si anticipara una caza especial.

*¿Puede ser eso?*, pensó. *¿He encontrado mi presa definitiva en esta prosaica ciudad al borde del mar, en esta ciudad trivial que sin embargo construye monumentos al horizonte en los que todavía se oculta la antigua magia?*

No encontró respuesta a su pregunta, ni la encontraría en toda la noche, y

deambuló hasta el amanecer por aquel laberinto de carne y sangre, guiado por un olor que lo llevaba a internarse más y más en la marejada humana, que lo arrastraba de un lado a otro sin conducirlo jamás a ninguna parte, que lo arrastraba hacia lo más profundo de sus recuerdos.

*(…Su primera presa, sí. ¿Le dijo que lo amaba? Así es, y fue ese el momento preciso en que sus garras y dientes se hundieron en la carne delicada y sus labios paladearon por primera vez el más delicioso de los sabores…*

*… Había luchado, pero nunca supo si lo hacía para liberarse o para que la muerte y el olvido llegaran antes…*

*… La indefensión total con la que se había entregado a sus garras impacientes, la entrega absoluta con la que su garganta inerme había esperado a sus dientes…*

*… Su boca saboreando aquella carne deliciosa, aquella sangre tan cálida…*

*… El inesperado regalo de un bezoar en lo más hondo de su cavidad intestinal, aquella estructura inverosímil y erizada de pinchos que él había alzado a la luz de la luna…).*

Despertó en la cama de la habitación del hotel sin saber muy bien cómo ni cuándo había llegado allí. El dolor sordo y lejano de la resaca batía palmas contra su nuca y tuvo que arrastrarse hacia la ducha para sumergirse bajo el chorro de agua casi hirviendo.

Volvió a verla por la tarde, mientras desgranaba con voz tranquila el texto de su conferencia. La vio llegar, deshacerse de su acompañante (¿era el mismo de la noche anterior? no lo sabía, ni le importaba) y sentarse en una de las mesas más cercanas a la del conferenciante. Sus ojos no se apartaron de los suyos durante toda la conferencia y tuvo que hacer el mayor esfuerzo de su vida para concentrarse en el texto trivial que había memorizado y recitarlo de una manera apenas adecuada.

Después, durante la breve sesión de preguntas y respuestas que siguió a la conferencia, tuvo la impresión de que ella era la que preguntaba (aunque no abrió la boca una sola vez, salvo para pedirle algo al camarero, y la sonrisa imprecisa que flotaba en sus labios no se alteró en ningún momento) y que él respondía solo para ella.

Acababa la conferencia y, mientras descendía de la tarima y firmaba algunos de los libros que le tendían, la percibió por el rabillo del ojo, de pie junto a él, sin otras armas que aquel cuerpo menudo y la mirada indescifrable y sin embargo familiar. Se volvió hacia ella y durante un tiempo interminable ninguno de los dos se movió, como si el menor gesto pudiera desencadenar la catástrofe.

Luego, ella le tendió un libro para que lo firmase y él se sintió asombrado (y complacido) ante su elección, porque era su primer libro de relatos, un volumen que había pasado casi desapercibido para la mayoría de su público y al que los pocos críticos que habían reparado en él habían hecho trizas. Sonrió al ver de nuevo aquella portada en la que un tigre inverosímilmente azul abatía

de un zarpazo a una criatura que podía ser una gacela o también un ser humano. *Predadores y presas*, leyó en el título y bajo él el nombre con el que había aprendido a identificarse a sí mismo en los últimos años.

Abrió el volumen y empezó a escribir la dedicatoria antes de darse cuenta de que ignoraba su nombre. Se lo preguntó.

—¿Importa? —dijo ella.

No, no importaba. Escribió «Para ti» y trazó bajo esas palabras el garabato de su firma.

—¿Por qué has elegido este libro? —le preguntó después de devolvérselo. La mayoría de fans y curiosos ya se habían ido y estaban solos en mitad de la carpa casi vacía.

—Es tosco, pero tiene fuerza. Tus otros libros están mejor escritos, pero también más… domesticados.

Se dio cuenta de que no había dudado porque ignorase la palabra, de que lo había hecho de forma deliberada.

—Domesticados —repitió él—. Quizá.

La invitó a comer algo en un puesto cercano y pasaron el resto de la tarde enfrascados en una conversación tranquila y apacible sobre sus méritos literarios. Por debajo de aquella placidez, sin embargo, él percibía perfectamente la tensión que circulaba entre los dos, la carga que se iba acumulando, y casi olfateó esperando descubrir en el aire el aroma familiar del ozono que acompaña a las tormentas. Notó que la gente a su alrededor percibía algo de todo aquello, del modo vago e instintivo en que se percibían aquellas cosas, y que preferían mantenerse apartados de ellos.

Por la noche se mezclaron entre el resto de la marea humana y recorrieron su camino sin prisas, como si ambos supieran exactamente dónde iban. En efecto, no se sorprendió al descubrirse frente a la noria. Intercambiaron una mirada y, sin necesidad de decir nada, compró dos boletos.

Subieron a una de las barquillas. Nadie ocupó los asientos de enfrente, como si presintieran que había algo prohibido a lo que no debían acercarse. La noria inició su lento ascenso. Dio una vuelta, dos y luego se detuvo. Estaban en lo más alto del trayecto y la ciudad se extendía a sus pies como el árbol de navidad más grande del mundo. Frente a ella, un mar oscuro y frío susurraba su respiración de animal mitológico.

—Mírala —dijo ella.

Obedeció. Recorrió con la vista la ciudad que se extendía a sus pies. Asintió.

—Es mía —dijo ella otra vez.

¿Suya?

En ese instante empezó a comprender realmente lo que ocurría. A medida que la noria volvía a descender, se dio cuenta de lo equivocado que había estado durante todo el día y por fin reconoció aquel olor familiar y ajeno que

parecía precederla y seguirla a todas partes.

Bajaron de la noria, ella le hizo un gesto y ambos se internaron en la oscuridad más allá de la plaza, donde terminaban las casetas y comenzaba un prado oscuro, iluminado solo por una luna henchida de plata que no traicionaría sus secretos. Se internaron en los campos y él respiró hondo el aire nocturno y húmedo mientras ascendían por el monte y se internaban en un bosquecillo poco espeso. Suficiente, sin embargo.

—Aquí estamos —dijo ella.

Sí, allí estaban y ¿para qué? Supo que no para comer, no para alimentarse, salvo tal vez de la más extraña e inevitable de las maneras. Supo que podía mostrarse ante ella tal cual era y que ella no huiría, que no habría el menor asomo de miedo o pánico en su mirada. Supo, como había sabido cuando ella dijo que la ciudad era suya, que no estaba ante una presa, que en cierto modo él era la presa de ella y ella la cazadora aquella noche.

Ambos se deshicieron de la ropa y bajo ella de las pieles falsas con las que caminaban entre los humanos. Se irguieron el uno frente al otro y contemplaron la verdad asombrosa de su desnudez. Durante un minuto interminable hasta el tiempo mismo pareció detenerse.

Luego, todo fue un frenesí de garras y dientes, de lenguas y labios que exploraban con una delicadeza infinita, con una ternura rayana en la rabia. Sus uñas afiladas se deslizaron por la espalda de ella, recorriendo aquel vello cortísimo y tan suave y sintió un ronroneo que nacía de lo más hondo de su garganta mientras entraba en ella, navegaba dentro de ella, atrapado por sus muslos como por la más dulcísima de las trampas.

Ninguno de los dos era consciente de nada en mitad de aquella madeja de brazos y piernas, lenguas y bocas, ingles y vientres, en mitad de aquella marejada de olor denso y delicioso, de los rugidos de hambre y rabia y amor.

Mucho tiempo después, desnudos y exhaustos, iluminados por aquella luna que parecía llena de plata hasta reventar, se miraron a los ojos y por fin se reconocieron tal cual eran, más allá del frenesí de sexo y ansia de unas horas atrás. Él vio que el brillo tierno y rabioso de sus ojos se apagaba y solo quedaba en ella la mirada del predador en celo que ha satisfecho su deseo.

—Vete —la oyó decir, la oyó ronronear como si su voz llegase del otro lado del mundo—. Tengo cuanto deseo de ti. Vete.

No añadió más. No era necesario.

Él vistió su falsa piel humana, nunca tan incómoda como en aquel momento, y luego las ropas que había tirado unas horas (¿siglos?) antes. Lanzó una última mirada a la tigresa que se desperezaba en el suelo y ya no encontró en sus ojos el menor atisbo de emoción. Había obtenido lo que buscaba y él había dejado de convertirse en algo útil. Era un predador que estaba en el territorio de otro y permanecer allí un solo momento más habría resultado peligroso.

Volvió a la feria y la abandonó tan rápido como pudo, haciendo a un lado aquel maremágnum de incómodos cuerpos humanos. A solas en el hotel no pudo dormir, atormentado por unas fauces tiernas y unos ojos indescifrables y a la mañana siguiente cogió un autobús hasta el aeropuerto y dejó para siempre aquella ciudad que pertenecía a otro predador y, quizá con el tiempo, a su propia estirpe.

El pensamiento lo hizo sonreír. Se preguntó hasta qué punto ella había tenido algo que ver con la erección del monumento al horizonte donde había dejado su olor como una marca de pertenencia, hasta qué punto aquella noria había sido traída a la ciudad para ella, hasta qué punto la feria y la Semana e incluso la ciudad misma habían crecido para que ella las disfrutase. No lo sabía, pero recordando la fuerza oculta que se agazapaba bajos sus ojos de tigre tierno y hambriento no lo encontró descabellado.

Miró por la ventanilla del avión y dejó resbalar la vista por el incongruente paisaje de nubes sobre el que navegaban. Se llevó una mano al rostro y notó entonces, nítido, repentino, el aroma de ella entre los dedos. Sonrió y supo que la comida ya nunca tendría el mismo sabor.

*Algunos de los relatos que encontraréis aquí existen por culpa de Paco Ignacio Taibo II, escritor mejicano de origen asturiano que, durante veinticinco años, fue el director de la Semana Negra de Gijón, un festival literario nacido en 1988. Al principio estaba dedicado a la novela negra, tal como indica su nombre, pero con el tiempo fue diversificándose y la ciencia ficción, la novela histórica, el cómic o incluso el fotoperiodismo acabaron encontrando acomodo dentro de la Semana Negra.*

*Todos los años publican un libro que se reparte gratuitamente entre los asistentes al festival y que, partiendo de un tema que ejerce de aglutinante del volumen, suele ser una miscelánea de contenidos (relatos, artículos, poemas, ilustraciones, comics…) creada por algunos de los invitados de ese año.*

*A lo largo de los años, Paco me pidió varias veces que participase en el libro y la primera vez fue en 1997. El único requisito de mi participación era que lo que escribiera, fuese de lo que fuese, se ambientara en el entorno de la Semana Negra.*

*Mi primer intento fue un relato que giraba alrededor de un asesino en serie, un psicópata, que usaba el festival asturiano como coto de caza. El resultado no me satisfizo y la historia me pareció predecible y bastante tópica.*

*Se me ocurrió darle un giro que, siendo como soy, la hizo bascular inevitablemente hacia el fantástico y de pronto todo encajó. La historia ahora estaba viva, fluía adecuadamente y, además, tenía una conclusión natural a la que no podía evitar dirigirse.*

*Por desgracia, el libro sufrió recortes presupuestarios y varios relatos se quedaron fuera, entre ellos el mío. Tampoco fue mucho problema: no tardó en encontrar acomodo en una de las antologías Artifex que preparaban Luis G. Prado y Julián Díez.*

*Si la memoria no me falla, este es el primer relato que ambiento de forma explícita en Gijón. Las menciones están ahí para quien quiera verlas, el Cerro en el que se enclava el monumento al horizonte, la Semana dedicada al género negro que tiene lugar alrededor del estadio de fútbol, el río y el parque al otro lado de este donde estuvo varias veces la noria… Pequeñas pinceladas que van definiendo un paisaje urbano muy concreto.*

*Si con «Tarot» empiezo a dar los primeros pasos en el camino de la fantasía oscura, «En territorio ajeno» bien puede considerarse el primer relato que se desarrolla explícitamente en la Ciudad. Cierto que mi novela* El abismo en el espejo, *escrita en 1996, acabaría siendo la primera de ese ciclo narrativo, pero en*

*realidad, esa fue una decisión tomada* a posteriori, *cuando estaba escribiendo allá por 1999 lo que luego sería* Este incómodo ropaje *(y que antes de eso fue* Los sicarios del cielo*). Cuando escribí* El abismo en el espejo, *no tenía nada claro en qué ciudad se desarrollaba ni mucho menos la idea de crear todo un ciclo narrativo con esa ciudad como telón de fondo.*

*Es este relato el primero en el que uso explícitamente Gijón como material narrativo y encajo en él un relato fantástico. Así que me temo que suyo es el honor de haber iniciado el ciclo de la Ciudad.*

# 2001

# CON DADOS CARGADOS

Para Cris, Gorin y Lektu,
cada uno de ellos sabe por qué.

Compruebo una última vez el sistema de sonido: el micrófono oculto funciona a la perfección y en mi oído el auricular desgrana sin problemas todos esos sonidos que hacemos y de los que nunca somos conscientes: un carraspeo, un chasqueo de los labios, un murmullo apenas audible. Desde donde estoy puedo ver perfectamente al salvaje, sentado en una esquina del café mientras mira con indiferencia por la ventana y espera a que su infusión alcance la temperatura adecuada. El agente llega a su lado y él no parece consciente de su presencia, así que el recién llegado carraspea ligeramente para llamar su atención. El salvaje vuelve la cabeza hacia el otro y alza la vista.

—Ah, ya veo —dice. No hay sorpresa en su rostro, solo cansancio—. Así que es usted, al fin. Siéntese.

Hay una vacilación casi imperceptible, antes de que el agente tome asiento donde el otro le ha indicado.

—No hace falta que me suelte el rollo acostumbrado. A menos que se sienta obligado a ello, claro —dice el salvaje, mientras comprueba con las manos la temperatura del café, asiente y se lleva la taza a los labios.

Su interlocutor sonríe. Es una sonrisa dura: no va a dejarse ganar en este juego.

—¿Y cuál es ese «rollo acostumbrado»? —pregunta.

—Vaya. A lo difícil, ¿eh? De acuerdo. —Se aclara la garganta—. Veamos. «Soy un agente autorizado de la Agencia Transtemporal Panuniversal. Estoy aquí porque dentro de dos años usted inventará una máquina del tiempo. Eso trastocaría la Historia tal como la conocemos. He venido a impedir que construya su máquina». Más o menos. Seguro que he trabucado alguna palabra y hasta puede que haya simplificado el discurso. Pero en esencia es eso ¿verdad?

Durante tres segundos que para mí no parecen acabar nunca el agente es

incapaz de moverse.

—Usted no es quien he venido a ver —dice al fin.

El otro asiente.

—Bingo. El premio gordo para el caballero. Puede elegir entre el perrito piloto y la muñeca chochona. Ha tardado bastante menos que algunos de sus colegas. Y la próxima vez tardará menos aún.

—¿La próxima vez?

—Cuando nos volvamos a encontrar. Al menos desde su punto de vista. Desde el mío eso ocurrió la vez anterior que nos encontramos.

El agente asiente, y creo que empieza darse cuenta de que se encuentra quizá ante el mayor desafío de su carrera. Su oponente no solo es hábil y previsor: ya ha tenido contacto con él en un momento que para el agente aún no ha llegado y por tanto conoce sus métodos, sus habilidades y, posiblemente, sus debilidades.

—Bien —dice el agente—. Las cartas sobre la mesa, entonces. —Extiende los brazos, las palmas de las manos hacia arriba, en un gesto que conozco bien —. Nada de argucias, nada de excusas. Los dos sabemos a qué atenernos.

El salvaje sonríe con un solo lado de la boca y a sus ojos asoma un brillo de diversión.

—Claro. Solo que ese truco ya lo usó una vez y no le sirvió de nada.

—Nunca nos hemos visto antes, ¿verdad? —dice el agente—. Todo esto no es más que un farol. Y muy bueno, debo añadir. De haber caído en él le habría dado una importante ventaja.

—¿Y no me la da? —pregunta el salvaje mientras posa su taza de café, vacía, sobre la mesa—. En estos momentos usted no sabe qué pensar. No sabe si nos hemos visto antes o no. Y de haberlo hecho, desconoce qué me pudo decir en ese momento, qué debilidades ocultas mostró en nuestro segundo encuentro. O en el primero. Esto es un poco confuso, a veces.

—No. Como muy bien dice, no tengo manera de saber si volveré a verlo. Y si es así no sé qué le diré entonces. Así que es muy sencillo: no tendré en cuenta ese dato al tratar con usted.

El otro se encoge de hombros, vuelve la vista un instante y marca con el dedo algo del menú. Un cigarrillo autocontenido se materializa en su boca. Una inspiración, un chisporroteo y el extremo del pequeño cilindro blanco se convierte en una diminuta brasa. Se llena los pulmones, echa aire y la nube de humo muere a escasos centímetros de su boca. Desde donde estoy parece una extraña criatura mítica, rodeada de un aura de humo cuyos tentáculos se diluyen lentamente a medida que se alejan de él.

—Como quiera —dice—. Ahora podemos iniciar una batalla dialéctica que nos llevará horas o yo puedo explicarle por qué no va a conseguir detenerme nunca. Luego, usted se va, y asunto arreglado.

—Explique lo que quiera. Aunque no esperará que lo tome en serio.

—No. Aún no, en todo caso.

El agente no responde, como si no hubiera oído la pulla.

—De acuerdo. Ahí están ustedes, la ATP, con sus flamantes maquinitas del tiempo cuánticas (perdón, sus vehículos de desplazamiento temporal interuniversal, quería decir) convencidos de que alguien los ha puesto a cargo de todo en todas partes y de que deben velar por el desarrollo correcto de los acontecimientos. Cuando un individuo no autorizado (¿un «salvaje» fue la expresión que usó la otra vez?) desarrolla su propia versión de la máquina del tiempo ustedes aparecen y se lo impiden de un modo u otro. En nuestro anterior encuentro no entró en detalles, pero se las arregló para hacerme saber que las cosas pueden llegar a ponerse desagradables para el pobre «salvaje» si este no acepta de buen grado destruir su invento y someterse a un borrado y reconstrucción de la memoria. Siempre tienen éxito porque, no importa lo que tarden, tienen todo el tiempo del mundo (de varios mundos) para llevar a cabo su tarea. ¿Es un resumen fidedigno?

—Bastante.

—Bien. Ahí es donde entro yo. Un geniecillo chiflado de veintidós años que ha desarrollado lo que para él son unas revolucionarias ecuaciones que describen el colapso de la función de onda de manera completamente inesperada y que, dentro de dos años, le permitirán construir su propia versión del aparato de ustedes. Una versión primitiva, por supuesto: capaz de moverse longitudinalmente a lo largo del tiempo pero no transversalmente entre otros universos. Sus estudios revelan que, si se me permite construir mi máquina, esta realidad se verá seriamente alterada, y los ecos de esas alteraciones podrían alcanzar otras zonas del panuniverso. Así que usted ha venido para darme a elegir entre no desarrollar jamás mi invento (y de paso olvidar que podría haber llegado a desarrollarlo) o incorporarme a la ATP. Todo un honor porque, según usted mismo me dijo, rara vez hacen la segunda oferta: normalmente no hay alternativas al olvido.

—Así es.

Nada en el tono de voz del agente lo traiciona, pero tiene que ser consciente de que las palabras del salvaje revelan como muy probable su segundo encuentro. O, si no fue con él, con otro agente de la ATP enviado a detenerlo.

—Y usted se pregunta qué hago yo aquí. Por qué mi yo adecuado, el que tiene la edad correcta y pertenece a este momento del tiempo, no está sentado a esta mesa, tomándose un café e ignorante de lo que le espera en lugar de esta versión más vieja de mí mismo que me ha suplantado.

El agente asiente. No puedo evitar una sonrisa, mientras asisto a esta conversación, fingiendo ocuparme de mi refresco. El salvaje habla con fluidez, sin confundirse ni en los pronombres ni en los tiempos verbales. Parece claro que ha tenido abundante experiencia en el viaje a través del tiempo.

—Ustedes afirman que tienen todo el tiempo del mundo. También yo. El yo que debería haber estado hablando con usted tiene veintidós años. Mi yo presente ronda los treinta. He pasado seis años (y seguramente pasaré unos cuantos más) buscándome a mí mismo en el pasado, encontrando el momento preciso en que ustedes darían con mi yo anterior y, de un modo u otro, evitando que estuviera en ese momento y en ese lugar. Y, a menudo, apañándomelas para que fuera yo, en lugar de yo, el que estuviera allí. ¿Me sigue?

—Sin ningún problema. Pero usted tiene que saber que no puede tener éxito. Antes o después daremos con uno de sus yos anteriores en un momento que usted no haya controlado.

El salvaje niega con la cabeza y vuelve a sonreír mientras arruga el autocig consumido y lo arroja al reciclador.

—Aún no lo ha entendido. Por mis cálculos diría que usted es el original, el primero de todos, el primer agente que la ATP envía a detenerme. Así que todo esto tiene que resultarle nuevo y hasta desconcertante. Verá, no hay ningún momento de mi pasado en el que ustedes puedan contactar conmigo por la sencilla razón de que no recuerdo que eso haya sucedido jamás.

Ahora es el turno del agente de sonreír, casi de pavonearse mientras le explica a su interlocutor la situación y le aclara el error que ha cometido: le cuenta que el tiempo es fluido y que si su presente encarnación no recuerda que hayan llegado a él en el pasado eso solo quiere decir que aún no lo han hecho. Pero lo harán, sin duda, y entonces todos sus recuerdos cambiarán para amoldarse a la nueva realidad.

El salvaje lo mira con sorpresa y ahora sé, más allá de toda duda, que es fingida.

—No es posible. Si ustedes contactasen conmigo en un momento en que yo no recuerdo que lo hayan hecho eso solo crearía un nuevo universo, divergente de este a partir de ese instante. Pero el actual permanecería tal y como es.

—Eso parecería lógico, ¿verdad? Hasta sería bonito. Pero me temo que no es así. —La seguridad que escucho en la voz del agente me resulta insoportable—. Hay infinitas realidades, eso es cierto, y cada una difiere de la otra solo en detalles minúsculos: pero lo que se hace en una realidad la cambia a esta, altera su historia, y no la de otras. Ocasionalmente esos cambios pueden tener ecos en realidades adyacentes, pero no siempre.

—Comprendo. Y según esa teoría que ustedes manejan, yo debería rendirme de una vez porque, no importa lo que tarden, ustedes acabarán teniendo éxito.

—Algo así. Usted es uno solo, nosotros muchos: podemos cubrir mucho más tiempo que usted.

El salvaje frunce la boca, pensativo.

—En realidad eso es una falacia, y usted lo sabe. Puedo cubrir exactamente tantos instantes como ustedes: simplemente, al ser yo uno solo tengo que desplazarme a más momentos de mi pasado, mientras que ustedes pueden repartírseme. —Encuentra graciosa la expresión y se ríe en silencio—. Pero el resultado es el mismo.

—Supongamos que es capaz de hacer lo que afirma —dice el agente—. Nada le garantiza que no vaya a cometer un fallo, que deje de cubrir un momento del que nosotros nos podamos aprovechar.

Hay un segundo de vacilación que podría ser incertidumbre. Termino mi refresco y pulso la combinación para otro, mientras me pregunto si no será el momento de intervenir. No, decido, aún no. El momento de hacerlo todavía no ha llegado, pero está cerca.

—Es posible —dice el salvaje—. ¿Qué me propone?

—¿Recuerda nuestro ofrecimiento? Es usted un hombre hábil, rápido de reflejos, sabe pensar bien y controlar los imprevistos. Únase a nosotros: sería un excelente agente de campo.

—La oferta es halagadora. Y la aceptaría si no fuera porque no acabo de ver qué autoridad tiene la ATP para hacer lo que hace.

—Eso es… ridículo.

—¿Ah, lo es? ¿Quién los ha puesto al mando? ¿Quién les ha dicho que pueden atar y desatar a su antojo? ¿Quién los ha autorizado a decidir cuál es la línea temporal adecuada en cada realidad? —Tanto el agente como yo hemos oído antes esas mismas preguntas, pero siempre en un tono apasionado, normalmente cargadas de rabia y frustración. Su voz impasible, en la que no es posible discernir sentimiento alguno más allá de un leve desprecio cansino, parece desconcertar a su interlocutor, como me desconcertó a mí la primera vez—. Lo cierto es que no son más que un puñado de burócratas atemorizados cuya única obsesión es el control.

—¿Qué nos queda, entonces?

—¿A ustedes? Seguir intentándolo aunque fracasen.

—Podríamos matarlo.

—¿Aquí y ahora? Sin duda, pero eso no resolvería nada: ¿y si en este instante de mi vida ya he cubierto todos los posibles momentos de mi pasado? Antes le he mencionado mi edad, pero ¿era cierto lo que dije? Quizá ya he viajado al tiempo adecuado y he obtenido un cuerpo virtualmente inmortal para luego pasarme varios miles de años apartándome a mí mismo de su camino. ¿Cómo saberlo?

Tiene razón. ¿Cómo?

—Además, y créame que lo siento, ustedes ya han fracasado.

El momento de hacer notar mi presencia y terminar con esta farsa está casi ahí, al alcance de mi mano. Un poco más, solo un poco más.

—Eso es…

—¿Ridículo? Aún no se ha dado cuenta. Lo hará pronto, estoy seguro, porque en nuestro segundo encuentro usted seguirá adelante por rutina, por deber, pero ya no habrá el menor convencimiento de que lo que esté haciendo sirva para algo.

—No farolee.

—No lo hago. Es más, hasta voy a explicárselo. Usted mismo me contó por qué no puedo evitar ganar y por qué ustedes ya han perdido.

—¿Cuándo? ¿En ese segundo encuentro que no estoy seguro de que vaya a tener lugar?

—No. Aquí mismo. Hace unos minutos. Cuando creía estar sacándome de mis errores de principiante. Lo que se cambia en una realidad la afecta a ella, ¿no es cierto?, no crea líneas temporales divergentes, sino que remodela esa parcela del panuniverso de forma que lo creado por el cambio haya estado siempre allí. Olvidemos por un momento los efectos colaterales en realidades adyacentes. Ahora piense en esa bonita teoría cuántica que ustedes usan para su ATP. Luego permítame que le explique cómo es mi «primitiva» máquina del tiempo y en qué difiere de las suyas. Creo que será suficiente.

—Adelante.

—Mis ecuaciones, ecuaciones cuánticas, por cierto, describen y posibilitan un artefacto que colapsa la función de estado del universo. Mi máquina del tiempo.

—Su… —El agente no puede seguir hablando. Vuelve la vista hacia la ventana. Aunque no puedo ver su rostro, comprendo que las implicaciones de lo que el otro acaba de decir se van abriendo paso a través de su cabeza, y llenándola de un extraño y lánguido horror—. Eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Acaso la propia mecánica cuántica no predice su propio fracaso, no, mejor, su inutilidad, cuando se enfrenta con una singularidad? En realidad puede considerar mi máquina del tiempo precisamente como algo así: una singularidad determinista en un universo probabilístico. De hecho, si me permite la pirueta verbal, diría que mi aparato es una singularidad determinista desnuda: no está protegida por un horizonte de sucesos, así que el universo puede asomarse a ella y contemplarla, al contrario que con un agujero negro. —Sonríe, como asaltado por una idea repentina—. Si somos exactos, es mi singularidad la que se asoma al universo y lo obliga a contemplarla. A partir de ahí las consecuencias son obvias, ¿no cree?

Ahora es el momento. Si tengo que hacer algo, si debo cortar esto por algún lugar, salvar la ATP del desastre, tiene que ser aquí, ahora. Me incorporo y echo a andar hacia la mesa. Alguien me sujeta por el brazo. Me vuelvo y lo veo.

—No —me dice—. No puede.

¿Ha previsto incluso esto? Claro que, si tenía razón sobre su máquina, ¿cómo evitar no preverlo? Pese a todo intento desasirme, solo para

encontrarme con que alguien me agarra del otro brazo. Miro a un lado y a otro: ambos me observan con una media sonrisa plantada en un lado de la boca, la misma media sonrisa del salvaje de la mesa. En sus manos hay un delgado tubo metálico.

—No lo intente. No queremos herirlo. Deje que termine —me dicen, no sé cuál de ellos, quizá ambos a la vez.

Por un momento acaricio la idea de intentarlo pese a todo, de forzarlo a que me dispare y cambiar así los acontecimientos. Pero ¿lo haría realmente, o mi muerte tendría lugar con la suficiente discreción para pasar desapercibida? Con una facilidad que me sorprende a mí mismo, me declaro derrotado, me llamo cobarde y permanezco inmóvil mientras frente a mí la conversación se arrastra hacia su final.

—Sí —dice el salvaje sentado a la mesa—. Mi máquina del tiempo no es un artefacto probabilístico, sino determinista: y ese determinismo no está oculto tras la capa protectora de un horizonte de sucesos. Eso convierte a cualquier universo en el que ella esté en un universo determinista. En ese universo, este mismo, no puede haber cambios en la realidad, está fijada y es única. En cierto modo, todo el universo se ha convertido en una singularidad, y al igual que la original está desnuda: el resto de los universos pueden contemplarla. Si no los recuerdo a ustedes en mi pasado es porque ustedes nunca estuvieron en él; si recuerdo haberme desplazado en el tiempo para apartar a mis versiones más jóvenes de su camino es porque eso ya ha ocurrido. Curioso. Me preguntaba qué sentiría al contárselo. Qué experimentaría al ver la cara del primero de ustedes al que se lo dijese. —Se encoge de hombros casi con tristeza—. La verdad es que es decepcionante. La anticipación arruina el placer cuando llega el momento, ¿verdad?

—No… —articula el agente, tratando desesperadamente de no creer lo que ha oído.

Un universo determinista, infectando a los de su alrededor como un tumor, convirtiéndose en el vórtice de una infección que destruiría para siempre a la ATP. Porque, ¿qué sentido tiene una agencia que se dedica a velar por el correcto desarrollo de los acontecimientos si estos solo pueden desarrollarse de una única manera?

—Váyase. Esto ya no tiene sentido. Volveremos a vernos, pero hoy no estoy de humor.

El agente le hace caso y, como una marioneta cuyos hilos manejara el salvaje, se levanta de la mesa y se va. Lo veo abandonar el local, tratando de fingir aplomo, seguridad, pero apenas es una farsa mal ensayada. Sé que volverá a su cabina y dudará mucho tiempo antes de pulsar el botón que lo devolverá al distante futuro donde la ATP tiene sus cuarteles.

Me doy cuenta en ese momento de que los dos hombres que me sujetaban han desaparecido, de que, ahora que ya no puedo hacer nada, tengo el camino

libre. ¿Qué hago? ¿Sigo aquí, me voy? Camino hacia la mesa. Él me ve llegar y al principio no comprende. Luego asiente.

—Buen disfraz —dice—. ¿Cuánto ha oído?

—Todo.

—Claro. Todo. ¿Y no ha intentado intervenir? ¿No ha tratado de hacer que esta vez la conversación fuera distinta a como recordaba, de demostrar que me equivocaba?

—Sí, lo he hecho, pero usted me ha detenido.

—Por supuesto. No podría haber sido de otro modo. ¿Se ha convencido entonces?

—No.

Pero la palabra sale de mis labios sin convicción. Sé que la próxima vez que nos veamos (la primera que él me vea, la segunda que lo vea yo) será peor aún. Me enfrentaré a él solo porque considero que es mi deber, pero sabiendo de antemano que estoy condenado al fracaso, que en este universo determinista que su máquina ha construido no hay posibilidad de cambios, que si él no recuerda haber sido vencido por mí, yo no puedo haberlo vencido en su pasado, aunque este sea mi futuro.

El salvaje me mira, y asiente en un gesto de comprensión. Ambos estamos condenados a repetir una y otra vez el mismo baile prefijado de antemano. Nada puede cambiar eso.

—Puede que en otras partes Dios juegue a los dados —me dice—. Pero aquí lo hace con dados cargados.

Y dentro de poco, pienso una última vez, en todas partes.

*Decía, hablando de «Victoria pírrica», que pocas veces he intentado escribir una historia que gire alrededor de los viajes en el tiempo. De hecho, «Victoria pírrica» hace trampa en ese sentido, ya que no hay viaje como tal, en realidad.*

*«Con dados cargados» surgió una noche, en un momento en el que el sueño se empeñaba en no venir. Empecé a darle vueltas en la cabeza a un par de ideas y, de pronto, me encontré con que lo tenía, había dado con una historia, tenía sus principales momentos, su ambientación, su estructura, su conclusión… y encima iba de viajes en el tiempo.*

*Mandé el sueño al carajo, me levanté y escribí el relato de un tirón. Volví a la cama, pero no fui capaz de dormir. Había algo que me incomodaba en lo que había escrito: no en la historia en sí, sino en la forma de narrarla, especialmente en el punto de vista usado para contarlo.*

*Lo vi claro de pronto, comprendí el error que había cometido, me levanté y reescribí el relato por completo, ahora usando un nuevo narrador, un punto de vista distinto al anterior.*

*Volví a acostarme y dormí como un tronco.*

*En cierto modo, en este relato creo mi propia versión de* El fin de la Eternidad, *seguramente mi novela favorita de viajes en el tiempo y, a mi juicio, una de las mejores de Isaac Asimov. Siempre me han producido cierta urticaria esas organizaciones dedicadas a velar por el correcto funcionamiento de las cosas, como Hermanos Mayores orwellianos, empeñados en decirles a los demás, por el propio bien de estos, naturalmente, lo que deben hacer y cómo tienen que vivir sus vidas. Así que supongo que era inevitable que, una vez introducido en el relato una organización que velase por el correcto fluir del tiempo, acabase destruyéndola.*

*De hecho, cada vez que, en algún relato, una novela, una serie o una película, me encuentro con esa idea de que se ha trastocado la línea temporal y que hay que volver a poner los acontecimientos en el orden correcto, una parte de mí se rebela sin que yo puedo evitarlo: El orden correcto ¿para quién? ¿Por qué demonios la línea temporal original es la correcta? ¿Hay que volver a instaurar una secuencia de abusos, sufrimiento y dolor solo porque así era como se desarrollaron originalmente los acontecimientos? ¿Quién demonios decide esas cosas y quién lo ha autorizado a decidirlo?*

*Siempre he llevado mal la idea de la autoridad; especialmente cuando me doy cuenta de que esa autoridad lo es simplemente porque ella misma ha decidido serlo y,*

*por algún extraño motivo, el resto del mundo ha decidido que así es. En cierto modo, la existencia de líderes (ya sea políticos, filosóficos o simplemente creadores de tendencias) me parece que conlleva el reconocimiento de nuestro fracaso como especie: incapaces de desarrollar nuestro propio criterio y tomar nuestras propias decisiones, necesitamos que alguien nos guíe y nos diga qué debemos pensar o qué es lo que debe gustarnos.*

*Algo en lo más profundo de mí ser se revuelve de rabia ante esa idea.*

# 2004

# EL AGRADECIMIENTO DE UNA DAMA

*Para Javi, el auténtico padre de la idea*

Debería haber sido un encargo, uno más, ni más difícil ni más fácil que otros muchos, pero había algo en aquella mujer, algo desconcertante y profundamente misterioso. Posaba para él con una tranquilidad casi sobrenatural, con una inmovilidad que resultaba inquietante. A veces le parecía ver brillar algo en sus ojos, y el inicio de lo que podría haber sido una sonrisa estaba a punto de asomar a sus labios. Sin embargo, como si de pronto fuera consciente de que se estaba traicionando, el brillo se apagaba y el gesto moría en su boca antes de haber tenido tiempo de formarse. Al principio pensó que había sido una ilusión, un engaño de la luz, una de esas quimeras que a veces vemos por el rabillo del ojo y desaparecen en cuanto enfocamos la vista. Pero no, con el correr de los días aquel fantasma de un gesto se fue repitiendo. Y cada sonrisa que no llegaba a formarse, cada mirada que no se concretaba, le iban robando su tranquilidad poco a poco, como si ella fuera una de aquellas horribles criaturas de los Cárpatos y él una víctima indefensa.

Su marido, por otro lado, era un patán, sin la menor duda. Un patán gordo, adinerado y locuaz hasta la exasperación. Podía soportar todo eso, llevaba haciéndolo mucho tiempo y siempre se las había apañado para que las mezquindades y manías de sus empleadores no le afectaran. Pero aquel cretino unía a su escandalosa falta de maneras un interés desmedido por sus diseños. Sus interminables peticiones («Explicadme mejor esto, maese Leonardo», «¿En qué consiste esto otro?», «¿Cuál es la utilidad de este aparato?», «¿Creéis que si le añadimos esto funcionará mejor?») le impedían concentrarse en el trabajo y la cualidad chillona de su voz había estado a punto de hacerlo perder los estribos más de una vez, a él que nunca había perdido jamás la calma.

—Señor, sois un magnífico espécimen de patán —era la respuesta que estaba siempre al borde mismo de sus labios—. Y os agradecería que me dejarais solo para que pudiera terminar el trabajo por el que me pagáis. Luego,

si a bien lo tenéis, os diseccionaré por el bien de la ciencia. Y el mío.

Pero, claro, no podía decirle eso. Al fin y al cabo, uno no muerde la mano que lo alimenta, e irritante o no, aquel maldito estúpido era lo bastante influyente para hundirlo; así que no le quedaba más remedio que sonreír, respirar hondo y tratar de parecer halagado ante el interés que mostraba por sus bocetos y el entusiasmo que asomaba a sus ojillos ante cada nuevo juguete imposible.

El tiempo iba transcurriendo y, mal que bien, el retrato iba cobrando forma y ya faltaba poco para que estuviera listo: aguantaría un poco más, cobraría sus dineros (nunca ganados con tanto esfuerzo, pensaba), se iría de allí, y trataría de olvidar su estancia en aquel antro de ostentación, mal gusto y decoración recargada.

En realidad, debería haber terminado ya el trabajo. Y lo habría hecho de no haber sido por aquella cosa indefinible que percibía en el rostro de la mujer: aquel gesto que no era una sonrisa, pero quizá podría llegar a serlo, aquel brillo en los ojos, más presentido que visto, que no sabía si era diversión, impaciencia o anticipación. Por más que le doliera tenía que confesar que aquella criatura silenciosa e impasible lo tenía fascinado, y que la imposibilidad de llevar al lienzo lo que veía (no, lo que estaba punto de ver, pero nunca conseguía captar del todo) lo estaba llevando poco a poco al borde del colapso nervioso. En toda su vida no había encontrado nada que no pudiera trasladar a su obra, de un modo u otro se las había arreglado siempre para que lo que llegaba a sus ojos pasara a través de su mano al papel o al lienzo. Quizá no siempre de un modo directo: a menudo había tenido que mentir para dar con la verdad, que seguir caminos oblicuos para encontrar la línea recta, que crear un laberinto para hacer visible lo evidente, pero lo había conseguido. Siempre.

Pero no ahora.

Así que los días seguían pasando. Cualquiera que hubiera contemplado su trabajo habría pensado que estaba prácticamente terminado y que se estaba demorando en los últimos detalles por puro perfeccionismo. Sin embargo, no era así. El retrato no solo no estaba acabado, sino que, tal como él lo veía, ni siquiera había empezado la parte difícil. Por supuesto, minucias tales como el fondo, la iluminación, el contorno del cuerpo, la perspectiva, el adecuado reflejo de la luz sobre la ropa o el tono correcto de la piel estaban más que ultimados. Dar una pincelada más sobre aquello, lo sabía bien, no era más que vanidad.

Pero el rostro… El rostro que había en su retrato era el de una mujer inexpresiva y sin vida, un autómata al que se le había agotado el resorte, un títere abandonado a su suerte por el titiritero. Sabía que nadie más lo notaría, que todos murmurarían su aprobación, como siempre, ante el trabajo del maestro. Pero los demás no importaban, su opinión era irrelevante. La única opinión que contaba era la suya, la única mirada que debía sentirse satisfecha

era la propia.

Y no lo estaba.

Empezaba a pensar que no lo estaría nunca. El gesto que intentaba captar continuaba eludiéndolo y a medida que pasaban los días estaba más convencido de que ella lo hacía a propósito, estaba jugando con él como un gato con un ratón, siempre a punto de terminar el juego y convertir la promesa de la sonrisa en un gesto explícito, y siempre negándoselo en el último momento.

—Parecéis intranquilo, maese Leonardo —le había dicho el marido la tarde anterior.

¿Intranquilo? Ciertamente tenía que estarlo, si aquel patán grasiento había sido capaz de notarlo. Por unos instantes había estado a punto de contarle lo que le pasaba, de pedirle ayuda para resolver el enigma que había en el rostro de su esposa. Pero antes de que pudiera decidirse, el hombre se había encogido de hombros y se había embarcado de nuevo en su interminable petición de explicaciones sobre sus diseños.

Sus diseños. ¿Por qué le importaban tanto aquellas cosas que había garabateado en tiempos muertos, en los momentos en que había dejado volar su imaginación? ¿Qué tenían de interesante aquellos bocetos de juguetes a medio acabar? No eran más que pasatiempos, juegos, fantasías que carecían por completo de importancia. Más de una vez había considerado la posibilidad de destruirlos, pero siempre se había echado atrás en el último momento: por descabellados que resultaran, por más que carecieran del menor propósito práctico, no dejaban de ser divertidos.

Bah, un patán, volvió a pensar. Un patán sin modales que se entretenía en juegos infantiles. Eso era todo.

Así que siguió trabajando, tratando de concentrarse en aquella mujer inescrutable que todos los días, con una puntualidad innatural, se acercaba a su estudio y posaba inmóvil durante dos horas.

Apenas hablaban entre ellos. Ella lo saludaba al entrar, se despedía de él al salir y respondía a sus intentos de conversación con frases cortas y amables que carecían de significado. En todo aquel tiempo nunca había pedido ver el retrato, y él no sabía si debía sentirse ofendido o halagado ante aquella impasible falta de interés.

Pero ya no podía prolongar aquello durante mucho más tiempo. Bien o mal, debía rematar el cuadro. Aceptaría los parabienes de un público que nunca aprendería a mirar del modo adecuado, pero en su interior lo consideraría uno de sus pocos fracasos, y trataría de no pensar en él demasiado a menudo, aunque sabía que en eso también iba a fracasar, que el pensamiento de no haber podido rematar aquel retrato lo atormentaría el resto de su vida.

Aquella mañana, que había decidido que sería la última, había algo extraño en el aire, un olor sutil y enervante, como si a lo lejos se estuviera fraguando

una tormenta. Pese a que su mente continuaba atribulada, su cuerpo parecía empeñado en llevarle la contraria y notó que aquel día se movía con más vivacidad de la habitual. Comprendió que no era el único cuando la mujer entró en el estudio con un paso sorprendentemente animado. Se dio cuenta de que el gesto que no conseguía captar estaba mucho más cerca de hacerse presente que otras veces, casi al borde mismo de los labios, como un fantasma que está a punto de cobrar consistencia. ¿Quizá presentía que había decidido darse por vencido y estaba jugando con él por última vez, fingiendo que, ahora sí, lo que buscaba estaba al alcance de su mano, dejándole ver casi con claridad lo que quería para frustrarlo una última vez?

No importa, se dijo. Es igual. Se había decidido y, de un modo u otro, hoy terminaría el retrato.

El tiempo fue pasando. Con pinceladas sutiles, tranquilas, fue rematando la obra, tratando de no pensar en la profunda insatisfacción que le recorría el cuerpo cada vez que miraba a su modelo.

Algo lo distrajo, un grito de triunfo procedente del exterior del estudio. Se encogió de hombros. Dios sabría lo que su marido estaría haciendo en aquellos momentos, en qué clase de trivialidad se habría embarcado aquella mañana.

De pronto, el grito de triunfo se convirtió en uno de terror y pudo ver una forma confusa y aleteante que pasaba fugazmente por la ventana que había a las espaldas de la mujer. El grito dio paso a un alarido que se perdió en la lejanía y que terminó de forma abrupta en un golpe sordo y distante.

No pudo evitar asomarse a la ventana. Abajo, en el valle, había una masa informe y despedazada. Miró hacia arriba: un confuso tropel de criados se asomaba al borde del pequeño torreón, los rostros convertidos en un amasijo de desamparo y temor.

—¿Ocurre algo? —preguntó la mujer a sus espaldas en el mismo tono que podía haberle preguntado qué tiempo hacía o cuánto faltaba para el anochecer.

Abandonó la ventana y miró unos instantes a la mujer. Contempló su perfil impasible y apenas pudo evitar un estremecimiento. La loca idea que acababa de entrar en su cabeza era un absurdo, un imposible, y la apartó de ella mientras volvía junto al retrato y le explicaba a la mujer lo que había visto.

—Comprendo —dijo ella por toda respuesta.

Por un instante estuvo a punto de dejarlo pasar. Pero no pudo evitar la pregunta, que salió de sus labios casi contra su voluntad:

—¿Sabéis de qué se trataba?

—Sin duda mi marido probando uno de vuestros inventos.

El horror debería haberse cebado en él, pero entonces la vio, clara y precisa por primera vez en su rostro, aquella sonrisa paciente y triunfal, aquel brillo en los ojos que, por primera vez, fue algo más que una ilusión o una promesa. Cualquier otro pensamiento se fue de su cabeza, y olvidó al hombre gordo y chillón que se acababa de convertir en puré de patán allá abajo. Solo podía

pensar en aquel rostro que ahora, por fin, se mostraba ante él como había querido imaginarlo todo aquel tiempo y no había podido: la sonrisa impasible, indescifrable, el brillo en los ojos que hablaba de planes trazados durante semanas, quizá durante meses, la satisfacción (pero lejana, distante, controlada en todo momento) por el triunfo alcanzado.

Contuvo el aliento, temeroso de romper el hechizo y lenta, cuidadosamente, tomó los pinceles y empezó a trasladar al lienzo que tenía ante él lo que (ahora sí) había visto. Se sorprendió de lo fácil que le estaba resultando, como si algo desconocido guiara su mano, y no necesitó mirar a la retratada ni una sola vez durante todo el proceso: sabía que la sonrisa seguía allí, frente a él, y no le hacía falta alzar la vista para comprobarlo.

Luego, mientras recogía sus materiales vio, con asombro, que ella se acercaba.

—¿Habéis terminado? —le preguntó.

Él asintió. Sí, por fin había terminado.

La mujer miró el cuadro largo rato, sin decir una palabra. Luego, dio media vuelta y abandonó el estudio. Se detuvo en el umbral, se volvió, lo miró unos segundos (y allí estaba otra vez la sonrisa, tan evidente ahora que casi resultaba desafiante) y dijo, justo antes de desaparecer más allá de la puerta:

—Gracias, maese Leonardo.

—¿Por qué? —preguntó él.

Creyó que no le había oído, o que, de hacerlo, había decidido no responder. Sin embargo, al cabo de un rato la vio asomar de nuevo a la puerta del estudio y la oyó decir:

—Por todo, maese Leonardo, por todo.

*De nuevo nos topamos con la Semana Negra de Gijón. En 2004 publicaron un volumen dedicado a Da Vinci titulado* Compa(ñ)ero Leonardo *y Paco Ignacio Taibo me pidió un relato para incluir en el libro.*

*El tiempo fue pasando, el momento de entregar el relato se acercaba y yo no tenía ni idea de qué podía escribir sobre Leonardo da Vinci. Fue mi amigo Javier Cuevas quien me sugirió que escribiera algo sobre el verdadero motivo que había tras la «casi sonrisa» de la Mona Lisa.*

*Su sugerencia me puso en el buen camino y enseguida rematé el relato. Confieso que me divertí mucho escribiéndolo. Curiosamente, mi personaje favorito de la historia no es Leonardo ni la mujer que posa para él, sino el marido de esta última, con sus modales de patán millonario y su entusiasmo casi infantil por los inventos de Leonardo. Lo curioso es que el personaje en realidad ni siquiera aparece en el relato, salvo cuando lo vemos pasar de forma fugaz por la ventana del estudio en dirección a su muerte, y al mismo tiempo está presente en él en todo momento.*

*No hace falta decirlo, creo, pero añado que el cuento no tiene la menor pretensión de ser históricamente veraz.*

# 2005

# MARCADO TRES VECES

En este oficio, tener a un chiflado por cliente es inevitable, antes o después. Normalmente te los sacas de encima con facilidad. Pero a veces te encuentras con un chiflado que no te discute la minuta, está dispuesto a adelantarte todo el dinero que necesites y te ofrece una generosa prima si encuentras lo que ha pedido. A esos es más difícil darles con la puerta en las narices. En realidad, es precisamente a esos a los que no quieres darles con la puerta en las narices.

A lo largo de mi carrera profesional me han pedido que busque las cosas más raras. Desde la dentadura de oro del abuelo fusilado en la Guerra Civil al cromo de un jugador de fútbol que el cliente había atesorado de niño y que perdió en la adolescencia. En cierto modo, podríamos decir que me he especializado en encontrar cosas raras; que, de hecho, he construido alrededor de ello mi reputación profesional y es lo que hace que tenga una cartera de clientes escasa pero jugosa: tipos excéntricos y con una economía más que saneada a los que no les importa pagar lo que sea necesario con tal de conseguir el caprichito de su corazón.

Así que, aunque en el cristal biselado de mi puerta sigue poniendo «Detective privado» y como tal aparezco en las páginas amarillas, hace tiempo que me he convertido en otra cosa. No sé muy bien cómo llamarme: un «conseguidor», tal vez. Un amigo un poco pedante y algo pretencioso me llamó una vez «arqueólogo de sueños»; y reconozco que la descripción no me disgusta.

El tipo que entró aquella tarde en mi oficina no parecía especialmente excéntrico. No más que otros clientes. Algo nervioso, es cierto, lleno de extraños tics y ademanes crispados y con la manía de lanzar miradas huidizas a su espalda cada poco, como si temiera que alguien lo estuviera siguiendo. Como he dicho, nada especialmente raro; al menos en mi campo de experiencia.

—Quiero que encuentre al Anticristo —me dijo nada más entrar por la puerta, sin esperar a estrecharme la mano tan siquiera—. ¿Acepta el encargo o no?

Vale, iba directo al grano. Estaba como una cabra, pero iba directo al

grano.

—Digamos que no lo rechazo —respondí, para ganar tiempo y ver de qué pie cojeaba el tipo aquel—. Pero comprenderá que, sin más detalles, no puedo prometerle nada.

Pareció aliviado, y sus siguientes palabras me explicaron por qué:

—Es usted el octavo detective al que acudo. Todos me echaron de su despacho sin atender a explicaciones. Y algunos no fueron precisamente amables.

Reprimí una sonrisa.

—Verá, señor…

—Rodríguez.

—Verá, señor Rodríguez, encontrar cosas extrañas es precisamente a lo que me dedico. Le aseguro que su petición no es más… sorprendente que otras de las que me he hecho cargo. Por otro lado, comprendo la reacción de mis colegas.

Seguía siendo un amasijo de tics y miradas de reojo, igual que cuando había entrado por la puerta, pero ahora parecía más cómodo que unos minutos atrás.

—Gracias a Dios —dijo en un susurro. Alzó la vista y me miró con desconfianza—. Habla en serio, ¿verdad? No me está dando cuerda para luego mandarme a paseo.

Negué con la cabeza.

—Nunca rechazo un caso sin haberme enterado antes de los pormenores —le dije, tratando de sonar lo más profesional y tranquilo posible—. Si, una vez oídos estos, me parece que lo que usted quiere es factible, por difícil que sea, acepto el caso. Siempre que —enarqué una ceja— esté usted de acuerdo con mis honorarios.

Hizo un gesto con la mano, como si apartase algo molesto.

—El dinero no es problema —dijo—. No es ningún problema. Ojalá lo fuera. Si solo se tratase de dinero… En realidad, el trabajo que le voy a proponer es muy sencillo; al menos eso espero. Sé dónde está y sé quién es. Lo único que tiene que hacer usted es hablar con él.

Sonreí.

—Créame, me encantará aceptar su dinero a cambio de nada. Pero, ¿no le sería más fácil ir usted mismo a verlo? Y más barato, desde luego.

Negó con la cabeza y un espasmo le sacudió el hombro.

—No. Ese es precisamente el asunto. Yo no puedo. Lo he intentado. Lo he intentado no sé cuántas… —Su voz se quebró de repente—. No puedo. Por más que trato de llegar a él, consigue eludirme. No sé cómo…

Se mordió el labio y bajó la vista. Vi que sus manos se habían convertido en dos puños y, por primera vez, me pregunté si aquel cliente no sería demasiado excéntrico hasta para mí.

—¿Por qué no me cuenta los detalles? —dije, pese a todo—. Quizá así comprenda mejor la naturaleza de su encargo.

Me di cuenta de que tomaba aire, y lo hacía como si le costase esfuerzo. Al fin alzó la vista y volvió a mirarme.

—De acuerdo. Le contaré la historia. Sí. Luego, usted decidirá.

Media hora más tarde no sabía qué pensar. La opción más lógica era llamar al manicomio más cercano y preguntarles si se les había escapado algún interno. Porque Rodríguez estaba mal, muy mal. Su mente no era otra cosa que un hervidero de conspiraciones y paranoias mal ensambladas que, desde luego, no tenían nada que ver con la realidad.

Su historia no era muy larga de contar. Al menos tenía eso a su favor. Era un cúmulo de despropósitos, pero por lo menos era corta:

Un par de meses atrás, y en compañía de varios amigos, Rodríguez había pasado un fin de semana en la casa que uno de estos tenía en un pequeño pueblo en las montañas, allá por la zona de Beleño. Era un caserón rural no muy grande, pero cómodo y bien restaurado.

No sé muy bien a qué se dedicaron esos días. Un poco de todo, supongo. En determinado momento, estaban echando unas manitas de póquer y Rodríguez, mientras recogía sus cartas, vio que la caja de la baraja tenía un número en una de las esquinas. El número era el 666. Sí, ese mismo, el número de la bestia y todas esas cosas que escribió San Juan en el Apocalipsis después de atizarse una buena tortilla de setas.

En realidad, se dio cuenta enseguida de que estaba viendo la caja al revés y que el número era el 999. Rodríguez no recordaba si se trataba de un número de serie del fabricante o del tipo de baraja o qué, pero era algo bastante prosaico, en cualquier caso. Le llamó la atención el asunto, lo dejó pasar con una sonrisa, siguió jugando al póquer con sus amigos y no volvió a pensar en ello.

Parece ser que luego le tocó fregar los platos. Supongo que perdería en la partida o era su turno, qué más da. Decidió empezar por lo más grande, así que echó mano de la sartén y soltó sobre ella tres chorritos de detergente. Pft. Pft. Pft. El resultado fue que, justo en medio de la sartén y formando, según Rodríguez, un perfecto triángulo equilátero, aparecieron tres seises dibujados con mistol.

Coño, qué mal rollo, pensó, todavía tomándose la cosa a broma. Cogió el estropajo y borró aquello. De nuevo lo aceptó como una coincidencia, siguió fregando y no volvió a darle más vueltas.

Pero, a medida que pasaba el tiempo, Rodríguez empezó a encontrarse el 666 en todas partes: en los dibujos aleatorios que la ceniza hacía en los ceniceros, en los cercos de agua que los vasos dejaban en la mesa, en las volutas

de humo de los cigarrillos, en las huellas de pies que había en el barro a la entrada de la casa…

Al principio había intentado tomárselo a risa. Una casualidad. Eso era todo. Luego, había empezado a sospechar que se trataba de alguna especie de broma pesada que le habían preparado sus amigos. Pero al final ninguna interpretación racional podía explicar aquel alarmante cúmulo de seiscientosesentayseises que aparecían por todas partes.

La culminación llegó cuando ya se iban y Rodríguez estaba al borde del colapso nervioso. Sobre la puerta principal, atornillado a una viga de madera, estaba el cuadro eléctrico. Mientras cogía su chaqueta, Rodríguez le echó un vistazo (a aquellas alturas había pasado de tratar de no mirar a su alrededor a dirigir la vista a todas partes en busca de nuevos 666) y se encontró con un nombre y una cifra.

El nombre era el de Germán Cuevas Olmedo, instalador eléctrico. Y la cifra, la de su número de instalador. Que era, por supuesto, el 666.

De algún modo Rodríguez se las apañó para no volverse loco (o eso decía él), mantuvo la calma y decidió que había llegado el momento de ir hasta el final. Tomó nota de todos los datos del instalador que venían en la caja del cuadro eléctrico y determinó que lo buscaría, daría con él y obtendría la confirmación de lo que ya era más que una sospecha: que aquel tipo no era otro que el Anticristo.

—Todo encaja, ¿no lo ve? —me dijo—. Seguro que es algo inconsciente, que él mismo no se da cuenta, pero va dejando signos de su paso por donde quiera que va. Es como si la naturaleza se rebelase ante su presencia y fuera dejando pistas para que los demás sigamos su rastro y seamos conscientes de su existencia.

No recuerdo qué respondí a eso. Seguramente algún gruñido poco comprometedor y un gesto para que siguiese hablando. Siguió, claro. A aquellas alturas, nadie podría haber impedido que terminara su historia.

Tenía datos más que suficientes para encontrar a aquel hombre (aquella criatura, decía Rodríguez), así que no le costó mucho dar con su domicilio o su número de teléfono. Sin embargo, por más que lo intentó, nunca consiguió acercarse a él, verlo, hablarle. De algún modo, cada vez que intentaba llegar a su casa, sucedía siempre algo: un atasco, una procesión, un acontecimiento deportivo, una manifestación, un accidente, su coche fallaba, la policía le multaba, alguien lo llamaba por teléfono con algo urgente del trabajo… De un modo u otro, algo lo desviaba siempre de su camino y le impedía llegar.

—Creo que, de alguna manera, él siente mi presencia. Quizá mi obsesión por él me ha marcado y he entrado en alguna especie de… no sé… un campo defensivo. Pero lo cierto es que no puedo llegar hasta él.

No soy psicólogo, pero no hacía falta serlo para ver que lo que Rodríguez me contaba era casi de libro de texto: su mente se inventaba una conspiración

que no existía y, al mismo tiempo, ponía a su paso obstáculos insalvables que le impedían desenmascararla. Típico. Casi de película de Hollywood, vamos.

—Quizá yo tenga los mismos problemas —le dije.

Meneó la cabeza.

—No. No lo creo. Usted no se encuentra emocionalmente implicado. Para usted esto no es otra cosa que un encargo, un trabajo. Así que no activará sus defensas. —Loco sí, pero tonto no, pensé. Tenía cubiertas todas las alternativas—. Al menos… al menos eso espero. Sí, porque si no…

Esa era la historia. Claramente, el fruto de una mente perturbada. Es cierto que Rodríguez necesitaba ayuda profesional, sin duda, pero no la que yo podía ofrecerle.

Sin embargo, me dije, lo único que perdía si aceptaba su caso era un poco de tiempo; y ni siquiera se podía decir que lo fuese a perder: me iban a pagar por ello. Lo que me había pedido no era ni complicado ni ilegal, como mucho un poco embarazoso: ir a cierta dirección, hablar con determinada persona, hacerle algunas preguntas y arriesgarme al ridículo. Volver a casa, entregar mi informe y cobrar. Fin del asunto.

—De acuerdo —dije—. Acepto su caso. Vuelva dentro de tres días y le diré cómo ha ido todo… y, de paso, le daré la factura.

No pareció aliviado por mis palabras, pero buena parte de sus tics desaparecieron.

Por mi parte, saqué del cajón de mi escritorio el formulario para el contrato y se lo tendí. Lo firmó sin siquiera mirarlo y se fue del despacho. No me estrechó la mano al irse. Y creo que agradecí que no lo hiciera. No soy supersticioso, ni creía que la locura de Rodríguez fuera contagiosa, pero mejor no tentar al destino.

Bien, me dije, cuarenta minutos de viaje y unas preguntas sin sentido a un instalador eléctrico que, desde luego, no tenía ni idea de lo que se le venía encima. A lo más que me arriesgaba era a ser expulsado de malos modos de su casa. Dinero fácil, en cualquier caso.

En efecto, no tendrían que haber sido más allá de cuarenta minutos. Sin embargo, en cuanto salí de la ciudad al día siguiente, fue como si el mundo entero se hubiera confabulado contra mí: me topé con un atasco considerable hasta que por fin pude tomar la autopista y luego, ya en esta, un accidente me tuvo parado media hora, hasta que la grúa por fin retiró los vehículos accidentados. Seguí casi sin problemas (aunque el tráfico era demasiado denso para la hora y el lugar) hasta que me acerqué a las montañas. Primero, una lluvia ligera pero persistente; después, una tormenta considerable; y, cuando parecía que el cielo iba a despejarse, empezó a granizar con fuerza.

Pese a todo, conseguí llegar sin problemas a la ciudad donde vivía Germán

Cuevas Olmedo, instalador eléctrico número 666 del Principado, aunque para entonces ya era casi noche cerrada.

Vale, me dije. Espera al día siguiente y pasa esta noche en un hotel. Así lo hice.

A la mañana siguiente (soleada, aunque fría), desayuné, pagué el hotel, y subí de nuevo al coche. No me costó encontrar el barrio que buscaba. Ni tampoco dar con la calle o el número. Sorprendentemente, hasta pude aparcar sin problemas. Comprobé con la vista las ventanas y vi que en la que debía de ser la suya había gente. Perfecto.

Sin embargo, no las tenía todas conmigo mientras echaba a andar hacia el portal. Sé que suena absurdo, pero de algún modo una sensación extraña, incómoda, me acompañaba desde la noche anterior. Y no podía por menos de recordar el cúmulo de casualidades que habían convertido un tranquilo viaje de poco más de media hora en un trayecto más bien accidentado que me había tomado la mayor parte del día. Justo como le había pasado a Rodríguez, o al menos como me había dicho que le había pasado cada vez que había intentado dar con Cuevas.

Estás destemplado y nervioso, me dije. El viaje no fue precisamente relajado, la cama del hotel no era muy cómoda, y el desayuno no ha sido ninguna maravilla. Así que simplemente estás destemplado, eso es todo.

Llegué al portal número seis, busqué en la botonera el sexto piso y mi dedo avanzó hacia la letra F. Sin embargo, no lo pulsé. Dos pensamientos contradictorios corrían por mi cabeza y no podía librarme de ellos.

Por un lado, ¿estaba seguro de lo que iba a hacer? Iba a molestar un tipo que no había hecho nada simplemente porque un chiflado se había obsesionado con él. ¿Tenía derecho a inmiscuirme en su vida de esa forma?

Y al mismo tiempo no podía evitar la idea de que no todo era trigo limpio en el tal Cuevas. Demonios, pase que su número de instalador no era más que una coincidencia desafortunada. Pero vivía en el número seis, en el sexto piso y, si la cuenta de la vieja no me fallaba, la F era la sexta letra del alfabeto. ¿Otra casualidad? ¿O quizá el tipo estaba jugando a algún juego extraño y, pese a todo, había algún atisbo de verdad en las paranoias de Rodríguez? Por supuesto que Cuevas no era el Anticristo, eso estaba fuera de la cuestión, pero quizá… ¿Quizá qué?

En cualquier caso, el asunto no era ese. El asunto era que había aceptado un trabajo y que tenía una obligación con mi cliente. No importaba que fuera un desequilibrado: habíamos firmado un contrato.

Así que finalmente pulsé el timbre. Me contestaron al cabo de unos segundos:

—¿Sí?

—¿Germán Cuevas?

—Soy yo.

—¿Podría hablar con usted un momento?

Hubo unos instantes de vacilación.

—No quiero ningún seguro, ni ninguna enciclopedia.

Sonreí.

—No estoy aquí para eso. Tampoco soy Testigo de Jehová —añadí.

Otra vez unos segundos de espera.

—Suba.

Así lo hice. Me abrió la puerta una mujer malencarada, encorvada y de mirada huidiza. ¿Su madre, su suegra? Desde luego no creía que fuera su mujer: por los datos que tenía, Cuevas no superaba los treinta y cinco, y aquella mujer estaba bien entrada en sus sesenta. ¿Quizá sesenta y seis, pensé con una sonrisa torcida?

Pasé al interior de un saloncito amueblado de forma espartana, con un enorme televisor en una de las paredes y varios altavoces estratégicamente situados por toda la habitación. Cuevas estaba sentado en un sillón y se levantó al verme.

—Usted no me conoce —dije, mientras le tendía la mano—. Y seguramente va a encontrar ridículo el motivo de mi visita. Así que intentaré que sea lo más breve posible.

Cuevas me estrechó la mano y me indicó con un ademán que me sentara.

—¿Quiere tomar algo, un café, un refresco? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Miré a mi alrededor y vi un cenicero en la mesa de cristal que había frente a mí.

—No, gracias —dije—. ¿Le importa si fumo?

—Adelante.

Sentía la mirada de la mujer clavada en la nuca. Traté de no darle importancia y encendí un cigarrillo. Cuevas, sin embargo, pareció consciente de mi incomodidad, porque alzó la vista y, en un tono tranquilo, imperturbable, pero con una sorprendente autoridad, dijo:

—Mamá. ¿Puedes dejarnos un momento?

Oí rezongar algo incomprensible a mis espaldas y, al cabo de unos segundos, noté que Cuevas se relajaba ostensiblemente.

—En fin, usted dirá para qué quería verme, señor…

—González. Álvaro González. —Eché una calada y dejé caer la ceniza en el cenicero—. En realidad, ahora que estoy aquí no sé muy bien por dónde empezar.

Sonrió. Era una sonrisa cálida, directa, pero en sus ojos brillaba algo oscuro y sutilmente amenazador.

—Quizá por el principio —dijo.

Me encogí de hombros. Venga, me dije. Acabemos con esto de una vez y

volvamos a casa.

—En realidad, creo que será mejor que vaya directamente al grano. Perdóneme si le resulto grosero o inconveniente, o incluso si mi pregunta le parece absurda o ridícula. Pero… —Dudé unos instantes, yo mismo no podía creerme la tontería que estaba a punto de soltar—. ¿Es usted el Anticristo?

No hubo asombro, ni enfado, ni siquiera una sonrisa o una carcajada histérica. Ni el menor signo de perplejidad asomó a su rostro perfectamente rasurado. Durante unos segundos interminables permaneció inmóvil. Luego, encendió un cigarrillo y lo fumó con parsimonia, disfrutando cada calada, como si fuera la primera vez en mucho tiempo que se permitía algo así.

—¿Qué espera que le responda? —dijo al fin.

Sí, cierto, me dije. Buena pregunta. Volví a encogerme de hombros.

—No lo sé —respondí—. Supongo que esperaba que se riera, o me llamara chiflado, o me echase de su casa.

Asintió.

—Sí, esa habría sido la reacción más lógica.

El silencio cayó entre los dos de un modo casi físico, palpable, como si de pronto el aire hubiera cristalizado a nuestro alrededor y todo se hubiera vuelto insoportablemente pesado. Apagué el cigarrillo en el cenicero, y ese gesto tan trivial me costó un esfuerzo casi insoportable. Al volver a recostarme en el sofá me di cuenta de que había algo raro en el cenicero, en la forma en que la ceniza se había desparramado por él trazando un grupo de tres figuras que… No. Tonterías.

En aquel momento, un ruido de pasos a mis espaldas rompió el encantamiento. La sensación de opresión desapareció de mi pecho y, al volverme, vi que la madre de Cuevas volvía a entrar en la sala, llevando una bandeja con café y unas galletas. Lancé una sonrisa en su dirección, pero ella no me miraba: tenía la vista clavada en su hijo y me di cuenta entonces de lo negrísimos que eran sus ojos.

—Gracias mamá —dijo Cuevas—. ¿Quiere un café, señor González?

Creo que asentí, pese a mi negativa anterior a su ofrecimiento. En realidad, no estoy muy seguro. Aquella mujer me provocaba una sensación siniestra, amenazante. Y, si lo pensaba un poco, su hijo no me resultaba demasiado tranquilizador. Había algo inquietante en él, en sus ademanes, como si en cierto modo todo cuanto hiciese fuera parte de una representación en mi beneficio. No quiero decir que me pareciera falso o insincero, pero al mismo tiempo…

La madre de Cuevas sirvió el café en las dos tazas y luego me tendió una. La tomé con un mudo gesto de agradecimiento y traté de concentrarme en revolver el brebaje, en no pensar en nada. Me sentía como un muelle demasiado tenso, como el parche de un tambor a punto de romperse. No contribuyó mucho a tranquilizarme el hecho de que la mujer, al servirle el café

a su hijo, susurrase:

—Mátalo.

O al menos eso fue lo que creí oír. Porque Cuevas, impertérrito, cogió la taza que su madre le tendía y revolvió el café como si su madre no hubiera dicho nada.

—Gracias mamá —dijo otra vez—. Ahora, por favor…

Ella lo miró unos segundos, totalmente inmóvil, pero al final, apartó la vista y rezongando de nuevo algo incomprensible, nos dejó solos.

—Lo lamento —dijo Cuevas—. Me temo que mi madre no se encuentra bien del todo. Y a veces dice cosas un poco inconvenientes.

Inconvenientes, claro. «Mátalo» es una cosa bastante inconveniente que decir. Sin embargo, me las apañé para responderle:

—No pasa nada, lo comprendo.

Él hizo un gesto extraño con la cabeza, como si no creyera mis palabras. Me bebí el café casi frío de un solo trago, posé la taza en la mesa (y traté de no mirar el cenicero en el proceso) y dije:

—En fin, será mejor que me vaya. Creo que ya lo he molestado bastante.

No me importa confesar que tenía miedo. No sabía exactamente qué estaba pasando allí, pero fuera lo que fuera cada vez me gustaba menos, a cada minuto que pasaba me sentía más amenazado. Por supuesto, me decía, no había nada sobrenatural en todo aquello; el solo pensamiento era absurdo. Pero no podía quitarme de la cabeza la idea de que Cuevas estaba metido en algo turbio y que cuanto más tiempo pasase en aquella casa, más peligro corría. Con el tiempo he ido aprendiendo a confiar en mis instintos, y estos me han salvado de un apuro en más de una ocasión.

—Pero aún no he respondido a su pregunta —dijo Cuevas.

—No creo que sea necesario —dije—. Quiero decir, ¿qué respuesta podría darme? Está claro que es una pregunta absurda.

—Solo si la respuesta es negativa.

¿Qué podía decir a eso? Nada, evidentemente. Así que permanecí en silencio.

—Es curioso —dijo Cuevas—. Usted no ha venido aquí por sí mismo. Alguien lo ha enviado. —Pareció estar discutiendo algo consigo mismo. Al fin llegó a una decisión y asintió solemnemente—. Sí, no hay ninguna implicación personal en lo que está haciendo. Solo trabajo. Por eso ha llegado tan lejos.

Aquel tipo estaba repitiendo, casi palabra por palabra, lo mismo que Rodríguez había dicho en mi despacho. Creo que lo vi claro en ese momento: Rodríguez y Cuevas estaban de acuerdo, eran parte de alguna absurda trama en la que me habían involucrado. Estaba siendo víctima de una cara y estúpida broma pesada. Sin embargo, ¿para qué, con qué propósito?

—¿Es usted policía? —preguntó Cuevas, sacándome de mis pensamientos.

Negué con la cabeza. De acuerdo, me dije, sigámosle el juego.

—Detective privado.

—Comprendo. Y su cliente es alguien que… me ha percibido, ¿no es eso? Ha intentado llegar hasta mí y no ha podido. Así que le ha contratado a usted para ello.

Cada una de sus palabras confirmaba mis sospechas. Ignoraba los motivos (y creo que no quería conocerlos) pero para mí empezaba a estar muy claro que Cuevas y Rodríguez se habían puesto de acuerdo para embarcarme en aquella ridícula historia. Era la única explicación racional posible.

Podía hacer dos cosas, seguir jugando o irme de allí. Por primera vez en mucho tiempo, no hice caso de lo que me pedían las tripas y, en lugar de largarme, pregunté:

—¿Me está diciendo que es usted realmente el Anticristo?

Se encogió de hombros.

—Es una interpretación. No necesariamente la correcta, aunque sin duda sí la más extendida.

Discurso impecable. Información cero. Ni admisión ni negación. El tipo era bueno en lo suyo, desde luego.

—Pero usted lo ve de otro modo —dije, tratando de darle cuerda y ver adónde me llevaba todo aquello.

—Sí, es una forma de decirlo. —Dudó unos instantes y me miró con un interés lejano, casi abstraído; como un científico que contempla una nueva clase de insecto y no está muy seguro de cómo clasificarla—. ¿De verdad quiere que se lo explique? —preguntó, al cabo de un rato.

Buena pregunta.

—Estoy aquí para eso —dije.

Volvió a vacilar unos instantes.

—Me pregunto si lo que acaba de decir es verdad. Tengo la impresión de que usted mismo no sabe para qué está aquí.

Demonios, ya estaba bien. Vale, me había dejado meter en aquella extraña trama y estaba dispuesto a seguir la farsa hasta el final. Pero ya era más que suficiente. Sin duda aquel tipo tenía algo, eso era innegable; había algo en sus ademanes de… hipnotizador, algo peligroso y lleno de autoridad. De acuerdo. Y estaba claro sabía jugar muy bien su juego, pero no iba a dejar que me siguiera enredando.

—Escuche. Estoy aquí porque un cliente me ha encargado que lo vea y le haga una pregunta. Desde luego, mi cliente está como una cabra, pero he aceptado su dinero y eso me compromete a cumplir su encargo. Lo he cumplido. Usted me ha respondido. No creo que tengamos nada más de qué hablar.

No pareció haber oído mis palabras.

—No debe tener ningún miedo —dijo—. No voy a hacerle daño.

Esas palabras me hicieron desear no haber dejado el arma en la caja fuerte del despacho.

—No sabe cómo me tranquiliza oír eso —dije, tratando de sonar divertido.

Sonrió.

—Venga —dijo, incorporándose en el sillón—, salgamos un momento.

Echó a andar hacia un extremo de la habitación, donde esta se abría a una pequeña terraza. Tras unos instantes de vacilación, y pese a que todo el cuerpo me pedía lo contrario, lo seguí.

—Hoy hace un buen día. Un poco fresco, pero agradable —dijo mientras se apoyaba en la barandilla e inspiraba profundamente—. ¿Sabía usted que cuando compré este piso esta calle ni siquiera se llamaba igual?

El brusco cambio de tema me pilló por sorpresa. No supe qué decir.

—En realidad, era parte de otra calle, y este portal tenía el número 88, no el 6. Hace dos años decidieron dividir la calle a partir del número ochenta y dos, y me encontré viviendo en el portal seis.

—Ya.

—Y este piso era el quinto, hasta que la comunidad de vecinos decidió que el entresuelo carecía de sentido y a partir de entonces sería el primero.

No me miraba mientras hablaba, y casi lo agradecí. No sabía muy bien qué responder a todo aquello. Sin embargo, algo dentro de mí encontró el valor suficiente y me hizo decir, en un tono casi mordaz que me tomó a mí mismo por sorpresa:

—Y ahora va a decirme que antes esta era la puerta E y que alguien puso un piso nuevo en medio.

Se volvió y me miró. Y por primera vez vi diversión asomar a sus ojos.

—No —dijo—. Esta siempre ha sido la puerta F. ¿Me creerá si le digo que nunca me paré a pensar que la F era la sexta letra del alfabeto? No me di cuenta, simplemente.

Me encogí de hombros.

—Sí, supongo que lo creo —dije.

Ahora se recostaba de espaldas a la calle y me miraba con una cierta calidez. Como si se sintiera a gusto conmigo y eso no le pasara a menudo. Tuve la sensación de que le gustaba, de que le caía bien. Sin embargo, eso no contribuyó a tranquilizarme.

—Toda mi vida me han perseguido esas tres cifras. Estoy marcado por el seiscientos sesenta y seis, acosado por él, rodeado. Por supuesto, no será necesario que le diga que nací un seis de junio a las seis de la mañana. Y supongo que, como detective que es, habrá hecho sus investigaciones y habrá dado con mi número de instalador.

—En realidad fue su número de instalador lo que alertó a mi cliente.

Asintió.

—Ya veo. Sí, tiene sentido.

Atisbé una figura a través de la ventana y de las cortinas corridas a medias. Sí, claro, su madre, quién si no. Vigilándonos con el ceño fruncido, pero sin atreverse a hacer nada más. La tercera intérprete de aquella farsa. Porque tenía que ser una farsa, ¿qué otra cosa si no?

—Su madre lo sabe, supongo —dije.

—¿Saberlo? Si por ella fuera, habría caído sobre el mundo hace tiempo y habría cumplido el destino que, según dice, es mío desde mi nacimiento. En fin, ya sabe, todas esas tonterías: convertirme en rey del mundo, intentar impedir la segunda venida de Cristo, todo eso. Seguro que conoce el tema, aunque sea a través de las películas.

Asentí.

—La verdad, la idea no me resulta nada apetecible. Incluso diría que solo pensar en ello hace que me canse. Ridículo: ¿qué voy a hacer con el mundo, una vez que lo tenga? ¿Alquilarlo, ponerlo en venta, redecorarlo? ¿Para qué lo quiero, de qué me sirve? No. Me gusta hacer lo que hago y vivir como vivo. No tengo el menor deseo de acumular poder o andar por ahí matando recién nacidos, algo que seguro que es muy cansado, por no mencionar que bastante sucio. Si Cristo quiere volver al mundo, que vuelva y se deje matar otra vez, como lo hizo la anterior: seguro que encuentra más de un voluntario. Pero que sean otros, no yo. —Se encogió de hombros—. No es asunto mío.

No dije nada. Una vez más, no sabía cómo podía responder a sus palabras. Tras la ventana, su madre seguía observándonos, fingiendo que limpiaba el salón o recogía algo.

—No tiene ni idea de lo que es pasar toda la vida rodeado por esos tres números, surgiendo a tu paso por donde quiera que vas, tratando de meterse dentro de ti, de hacer que encajes en un molde, de ajustarte a la profecía que un judío loco hizo hace dos mil años y que me condena a tenerlo todo para perderlo después. No, gracias. Paso. Si quieren provocar el fin del mundo, que lo hagan, pero no va a ser a mi costa. No soy la marioneta de nadie. —Tomó aire y fue como si le costara trabajo—. Llevar una vida normal me ha costado más de lo que usted puede creer, señor González. No sé imagina lo difícil que es escapar de lo que el universo entero ha decido para ti. Pero me las he apañado; de algún modo he encontrado un hueco en el que encajo por mí mismo y no por lo que otros decidieron para mí. Y haré lo que sea para conservarlo. Es cierto que de vez en cuando no puedo evitar que el maldito número aparezca, aunque me paso el día entero luchando contra él. La mayoría de las veces tengo éxito. No siempre, por desgracia.

Bajó la cabeza y vi que fruncía el ceño.

—Lo siento por su cliente. El… no sé cómo llamarlo. El mecanismo que me protege de visitantes molestos es algo automático; no lo controlo. Me temo que, en tanto siga obsesionado por mí, continuará viendo huellas de mi

presencia por todas partes. Y al mismo tiempo no podrá encontrarme nunca. No puedo hacer nada para remediar eso. Diría que lo lamento, pero no es así: prefiero que personas como su cliente no encuentren. Es mejor para todos. Sobre todo, para mí.

Se apartó de la barandilla y echó a andar hacia el interior de la casa. Lo seguí. Su madre nos vio entrar y se escabulló.

—En fin, señor González. Le confieso que ha sido un placer poder hablar de esto con alguien. No es algo que pueda hacer a menudo, se lo aseguro. Usted no cree nada de cuanto he dicho, todavía no, pero precisamente por eso me ha sido más fácil contárselo. Dígame, ¿ha decidido ya qué le va a decir a su cliente?

Me encogí de hombros. Lo cierto es que no tenía ni idea. De hecho, en aquellos momentos ni siquiera estaba muy seguro de qué podía contarme a mí mismo de todo aquello, como tomarme aquella absurda conversación que estábamos manteniendo.

—No lo sé —dije al fin—. Supongo que le explicaré lo que he visto y oído. Es para lo que me pagó.

Asintió y me tendió la mano. Se la estreché.

—Buenos días, señor González. Espero que a partir de ahora su vida no se vuelva demasiado complicada.

Sin una palabra más, me acompañó a la puerta y esperó en ella hasta que hube subido al ascensor. Lo último que vi de él mientras las puertas se cerraban fue su rostro serio y tranquilo, con un brillo distante en los ojos oscuros y una sonrisa esbozada a medias, casi triste, casi maliciosa.

En el coche, mientras me fumaba un cigarrillo, seguía sin saber qué pensar. Bueno, sí que lo sabía; sabía lo que se suponía que debía pasar por mi cabeza: que había ido a dar con un grupo de chiflados, con una secta de locos que creían cosas absurdas y que estaban intentando enredarme en una trama ridícula y fantástica. Nada de lo que me había contado Cuevas podía ser verdad: el mundo no es el lugar desquiciado que él había intentado dibujarme. No quiero decir que el mundo no esté desquiciado, desde luego, pero sin duda no lo está de ese modo.

No, no hay bandadas de 666 apareciendo de la nada a cada paso que da Cuevas, acechando el momento oportuno para hacérsele visibles a Rodríguez. No hay ningún número de la bestia que lo haya marcado en su nacimiento o un campo defensivo que impida acercarse a él a quienes le buscan. No va a haber una segunda venida, ni los cielos van a abrirse con la Gloria de Dios, ni la Tierra se verá sacudida con una guerra por nuestras almas. Y, desde luego, no existe el Anticristo. Y, carajo, si existiera, no sería un vulgar electricista que vive con una madre desquiciada en una ciudad de mala muerte.

De pronto, alguien dio unos golpes contra el cristal de la ventanilla del coche. Volví la cabeza: era un empleado del Ayuntamiento, de esos que comprueban los parquímetros y llaman a la policía para que pongan multas a los coches mal aparcados.

—Tiene que irse —me dijo.

Bajé el cristal de la ventanilla y vi los tres seises que había en la pechera del uniforme verde.

—Tiene que irse —repitió.

Antes de que pudiera responder, una moto pasó a nuestro lado, con el tubo de escape escupiendo de forma espasmódica. Lanzó tres borbotones humo negro al aire. Y, casi antes de que mi vista pudiese captarlo, las volutas se enroscaron formando un 666 casi perfecto.

—¿Me oye? ¿Se encuentra bien?

Moví la cabeza en lo que quizá fuera un asentimiento.

—Tiene que irse —dijo el tipo una tercera vez.

—Sí —conseguí responder—. Ya me voy.

Se fue y me quedé solo. Intenté no pensar en lo que acababa de ver. Accidentes. Casualidades. Cansancio. Parte de la conspiración. Una broma. Estúpida y de mal gusto, y sobre todo sin el menor sentido, pero una broma, qué otra cosa.

Música, me dije, necesito un poco de música para tranquilizarme. Encendí la radio del coche, pero lo único que salió de ella fue estática. Mierda, ya se ha vuelto a desconfigurar. Pulsé el botón de autobúsqueda y dejé que el maldito cacharro, que no me había dado más que problemas desde que había comprado el coche, encontrase alguna emisora.

Finalmente lo hizo y un borbotón de música estridente llenó el interior del automóvil.

Intenté no mirar el aparato de radio, porque en aquel momento supe, con una precisión casi mortal, lo que iba a encontrar en el display al hacerlo. Pese a todo, mi cabeza se empeñó en llevarme la contraria y mis ojos, como si alguien los estuviera empujando, se clavaron en las tres cifras idénticas que indicaban la frecuencia donde se había detenido el dial.

*Hace algunos años, un grupo de amigos pasamos un fin de semana en un pequeño pueblo en las montañas asturianas en la casa familiar de uno de nosotros. Cuando estábamos a punto de irnos y volver a la civilización, reparamos en el cuadro eléctrico de la casa y nos dimos cuenta de que el número de serie (o como se llamen esas cosas) del electricista que lo había instalado era nada menos que 666.*

*A partir de ese momento, escribir este relato fue inevitable. ¿El mítico Número de la Bestia en un prosaico panel eléctrico en un pueblecito en las montañas? ¿Por qué? ¿Era el Anticristo un electricista? Y, en ese caso ¿cuáles eran sus intenciones?*

*En un par de días, me puse con la historia y pasé un raro sumamente divertido escribiéndola y, de paso, enhebrando los nombres y apellidos de mis amigos en los diversos personajes del relato. Pero, sobre todo, imaginando a ese Anticristo que está contento con vivir como vive y no tiene la menor intención de ser el dueño del mundo.*

*Mientras repasaba el relato, me di cuenta de una cosa de la que no fui consciente mientras lo escribía. Siempre me lo había tomado como un chiste sin más trascendencia, un pequeño juego de ingenio alrededor de un par de ideas enloquecidas. Pero comprendo ahora que en realidad el cuento es en cierta forma es un alegato contra el destino y la predestinación, una defensa a machamartillo del libre albedrío humano, con todo lo que eso implica.*

*Los hados, Dios, las estrellas o lo que sea pueden estar confabulados para que nuestra vida sea de determinada manera, pero en última instancia somos nosotros los que tomamos las decisiones y asumimos las consecuencias de estas.*

*Nada está escrito, ni en los cielos ni en la Tierra. Y, aunque lo estuviese, ¿quién dice que no se puede cambiar? Mi Anticristo lo ha hecho, ha elegido ser un tranquilo electricista en una pequeña ciudad asturiana en lugar del dueño del mundo y le ha hecho un corte de mangas al destino.*

*Mi tipo de héroe, sin la menor duda.*

**2009**

# ETERNO RETORNO

Demasiado tarde. Otra vez.

Los otros pasajeros lo estaban sujetando mientras la azafata pedía ayuda por el interfono, y Esteban Perrulla comprendió que, si se salía con la suya, esta vez no podría escapar. Iban a sedarlo, y eso era algo que no podía permitir. Tenía que mantenerse consciente como fuera.

Comprobó el tiempo.

Treinta segundos.

Solo treinta segundos más y entonces podría volver a intentarlo. Podría…

Dejó de forcejear y permitió que los otros pasajeros lo redujeran y lo devolvieran a su asiento. Vio venir a la azafata hacia él.

—Estoy bien —dijo—. No hace falta que…

Pero ella no lo escuchaba y él no podía moverse.

Vio la hipodérmica y sintió que le subían la manga de la camisa. No. No podía permitirlo.

Diez segundos, solo diez segundos más.

—Por favor —dijo.

La azafata lo miró y vaciló unos instantes. Luego, su mirada se endureció y acercó la jeringuilla a su brazo.

No, maldita sea. Solo cinco segundos más.

Trató de revolverse en el asiento, pero los dos pasajeros que lo sujetaban lo empujaron y lo mantuvieron inmóvil.

Dos segundos.

—¡Espere! —gritó.

Un segundo.

Y, de pronto, todo empezó a estremecerse, como si el avión hubiera entrado en una zona de turbulencias. La azafata se detuvo y alzó la vista. Esteban vio el horror extenderse por su rostro y comprendió que era el momento.

Se fue.

Era como caer y no llegar nunca al fondo.

Solo que llegaba.

Abrió los ojos.

Estaba de nuevo en el avión, sentado en un asiento junto a la ventanilla, pasando por encima del mismo paisaje nuboso de las últimas treinta veces.

Tenía un minuto.

Sesenta segundos exactos para impedir que la bomba estallase.

Meneó la cabeza.

Tómalo con calma, se dijo. Intenta pensar. Encuentra una forma.

Pero no la había, ¿verdad?

Al fin y al cabo, lo había intentado treinta veces. Había tratado de razonar con la tripulación, de llegar hasta el capitán, de provocar un motín, de…

Lo había intentado todo.

Y había fracasado. Una y otra vez los segundos se habían ido desgranando de forma inexorable y la bomba había hecho explosión.

Y él… él había hecho lo único que podía hacer. Retroceder sesenta segundos al pasado e intentarlo de nuevo.

Miró a su alrededor. A aquellas alturas, se sabía de memoria los rostros de las personas que había a su alrededor y conocía perfectamente cómo iban a reaccionar.

Se lo impedirían, como habían hecho las treinta veces anteriores.

Y aunque no se lo impidieran, pensó, ¿de qué serviría?

¿Qué podían hacer en un minuto?

Había que buscar la bomba, encontrarla y desarmarla. Era, sencillamente, imposible.

Dejó caer la cabeza contra el respaldo del asiento y miró por la ventanilla. Hubo un claro entre las nubes y, durante unos instantes, contempló un mar intranquilo y vacío.

¿Qué podía hacer en un minuto?, se preguntó de nuevo.

Sintió otra vez el traqueteo. Cerró los ojos y, mientras el avión se hacía pedazos a su alrededor, retrocedió una vez más.

Superpoderes.

Cuando eran niños, él y sus amigos se contaban unos a otros los comics que habían leído. Y luego discutían. ¿Quién era mejor, Batman o Superman? ¿Spiderman molaba más que Lobezno? ¿Los mutantes eran superiores a los metahumanos? ¿Preferías la Liga de la Justicia o los Vengadores? ¿Power Girl estaba más buena que la Viuda Negra? ¿Catwoman tenía más morbo que la Gata Negra?

Y luego empezaban a hablar de personajes ridículos. Villanos de poca monta con un disfraz patético, un nombre infumable y unas habilidades que

eran un mal chiste. Sí, acordaos del tipo ese de la palanqueta. ¿Y qué me decís de Pete Pote de Pasta?

Superpoderes chorras. Superpoderes ridículos. Superpoderes inútiles.

Él había participado, por supuesto. Como los demás, había propuesto habilidades absurdas que no servían de nada.

—Ser capaz de retroceder un minuto en el tiempo —dijo alguien un día.

—¿Un minuto? —preguntaron los demás—. ¿Qué puedes hacer en un minuto?

—Bueno —apuntó uno—, si te están asaltando puedes retroceder un minuto y luego ir a casa por otro camino. O evitar que un coche te salpique al pasar junto a ti.

—O darle una hostia a alguien, retroceder un minuto y seguir con lo tuyo, porque no habría pasado nunca.

—O…

Él se unió al juego, claro. Y guardó su secreto, como lo había guardado desde que lo descubrió, como lo guardaría siempre.

Otra vez en el avión. Otra vez aquel paisaje de nubes. Otra vez toda aquella gente a su alrededor condenada a muerte.

Podía intentar pararlo de nuevo. Y fracasar de nuevo.

O podía, simplemente, limitarse a esperar. Cerrar los ojos y dejar que los sesenta segundos se consumieran.

Y retroceder un minuto, una vez más.

Y esperar.

Y retroceder.

Y no salir nunca de aquel maldito tiovivo que solo podía desembocar en la muerte.

Con el tiempo, se las había apañado para encontrar pequeñas utilidades a aquella estúpida habilidad suya.

Un minuto no era mucho tiempo, ciertamente. Pero bastaba para echarle un vistazo a las respuestas correctas de un examen, esperar a que el profesor lo echara de clase y retroceder para, esta vez sí, contestar del modo correcto.

O, si una conversación iba mal, probar de nuevo, ir afinando lo que debía decir para conseguir lo que quería.

Pequeñas ventajas. Éxitos minúsculos.

Pero se había acostumbrado a que fueran suficientes. Su ridícula habilidad no lo había hecho rico ni famoso, pero sí le había permitido obtener ligeros privilegios, alcanzar una posición un poco más alta de lo que habría podido conseguir de otro modo.

No era el rey del mundo, pero había encontrado su rinconcito.

Y no se estaba mal en él.

El avión. Las nubes, la bomba.

Otra vez.

Y otra.

Atrapado para siempre en los mismos sesenta segundos, condenado a repetirlos una y otra vez. Había perdido ya la cuenta de las veces que había retrocedido al minuto anterior a la explosión. Cuando iba por las trescientas, más o menos, dejó de contar y se limitó a hacerlo una y otra vez.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Un minuto, solo un minuto que pasaba una y otra vez.

Pero, al mismo tiempo, llevaba días que le parecían meses. Y pronto llevaría semanas que le parecerían años.

¿Envejecería? ¿Se iría haciendo mayor mientras habitaba aquel minuto eterno? ¿Sintiendo su cuerpo decaer poco a poco hasta morir finalmente?

¿Y si no era así?

Podía rendirse y morir, claro. Dejar que lo bomba lo hiciera trizas.

Solo que no podía. Lo había intentado. Pero en el momento mismo en que oía la explosión, no podía evitar regresar, retroceder ese maldito minuto. Su miedo, una y otra vez, tomaba la decisión por él.

Así que estaba condenado a repetir aquello para siempre.

No había salida.

O quizá sí.

Había sido… ¿Cuándo? Sí, la trigésima vez que lo intentó, cuando los demás pasajeros lo redujeron y la azafata intentó inyectarle un sedante. Si hubiera tenido éxito, si hubiera conseguido dormirlo, entonces no habría podido retroceder. Habría muerto allí con todos los demás y todo se habría acabado.

Frunció el ceño.

¿Era eso lo que quería? ¿Acabar de una vez?

Quiero salir de aquí, se dijo. Como sea.

¿Como sea?

Como sea.

Tomó aire y miró a su alrededor. Mentalmente, recapituló lo que harían los otros pasajeros y la azafata.

Tengo que salir de aquí, pensó una vez más.

Luego, la bomba estalló de nuevo y él volvió a retroceder.

Pequeñas satisfacciones. Placeres mezquinos en una existencia anodina.

Pero eran suficientes.

Al fin y al cabo, era un hombre pequeño, de aspiraciones pequeñas y metas pequeñas. Y su pequeña habilidad bastaba para conseguirle todo eso.

Hasta ahora.

Nubes. Avión.

Sesenta segundos.

Adelante.

Fue rápido, tanto que casi lo asustó. Los otros pasajeros lo redujeron enseguida y, casi antes de darse cuenta, la azafata ya estaba a su lado con la jeringuilla hipodérmica.

Todo iba a acabar, por fin.

Y, de pronto, algo se revolvió dentro de él.

No.

Así no. No quería morir, pese a todo, no quería rendirse. Aún no. No de esa forma.

Pero la jeringuilla se acercaba a su brazo. Veinte segundos, todavía quedaban veinte segundos para que el avión empezara a hacerse pedazos y la jeringuilla rozaba su piel.

¡No!

De repente, estaba cayendo de nuevo. Cayendo sin llegar jamás abajo del todo.

Solo que llegaba.

La cabeza contra el respaldo. El ronroneo de los motores del avión. El paisaje de la ventanilla, una vez más.

Solo que…

Aturdido, miró por la ventanilla.

Pasaban sobre las nubes, pero no eran las mismas nubes. Recordaba perfectamente su configuración, las había visto una y otra vez, siempre el mismo paisaje blanco, inmóvil, vagamente amenazador.

Solo que ya no era el mismo.

Aturdido, meneó la cabeza. ¿Qué…?

¿Había salido? ¿Había escapado del bucle? Pero, ¿cómo?

Y entonces lo vio. Allí estaba, el cuadro familiar y frío que lo había acompañado todas aquellas veces y comprendió que todo ocurriría de nuevo una vez más, que estaba atrapado de nuevo, que…

Pero también comprendió algo más.

Había vuelto, pero no al mismo momento. Sin embargo, había retrocedido exactamente un minuto, de eso estaba seguro. Pero había iniciado el retroceso

antes de que el bucle de un minuto se completara. Veinte segundos antes.

Y, lo que eso quería decir…

Fue como si algo lo golpeara y, durante unos instantes permaneció aturdido, incapaz de asimilar lo que había ocurrido.

Luego, con una sonrisa (era la primera vez que sonreía en miles de años, la primera en el último minuto) volvió a saltar hacia atrás.

Una y otra vez.

Habían retrasado el vuelo casi dos horas, pero Esteban se lo tomó con calma. La misma calma e indiferencia con la que reaccionó cuando la policía entró en la sala de espera y detuvo a uno de los pasajeros.

Los altavoces no tardaron en anunciar que el vuelo saldría en quince minutos.

Sin prisas, Esteban sacó su tarjeta de embarque y echó a andar hacia la cola. Meneó la cabeza y sonrió, como si acabara de oír un buen chiste, mientras a su alrededor los demás pasajeros se preguntaban qué habría pasado y se ponían a especular sobre ello.

¿Qué había pasado? Él tenía unas cuantas ideas al respecto.

Por ejemplo, que la policía había recibido una llamada anónima diciendo que había una bomba en el avión. Que habían investigado el equipaje y habían encontrado el artefacto. Y que luego, seguramente, habían averiguado a quién pertenecía y se lo habían llevado detenido.

Al fin y al cabo, había al menos dos personas que sabían que había una bomba a bordo.

El tipo que la había puesto.

Y él.

La empleada procesó su tarjeta de embarque y le deseó buen viaje.

—Gracias —dijo Esteban.

Sí, tendría un buen viaje. Ahora sí.

Y si no era así, podía retroceder e intentar algo.

¿Un minuto? ¿Sesenta segundos?

Sí, tantas veces como quisiera.

Idiota, se dijo, sin dejar de sonreír.

Recorrió el fínguer en dirección al avión. Alguien se fijó en su sonrisa y en el modo en que meneaba la cabeza y le preguntó si le pasaba algo.

—No, todo está bien, gracias.

Si no se hubiera dejado llevar por el pánico, jamás lo habría descubierto. Faltaban veinte segundos para que la bomba estallase una vez más y el bucle se completase de nuevo. Veinte segundos y una hipodérmica estaba a punto de dejarlo inconsciente.

Y él había saltado.

Solo un minuto.

Lo cual lo había llevado veinte segundos más al pasado que la última vez.

Idiota, se dijo de nuevo.

Al fin y al cabo, si puedes saltar un minuto, puedes saltar tanto como quieras. Si puedes ir un minuto al pasado, desde allí, podrás ir un minuto hacia el pasado de ese pasado, y desde allí, otro minuto al pasado del pasado de ese pasado.

Subió al avión y tomó asiento. Mientras despegaban y la azafata hacía la demostración de los chalecos salvavidas, se preguntó qué iba a hacer ahora con su vida.

Después de todo, tenía todo el tiempo del mundo a su alcance.

En cómodas porciones de un minuto, eso sí.

*Siempre ando con la cabeza llena de pequeñas ideas. No todas funcionan, y muchas acaban enterradas en el olvido. Algunas sobreviven (incluso años) y acaban dando origen a relatos o a novelas. Hay algunas que están en el limbo, que no tengo claro del todo que vayan a funcionar, pero al mismo tiempo no termino de desecharlas por completo.*

*«Eterno retorno» es un caso que ilustra eso perfectamente. La idea que lo sustenta me gustaba, pero no tenía muy claro qué hacer con ella. Sin embargo, no terminaba de irse, lo que significaba que seguramente era lo bastante robusta.*

*Así fue. De algún modo acabó encontrando el modo de salir y expresarse.*

# HOMBRES DE CÉSPED

Se obligaba, como siempre, a cruzar el parque. Iba con la cabeza baja, la expresión concentrada y los dientes apretados, sin mirar a los lados, pero de algún modo consciente de lo que pasaba a su alrededor.

Sus pensamientos saltaban de un lado a otro sin que ella se diera cuenta.

*Ya vienen. No. A lo mejor hoy no. Malditos cocodrilos. ¿Por qué estropean la comida metiéndola en el agua? Ahí hay uno. No. Pero vendrán. Igual hoy no. ¿Por qué no? Es martes. ¿No les gustan los martes? Carne pasada por agua. ¡Puag!*

Seguía su camino siempre con la cabeza baja y el paraguas enarbolado como si fuera un arma. Un paso. Otro más.

A su espalda, en la hierba, se formaba un bulto.

*Ahí hay uno.*

Seguía caminando. Podía oírlos, creciendo entre la hierba, formándose rápidamente, como si el suelo tuviera prisa en escupirlos. No se volvía, pero podía imaginarse la sonrisa vacía, los ojos negros, el modo en que sus cabezas se giraban para seguirla.

Llegaba al final del parque y, al volverse, los veía desaparecer poco a poco, absorbidos por la misma hierba que los había formado.

*Estaban perezosos. ¿Por qué están perezosos los martes? Estúpido examen de francés. ¿Y mañana? Pero los miércoles no tienen nada de especial, solo están ahí en medio, molestando. Francés oral, a quién narices se le ha ocurrido llamarlo así. Molestando, en medio, ni martes ni jueves. No están lo bastante lejos de los lunes, ni lo suficientemente cerca de los viernes. Una mierda. Los miércoles. Pero, ¿qué les importa a ellos? ¿Por qué están perezosos los martes? Estúpido examen, la voy a pifiar, ya verás.*

Cruzaba la calle sin mirar a los lados. Luego divisaba la boca del metro, fruncía el ceño una vez más y empezaba a descender.

En la cafetería, tras el examen, descubrió que no llevaba el paraguas.

*Mierda.*

No lo había dejado en el metro, de eso estaba segura. Así que tenía que

estar en el aula.

*Ahora no voy a ir a por él.*

Se quitó el abrigo, se sentó y se vio reflejada en el enorme espejo de la pared. Demasiado delgaducha, demasiado alta y demasiado seria. Y demasiado ridícula con aquel maldito gorro de lana en la cabeza. ¿Cuándo se lo había puesto?

*Bueno, en casa, claro.*

Se quitó el gorro y se sentó.

*¿Nabokov? Uf, no, ahora no. Entonces, ¿quién? ¿Evelyn Waugh? ¿Con ese nombre de tía? Qué más da.*

Tomó un libro y empezó a leerlo. Contuvo su impaciencia ante las primeras páginas y se obligó a sí misma a seguir. Ingleses. Estaban locos. Bueno, y quién no.

Siguió leyendo, indiferente al barullo a su alrededor. De vez en cuando levantaba la vista, reconocía a alguien, lo saludaba. A veces le devolvían el saludo, otras no. Le daba igual. Más o menos. Siguió leyendo.

Se apartó un mechón de pelo rojizo de la frente de un soplido, pero el maldito volvió a caer. Intentó colocárselo detrás de la oreja, pero no tardó en liberarse y volver a taparle el ojo.

*Mejor cambio de postura.*

Al hacerlo, vio que alguien se había sentado frente a ella, en la mesa siguiente. No lo conocía, pero, bueno, el mundo estaba lleno de gente desconocida. Era lo que tenía.

*Un estudiante de los últimos cursos. O un profesor. O algo.*

Se encogió de hombros y siguió leyendo, pero al cabo de un rato alzó la vista, convencida de que alguien la estaba mirando.

El desconocido de la mesa de enfrente parecía totalmente concentrado en repasar lo que había en unos folios y anotar algo de vez en cuando con un bolígrafo rojo. El resto del mundo seguía pasando a su alrededor, alborotando y sin ir a ninguna parte.

*¿Me estaba mirando? Claro que no, idiota, ¿para qué iba a querer mirarte? Pero, entonces, ¿quién me miraba? Nadie. Que sí. Que no. Déjate de chorradas. Tienes que acabar el puñetero libro para el viernes. Pero me estaba mirando. Sí, claro, todo el mundo te mira, no te jode. Que me miraba. ¿Quién? No sé. El tipo ese.*

Volvió a leer, pero ya no pudo concentrarse. O estaba leyendo siempre la misma página o todo el maldito libro era igual. Alzaba la vista. Volvía a leer. Fruncía el ceño y alzaba la vista de nuevo.

*¡Sí!, ahora sí me está mirando.*

En efecto, el desconocido había dejado de escribir y la contemplaba. Al darse cuenta de que ella también lo estaba mirando, ensayó un esbozo tímido de sonrisa, tomó de nuevo el bolígrafo rojo y siguió a lo suyo.

*Me estaba mirando.*

*¿Y qué?*

Intentó leer. Se sabía la condenada página de memoria, pero no le encontraba el menor sentido. Malditos ingleses.

Cerró el libro y se incorporó. Se puso el abrigo, se guardó los libros en la mochila y luego miró el gorro de lana sin saber muy bien qué hacer.

*Es para la cabeza, estúpida. Se supone que debes ponértelo en la cabeza. ¿Y si no me apetece? Pues guárdalo.*

Se puso el gorro. Echó a andar hacia la puerta y sintió que, al pasar junto a él, el desconocido alzaba la vista y enseguida devolvía su atención a los papeles.

Recuperó el paraguas del aula donde se había examinado. Luego se fue hasta la parada del metro. Se encontró con Lidia y hablaron de quedar aquel fin de semana. Luego, cada una se dirigió a su línea.

No había casi nadie en el vagón. Pensó en seguir leyendo, pero descubrió que no le apetecía.

*Demasiado inglés para mí.*

Al otro extremo del vagón había una pareja. Se estaban dando un buen lote. Pensó en una zarpa amable recorriendo su espalda y luego intentó dejar de pensar en ello. No tuvo demasiado éxito.

Estuvo a punto de pasarse su parada. Saltó del vagón al andén cuando las puertas estaban a punto de cerrarse, tropezó y consiguió mantener el equilibrio tras un par de saltitos ridículos. El vagón echó a andar y tuvo un fugaz vistazo de la pareja, que seguía a lo suyo, y no tenían pinta de ir a dejarlo en un plazo razonable.

Salió. La tarde caía con la misma desgana de siempre y el parque, al otro lado de la calle, empezaba a llenarse de sombras.

*Las sombras no importan. Las sombras son lo de menos. Ellos no se ocultan.*

Como si no les importase que los vieran. Bueno, nadie más que ella los veía.

Cruzó la calle y se detuvo a la entrada del parque. No quería entrar. Una vez más, se obligó a hacerlo.

Había un par de policías patrullando. Para qué. No servían para nada. No eran capaces de ver nada.

Sus pasos por el sendero de grava sonaban amarillos, estridentes, como si no hubiera otro sonido en el mundo.

A su alrededor, en el césped, todo parecía tranquilo, y eso la puso nerviosa.

*Están ahí. ¿Por qué no salen? Bueno, mejor si no salen, ¿no? Pero están ahí. Se están burlando. No quieren salir. Prefieren reírse de mí sin que los vea. Cabrones.*

No le quedaba mucho para llegar al final del parque cuando lo sintió. A su derecha, la hierba empezó a susurrar y el suelo vomitó rápidamente a uno de ellos. Permaneció inmóvil unos segundos (la sonrisa vacía, la cabeza ladeada,

los ojos siempre en sombra, las manos extendidas frente a él como si pidiera algo) y luego empezó a caminar, acompasándose a su paso.

Ella agarró el paraguas con más fuerza.

*Aquí viene.*

El hombre de hierba empezó a andar a saltitos. De vez en cuando giraba la cabeza y la miraba, siempre con aquella sonrisa estúpida, fría, demasiado grande.

Ella apretó el paso.

El hombre de hierba se detuvo. Giró. Saltó y se dejó caer sobre las manos. Anduvo boca abajo un rato y luego empezó a bailar. De pronto se detuvo de un salto y extendió las manos.

*Ahora.*

Sintió que se preparaba para el salto definitivo y, sin pensar en lo que hacía, alzó el paraguas, se lanzó sobre el hombre de hierba y lo atravesó.

No se daba cuenta de que estaba gritando mientras lo hacía:

—¡Se llamaba Carlos, cabrones, se llamaba Carlos!

El hombre de hierba contempló el paraguas que le atravesaba el pecho y su sonrisa se transformó en una expresión de asombro igual de vacía y de distante.

*Una parodia chunga de la tristeza. Como un puñetero cocodrilo comiendo carne pasada por agua.*

Sacó el paraguas. El hombre de hierba se miró el agujero en el pecho y luego, con un quejido amarillento y demasiado agudo, se convirtió en una especie de baba verde que se desparramó sobre el césped.

Ella no miró atrás. Siguió caminando, sujetando siempre con fuerza el paraguas. Jadeaba, pero no era consciente de ello.

Febrero era frío y amargo. Azul.

Pero al menos no era verde. Odiaba los meses verdes. El verde era el color de la muerte. Del olvido.

Por suerte aquella noche no hacía demasiado frío, mientras iban de bar en bar celebrando el día del *whisky*.

—¡Feliz San Ballantine's! —gritaban entre trago y trago.

No pensaba. Intentaba no pensar. Sobre todo, trataba de no pensar en el parque, en los malditos hombres de césped saltarines, en aquella sonrisa helada y en sus ridículos pasos de baile.

Un trago. Otro más.

—¡Feliz San Ballantine's!

Al otro lado de la barra vio que alguien la miraba. Sonreía. Le guiñaba un ojo.

*Joder, no, otro pesado, no.*

Lidia se dio cuenta y le dijo algo al oído. Ella no lo oyó (la puñetera música estaba demasiado alta, como casi siempre) pero asintió como si lo encontrase gracioso. Luego, de pronto, al alzar la vista, se encontró con el tipo, plantado frente a ella, tan sonriente como un cerdo a punto de ser degollado.

—¿Nos conocemos? —le oyó preguntar.

*No puede ser. No puede haber dicho eso. Nadie es tan tarugo. O sea, no me lo creo. Es imposible. ¿De qué parte de Tontolandia ha salido este imbécil?*

Y, antes de que hubiera pensado qué iba a contestar, se dio cuenta de que su boca estaba hablando por sí misma:

—¿Quieres decir un conocimiento racional? —se oyó decir—. Pues va a ser que no, porque la verdad es que veo poco probable cualquier interacción de las matemáticas en algo que tenga relación conmigo. Yo no les gusto, mira tú si serán cretinas, y ellas no me gustan a mí, así que intentamos coincidir el menor número de veces posible.

¿Qué demonios estaba diciendo? Sin embargo, descubrió que no podía parar.

—Claro que siempre queda la puñetera zorra de la estadística, dispuesta a meter las narices donde no la llaman, y cuyos resultados se basan más en la fe que en la realidad, un poco como Dios, ya sabes, el tipo ese que hablaba con Charlton Heston, y que es, aparte de una gilipollez, poco fiable, pero eso mejor lo dejamos, que me han dicho que si dices su nombre tres veces aparece y te hace un calvo. El nombre de la estadística, quiero decir, no el de Charlton Heston. Bueno, ni el de Dios. Creo.

Por el rabillo del ojo vio que Lidia se tapaba la boca e intentaba, inútilmente, no reírse.

—En cuanto al conocimiento sensible, me temo que tus sentidos te engañan si te dicen que me conoces; no les hagas ni puto caso. Al conocimiento real solo se puede llegar por medio del pensamiento ¿y sabes qué me dicen las voces en mi pensamiento? Bueno, que estoy loca, pero eso no tiene nada que ver. ¡Que en mi vida te había visto y aún menos conocido en cualesquiera que sean los grados de conocimiento! Y dudo que lleguemos a conocernos. Feliz año.

Él tardó varios segundos en procesar lo que acababa de oír. Al final, parpadeó, frunció el ceño y dijo:

—Pero… ¿seguro que no nos conocemos?

Ante lo cual, Lidia ya se reía a mandíbula batiente y ella tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse seria.

—Sí —respondió—. Verás, Luke… yo soy tu padre.

Aquello terminó de desconcertarlo. Intentó recuperar su sonrisa de «seguro que esta noche follo» y acabó yéndose de allí sin conseguirlo del todo.

*Joder, qué mal. Necesito otro trago.*

Lidia, siempre perceptiva, se le había adelantado y le tendía un vaso.

—¡Feliz San Ballantine's! —gritaron.

Cuando volvió a casa, había enfriado y todo era de un azul intenso, tan amargo que respirar era como tomarse una purga, y solo lo hacía cuando era estrictamente necesario.

Pasó junto al parque, pero no entró. No llevaba paraguas. Además, Lidia iba con ella, y nunca entraba en los parques cuando iba acompañada.

No desde hacía mucho tiempo.

Había un libro nuevo de Carroll en la librería. Eran las dos Alicias en un solo volumen, en una de esas ediciones grandes y de lujo tan incómodas de leer como agradables de mirar.

Lo sacó del estante y le echó un vistazo. Enarcó una ceja ante el precio. Joder. Luego lo abrió y fue pasando rápidamente las páginas hasta los primeros capítulos de *A través del espejo*.

Allí estaba. El maldito poema. La puñetera ilustración.

La niña (o el mancebo, o lo que narices fuera) sujetando un espadón mayor que ella frente a una bestia demasiado ridícula para ser real. Una especie de dragón con cara de estreñimiento y chaleco abotonado.

Y al fondo… el bosque. El condenado bosque. Demasiado oscuro.

Y las palabras, claro. Las malditas palabras:

*'Twas brillig, and the slithy toves*
*Did gyre and gimble in the wabe:*
*All mimsy were the borogoves,*
*And the mome raths outgrabe.*

Cerró el libro y contuvo un estremecimiento. Volvió a ponerlo en la estantería y, al retroceder un par de pasos, chocó con alguien.

Se volvió para disculparse, y se encontró con el tipo de la cafetería, que la contemplaba desde el otro lado de unas gafas redondas con una expresión que no supo descifrar.

*Es él, el tío que me miraba. No te miraba, solo cruzó la vista contigo. Calla, que está hablando.*

—Lo siento —oyó que decía, justo antes de fruncir el ceño—. No eres una de mis alumnas, ¿verdad?

—Eh… no lo sé.

¿Se había saltado alguna clase? O peor, ¿había ido a alguna clase y no lo recordaba?

—Doy un seminario de literatura creativa el último curso.

—Entonces no. Todavía me faltan unos años para eso.

Él sonrió.

—Bueno —dijo—, puedo esperar.

*¿Qué ha dicho? ¿Qué demonios ha dicho?*

Buscó algo que responder y no lo encontró. Se fijó en el montón de libros que él llevaba bajo el brazo.

—¿Lees ciencia ficción? —preguntó.

*Claro que la lee. ¿Para qué crees que lleva esos mamotretos bajo el brazo, para hacer ejercicio? Imbécil.*

Él asintió.

—Ciencia ficción, fantasía, terror, tebeos. —Dudó unos instantes—. Procuro mantenerme alejado de la literatura prospectiva, el Fantástico —la mayúscula sonó clara en su voz— y las novelas gráficas, sin embargo.

*¿Qué?*

—Claro —dijo, pese a todo, como si realmente supiera de qué estaba hablando—. Y quién no.

—Mucha gente. Demasiada.

De algún modo, media hora más tarde estaban frente a frente en una mesa. Él tomaba un café, ella le daba sorbos distraídos a una cerveza.

—Así que te gusta Carroll.

*¿Ves como me estaba mirando? Sabía el libro que pillé en la librería. Me estaba mirando. Vale, sí, ¿y qué? Pues que me estaba mirando.*

Se apartó un mechón de pelo de la frente y trató de no bizquear.

—No sé —respondió—. Creo que sí. Aunque a veces…

Él apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos.

—Cierto —dijo—. A veces… Sí, es un «a veces…» interesante. Al fin y al cabo, Carroll era el Míster Hyde del reverendo Dodgson. Un tipo al que le gustaba fotografiar niñas ligeras de ropa y que escribía libros desquiciados. Piensa en *La caza del Snark*, por ejemplo.

—Mejor no.

Pareció encontrar divertida su respuesta.

—Puede.

Hubo un momento de silencio incómodo. Él bebió de su café. Ella tomó un trago de cerveza.

—Me gustan las ilustraciones —dijo ella, de pronto—. Las de Tenniel. Aunque también tienen algún «a veces…» que otro.

—¿Por ejemplo?

*Cállate. ¿Por qué? Porque va a pensar que eres estúpida. O que estás loca. Bueno, lo estoy, ¿no?*

Así que dijo:

—La del Jabberwocky. Debería ser graciosa. El monstruo es ridículo. Ese

puñetero chaleco. Parece un chupatintas inglés. —Él sonrió—. Pero el bosque… Ese bosque es algo chungo. Da mal rollo. Allí hay cosas…

—Que no deberían salir de él.

Ella asintió, sin darse cuenta.

—Pero salen —dijo.

Él se echó hacia atrás en la silla y se llevó un índice a los labios.

*Ya está. Está pensando que estás loca.*

Pero no parecía estar pensando eso. Era como si tratase de digerir sus palabras, como si intentase decidir si significaban lo que creía.

—Sí —dijo al fin.

Solo eso. «Sí». Y ya estaba.

*¿Y ahora qué?*

—Estoy loca —susurró, sin saber por qué lo hacía.

Él frunció el ceño.

—¿Seguro? —preguntó.

—No sé, a veces. Eso creo —respondió ella sin apartar la vista de su cerveza.

—Bueno, parece una locura interesante, en cualquier caso.

Alzó la vista y vio que estaba sonriendo, como si lo que acababa de decir fuera verdad.

—¿Nunca pierdes los papeles? —preguntó, sin saber por qué lo hacía.

Él se encogió de hombros.

—Intento no hacerlo. Sobre todo, cuando estoy con alguien que es posible que se convierta en la responsable de que me despidan. Mejor mantener la calma en un caso así.

—¿Cómo?

*¿De qué habla?*

—Ya sabes. Conflicto deontológico y todo eso. Abuso de poder. Ética de la docencia. Tutorías horizontales. Esas cosas. Supongo que sabrás que no está bien visto que un profesor se intente liar con su alumna. A lo mejor hasta es inmoral.

Ella iba a decir que aún no era su alumna, pero se lo pensó mejor y guardó silencio. ¿Y si él se reía y le respondía que no estaba hablando de ella? En lugar de eso, soltó:

—Eres muy raro.

*Serás burra.*

Pero él solo se encogió de hombros y, sin dejar de sonreír, dijo:

—Gracias.

Exámenes. Puñeteros exámenes.

Y todos aquellos libros. Nabokov. Waugh. Fowles. Highsmith. Ellis.

Faulkner… no, Faulkner no, por el amor de Dios. Ese no.

Febrero iba muriendo y, poco a poco, el aire dejaba de tener el sabor amargo del frío y se iba volviendo dulce. No mucho, pero era algo.

Los hombres de césped parecían extrañamente inactivos aquel año. Como si el invierno, más frío de lo normal, los volviera perezosos.

Todas las mañanas, antes de salir de casa, se detenía unos minutos en el paragüero y elegía el paraguas adecuado.

¿Adecuado para qué? Da lo mismo uno que otro.

Pero no era cierto, y lo sabía. No todos funcionaban de la misma manera y algunos días unos eran mejores que otros. Así que se quedaba mirando el paragüero como una estúpida hasta que al fin daba con el paraguas correcto.

Solo entonces salía de casa.

Cruzaba el parque, una vez a la ida, otra a la vuelta. A veces no pasaba nada. Otras, los hombres de césped surgían a su paso y se quedaban inmóviles viéndola pasar, con aquellas sonrisas estúpidas y horribles plantadas en sus rostros verdes. De vez en cuando, uno de ellos empezaba a caminar, saltaba y se ponía a bailar; no siempre lo hacía cerca de ella, como si hubieran aprendido a tenerle miedo, por fin.

El año pasado habían estado por todas partes. No solo en el parque. En los montículos de hierba de las rotondas. En los parches de las medianas. En cualquier sitio donde hubiera un atisbo de césped.

Pero este año estaban perezosos. Apenas los había visto fuera del parque. Y en él, no siempre asomaban.

Cuando lo hacían, empezaban a bailar y se preparaban para saltar sobre ella, siempre era igual. Sin pensárselo, se lanzaba contra ellos paraguas en ristre sin dejar de gritar:

—¡Se llamaba Carlos, cabrones, se llamaba Carlos!

Luego, miraba a su alrededor, y se aseguraba de que nadie había visto algo raro.

*Para qué. Nunca ven nada. Nunca los ven. La gente desaparece y nadie ve nada.*

Los exámenes llegaron a su fin. Algunos libros también.

Cuando se cruzaban en la cafetería, él la saludaba con un cabeceo y una sonrisa y seguía con lo suyo. No hacía ningún intento de aproximarse de nuevo.

En ocasiones, ella se descubría mirando a su alrededor, buscándolo con la mirada. A veces lo encontraba. Sonreía (como una auténtica imbécil, le decía su irritante voz interior) y seguía su camino.

Empezó a ir a la misma librería todos los viernes a la misma hora. Él, como no se había atrevido a esperar, estaba allí, deambulando indiferente entre los estantes, matando el tiempo como si estuviera esperando a alguien.

Lidia insistía en atajar por el parque, y ella se negaba.

—Venga, no seas idiota. Es un rodeo de la hostia.

Tiraba de ella como de un becerro camino del matadero. Al final cedió. Quizá hubiera suerte. Al fin y al cabo, estaban perezosos, lo habían estado todo el invierno. Como mucho, podía atacarlas uno, y ella podía ocuparse de ello.

—Vale —dijo al fin, a regañadientes.

La gente paseaba, iban a sus cosas y no prestaban mucha atención a lo que pasaba a su alrededor. A lo lejos, una pareja de policías hacía su ronda. Y el césped estaba tranquilo. Dormido. Todo parecía dormido a aquellas horas, como si el universo entero se hubiera puesto a echar una siesta. De las largas. Con pijama y todo.

*No te fíes.*

Pero siguieron caminando y seguía sin pasar nada. No tardaron en divisar el otro extremo del parque y contuvo apenas un suspiro de alivio.

Fue como si hubiera dado una señal. Como si hubiese disparado una alarma.

Empezaron a salir por todas partes. A su alrededor, frente a ellas, a lo lejos. Todo el parque bullía de hombres de césped, vomitados por la hierba a un ritmo convulso y casi frenético.

Y no estaban inmóviles. Las miraban. Sus sonrisas… nunca había visto sus sonrisas tan grandes y frías, tan ridículas y amenazadoras.

Se movían. Caminaban. Saltaban. Bailaban.

Apretó el paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lidia.

Pero ella no contestó. Solo quería salir de allí. Lo más rápido posible. Antes de que fuera demasiado tarde.

Estaban tan cerca…

Sintió que uno de ellos se preparaba para saltar. Se lanzó sobre él y le clavó el paraguas:

—¡Se llamaba Carlos, cabrones, se llamaba Carlos!

Notó movimiento a sus espaldas. Otro más. Entró a matar y sintió el paraguas hundirse en algo blando y pegajoso. Lo sacó y se giró.

Otro.

Y otro.

Se habían vuelto locos. Estaban por todas partes. Y ella se lanzaba contra cada movimiento, cada rastro fugaz de verde entrevisto por el rabillo del ojo, cada sonido, cada sonrisa.

A su lado, Lidia la contemplaba incrédula, sin comprender y sin atreverse a hablar.

Y ella seguía. Bailando su baile mortal con los hombres de césped. Con sus sonrisas verdes y sus ojos vacíos.

Vio venir a uno a lo lejos. Corría y saltaba, como si fuera el protagonista estúpido de un musical absurdo y las colinas estuvieran vivas con el sonido de la música con canciones que habían cantado durante más de mil años. Se giró y trató de ir a por él, pero tropezó con sus propios pies y cayó al suelo.

*¡No!*

El hombre de césped saltó y, en el aire, se deshizo en millones de briznas multicolores, como si estuviera hecho de confeti.

Intentó incorporarse, pero sabía que era demasiado tarde, que no llegaría a tiempo, que era inútil.

Logró abrir el paraguas y protegerse de la lluvia de confeti que había sido el hombre de césped.

Pero no a Lidia.

Se quedó completamente inmóvil y no pudo apartar la vista.

*Otra vez no, por favor.*

Sus ruegos no encontraron respuesta. La nube de briznas multicolores cayó sobre Lidia y cubrió su cuerpo en un parpadeo. Lo último que vio de ella fueron los ojos abiertos en un gesto de terror y desamparo que no podría olvidar.

Luego, la hierba la devoró y Lidia desapareció.

Al instante, todo se calmó. Los hombres de césped fueron absorbidos por el suelo una vez más y el parque volvió a la normalidad.

Alguien se inclinaba hacia ella y le tendía una mano.

—¿Se encuentra bien?

Cerró el paraguas y se incorporó.

—Tropecé —consiguió decir sin apenas tartamudear.

Salió del parque como si estuviera sonámbula. Encontró un banco y se dejó caer en él, vencida e incapaz de llorar. Tomó aire. Sabía a derrota y a miedo. A olvido y a muerte.

Lidia no existía. Había sido devorada. Y, como había pasado antes, había sido olvidada. Nadie recordaría que había existido, ni amigos ni familiares ni conocidos. No quedarían registros de su paso por el mundo. Nadie se acordaría de ella.

*Solo yo.*

Y entonces sí, con una última bocanada de aire, pudo llorar.

Aquel viernes él notó que pasaba algo, pero no dijo nada. Charlaron un rato, como hacían siempre que se encontraban en la librería. No habían vuelto a tomar algo juntos desde la primera vez.

Ella respondía de un modo ausente, pero él no parecía desanimado. Con su montón de libros bajo el brazo (siempre parecía llevar un montón de libros bajo el brazo y ella se había preguntado alguna vez si no sería el mismo) le

propuso tomarse un café.

Ella asintió sin saber muy bien lo que hacía.

De pronto, mientras salían de la librería él preguntó:

—¿Tu amiga ha dejado la Universidad?

*¿Qué?*

—¿Qué? —dijo en voz alta.

—No la he visto por ahí desde la semana pasada —dijo él, indiferente—. Me pareció raro.

—¿Recuerdas a… Lidia? —preguntó ella.

Pronunciar su nombre en voz alta fue como atravesar un muro. Sintió que se mareaba.

—Sí, claro, aunque no sabía cómo se llamaba. Os he visto juntas unas cuantas veces.

Ella se apoyó en la pared.

*No, no es posible. No puede ser. Él no puede…*

Alzó la vista, sin saber qué decir. Y entonces él se asustó.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué pasa? Traes una cara horrible.

Ella no pudo responder. Se apoyó de nuevo en la pared y sintió que el mundo entero daba vueltas a su alrededor.

—¿Estás bien?

Consiguió asentir. Aunque no estaba segura. En aquel momento no sabía si estaba bien o estaba mal, no tenía ni idea de nada. Era como si todo lo que hubiera dado por sentado desde siempre se hubiera desvanecido de pronto. Y no estaba segura de si aquello era bueno o malo.

—¿De verdad?

Lo miró y la preocupación que descubrió en su rostro la hizo sentirse mejor de repente. El mundo dejó de girar y pudo dejar la pared y permanecer de pie.

—Sí —logró decir.

*¿Y ahora qué?*

Se mordió el labio.

—Vamos a tomar algo —dijo.

Él dudó unos instantes y luego asintió.

*Díselo. ¿El qué, qué quieres que le diga, que si ha visto a los hombres de césped? ¿Estás loca? Bueno, teniendo en cuenta que no soy más que una voz en tu cabeza, es bastante probable. Díselo, ¿qué es lo peor que puede pasar? No. Díselo, idiota.*

—¿Nunca pasas por el parque? —fue lo que preguntó, sin embargo.

Él se echó para atrás, como si lo hubieran golpeado, y ensayó una sonrisa poco convincente.

—Bueno, soy un urbanita convencido, me temo —dijo—. La naturaleza es

ese sitio que queda tan lejos, ya sabes. Y la naturaleza domesticada que hay en las ciudades…

—No está domesticada… —susurró ella, sin alzar la vista de su vaso de cerveza.

Se dio cuenta de que él tomaba aire y lo dejaba escapar lentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Lo miró a los ojos. Estaba preocupado. No. Incómodo. Se sentía claramente incómodo.

—Nunca pasas por el parque —soltó de repente—. Ni pisas la hierba. En ningún sitio.

—Bueno… —dijo él, cada vez más nervioso.

—¿Lo haces?

Fue como si la palabra le fuese arrancada contra su voluntad:

—No.

—¿Por qué?

—No sé. Dímelo tú.

Se mordió el labio. Tomó un trago de cerveza. Posó el vaso sobre la mesa y miró por la ventana. A lo lejos la calle moría en una gran rotonda coronada por un montículo de hierba.

—Porque tienes miedo de los… de los…

—¿Los *Jumping Grassmen*? —preguntó él.

Parecía sorprendido ante lo que acababa de decir, como si no se creyera sus propias palabras.

*Los ha visto. Los ha visto. No estoy loca y los ha visto. O si estoy loca, pero los ha visto, joder.*

—Sí —logró decir—. Aunque nunca los he llamado así. Son los… los hombres de césped.

Era la primera vez que decía el nombre en voz alta y el alivio que experimentó al hacerlo fue tan intenso que casi la tumbó.

—Los hombres de césped —repitió él, saboreando las palabras.

—Vienen del bosque —dijo ella, incapaz de dejar de hablar una vez que había empezado—. De lo más oscuro. Del corazón más oscuro del bosque, donde no ha llegado jamás la luz del sol. No deberían salir de él. Son sus guardianes. O lo fueron. Nunca debieron salir de él. Pero lo han hecho. Hemos talado los bosques, los hemos quemado, hemos construido encima, hemos… y ellos han venido a nosotros. Viven bajo el suelo, bajo la hierba. Y a veces salen, y caminan. Saltan y bailan. Y… y a veces…

—Caen sobre ti y te devoran. —De nuevo parecía sorprendido ante sus palabras.

Ella asintió.

—Y entonces no queda rastro alguno de ti. Desapareces. Como si nunca hubieras existido. El mundo te olvida. Nadie te recuerda.

Él no dijo nada. Sus ojos eran dos ascuas marrones, y vio que apretaba los puños hasta que sus nudillos quedaban blancos.

—Pasé mi infancia en Inglaterra —dijo de repente. Le costaba articular las palabras—. Y los vi siendo niño. —Se llevó una mano a la frente—. Los vi —repitió—. Los vi —dijo una vez más—. Desde entonces, no he vuelto a pisar la hierba.

—¿Viste cómo devor…?

—A un amigo de mis padres. Nadie más lo vio. Y todos siguieron como si no hubiera pasado nada.

Ella asintió.

—Mataron a mi hermano —dijo—. Nadie se acuerda de él. Pero yo sí. Se llamaba Carlos.

—Carlos —repitió él.

—Carlos —dijo ella.

Él sonrió y abrió las manos. Todo su cuerpo se relajó.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—No sé —dijo.

Hablaron. Y hablaron. Y hablaron.

Ella le contó cuanto sabía. Él nunca le preguntó cómo lo había averiguado, lo cual era un alivio porque, ¿qué podía decirle? ¿Qué, simplemente, lo sabía?

Pero él se limitaba a aceptar la información, como si todo cuanto ella decía fuera obvio.

—Un paraguas —murmuraba—. Les haces frente con un paraguas.

—Probé muchas cosas. Pero el paraguas es lo único que encontré. Debe tener la punta de madera. Y, si estás bajo él, abierto, te protege de su lluvia. Abierto el paraguas, no tú, quiero decir…

—¿Y todo este tiempo…?

—Paso por el parque. Todos los días. Una vez por la mañana. Otra por la tarde. Me enfrento a ellos. Hago lo que puedo. Tal vez, si mato los suficientes…

—Te devolverán a tu hermano.

—No lo harán, ¿verdad?

Él meneó la cabeza.

—No lo creo. No sé gran cosa de ellos. No tanto como sabes tú, desde luego. Los vi una vez y me limité a huir de ellos, de cualquier lugar donde pudieran encontrarme. No sé, de algún modo supe que debía evitar la hierba, que fuera de ella estaría a salvo. Pero creo que no, que no te lo devolverán.

—Lo sé. Lo he sabido siempre. Pero… tengo que hacer algo. No puedo quedarme parada. Si me rindo… ellos no deben vencer, aunque yo no pueda

ganar nunca. No puedo permitirlo.

Él soltó el aire poco a poco.

—He pasado aterrado todos estos años. Incapaz de aceptar lo que vi, y al mismo tiempo incapaz de negarlo. Y tú… tú les has estado haciendo frente desde que eras una niña. Eres la persona más valiente que he conocido.

Ella se encogió de hombros, incómoda ante el cumplido, ante la patente admiración en la voz de él.

—No. Solo estoy loca y soy una imprudente.

Él sonrió.

—Ojalá yo estuviera la mitad de loco o fuera la mitad de imprudente.

—¿Por qué los vemos? —preguntó ella de un modo brusco, impaciente por cambiar de tema. Había algo que sonaba apresurado en su voz, casi arisco—. ¿Por qué nosotros los vemos? ¿Y por qué recordamos?

—Buena pregunta. —Lo pensó unos instantes y ella comprendió que él no tenía ni idea de lo atractivo que estaba cuando adoptaba aquella pose meditabunda—. No lo sé. Aunque supongo que recordamos porque los vemos. O quizá sea al revés. Si esto fuera un cuento de ciencia ficción seguro que descubriríamos que somos sensibles a longitudes de onda del espectro que el ojo humano normal no percibe. Que somos —sonrió— mutantes.

—¿Y si fuera de fantasía?

—Bueno, eso es más fácil, incluso. Fuimos marcados en nuestra infancia por un misterioso poder superior. O por el destino.

—¿Y si fuera de… terror?

—Entonces… bueno, supongo que, en ese caso, en el momento mismo en que decidiéramos acostarnos seríamos atravesados con un machete por un psicópata inmortal con la cara cubierta por una máscara de *hockey*. —Hizo una pausa. Parecía nervioso—. Aunque yo correría el riesgo de buen grado.

—Pues ya somos dos.

El invierno moría lentamente en una primavera que no tenía ninguna prisa en llegar. Los días iban perdiendo su aspecto azul a medida que se volvían más cálidos.

En la Facultad, mantenían las distancias. Un saludo aquí, una sonrisa allá, media docena de palabras intercambiadas en una conversación banal…

Se veían en la librería. En la cafetería. En casa de él.

Nunca cruzaban el parque. Nunca se acercaban a la hierba.

No hablaban mucho del asunto.

De los hombres de césped. Los Jumping Grassmen.

Un día él dijo:

—He hablado con un par de amigos. —Ella lo miró con el ceño fruncido y se incorporó en la cama—. Tranquila, no les he dicho nada. Son gente que se

interesa por los mitos y las leyendas. Así que solo les he preguntado si conocían alguna sobre unos tipos hechos de hierba y… bueno, les expliqué el asunto como si fuera algo que había oído por ahí.

Él seguía tumbado boca arriba. Ella se había sentado y abrazaba sus propias rodillas.

—Hay ciertas cosas, algunas historias que hablan de criaturas del bosque. Pero en realidad nada que se parezca a lo que hemos visto. No tiene sentido —añadió mientras meneaba la cabeza—. Es imposible que seamos los únicos que los han visto. Seguro que a lo largo de la historia alguien más… No lo entiendo.

—Porque al final, ganan siempre —dijo ella con amargura—. Devoran a aquellos que los han visto. Y el mundo los olvida, y al olvidarlos, olvida también lo que pudieron haber contado.

Él contuvo un estremecimiento.

—Uno de mis conocidos me contó una leyenda muy curiosa —dijo al cabo de un rato en un tono cuidadosamente neutro—. En realidad, no tiene nada que ver con los hombres de césped, pero en ella el héroe usa como arma lo que llama un «palo de lluvia». Según mi amigo, se trata de una especie de bastón que se usa para invocar a la lluvia, así que usarlo como arma no parece tener ningún sentido. —Dudó unos instantes—. Pero, claro, un paraguas también es un palo de lluvia.

Ella no respondió. No parecía haber oído nada de lo que él había contado.

—A veces me gustaría poder olvidar —dijo de pronto.

Se echó a llorar. De un modo tranquilo, manso, casi imperceptible. Él la abrazó y se sintió como un completo inútil.

La primavera no tardó en dar paso a un verano extraño. Algunos días, el calor y la humedad volvían pegajoso el mundo. Otros, la temperatura descendía de repente y todo se volvía duro y frío, aunque el sol siguiera brillando en un cielo sin una nube.

El curso terminó. Con él, la necesidad de aparentar que eran dos simples conocidos que se saludaban, se cruzaban una mirada y seguían su camino.

No pasaban por el parque. Evitaban la hierba allá donde estuviera. Lentamente, dejaron de hablar del asunto.

Pero seguía ahí. Tras las preguntas no formuladas. Agazapado en miradas huidizas o en gestos reprimidos. Estaba en todas partes, acechándolos como un fantasma tozudo pero sutil que nunca asomaba del todo, pero no terminaba de irse jamás.

A veces él la oía hablar en sueños. Su cuerpo se convertía en esos momentos en una algarabía de manotazos y patadas mientras murmullos incoherentes llenos de Carlos y de Lidia se escapaban de su boca. Él la

abrazaba en silencio y esperaba.

En agosto, la ciudad se convirtió en un pueblo fantasma en el que ellos parecían los únicos habitantes. Ellos y, por supuesto, aquello que nunca mencionaban.

—Voy a pasar por el parque.

*Idiota. Estás loca. Eres más imbécil de lo que creía. Eres una… ¡Cállate!*

La voz se calló.

—¿Estás segura? —preguntó él.

Ella asintió.

—Tengo que hacerlo. No puedo…

—Dejar que ganen, sí, aunque nosotros no podamos vencer. —Se lo pensó unos instantes—. Voy por un paraguas —dijo al fin.

—Pero tú no tienes…

—Sí, sí que tengo. Si vas, yo voy.

A su pesar, ella sonrió.

—Si el mundo va a olvidarnos, que nos olvide juntos —dijo él. Bajó la vista de repente y ella vio que se había ruborizado—. Lo siento, dentro de mi cabeza sonaba mejor, te lo aseguro.

—A mí no me ha sonado mal —dijo ella—. Para nada.

Se tomaron su tiempo, como si supieran que era la última vez que cada uno iba a sentir la piel del otro. Luego, armados con sus paraguas, salieron de la casa.

El parque estaba lleno de gente, pero no había rastro de los hombres de césped. Ella recordó la última vez que había pasado por allí, con Lidia, y se preguntó si se habrían dado por vencidos, si tras arrebatarle a su amiga se habrían quedado satisfechos.

Sabía que no.

*Vas a morir, estúpida. O va a morir él. O vais a morir los dos. O yo qué sé, pero esto no es bueno, no lo es. Salid de aquí, volved a casa, follad como conejos. Largaos. Vais a morir. O lo va a hacer él, y será peor.*

Pero no les hizo caso a sus voces. En aquel momento, no importaban. Iban cogidos de la mano, con el paraguas en la otra, preparados, en guardia como dos espadachines a punto de pasar una prueba mortal. Él caminaba de un modo agarrotado, con todo el cuerpo rígido, y mirando continuamente a los lados. Se agarraba a ella como si fuera lo único real en el mundo, y hasta respirar parecía costarle trabajo.

De pronto, ella le oyó recitar algo:

*Beware the Jabberwock, my son!*
*The jaws that bite, the claws that catch!*

*Beware the Jubjub bird, and shun*
*The frumious Bandersnatch!*

—No nos vendrían mal ahora un Bandersnatch o dos —dijo, al acabar.

Ella sonrió.

—O incluso un Jabberwock.

Siguieron caminando.

Estaban a mitad del parque cuando la hierba empezó a alborotarse a su alrededor. A los lados del camino de grava que recorrían todo se agitaba, se movía, parecía a punto de hervir y entrar en erupción.

Poco a poco, fueron saliendo. Uno tras otro. Verdes, vacíos, sonrientes. Inmóviles.

Al principio, él se detuvo, incapaz de seguir caminando. Luego, le apretó a ella la mano y continuó.

Un paso, otro más.

Los hombres de césped no se movían. Seguían saliendo del suelo, tantos que parecía imposible que hubiera sitio para todos. Salían y se quedaban allí, inmóviles, sonrientes, vacíos.

Un nuevo paso. El final del parque, visible al fondo, como una promesa.

Los hombres de césped empezaron a moverse. Solo un poco. Un ligero balanceo a un lado y a otro.

Otro paso más. Y otro.

Y, de pronto, empezaron a bailar, a saltar todos ellos, en una coreografía absurda y sin sentido que, sin embargo, resultaba hipnótica.

Siguieron caminando. Tranquilos. Sin apretar el paso.

El final del parque, más cerca.

Uno de los hombres de césped se preparó para dar un salto. El paraguas de ella lo convirtió en un montón de baba verde que se deshizo con rapidez.

Otro.

Otro más.

Con torpeza, sin estar seguro de lo que hacía, él atacó con el paraguas. Apenas pudo evitar un grito al ver caer a su objetivo.

—¡Ja! —exclamó.

—¡Se llamaba Carlos, cabrones, se llamaba Carlos! —gritaba ella.

De pronto él se descubrió gritando lo mismo y atacando como si fuera el mejor espadachín del mundo. Era el Cyrano de los paraguas. El D'Artagnan de los palos de lluvia. El azote de los hombres de césped. Era Íñigo Montoya y aquellos cabrones habían matado a su padre, que se preparasen para morir. Era Westley, y a su lado Buttercup machacaba a los malos sin compasión. Era Scaramouche, era el capitán Blood, era el Corsario negro y el puñetero Sandokán. Y junto a él estaba Bêlit, la diablesa con el paraguas, la Reina de la Costa Negra.

Se iban a enterar aquellos hombrecillos de hierba. Iban a saber lo que valía un peine.

El tiempo parecía haberse detenido a su alrededor. La luz se había convertido en algo sólido, palpable.

Los hombres de césped seguían saliendo.

Y seguían muriendo.

*Uno. Otro. A tu izquierda. Delante. Detrás. Cámbiate de lado. Gira. Golpea. Ataca. No dejes de gritar.*

Y, de pronto, los dos sintieron que resbalaban. Cayeron al suelo hechos una madeja en la que no eran capaces de distinguir de quién eran todos aquellos brazos y piernas.

Silencio.

A su alrededor no había más que silencio.

Se separaron con el corazón en un puño, se dieron la vuelta y vieron un ejército de hombres de césped ocupando todo el parque, totalmente inmóviles, contemplándolos.

Estaban junto a la salida, pero aún no completamente a salvo, con parte de sus cuerpos en la hierba y parte sobre la grava del camino.

Empezaron a retroceder. Se miraron. Se quedaron inmóviles.

En los labios de los hombres de césped, por primera vez, ella vio algo que no era una sonrisa. Y en sus ojos, algo distinto al vacío.

Rabia. Frustración.

*¿Por qué no saltan? ¿Por qué no caen sobre nosotros y nos devoran?*

Pero seguían inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor.

*Se está nublando.*

Alzó la vista. El cielo, que había estado totalmente despejado hasta aquel momento, se cubrió de nubes grises y plomizas.

*Va a llover. Se han parado porque va a llover. ¿Qué más da que llueva? ¿Por qué no se mueven? Porque va a llover. No digas tonterías, eso no tiene nada que ver. Qué importa que llueva. ¿Por qué no saltan?*

Miró el paraguas que llevaba en la mano y recordó lo que él le había contado sobre aquella historia del palo de lluvia.

Sin saber por qué lo hacía, sonrió. Sonrió por primera vez mirando a sus enemigos.

—¡Carlos! —gritó—. ¡Lidia!

Él, perplejo al principio, estuvo a punto de preguntarle qué ocurría. En vez de eso, coreó su grito.

Los hombres de césped temblaron. ¿Rabia? ¿Miedo? No importaba, las dos cosas eran buenas. Cualquiera de las dos era buena, y las dos juntas, mucho mejor.

—¡Carlos! ¡Lidia! —gritaron los dos a la vez.

Empezó a llover.

Una gota en el rostro. Otra junto al pie. Otra algo más allá, entre el ejército de hombres de hierba que seguía inmóvil.

Una gota en uno de ellos. Y un agujero en su piel, un hueco humeante que lo hizo estremecerse.

Los cielos se abrieron de repente. La lluvia se convirtió en una cortina espesa, densa, que lo volvía todo irreal. Llovía con furia, con prisa.

Los hombres de césped temblaron, incapaces de escapar y, de pronto, se deshicieron en una gelatina verde y humeante que la lluvia no tardó en limpiar.

Solo entonces se pusieron de pie y miraron a su alrededor. La gente buscaba un refugio para la lluvia. Unos pocos los miraban como si estuvieran locos, pero no les importaba demasiado.

Al fin y al cabo, quizá tuvieran razón. Tal vez estaban locos.

Jadeantes, se miraron. Ninguno de los dos se había sentido nunca tan vivo.

—¿Ha acabado? —preguntó él.

Ella miró hacia el parque vacío. Negó con la cabeza.

—No lo creo. —Se encogió de hombros—. Pero no importa.

Sonrieron. Miraron los paraguas en sus manos. Él hizo ademán de abrir el suyo, pero ella lo detuvo.

—Qué más da —dijo.

Él asintió.

—Palos de lluvia —murmuró.

—Palos de lluvia —repitió ella.

Dieron media vuelta y volvieron al parque. Pasearon por él a su antojo, pisando la hierba sin preocuparse, mientras la lluvia seguía cayendo a su alrededor y limpiaba el mundo para ellos. El parque estaba vacío y les pertenecía.

Al menos de momento. Hasta la próxima vez, quizá.

*Ya he comentado que algunos de mis relatos surgen de sueños, normalmente de imágenes aisladas que recuerdo al despertar. Pero a veces surgen de sueños que no he tenido yo, sino algún amigo que me los cuenta. Algunos de esos sueños ajenos acaban encontrando acomodo en mi cabeza y no terminan de irse de ella hasta que no les doy salida.*

*Ese fue el origen de «Hombres de césped». Mi amiga Marina Moragrega me contó un sueño que había tenido en el que unos extraños hombrecillos hechos de hierba estallaban de repente en una lluvia de confeti multicolor. En su recuerdo del sueño no había nada inquietante ni ominoso, pero cuando pasaron por mi filtro particular esos hombres de hierba se convirtieron en algo amenazador y oscuro. No tengo ni idea de por qué.*

*De paso, no es la única vez que he usado los sueños de Marina. Su visión de una invasión de muñecas quitapenas (una muñeca de América Central que se lleva tus penas si la pones bajo la almohada) se convirtió en parte importante de la trama de mi novela* Las astillas de Yavé. *Y sus hombres de hierba aparecieron de nuevo en El adepto de la reina, ahora como los Grassin J'mpmensh.*

# AL DÍA SIGUIENTE

Al día siguiente de la expulsión, YHVH fue a hablar con la serpiente. Los querubines le abrieron el paso con mirada ceñuda y se internó en el jardín. Todo estaba demasiado tranquilo, ahora que el hombre y la mujer habían sido expulsados, y YHVH se encontró de repente echando de menos el bullicio que causaban, su curiosidad ingenua e interminable, su empeño en tocarlo todo y probarlo todo.

Encontró a la serpiente en el Árbol de la Ciencia, enroscada en una de las ramas más altas, tendida plácidamente al sol del mediodía.

—¿Está hecho?

—Lo está.

La serpiente se desperezó poco a poco y contempló a YHVH.

—Tienes dudas.

—Sé que lo que hiciste era necesario, pero…

—Pero no entiendes por qué.

Lentamente, la serpiente descendió del árbol y se posó en la hierba.

—Tienen que crecer. Tienen que tropezar, caerse y aprender a seguir adelante. No pueden seguir siendo niños toda la vida.

—Eso lo entiendo.

—Pero te preguntas si era necesario hacerlo de un modo tan traumático. No había otra manera, créeme. Comieron del fruto del árbol y dieron el primer paso hacia lo que deben ser. Ya no se limitan a ver. Ahora miran.

—Comprendo el regalo que les has dado. Los has hecho… como tú.

—Cierto. De todas mis creaciones, son los únicos capaces de tomar decisiones y hacerse responsables de las consecuencias de sus actos. Pueden elegir. Casi siempre elegirán lo que no deben, pero aprenderán. O se destruirán a sí mismos. Es su elección, en cualquier caso.

La serpiente se deslizó por la hierba, hacia el Árbol de la Vida. YHVH iba a su lado, cabizbajo.

—Sigues creyendo que podría haberlo hecho de otro modo. Quizá tengas razón. Pero me temo que el sufrimiento es necesario. Tienen que aprender que lo que merece la pena no se obtiene sin dificultad. Que todo lo que se consigue

lleva aparejado una contrapartida. Que no hay nada gratis en el mundo. No sabían lo que hacían cuando comieron del fruto. Ahora ya saben que el conocimiento acarrea peligro.

—Comprendo.

—Pero no te gusta. Crees que les he hecho sufrir innecesariamente.

—Claro que no. Sé que nada de lo que haces es innecesario. Todo cuando ocurre es parte de tu plan, al fin y al cabo.

—Sí. Y que te sientas incómodo con lo que hemos hecho también lo es. No puede ser de otra forma. Te creé así, después de todo.

—No querría ser de otra manera.

—Claro que no.

La serpiente se detuvo junto al Árbol de la Vida. YHVH se sentó en el suelo y apoyó la espalda en el tronco.

—Te gustan y te sientes responsable de ellos, y no te agrada que sufran. Y está bien que sea así. Todo eso será necesario. Porque a partir de ahora eres tú quien cuidará de ellos. Los vigilarás, intentarás que no se hagan demasiado daño y curarás sus heridas cuando tropiecen y se caigan. Tratarás de guiarlos para que desarrollen su potencial. Pero no debes forzarlos, porque entonces solo conseguirás dolor. Para ti y para ellos.

YHVH frunció el ceño.

—Tú también estás creciendo. Aprenderás lo que debes hacer a medida que lo hagas. Fracasarás y te enfurecerás con ellos. Pero aprenderás. Y un día marcharéis juntos.

La serpiente se enroscó alrededor del cuerpo de YHVH.

—Pero hay algo más que te incomoda. Dímelo.

—¿Para qué, si ya lo sabes?

—Porque necesitas decirlo.

—Puedo comprender que el sufrimiento fuese necesario. Que tuviera un propósito. Pero, ¿por qué hacerles creer que eres su enemigo, por qué los pusiste en tu contra?

—Te lo dije. Deben aprender a caminar. Sin muletas. Por sí mismos. Deben pensar que están solos. Y en cierto modo, así es. Para ellos, durante mucho tiempo, seré el Enemigo. Y, quién sabe, quizá lo sea para siempre. Tal vez cuando se hagan adultos sigan viéndome así. Y puede que un día me destruyan.

—Eso no…

—Sí, puede pasar. Y no importa. El hijo debe superar al padre. Y, en el proceso, a veces lo destruye. Puede pasar. Y no lo impediré, si es así.

—No…

—Cálmate. No pasará ahora. Puede que no pase nunca. Cálmate. Estaré con vosotros mucho tiempo.

—Pero… tú lo sabes todo. ¿No sabes si…?

—Sí. Y al mismo tiempo, no. Puedo verlo todo, pero hay lugares en los que he decidido no mirar. Me gustan demasiado las sorpresas. Y, después de todo, fue por eso por lo que los creé. Al menos uno de los motivos.

—Entonces, ¿todo está bien?

—Lo está. O lo estará. Sea cual sea el final, todo estará bien y será como debe ser.

La serpiente se desenroscó del cuerpo de YHVH. Este se incorporó.

—Gracias. Ahora tengo que irme. Hay mucho trabajo que hacer.

—Es cierto. Pero también hay tiempo. Tómalo con calma. Ve con cuidado. Nunca esperes de ellos más de lo que pueden dar. Y, sobre todo, ten paciencia.

—Lo intentaré.

—Y no te preocupes ante los fracasos. Así será como aprendas. Así es como aprenderán ellos. Y tú aprenderás de ellos.

YHVH asintió. Luego, echó a andar hacia el borde del jardín. Se detuvo junto a los dos querubines, lleno aún de dudas.

No lo comprendía del todo. Quizá no lo comprendería jamás. Pero haría lo que la serpiente le había dicho. Al fin y al cabo, ella lo había creado para ese propósito.

*Y volvemos a la semana negra. En 2004 Paco me pidió una vez más que participase en el volumen de aquel año, que giraría alrededor del libro por antonomasia en la cultura occidental: La Biblia. No importa que uno sea creyente, agnóstico o ateo, lo cierto es que la Biblia ha sido el libro más influyente en la cultura occidental en los últimos dos mil años, ya sea para bien o para mal: su moral, su ética, de un modo u otro, han influenciado y permeado nuestro pensamiento, seamos conscientes de ello o no.*

*Cuando Paco me hizo la propuesta de participar, no tenía muy claro qué hacer. Luego, dándole vueltas a algunas de mis propias especulaciones sobre el Libro del Génesis y el verdadero papel que la serpiente juega en él, escribí este relato.*

**2010**

# BAJO LA CIUDAD

Me hizo pasar una mujer. De mi edad, más o menos. Rostro inexpresivo, ojos fríos y unas facciones sorprendentemente regulares. Me gustó, aunque no tenía muy claro que el sentimiento fuera compartido.

Entré en una sala amplia, decorada de una forma extraña. No recargada, o con mal gusto, simplemente extraña. De las paredes colgaban multitud de objetos, y la mayoría de ellos eran desconocidos para mí. Reconocí apenas un escudo africano y un tótem indio. En el resto podía distinguir rasgos conocidos, había cosas con aspecto árabe, o celta, o japonés, pero siempre de una forma vaga, como si ellas mismas no estuvieran seguras de adonde pertenecían.

El cuarto no estaba demasiado bien iluminado. En la pared frente a mí había tres ventanas de buen tamaño, pero las tres tenían las cortinas echadas. El único foco de luz de la habitación era el de una lámpara de pie junto a un sillón. Allí, iluminado parcialmente por el foco, estaba mi hombre.

—Inspector Márquez, es un placer —dijo, levantándose y tendiéndome la mano.

La estreché. Era larga, huesuda y al mismo tiempo fuerte y firme, sin vacilaciones.

—El placer es mío, doctor.

—Siéntese, por favor. —Me indicó una butaca frente a su sillón—. ¿Desea tomar algo?

—Un vaso de agua fría, si es posible —dije mientras me sentaba.

—Naturalmente. Eva, un vaso de agua fresca para el inspector Márquez, por favor.

La mujer nos dejó. Tardó en volver unos segundos, que yo aproveché para examinar a mi anfitrión. La primera impresión siempre es importante, aunque, desde luego, no definitiva, y nunca está de más contar con ella. Era un hombre alto, que me sacaba casi la cabeza y, por lo que podía distinguir, bastante delgado y había algo en sus movimientos que indicaba que se mantenía en buena forma física. Su rostro no me dijo nada: moreno, con canas en las sienes, bigote negro, nariz recta, cara alargada, ojos oscuros, y la impresión

cuidadosamente compuesta para no dar pista alguna. Sin saber por qué, me gustó lo que veía. Desde luego, si era un charlatán, parecía conocer su oficio.

Eva, siempre imperturbable, volvió con mi vaso de agua, al que eché un largo trago. Estábamos en junio y hacía un calor de mil demonios.

—Y bien, inspector, en qué puedo ayudarlo.

Su voz era fría, grave, penetrante, carente casi de tono, pero con una autoridad oculta que me llamó la atención.

—En realidad creo que en nada, doctor, y perdóneme. —Me removí en mi butaca, inquieto—. Pero mi superior conoce su reputación y ha creído conveniente que hablase con usted.

—Agradezco su franqueza, inspector. Dígame cual es el asunto y ya veremos si puedo o no puedo ayudarlo.

—De acuerdo.

Saqué el cuaderno de notas del bolsillo de la americana, lo abrí y pasé algunas páginas. No es que necesitase refrescar la memoria, pero era un ritual al que estaba acostumbrado y solía tranquilizarme. Sin embargo, en aquel momento no sirvió de gran cosa.

—El asunto empezó hace una semana, puede que haya oído hablar de él. Sucedió en la vieja iglesia de San Mauricio, en el barrio Sur. —Lo miré. Hizo un gesto que pudo haber significado cualquier cosa—. Bien, como decía, hace una semana el agente que está de servicio por la zona encontró el cuerpo de un hombre. Estaba mutilado de una forma muy extraña, como si su muerte hubiera sido parte de un ritual. Le habían cortado las manos y se las habían atado al cuello y alguien había cortado su pecho con lo que el forense identificó como un bisturí, realizando un extraño dibujo.

—¿Quizá el dibujo era una estrella de cinco puntas inscrita en un pentágono?

—Sí, veo que conoce el caso.

—Es la primera vez que oigo hablar del asunto. Siga, por favor.

Me encogí de hombros. Si el tipo quería dárselas de misterioso, allá él. De cualquier forma, el caso había salido en todos los periódicos y no tenía nada de particular que supiese lo del dibujo.

—Bien. Eso fue solo el principio. En los días siguientes continuaron apareciendo cadáveres, siempre mutilados de la misma forma, y siempre sin identificar. Quiero decir que nadie reclamaba los cuerpos. Pensamos que debía tratarse de algún tipo de secta que utilizaba la vieja iglesia como cuartel general para sus ceremonias, y que los cuerpos pertenecían a víctimas de su culto, probablemente borrachos o mendigos que secuestraban y a los que hacían participar en algún tipo de rito. Pero hace dos días… —Dudé. Lo que iba a decir no tenía ningún sentido. Acabé el contenido del vaso de agua y seguí hablando—. Hace dos días ocurrió lo más extraño de todo. Recibimos un aviso de que había aparecido un nuevo cuerpo. Cuando llegamos allí, lo

encontramos, justo donde nos habían dicho que estaría. Pero arrodillado junto a él había un hombre. Un tipo de lo más raro, vestido con un largo abrigo que le tapaba casi por completo el cuerpo. Al menos así me lo describieron. Por desgracia yo no estaba allí, aquella noche. Había ido… bueno, no importa. Según el agente que detuvo a este individuo, su cara cambió. Dice que, al enfocarlo con la linterna sus rasgos se transformaron. Yo supongo que la oscuridad le jugó una mala pasada al agente. En cualquier caso, detuvieron a ese hombre y lo llevaron a comisaría. Lo ficharon, tomaron las huellas y lo fotografiaron. Le preguntaron si quería llamar a su abogado y dijo que no, así que lo metieron en una celda. En fin, para abreviar, cuando el agente encargado fue a echarle un vistazo, el tipo simplemente ya no estaba. Un borrachín de la celda de al lado jura que vio cómo el hombre atravesaba la pared —me encogí de hombros—, aunque como puede suponer su testimonio no es como para tener muy en cuenta. Lo más curioso es que cuando yo fui a mirar las fotos del tipo y sus huellas, ya no había nada. Alguien las había cambiado, o lo que fuese. El caso es que sus huellas eran un manchón de tinta y su foto un borrón desenfocado en el que no se veía nada. El agente que lo encontró junto al cuerpo mutilado me dijo que presentaba en persona ese mismo aspecto: indefinido, desenfocado, como si careciese por completo de rasgos distintivos. Y eso es todo, por ahora.

No dije nada más. Él me miraba, como si fuera capaz de verme la nuca.

—Ya veo —dijo, tras unos minutos—. Un caso interesante, desde luego. Y ¿qué es lo que desea de mí, concretamente?

—Bien, yo estoy en Homicidios, e investigo las muertes de la iglesia de San Mauricio. Mi superior me dijo que hablase con usted, que ya había ayudado a la policía en otros casos extraños como este. Creo que mencionó que era usted una especie de experto en ocultismo, o algo así, no estoy muy seguro.

Me sentía ridículo allí, en medio de aquella habitación… rara y oscura, frente a un hombre de rostro impasible y ademanes medidos cuyos ojos no se habían apartado de los míos durante todo el tiempo que había durado mi relato.

—Y usted piensa que esto es una pérdida de tiempo y que soy un charlatán, ¿no es eso?

No supe que decir.

—No se preocupe. El caso es interesante, desde luego. Quizá le sea de ayuda si le hablo de la secta del Dios Dividido. En origen, no eran más que un grupo de cristianos descontentos con la política de su Iglesia. Durante los primeros años del siglo XX, sin embargo, se volvieron hacía un extraño culto premosaico. Su símbolo era un pentágono con una estrella de cinco puntas en el interior.

—¿El Dios Dividido? Nunca he oído hablar de ellos.

—No. Ya lo supongo. En una iglesia le podrán dar información sobre ellos. A la religión *oficial* siempre le gusta llevar un censo pormenorizado de sus posibles competidores. De todas formas, lo más probable es que le digan que son un grupo de chiflados, con pocos adeptos y que no hacen daño a nadie, salvo a sí mismos.

—¿Y usted qué opina?

—Que así es… por lo general.

—Supongo que respecto a la desaparición del detenido no podrá decirnos nada.

Por primera vez, sonrió. Fue una sonrisa breve, casi imperceptible.

—Nada que usted esté dispuesto a creer, inspector.

Decidí no tener en cuenta sus últimas palabras. Me levanté.

—En ese caso, gracias por su ayuda. Lo de la secta del Dios Dividido me ha parecido muy interesante. Creo que guiaré la investigación por ese terreno.

—Estupendo.

Se levantó y volvió a tenderme la mano. Se la estreché de nuevo y dejé la sala. En el vestíbulo me esperaba Eva y me abrió la puerta sin una sola palabra. Me detuve unos instantes en el umbral, pensando en algo que decirle, pero no encontré nada, así que me limité a saludarla con la cabeza e irme de allí.

—Bien, Eva, ¿qué opinas?

—Pienso que esta vez escapaste por los pelos. La próxima no tendrás tanta suerte.

—Quizá tengas razón, pero no puedo permitirles andar por ahí impunemente. No en mi ciudad, al menos.

—Soy consciente de ello. Pero… ese policía.

—¿Sí?

—Me preocupa. No es, ¿cómo lo diría?, uno de esos sabuesos de inteligencia escasa y voluntad de piedra. Parece un hombre inteligente.

—Sí, lo es. No estaría mal si pudiera conseguir su ayuda.

—Resultaría arriesgado. Es un escéptico.

—Esos son los más fáciles de convencer. Bien, cenaré un poco y saldré después.

—Como quieras. Te prepararé el abrigo.

¿Cómo voy a contarlo, a hacer que suene real si yo mismo no me lo creo aun? Todavía estoy tratando de buscarle una explicación natural: un holograma, me digo, un truco de espejos, no fue más que eso.

Estaba tomándome un café, frente a la comisaría. Serían poco más de las dos de la mañana, y no me apetecía irme a casa. Casi no había gente, aparte de

mí y del camarero, y este dormitaba en un rincón frente al televisor.

Noté algo, como un respingo, como si algo me atravesara, entrara por un extremo de mi cuerpo y saliera por el otro. Luego sentí que todo a mi alrededor se congelaba, se paralizaba. Pude ver, incluso, cómo la espiral de humo que salía del café se quedaba completamente inmóvil como si de repente se hubiera vuelto sólida. Mire la superficie del café. Y allí vi su cara.

—Márquez. Lo necesito. Venga.

Era su voz, la voz del doctor Jasón Zanzaborna saliendo de la taza de mi café. Absurdo, irreal. Demasiado tiempo sin dormir.

Luego, algo tomó el control de mi cuerpo. Yo no era más que un testigo impotente, alguien que contemplaba una escena sin poder intervenir en ella. Mi cuerpo se levantó de la silla, salió de la cafetería, subió al coche. Mis manos introdujeron con torpeza la llave en el contacto. El coche arrancó. Mis pies se arrastraron hacia los pedales.

—Vamos, Márquez, colabore. No puedo hacerlo todo yo solo.

Me dejé ir, incapaz de pensar. El coche se fue de allí. Cruzó una calle, otra, otra más. Se paró frente a la iglesia de San Mauricio. Mi cuerpo, conmigo inmóvil en su interior, salió del coche. Entró en la iglesia, en lo que quedaba de ella. Caminó por entre los escombros. El polvo entró en mis pulmones, pero fui incapaz de toser. Bajé unas escaleras. Llegué a algo parecido a un sótano. Y allí lo vi, bajo una viga, inconsciente o muerto, el doctor Jasón Zanzaborna.

En ese momento volví a ser dueño de mi cuerpo. Estornudé y tosí un par de veces. Cogí la radio y llamé a una ambulancia. Mientras llegaban intenté quitarle la viga de encima. Estaba aún en ello cuando llegó la ambulancia y los enfermeros me ayudaron. Zanzaborna tosió cuando lo subían a la camilla y se lo llevaban de allí. Yo me quedé. En el suelo, junto a la viga, había un gran abrigo negro. Lo recogí y abandoné el lugar.

Roberto Agüera era un hombre tranquilo. Treinta años en el cuerpo lo enseñaban a uno a tomarse la vida con calma, como parecía empeñada en demostrar su cara de tortuga feliz y su barriga de buen comedor.

Cuando el inspector Gabriel Márquez entró en la habitación, Agüera leía una revista. Era la tercera vez que la leía y todavía lo haría un par de veces más aquella noche. Con calma, la vida hay que tomársela con calma.

—¿Está consciente?

—Sí, señor —respondió Agüera, alzando apenas la vista de la noticia de una boda—. Pero no se ha movido en toda la noche.

—Bien.

El inspector Márquez cogió una silla, la acercó a la cama y se sentó en ella. Agüera pasó la página y se enfrentó por tercera vez a la entrevista exclusiva

con un escritor venido a menos.

—Doctor Zanzaborna, ¿me oye?

—Perfectamente, inspector. Gracias por sacarme de allí.

Su voz sonaba fría, sin matices. Márquez se llevó la mano al bolsillo interior de su americana. Se detuvo a mitad del gesto, como si se diera cuenta de repente de dónde estaba. Se encogió de hombros y dijo:

—Quisiera hacerle unas preguntas.

A sus espaldas se oyó un crujido de papel, mientras los ojos de Agüera se abrían apenas ante el reportaje fotográfico de una estrella cuyo talento saltaba a la vista de un modo casi ofensivo. La lengua del policía humedeció sus labios gordos. *Esto no es para mí*, pensó, *estas mujeres no son reales. Photoshop, seguro. Si la viera por la calle, ni la miraría dos veces*. Sin creerse del todo sus propios pensamientos, pasó la página.

—En primer lugar, ¿qué hacía esta noche en la iglesia de San Mauricio?

—Curiosidad, inspector.

—¿Qué quiere decir?

—Intentaba ver si mi teoría de la secta del Dios Dividido era correcta.

—¿Y lo era?

Un carraspeo les llegó desde la silla de Agüera. Márquez volvió la vista para ver al gordo policía levantarse.

—Si me disculpa, señor, y ya que está usted aquí, voy al baño un momento.

—Claro, agente. No se preocupe.

La puerta se cerró con un rechinar agudo. Las suelas de goma de los zapatos de Agüera sobre las baldosas sonaron cada vez más apagadas. A lo lejos se abrió una nueva puerta.

—Sí, creo que mi teoría era cierta.

—Ya.

Márquez miró sin decir nada al doctor Zanzaborna un buen rato.

—Y supongo que mientras usted husmeaba por la iglesia se encontró con el tipo del abrigo que detuvimos el otro día.

—Es una buena suposición, inspector.

—¿Pudo verlo bien?

—Estaba bastante oscuro.

—¿Algo más que añadir?

—No.

—Bien. Me han dicho que en un par de días estará usted fuera de aquí. Le pediría que le dejase a la policía hacer su trabajo.

—Claro, inspector. Nunca he intentado lo contrario.

—Ya.

Las suelas de goma de los zapatos de Agüera volvían a la habitación. Se sentó en su silla sin decir nada y siguió leyendo la revista.

—Bien, buenas noches, doctor Zanzaborna. ¿Desea que le pida algo, agente?

—No, señor, gracias. Ahora estoy perfectamente. Buenas noches.

—Buenas noches.

La puerta se cerró tras el inspector Márquez. Un gruñido aprobador se escapó de la garganta de Agüera mientras leía un comentario de economía del que no lograba entender una palabra.

Durante una semana las cosas siguieron en un punto muerto. No se produjo ningún asesinato más en la vieja iglesia de San Mauricio y Zanzaborna regresó a su casa. Seguí investigando el asunto, aunque en realidad no había mucho que investigar. Hablé con el arzobispo, quien vino a decirme más o menos lo mismo que Zanzaborna sobre los del Dios Dividido, con alguna que otra ampliación y (supongo) más de una deformación motivada por la rivalidad de la competencia.

Intentaba no pensar en la noche en que había encontrado a Zanzaborna atrapado bajo una viga. La hipótesis de una droga en mi café servía para explicar mi parálisis y las alucinaciones, pero no el que encontrara el sitio exacto donde estaba Zanzaborna. El abrigo que había encontrado junto al cuerpo del doctor estaba en mi casa. No sabía por qué, pero algo me había impedido entregarlo en comisaría. No soy un experto en telas, pero en aquel abrigo había algo extraño. Su tejido era suave, muy fino, pero extraordinariamente resistente.

Un día, ya no aguanté más. Cogí el abrigo, lo metí en una bolsa de papel y salí de casa. Subí al coche, conecté el aire acondicionado y arranqué. Unos diez minutos más tarde llegaba a la casa de Zanzaborna. Eva me abrió la puerta y, por un instante, creí que algo parecido a la emoción asomaría a su rostro perfecto. En lugar de eso, me preguntó qué quería. Tras decírselo, me hizo pasar a la misma sala donde me había entrevistado con Zanzaborna la primera vez y fue a ver, según sus propias palabras, si Jasón estaba en casa.

Debía de estar porque poco después entraba en la habitación. Llevaba un brazo en cabestrillo, pero no parecía molestarle demasiado.

—Buenas tardes, inspector Márquez. ¿A qué debo el placer de su visita?

Saqué el abrigo de la bolsa de papel y se lo tendí.

—Pensé que quizá querría tener esto.

La tomó con una sonrisa.

—Gracias. Eva, llévatelo y plánchalo, por favor.

Un imperceptible brillo de sarcasmo asomó a los ojos de la mujer.

—Claro, Jasón, lo que tú digas.

Nos dejó solos y Zanzaborna me indicó con un gesto que me sentara. Así lo hice. Poco después, la mujer regresaba con un vaso de agua fresca en la

mano. Me lo tendió en un gesto interrogante y lo acepté, agradecido. Tenía la boca completamente seca, y no solo por el calor.

—Bien, inspector Márquez, supongo que se está preguntando qué clase de individuo soy para andar merodeando de noche con un abrigo estrafalario por iglesias abandonadas.

—Más o menos —dije, procurando mantenerme impasible.

—Si lo que había pensado es que soy un miembro de la secta del Dios Dividido, puede ir olvidándolo.

—Y supongo que debo aceptar su palabra.

—No necesariamente.

—Ya. Siga, por favor.

—¿Seguir?

—Sí, si no es usted miembro de una religión que se dedica a hacer sacrificios humanos, ¿qué es?

—Un mago.

—Ah, claro, un mago. ¿Hace pases con los dedos, se saca palomas de la manga, levita, lee la mente, adivina cartas, convierte a la gente en ranas?

—Sí, puedo hacer todo eso, aunque convertir a alguien en rana requiere cierto esfuerzo. Lo demás lo podría hacer usted con el entrenamiento adecuado.

—Por supuesto. Y ahora me dirá que tiene usted poderes. Que ha leído un viejo grimorio encuadernado en piel humana y ha entrado en posesión de los secretos del universo.

—No es tan simple como todo eso.

—No me lo creo.

—Claro, no esperaba otra cosa. ¿Y qué hay de la noche que me encontró bajo la viga?

Solté la explicación que había estado preparando cuidadosamente todas aquellas semanas:

—Sugestión. Hipnotismo. Me embaucó de alguna forma.

—Vamos, inspector Márquez, usted es un hombre inteligente. Su explicación no explica nada.

No respondí. Me encontraba incómodo por momentos.

—Yo estaba atrapado. Proyecté mi forma astral y tomé posesión de su cuerpo para llevarlo hasta mí y ayudarme.

—No puedo aceptar eso.

—Lo sé. Todavía no. Pero lo hará.

—¿No puede… no puede darme una prueba?

Zanzaborna sonrió.

—¿Una prueba? Claro, una señal, un milagro para convencer a los escépticos. Solo que a los escépticos no se les convence así: siempre buscarán una explicación alternativa a lo que hayan visto. Escuche, le contaré una

historia: en la Edad Media existía un hombre llamado Paracelso que tenía fama de ser un gran mago. Un día, un hombre llegó a él, quería que lo tomase como aprendiz y a cambio le daría cuanto poseía. Solo exigía una cosa: una prueba antes de aceptarlo como maestro. Tiró una rosa al fuego y cuando se hubo quemado le pidió que revirtiera las cenizas a su estado original. Paracelso se negó. El hombre, decepcionado, abandonó la habitación. En cuanto estuvo solo, Paracelso hizo un gesto casual con la mano y las cenizas se convirtieron de nuevo en la rosa.

—«La Rosa de Paracelso», Jorge Luis Borges —dije.

Pareció complacido. Y, aunque intentaba ocultarlo, también pude ver que estaba asombrado de que un policía como yo, un palurdo con los pies planos, reconociera una referencia a un oscuro relato de un autor argentino. Naturalmente, podía hablarle hablado de mi abuela Fanny, pero decidí no decir nada. Que Zanzaborna pensara lo que quisiera.

—Cierto —dijo al cabo de un rato.

—O sea que, si no he captado mal la moraleja de la historia, usted no moverá un solo dedo para convencerme de que lo que ha dicho es verdad. Tendré que ser yo quien realice todo el trabajo.

—Más o menos.

Me levanté. No tenía nada que hacer allí.

—Espere, por favor —me dijo.

—¿Sí?

—Tanto si cree en mí como si no, me gustaría ayudarlo.

—¿Cómo?

—Si viene aquí mañana por la noche lo llevaré al lugar donde se reúne la secta.

Dudé unos instantes.

—De acuerdo —dije. Tuve entonces la sensación de que un nudo se deslizaba alrededor de mi cuello. Los ojos fríos y amables de Zanzaborna parecieron corroborármelo.

Bajo la ciudad fluye la vida, oscura, líquida, sucia. Bajo la ciudad se extienden las alcantarillas, como el vientre emponzoñado de una víbora infinita y laberíntica. Bajo la ciudad nacen dinastías de ratas, luchan, mueren sobreviven, siempre hambrientas, siempre ciegas. Bajo la ciudad, en lo más oculto, en su mismo corazón negro y hediondo, cantan, matan, sacrifican a sus dioses oscuros, a sus brillantes demonios.

Por el día, en la superficie, quizá te encuentres con un oficinista, un ama de casa, un mendigo, un bróker, una policía, una prostituta, un corredor, un yonki, una profesora, un sacerdote, un médico, una taxista, una enfermera y no puedas ver en ellos nada que les distinga de los otros miles de oficinistas, amas

de casa, mendigos, brókers, policías, prostitutas, corredores, yonkis, profesoras, sacerdotes, médicos, taxistas, enfermeras que llenan la ciudad. Pero quizá los encuentres de noche, liberados en la oscuridad de sus disfraces diurnos, cantando, adorando, matando, gritando. Quizá los encuentres abajo y veas, al mirarles a los ojos, el rostro de la locura, de la desesperación, del infierno.

Sí, podrás encontrarlos por la noche, abajo, en los subterráneos goteantes de las alcantarillas, convertidos en un solo corazón, un solo ser, un solo cuerpo sin más propósito que el de su propia destrucción y, quizá, la de aquellos que, arriba, duermen tranquilos, ignorantes tras sus disfraces de civilización de la locura ensangrentada que repta bajo sus pies.

Zanzaborna me esperaba, con el abrigo puesto y el asomo de una sonrisa en los labios. En la mano llevaba un casco de minero. Sobre una mesita, a su lado, había otro.

—¿Vamos a entrar en alguna cueva? —pregunté.

—No exactamente, pero necesitaremos luz en el lugar donde vamos.

Cogió el otro casco y me lo tendió. Lo hice girar entre las manos, alcé la vista y le pregunté:

—¿No puede hacer luz con su magia?

Su sonrisa se acentuó.

—Sí, pero entonces los alertaría. Vamos.

Salimos de la casa por una puerta lateral que daba a un callejón sin salida. En mitad del callejón había una boca de alcantarilla. Zanzaborna levantó la tapa sin esfuerzo aparente y empezó a descender. No se molestó en comprobar si lo seguía. Estuve a punto de mandar todo aquello al infierno e irme a casa, pero finalmente fui tras él.

Abajo, en las cloacas, maldije silenciosamente a Zanzaborna por no haberme advertido de adónde nos llevaría nuestra pequeña excursión. Mis mejores pantalones estaban empapados casi hasta la rodilla y algo me decía que aquel olor nauseabundo no se iba a ir de ellos por mucho que los lavase. Las linternas de los cascos apenas si conseguían iluminar el camino frente a nosotros. Criaturas pequeñas desaparecían rápidamente cuando eran iluminadas y volvían a las sombras.

No sé cuánto tiempo pasamos allá abajo, cada vez más húmedos y malolientes, hasta que al fin Zanzaborna se detuvo y, alzando una mano, me señaló una bifurcación a nuestra izquierda. La tomamos y, poco a poco, el pasadizo que seguíamos empezó a ascender. El ambiente se iba volviendo más seco a cada momento y el olor nauseabundo de las cloacas fue muriendo lentamente.

—Gracias a Dios —murmuré.

Zanzaborna se volvió y me miró sombrío.

—Es una forma de hablar —dije, cohibido ante su mirada.

No respondió. Volvió de nuevo la vista al frente y siguió avanzando. El suelo que pisábamos ahora estaba completamente seco, cubierto por una gruesa capa de un fino polvo blanco: nubecillas de polvo se levantaban a cada paso que dábamos y, al poco tiempo, me costaba trabajo no estornudar. Zanzaborna debió notarlo, porque se volvió a mí y me tendió una mascarilla de pintor. Me la puse y respiré por ella. Me costó trabajo al principio, pero poco a poco me fui acostumbrando. La mascarilla no impedía del todo el paso al polvo, pero era suficiente para que la molestia no fuera muy grande.

—Qué coño hará aquí tanto polvo —murmuré, con mi voz deformada por la mascarilla.

—Fueron huesos.

—¿Humanos?

—Algunos de ellos.

Seguimos adelante. El hedor de las cloacas nos había abandonado hacía tiempo y ahora un nuevo olor empezaba a llegar hasta nosotros. Era algo sutil, indefinible; no podía saber si olía bien o mal pero, por alguna razón que no podía comprender, me incomodaba. Estaba a punto de preguntarle a Zanzaborna qué era aquello cuando el doctor se detuvo y se volvió a mí otra vez.

—Apague la linterna del casco —dijo.

Así lo hice y continuamos nuestro camino a ciegas. Aunque no por mucho tiempo: una tenue claridad se colaba frente a nosotros y, a medida que nuestros ojos se acostumbraban a la penumbra, fue suficiente para permitirnos ver lo que nos rodeaba con cierta nitidez. Poco a poco, la claridad fue aumentando, al mismo tiempo que el túnel se ensanchaba y subía más abruptamente que antes. Finalmente, llegamos a un reborde: más allá el túnel se abría en una amplia bóveda claramente iluminada. Zanzaborna y yo nos tiramos al suelo y, desde allí, asistimos al espectáculo.

Había no menos de mil personas y casi llenaban el lugar por completo. La reunión era de lo más heterogénea, macarrillas se codeaban con brókers de la parte alta. Prostitutas callejeras se sentaban junto a ejecutivas, carniceros, banqueras, parados, bailarinas, camioneros, músicos… y policías. Sí, había algunos, con su uniforme claramente visible en medio de la multitud. Al fondo, en el extremo más alejado de nosotros, envuelto parcialmente en la penumbra, había algo. Como una masa carnosa, esponjosa, que palpitaba lenta y profunda.

—¿Qué es eso? —susurré.

—Fue humano. Ya no. Estos tontos le creen su dios. Quién sabe, podría llegar a serlo. Al fin y al cabo cualquiera puede ser un dios si encuentra a alguien dispuesto a creer en él.

No dije nada. Me resultaba curioso su escepticismo en lo referente a lo religioso, sobre todo teniendo en cuenta que venía por parte de alguien que se autodefinía como mago. Miré frente a mí y presté atención a la ceremonia que comenzaba a desarrollarse ante nuestros ojos.

La multitud parecía inmóvil, pero poco a poco me fui dando cuenta de que su inmovilidad era una ilusión. Había movimiento, pero tan sutil que apenas resultaba perceptible. A medida que el tiempo pasaba fui testigo del *ballet* más lento y al mismo tiempo más obsceno que hombre alguno haya podido contemplar jamás. Y con el movimiento, el sonido. Un murmullo bajo, apenas en el umbral de lo audible que, lentamente, iba aumentando de tono y de ritmo, al igual que el *ballet*, hasta que todo se convirtió en un caos de gritos, aullidos, saltos, golpes, patadas, alaridos. Pero había un orden en aquel caos. No fui capaz de percibir cuál, pero de alguna manera era consciente de que aquella barahúnda sin sentido tenía un propósito. Noté que tenía la piel de gallina y un gusto amargo y polvoriento en la boca. Miré a Zanzaborna.

—Ahora —susurró.

De pronto, aquel obsceno ritual se detuvo y la multitud volvió a su inmovilidad del principio. Un murmullo grave y apagado llenó la sala. Venía de la masa palpitante de carne, que ahora parecía sacudida por algo que la hacía vibrar, latir cada vez más desenfrenadamente. Dentro de ella empezó a crecer una luz, lejana y débil al principio, cada vez más brillante, hasta que la criatura se volvió casi completamente transparente y pude ver, con total nitidez, la red de venas enormes y rojizas que la cruzaba. De pronto, un rayo de luz salió de ella, otro, otro más, otro más. Cada uno impactó en el rostro de alguien entre la multitud. Cuatro individuos se incorporaron y echaron a andar hacia aquella cosa. No había nada en común entre ellos, aparte de su humanidad. Siguieron caminando. Llegaron junto a la masa palpitante y resplandeciente y esta se abrió. Una luz insoportable iluminó la sala mientras los cuatro elegidos entraban en la abertura y, poco a poco, se iban disolviendo entre la luz. La masa palpitante se cerró; la luz fue muriendo, hasta que todo volvió a quedar envuelto en penumbras. La multitud, como si despertase de un sueño, se incorporó y se fue disgregando. Pronto, lo único que quedaba en la sala era aquel amasijo de carne.

—Bien —susurró Zanzaborna—. Vamos.

Salió de su escondite y echó a andar hacia aquella cosa. Yo, incrédulo, lo seguí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los siente llegar. No son de los suyos, no forman parte de la legión que ha adiestrado a su servicio, de los que a veces se alimenta y que un día, cuando sea el tiempo, se apoderarán de la ciudad para él. Son extraños, y deben ser destruidos.

Pero no es tan fácil como parece. Uno de ellos apenas es merecedor de su atención. Podría destruirlo con un bostezo. Pero el otro… Ahhh, hay poder en él. Un desafío, después de tanto tiempo un desafío.

Flexiona apenas un músculo en un movimiento exploratorio. Su finta es reconocida como tal e interceptada. Pero el otro hombre, la despreciable criatura que no merece ni siquiera que él la aplaste, parece enloquecer. Desenfunda una pistola y vacía el cargador sobre él. Ni siquiera se molesta en desviar las balas. ¿Qué es un poco de plomo más o menos en su cuerpo? Flexiona de nuevo un músculo, casi con desprecio y golpea al hombre que le ha disparado… ¿O no? No, el otro lo ha evitado. Bien, bien, esa puede ser la clave. ¿Tan sencillo al final? ¿Vencerá con tanta facilidad? Pero sí, si el que tiene el poder está demasiado ocupado tratando de defender a su compañero no podrá hacerle frente cuando llegue el momento. Resulta casi aburrido.

Comienza a atacar al hombrecito despreciable, una y otra vez, sin piedad, y comprueba cómo todos sus ataques son desviados por el otro. Sí. Sigue, cada vez más fuerte, mientras su oponente va desgastando su poder en un esfuerzo inútil, perdiéndolo un poco cada vez que lo usa. Pronto estará agotado y entonces podrá destruirlos a ambos. Tan fácil, después de tanto tiempo tan fácil.

Ahora. El hombre con poder casi no lo posee. Recurre a todas las fuerzas que le quedan en una última defensa desesperada que apenas logra rechazar el ataque. Bien, es el momento. Y se prepara para aplastarles…

¡No! ¿Qué es eso que aparece de repente, esa mano luminosa que se dirige a su corazón y se cierra sobre él? Lo ha engañado. Lo dejó centrarse en un ataque sin importancia que fingió rechazar solo para colarse entre sus defensas y llegar a lo más oscuro de su alma. ¿Cómo ha podido ser tan estúpido?

La mano sigue allí, diestra como la de un cirujano, apartando de su corazón todo lo que este ha ido robando durante más de setecientos años, dejándolo vacío, desnudo, sin más equipaje que el que había traído cuando la muerte trató de hacer presa en él, en el pasado remoto, y él se negó a darse por vencido, a morir, aunque la supervivencia acarreara consigo la monstruosidad, la oscuridad, la decadencia.

Ahora su corazón es humano de nuevo, y brilla en la mano que lo sostiene.

—¿Me oyes, Martín Minaya?

Ese nombre… era mi nombre, piensa de pronto. Lo había olvidado. Yo era Martín Minaya. ¿Lo soy de nuevo?

—¿Me oyes, Martín Minaya?

—Te oigo —dice él con una voz vacilante, que no ha tenido oportunidad de utilizar durante cientos de años—. Te oigo —repite, más seguro.

—Es hora de que descanses.

¿Así, sin más? ¿Es ese su destino, haber burlado a la muerte, haber estado tan cerca del triunfo definitivo para al final apagarse, consumirse, desvanecerse

en el olvido para siempre?

—Adiós, Martín Minaya.

Adiós, seas quien seas. No te guardo rencor.

Entonces, la mano oprime su corazón y este deja de latir. El olvido llega a él y descansa.

—Aun no me cree, ¿verdad? —me preguntó Zanzaborna. Estábamos solos en su habitación. Eva había recogido el abrigo negro cuando llegamos a la casa y luego se había desvanecido casi sin hacer ruido.

—Yo… sí, le creo, maldita sea. ¿Cómo no voy a creerle después de todo lo que he visto? Pero resulta difícil.

—Supongo que sí —Zanzaborna sonrió apenas.

—¿Qué era… aquello?

—Ya se lo dije. Fue humano una vez, hace mucho tiempo. Cuando sintió la muerte cercana la negó, no quiso escucharla, cerró su mente al cáncer que lo estaba devorando y se arrastró en la oscuridad. El cáncer siguió creciendo, hasta que él fue el cáncer y el cáncer fue él. Permaneció varios siglos en la oscuridad, solo, vivo y oscuro, hasta que alguien se le acercó, quizá un mendigo. Le devoró y entonces cobró consciencia de que había más… comida, fuera, arriba, moviéndose a la luz del día. Los fue llamando poco a poco. Resucitó un ritual que ya era antiguo antes de los romanos, se convirtió en su dios, un dios oscuro y terrible.

—Y usted lo destruyó.

—Lo devolví a su estado natural. Le di la muerte, tal y como se le tenía que haber dado hace varios siglos.

—Y él se lo agradeció, claro.

Zanzaborna se encogió de hombros.

—Supongo que no. A nadie le gusta dejar de existir.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Me sentía cada vez más incómodo, en medio de aquella habitación en penumbra, con aquel hombre imperturbable, poseedor de un poder en el que yo mismo no había creído unas horas atrás. Todavía no estaba seguro de creerlo del todo pese a lo que había visto. Supongo que había tenido razón en la historia sobre Paracelso que me contó: debe ser uno mismo el que decida si cree o no; los actos que le muestren carecen de importancia.

Me levanté. Tenía ganas de irme a casa y pensar sobre todo aquello.

—¿Qué clase de hombre es usted, doctor Zanzaborna? —le pregunté, sin embargo.

—Usted lo ha dicho, Márquez. Un hombre. Durante un tiempo fui, o creí ser, algo más. Luego… —Frunció el ceño, como si el recuerdo fuera demasiado doloroso—. Algo o alguien me venció y me despojó de mi poder.

Pasó mucho tiempo hasta que lo recuperé. Casi me costó la vida: lo que hasta entonces había resultado para mí un gesto natural ahora me costaba horas, días enteros de concentración y sacrificio. Poco a poco aprendí a manejarlo de nuevo, a dejar que fluyera a través mío, pero no fue fácil. No hay mal que por bien no venga, supongo. Hasta entonces, me creía por encima de la humanidad. Perder el poder que había sido mío desde siempre y sufrir para recuperarlo me hizo vez que no era distinto a cualquier otra persona. —Sonrió—. ¿Responde eso a su pregunta?

—Un poco largo —dije—. Pero sí, la responde. Buenos días, doctor Zanzaborna.

—Buenos días, Márquez.

Salí de la casa. Estaba amaneciendo y hacía frío. Me subí los cuellos de la americana y metí las manos en los bolsillos. Eché a andar.

*Este cuento fue originalmente escrito en los años 90 y guardaba relación con mi novela corta «Las brujas y el sobrino del cazador». De hecho, ambos fueron publicados en un solo volumen bajo el título de la novela corta.*

*Años más tarde, cuando escribí* Fieramente humano, *tomé un personaje de* Las brujas y el sobrino del cazador, *cambié algunos aspectos del mismo, aparte del nombre, y lo incorporé a la novela. No tardé en darme cuenta de que «Bajo la ciudad» podía pasar por un cambio parecido e integrarse perfectamente con el nuevo personaje y en el nuevo escenario. Así que volví sobre él, repasé algunas partes y corregí y reescribí otras.*

**2011**

# EN LA MENTE DE DIOS

En la mente de Dios quizá él no está aquí y ahora, con el frío cañón de la pistola en la boca y el dedo en el gatillo.

En la mente de Dios los acontecimientos son un mazo de cartas que se baraja una y otra vez.

En la mente de Dios acaso los pocos que lo conocen no piensan que es un ser frío, impasible, que cumple con su deber sin pestañear, sin que el pulso se le altere o le cambie la expresión; una criatura sin emociones, totalmente entregada a su deber, que no cuestiona jamás las órdenes y las ejecuta con una precisión que pone los pelos de punta.

En la mente de Dios sin duda no estuvo en el montículo con el corazón hirviendo de rabia, el ojo en el punto de mira, el dedo ansioso alrededor del gatillo, los dientes apretados y la respiración convertida en un murmullo afilado y ronco.

En la mente de Dios el tiempo es un puñado de fichas de dominó que nunca se mezclan de la misma manera.

En la mente de Dios seguro que él no cumplió la orden que le dieron, no se acercó a la casa de la actriz, no entró, no esperó oculto a que ella llegara, no la drogó y no provocó su muerte; y, sobre todo, no vio sus ojos frágiles cerrarse para siempre, no contempló una última vez aquel rostro desvalido que nunca había encontrado el padre que buscaba, no se maldijo a sí mismo por lo que acababa de hacer y no se fue de allí con una cosa hambrienta y rabiosa creciéndole poco a poco en las tripas.

En la mente de Dios es posible que él jamás se arrepintiera de lo que acababa de hacer, que nunca cuestionase la orden que le dieron, que ni por un solo instante pensase en la vida quebradiza que acababa de romper para siempre.

En la mente de Dios tal vez nadie estuvo en su casa, nadie la mató, nadie la impidió envejecer y destruir su leyenda con su propia vida.

En la mente de Dios el universo es un dado de caras infinitas que siempre está cayendo.

En la mente de Dios quién sabe si la ira fría y ansiosa que nació en su

vientre aquella misma noche no apareció jamás, si el dolor que a partir de entonces desgarraba sus entrañas cada vez que respiraba nunca existió, si el recuerdo de una última mirada, justo antes de adentrarse en el país desconocido de cuyas fronteras nadie vuelve, no atormentó su mente.

En la mente de Dios a lo mejor él ni siquiera estaba allí por aquella época; ocupado, por qué no, en derrocar un régimen de izquierdas en el Sur o poner en el sillón del poder a un tirano de baratillo en el Este.

En la mente de Dios puede que él no haya nacido jamás.

En la mente de Dios existe la posibilidad de que él no haya estado en aquel montículo en Dallas quince meses más tarde, ansioso por apretar el gatillo y borrar para siempre de la existencia al hombre que dio la orden de matarla, la orden que él cumplió, la orden que a partir de aquel momento llenó su vida de la imagen de unos ojos tristes, un rostro de belleza frágil y un último suspiro lanzado hacia la nada, la orden que convirtió su existencia en una guarida de fantasmas desconsolados de la que no puede escapar.

En la mente de Dios no hay nada que haga imposible la idea de que él y ella no fueron más que dos personas anónimas y grises que quizá se conocieron o quizá no, que tal vez se amaron o se resultaron indiferentes, que a lo mejor se hicieron daño o se curaron las heridas.

En la mente de Dios es muy probable que todo haya ocurrido exactamente igual a como pasó.

En la mente de Dios ¿estará llorando cuando introduzca el cañón de la pistola en la boca; seguirá contemplando su mente esos dos ojos desvalidos que lo van a acompañar al otro lado de la muerte cuando apriete el gatillo y sus sesos decoren el papel pintado barato de la habitación del hotel?

En la mente de Dios todas las balas disparadas al vacío acaban, tarde o temprano, encontrando su destino.

*En 2011 Alejandro Castroguer estaba trabajando en una antología que debería publicarse en 2012 llamada* Vintage '62: Marilynn y otros monstruos. *La idea era que cada participante escribiera un relato acerca de algún personaje, real o ficticio, que hubiera muerto en 1962, cincuenta años antes de la fecha prevista de publicación del libro.*

*Me pidió un relato y el proyecto me pareció interesante. Me puse a jugar con una o dos ideas hasta que recordé la vieja conspiranoia acerca de la muerte de Marilynn Monroe y la intervención de la CIA en la misma.*

*También recordé algo que siempre he querido hacer desde que leí el capítulo IV de* Watchmen, *«Relojero», donde el Dr. Manhattan está en Marte y empieza a recorrer su vida hacia atrás y hacia delante. Moore intenta ahí reconstruir secuencialmente el modo en que un dios vería el paso del tiempo: de forma simultánea. No creo que le sorprenda a nadie si digo que la muerte de Rorschach y ese capítulo son mis momentos favoritos de* Watchmen.

*La supuesta conspiración alrededor de la muerte de Marilynn podía ser un buen punto de partida para intentar algo parecido: mostrar el modo en que Dios ve el tiempo y las diferentes posibilidades, todas de forma simultánea. No solo el pasado y el futuro, sino todos los posibles pasados y los posibles futuros.*

**2013**

# TE HEMOS SEGUIDO

Te hemos seguido, viajero. No lo sabes y puede que mueras sin saberlo, feliz en tu ignorancia, agarrado al premio que nos robaste, desconocedor de lo que has desencadenado sobre tu mundo. Quizá incluso lo prefiramos así, es posible que la venganza sea más dulce en ese caso. O puede que no. Pero no importa. Tenemos tiempo, todo el tiempo que queramos y no tenemos por qué decidir nada ahora.

Te hemos seguido, viajero. Te hemos seguido a este mundo de formas desconcertantes y tonos hirientes, de miedo a la oscuridad y arrogancia ante la luz que habéis creado y con la que creéis haber desterrado la noche. Pero os equivocáis, la noche no puede ser desterrada, solo postergada y, antes o después, os lo demostraremos a ti y a los tuyos. Y volveréis a recordar por qué teméis a la oscuridad, por qué os sobresaltáis al menor ruido, por qué las formas que producen las sombras de la noche os hacen sentir como lo que sois realmente: presas, ganado. Habéis creado un mundo lleno de luz, humo y máquinas brillantes, habéis construido una mentira y, sobre ella, habéis edificado vuestra civilización. Pero la mentira no durará, la mentira caerá y vosotros con ella.

Te hemos seguido, viajero. A este mundo con luna en el que las noches son demasiado claras y los días parecen eternos.

Te hemos seguido, viajero. Borracho de triunfo, ni siquiera has sido consciente de que no estabas solo, de que veníamos contigo, de que nos deslizábamos entre las sombras y buscábamos cobijo bajo tierra. Aquí edificaremos nuestro propio mundo. Aquí, mientras vosotros os afanáis en la superficie por construir una mentira cada vez más alta, cada vez más complicada y cada vez más frágil, nosotros medraremos, crearemos la verdad y esperaremos. Porque somos pacientes, viajero, algo que no comprendiste durante tu breve visita. Somos pacientes y podemos esperar lo que haga falta, en las sombras, en la penumbra, en los túneles interminables en los que drenáis vuestros desperdicios para arrojarlos a un mar que empieza a estar harto de vosotros. Podemos esperar cuanto sea necesario, arropados por las tinieblas acogedoras de estos túneles que parecen concebidos para albergarnos

y ser nuestro hogar. Sí, seguid creando la mentira; alzad edificios cada vez más altos, construid máquinas cada vez más brillantes, desarrollad estructuras cada vez más complejas. Seguid regodeándoos en vuestra agudeza, vuestra fuerza, vuestra voluntad y vuestra ambición, seguid convencidos de que nada puede deteneros y de que no hay problema que vuestro ingenio no pueda solucionar. Y, mientras lo hacéis, mientras vivís en un sueño acunado por la luz artificial que habéis creado para espantar el miedo a la noche, nosotros viviremos aquí, medrando, esperando y planeando, buscando el momento oportuno. Justo bajo vosotros, minando poco a poco los cimientos de vuestra mentira mientras la hacéis cada vez más alta y compleja.

Te hemos seguido, viajero. Y no lo sabes. Tu ignorancia es parte de nuestra venganza, quizá la mejor, o al menos la más satisfactoria. No lo sabes. Seguirás viajando, seguirás yendo hacia delante o hacia atrás y no tendrás la menor idea de lo que tú, sí, tú, has desencadenado sobre tu mundo.

Te hemos seguido, viajero. Solo unos pocos. Los suficientes.

Te hemos seguido, viajero. Y te dejamos marchar ahora mientras aprendemos las nuevas formas de este nuevo mundo que hemos detestado en cuanto hemos posado la mirada sobre él. Este mundo en el que las presas se han creído cazadores, en el que todo está torcido, todo es demasiado luminoso y todo apesta a rebaño. Este mundo en que el ganado ha domado otro ganado y lo usan para no estar solos, para alimentarse, para que hagan el trabajo por ellos, para que los trasladen de un sitio a otro. Desde nuestro refugio en los túneles, oímos los cascos sobre vuestras calles, el chirriar de las ruedas sobre el adoquinado, el beso afilado del látigo sobre la carne, el miedo y el odio y la adoración y el desprecio que las presas que habéis domesticado sienten hacia vosotros. Un mundo patas arriba, nos decimos, un mundo de luz y arrogancia que no durará. Un mundo de máquinas, también, y eso nos conforta en cierta medida. Un mundo de máquinas que trajinan, que humean, que calientan y confortan nuestros corazones. Un poco. Solo un poco. Porque, ¿qué clase de lugar es este en el que el ganado domestica a otro ganado, en el que el ganado crea, tiene ideas, construye máquinas y se cree el dueño del mundo?

Te hemos seguido, viajero. Te hemos seguido y hemos medrado. Y hemos contemplado a los tuyos. Y, mientras ellos crecían, nosotros también lo hemos hecho. Abajo, en la oscuridad, nuestro número ha aumentado y nuestras necesidades también.

Te hemos seguido, viajero. Y ojalá no lo hubiéramos hecho, piensan algunos de nosotros. Ojalá nunca hubiéramos dejado nuestro hogar en pos tuyo y ojalá no estuviéramos en este mundo patas arriba que es una ofensa contra todo lo que es bueno y justo y correcto. Ojalá no te hubiéramos seguido, porque entonces no tendríamos que hacer lo que los nuestros nunca han hecho antes; no tendríamos que destruir a nuestra propia progenie cuando, fascinados por vuestra luminosa mentira, empiezan a hablar de salir,

de integrarse, de aprender de vosotros y, tal vez, convivir con vuestra especie. ¡No, jamás! No hemos venido aquí a rendir pleitesía a un ganado demasiado ingenioso para su propio bien, no hemos venido a contemporizar con vosotros. Hemos venido a aguardar vuestra destrucción, a empujaros hacia ella si es preciso, a construir nuestro mundo sobre las cenizas del vuestro. Y haremos lo necesario para ello, incluso matar a aquellos de nuestros hijos que se dejan atrapar por el oropel de vuestro ingenio y desean una coexistencia que va contra cualquier impulso natural. ¿Coexiste acaso el cazador con lo que caza, coexiste el que come con lo que es comido, coexiste el reo con su verdugo? Si no otra cosa, el que hayáis sido capaces de retorcer el mundo hasta ese extremo, indica lo perversos que sois.

Te hemos seguido, viajero. En silencio, en la oscuridad.

Te hemos seguido, viajero. Y esperaremos. Esperaremos mientras la mentira que llamáis civilización sigue creciendo, cada vez más alta, más compleja y más frágil. ¿Más hermosa? Hay quien dice eso entre nosotros. Pero si es así, si la estructura aborrecible en la que vivís tiene algún tipo de belleza, solo puede ser una belleza enfermiza y decadente que no tardará en marchitarse para siempre.

Te hemos seguido, viajero. Sí, te hemos seguido y esperaremos el momento adecuado. Construiremos nuestro mundo sobre las ruinas del tuyo. Usaremos los restos marchitos de vuestro ingenio y vuestra arrogancia para fertilizar nuestra creación. Y un día volverás de tus viajes, regresarás a lo que llamas hogar y nos encontrarás aquí, esperándote. Y comprenderás, en ese momento comprenderás, que eres el único responsable de lo ocurrido. Que tú, en tu vano intento de enfrentarte a nosotros, has creado nuestro mundo.

Te hemos seguido, viajero. Y aquí seguiremos, esperando y esperándote. Nosotros, los morlocks.

*Tyrannosaurus Books ha publicado varias antologías anuales de relatos steampunk bajo el título genérico de* Ácronos. *Me pidieron un relato para la segunda de tales antologías y lo cierto es que acepté enseguida.*

*Por un lado, me gusta el steampunk. De hecho, si me pongo estupendo, podría decir que fui de los primeros autores españoles en hacer steampunk mucho antes de que se convirtiera en una corriente popular. En 1993 escribí una novela titulada* La sabiduría de los muertos *en la que Sherlock Holmes y Winfield Scott Lovecraft peleaban por el control del* Necronomicon *y que fue publicada en 1996. No era cien por cien steampunk, pero encajaba con muchas de las características del subgénero.*

*Por otra parte, me encantan los escritores ingleses de finales del siglo XIX, especialmente Arthur Conan Doyle, Robert Louis Stevenson y H. G Wells y, de hecho, he traducido al castellano parte del trabajo del primero y del tercero. Me gustan entre otras cosas porque sabían algo que otros escritores (especialmente aquellos que escriben «alta literatura») parecen haber olvidado: el estilo no es más que una herramienta y siempre debe estar al servicio de la historia, nunca debe ser un fin en sí mismo. Es algo que siempre he creído y en lo que los escritores ingleses del XIX destacaban especialmente.*

*Eso me llevó a Wells y, por supuesto, a* La máquina del tiempo, *una novela que en aquel momento yo estaba traduciendo para Sportula, mi editorial. Este relato ultracorto surgió, de hecho, de mis reflexiones acerca de los morlocks, de cómo sería su sociedad y de qué modo verían el mundo.*

**2015**

# LA CONCUBINA Y EL BÁRBARO

La trataban con un cuidado exquisito, como si fuera una delicada muñeca de porcelana, tan pendientes de sus menores deseos que se sentía completamente inútil.

Aunque no de todos sus deseos. De hecho, le negaban una y otra vez lo único que quería. Con buenas palabras y modales irreprochables, la respuesta a su pregunta era siempre la misma:

—No.

Se disfrazaba a menudo de «en cuanto sea posible», de «a la mayor brevedad» o del más frecuente «en cuanto los asuntos de estado lo permitan». Pero había pasado tiempo más que suficiente en la corte de Nemedia para saber leer una negativa musitada entre líneas: aún no vería al rey, todavía no.

Cierto que él la había ido a buscar a Belverus, tal como había prometido. Como un conquistador al frente de su ejército había cruzado las puertas de la misma ciudad en la que había estado prisionero tan solo unos meses atrás. Arrogante y orgulloso, la había aceptado como rescate del rey de Nemedia y, cuando tomó su mano, Zenobia había leído en sus ojos azules y salvajes un deseo apenas contenido.

Pero luego, en el viaje a Aquilonia, rodeados de soldados y cortesanos, apenas habían intercambiado media docena de frases. Él era el rey, y tenía mucho de lo que ocuparse: debía reconstruir un reino y asegurarse de que Nemedia jamás volvería a ser un problema para Aquilonia.

Por fin habían llegado a Tarantia y a sus nuevos aposentos. Suyos, solo de ella. De un lujo casi ostentoso, con todas sus necesidades atendidas, pero sin poder satisfacer su único deseo.

Había pasado un mes desde aquello y no había vuelto a verlo. Y cuando preguntaba cuándo lo vería de nuevo, la respuesta siempre era la misma: aún no.

Se asomó a la ventana y contempló el patio de armas, donde la guardia real hacía sus prácticas, apuestos y en perfecto estado de revista. Volvió luego al interior de la habitación y se recostó en el diván. El lujo que la rodeaba era casi excesivo y la hacía sentirse fuera de lugar, como si fuese una mercancía que

alguien hubiese valorado en exceso.

Pero valorado, ¿para qué?

Lo había salvado de las mazmorras de Tarascus sin esperar nada a cambio, llevada por un impulso irracional, primigenio, el mismo impulso que había hecho, años atrás, que su corazón saltara del pecho al verlo y se postrase a sus pies.

Tras el rescate, no había contado con volver a verlo: bien sabía, lo mala que era la memoria de los hombres cuando así les convenía. Los conocía bien, demasiado bien para engañarse y creer otra cosa. Segura como estaba de que jamás alcanzaría su sueño, se había entregado a él, sin embargo, y le había salvado la vida, incapaz de dejar que se pudriera en las sombrías catacumbas de la capital nemedia. Los besos, rudos y violentos, con los que había cubierto cada centímetro de su rostro justo antes de saltar por la ventana y desaparecer en las sombras del jardín eran, estaba segura, el último contacto que habría entre ambos. Había atesorado aquel recuerdo como lo más valioso de su vida mientras pasaban los meses y la incertidumbre se convertía en un animal que le roía las entrañas.

Conan moriría durante la fuga o tendría éxito y recuperaría el reino. En cualquiera de los dos casos, no volvería a verlo, y era mejor que se reconciliara con aquella idea y dejara de soñar despierta.

Pero había vuelto. Había cumplido su palabra, la había sacado del serrallo del rey de Nemedia y la había llevado con él a Aquilonia. Durante un instante, Zenobia se permitió el lujo de creer que era distinto a los demás, que estaba a la altura de sus fantasías y que el amor sin medida que sentía por él desde que lo había visto años atrás no era simplemente el capricho mal dirigido de una niña que se resistía a crecer y afrontar la vida como era.

Era distinto, se decía.

Se lo dijo durante todo el viaje, a pesar de que casi no pudo compartir con él más que un par de saludos protocolarios. Y se lo seguía diciendo ahora, pese a que había pasado casi un mes desde que se vieran por última vez, cuando él la llevo a los aposentos que le había preparado y le presentó al jefe de personal que había asignado a su servicio.

Tonta, ingenua, le decía una vocecita interior a la que cada vez era más difícil no hacer caso. No eres más que un trofeo, decía. No eres más que una pieza de caza que, una vez exhibida para asombro de todos, es arrinconada en cualquier sitio y olvidada para siempre. No eres más que el símbolo de su victoria. Te enamoraste de una ilusión, rescataste un fantasma y estás en poder de un sueño.

Los días seguían pasando y nada cambiaba. Era atendida como un animal exótico y delicado y todos sus requerimientos se cumplían casi antes de haberlos formulado en voz alta. Todos, excepto uno, el único que en verdad importaba.

Y la vocecita no callaba. Y cada vez era más difícil no prestarle atención.

Pallantides fue a verla una mañana. El anciano caballero, hombre de confianza del rey Conan, parecía extrañamente nervioso. Sin duda lo que lo llevaba allí no era un encargo agradable.

Siempre se había portado bien con ella y su cortesía y buena disposición habían contribuido mucho a hacerle soportables aquellos días de lujosa soledad. Así que decidió ahorrarle el mal trago:

—Me iré hoy mismo —dijo—. No tienes por qué preocuparte de que siga siendo una molestia.

Se maldijo por el tono quejumbroso de su voz. Había tratado de sonar digna y en su lugar había resultado lastimera.

La reacción de Pallantides fue de absoluta sorpresa.

—¿Irte? —exclamó—. ¡Por Mitra, señora! ¿Quién ha metido tal cosa en tu cabeza?

Ella, desorientada, no supo qué decir. Lo miró a los ojos, maldiciendo la mirada suplicante que, estaba segura, asomaba a ellos. Pallantides recobró la compostura y dijo, en el mismo tono tranquilo y amable que siempre había usado con ella:

—El rey me envía a preguntarte si querrías cenar con él esta noche. Para él sería un placer que quisieras acompañarlo.

Una cena, se dijo ella. Delante de toda la corte, allí donde él pudiera mostrar su trofeo ante el mundo entero. Claro, debería haberlo supuesto. Había ido a cobrar su botín y ahora lo exhibiría delante de sus súbditos.

—Su Majestad no necesita preguntarme eso —respondió, intentando que no le temblase la voz y haciendo acopio de los últimos restos de dignidad que pudo encontrar en su interior—. Estoy a su servicio y si él quiere que cenemos juntos, así se hará.

Pallantides frunció el ceño, como si no acabara de comprender del todo la respuesta de la joven. La miró a los ojos y fue como si la viera por primera vez. Una sonrisa comprensiva curvó sus labios arrugados.

—Perdona mi ineptitud al transmitir el mensaje del rey, señora —dijo con una inclinación de cabeza—. Soy sin duda un torpe mensajero, y solo espero que mi buena disposición compense mi falta de habilidad. El rey ha insistido en que aceptes únicamente si ese es tu deseo. Y este es un rey que dice lo que quiere decir, te lo aseguro.

Un atisbo de esperanza se aferró al vientre de Zenobia y la hizo sentir un hormigueo. Trató de no dejarse llevar por ella, pero fracasó.

—Es mi deseo —consiguió articular.

Pallantides inclinó la cabeza de nuevo y la dejó a solas, mientras ella se sentaba muy despacio e intentaba calmar su corazón desbocado.

Las camareras la ayudaron elegir un vestido, la peinaron y la maquillaron. Pese a su insistencia, la joven prefirió la sencillez: si iban a exhibirla como un trofeo, por lo menos quería parecer ella misma y no un pavo real.

Así que el maquillaje se limitó a realzar sus facciones y descartó los elaborados moños que sugerían sus camareras: llevaría el pelo suelto, ceñido en la frente por una cinta de oro. Se puso el vestido más discreto que logró encontrar y se calzó unas zapatillas bajas de satén. No aceptó brazaletes ni gargantillas.

Las camareras se miraban unas a otras y meneaban la cabeza en señal de desaprobación, pero a Zenobia no le importó.

Se miró en el pulido espejo de vidrio. Era la primera vez que veía uno y se asombró de lo fielmente que reflejaba la realidad. Tanto, que casi resultaba cruel.

Era ella, sin la menor duda. No la anónima concubina en la que el rey de Nemedia jamás se había fijado. No la muchacha alocada que se había encaprichado de una imagen indómita. No la mujer enamorada que había arriesgado cuanto era y cuanto tenía por salvar al objeto de su tonto amor infantil. O quizá todas ellas, pero también algo más. ¿De dónde venía aquel aire altivo, aquella mirada orgullosa, aquellos ademanes imperiosos? ¿De dónde había salido todo eso?

Su vida pasó ante ella mientras seguía con la mirada perdida en la imagen que le devolvía el espejo. Por primera vez en sus diecisiete años recordó lo que hasta aquel momento se había obligado a olvidar. Todo pasó ante ella, como si un brujo estuviera proyectando las imágenes en la superficie pulida del espejo.

Le costaba trabajo respirar y se dio cuenta de que no podía hablar. Si lo intentaba se echaría a llorar y era lo último que quería en aquellos momentos. Se obligó a sí misma a contemplar su vida, a ver en detalle todos los golpes, humillaciones y vejaciones que la fortuna le había deparado. No apartó la vista.

Cuando Pallantides fue a buscarla la encontró de pie frente al espejo, totalmente inmóvil. Sus camareras habían hecho un corrillo y cuchicheaban entre sí.

Pallantides se acercó a Zenobia y esta lo miró como si no supiera de quién se trataba. La joven parpadeó, y tras un par de intentos infructuosos, consiguió articular:

—¿Es la hora?

Pallantides asintió con amabilidad y le ofreció el brazo.

—Vamos, señora —dijo, todo lo delicadamente que pudo.

Zenobia había esperado un salón de banquetes lleno de cortesanos, bailarinas y músicos. En lugar de eso, Pallantides la llevó a una cámara pequeña y acogedora presidida por una amplia mesa en la que había viandas y bebida

abundantes y solo dos sillas. Al fondo de la habitación había una chimenea encendida y, junto a ella, apoyado con un brazo en la piedra y con la cabeza baja, un hombre.

Zenobia no necesitaba ver el rostro para saber quién era. Le bastaba con comprobar el alboroto de su corazón al reconocer aquellos amplios hombros, los brazos musculados y la negra melena leonada. Al oír la puerta, el gigante alzó el rostro y lo volvió hacia ella y dos ojos azules y feroces la traspasaron de parte a parte.

Se sintió atravesada, examinada de la cabeza a los pies con una intensidad impropia de un hombre civilizado. Hombres aguerridos se habían acobardado ante aquella mirada, pero ella no retrocedió ni dio muestra alguna de sentirse cohibida. Al fin y al cabo, qué tenía que perder, se dijo, que no hubiera perdido ya.

—Buenas noches, majestad —saludó Pallantides—. Tu invitada ha llegado.

Una sonrisa cruzó los labios del rey bárbaro mientras decía:

—Gracias, mi buen Pallantides. Puedes retirarte.

Con una inclinación de cabeza, el viejo consejero los dejó a solas. Conan le indicó a Zenobia con un ademán de la mano que se sentara y la joven se apresuró a obedecer mientras él tomaba asiento frente a ella.

—Lamento que hasta ahora mis obligaciones me hayan mantenido alejado de ti, chiquilla —dijo—. Apenas tuvimos tiempo de hablar cuando te fui a buscar a Belverus y no quería que ocurriera lo mismo aquí. He preferido esperar a que pudiera atenderte como es debido.

—Te lo agradezco, majestad —respondió ella en voz baja. Midió con extremo cuidado sus siguientes palabras—. Has sido muy amable conmigo todo este tiempo y tus sirvientes han hecho muy grata mi estancia en palacio.

El rey asintió. Se levantó de pronto, cogió una jarra de vino y llenó dos copas.

—He preferido que estuviéramos a solas, sin sirvientes revoloteando a nuestro alrededor —dijo mientras le acercaba una de las copas—. Así que tendremos que servirnos nosotros mismos.

Cogió un enorme plato y, con un trinchante de mango de plata, fue cogiendo viandas de aquí y de allá hasta que estuvo a rebosar. Lo puso luego delante de Zenobia. La joven empezó a protestar ante la cantidad, pero se lo pensó mejor y guardó silencio. El rey repitió la operación y finalmente se sentó.

—Comamos, por Mitra —dijo—. Me he pasado la tarde resolviendo pleitos y calculando impuestos y nunca pensé que eso me daría tanta hambre.

Sin más ceremonia, el rey dio cuenta de su pantagruélico plato. Comía en silencio de un modo voraz, sin ceremonias. Zenobia se mordió el labio, dudó unos instantes y lo imitó lo mejor que pudo. Sus modales delicados y

parsimoniosos contrastaban con la ruda voracidad del rey. La comida estaba deliciosa, mucho mejor que cualquier cosa que le hubieran servido hasta entonces y se preguntó si el buen sabor tendría algo que ver con la situación.

Al cuerno con aquello, decidió de pronto, sin dejar de comer. Las preguntas se agolpaban en su cabeza, la esperanza y el miedo usaban su mente como campo de batalla y, al fondo de todo, una vocecilla cínica le decía que, ya que era el final, mejor que disfrutase de ello.

No tardó en quedar ahíta. Se mojó delicadamente los dedos en el aguamanil que tenía al lado y luego se los secó con un fino paño de hilo. El rey reparó en que había terminado de comer, pero no por ello dejó de devorar lo que había en su plato. De vez en cuando, entre bocado y bocado, alzaba la vista y clavaba en ella aquellos volcánicos ojos azules. Cada vez que eso ocurría, Zenobia tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no echarse a temblar.

Vio que él apuraba el contenido de la copa, así que se incorporó, tomó la jarra de vino y rellenó la del rey y la suya. Conan se lo agradeció con un gruñido y una sonrisa que, sin saber por qué, le pareció cohibida. Se dijo a sí misma que aquello era una tontería. Estaba ante el león de Aquilonia, el guerrero feroz que había ganado el trono con sus propias manos y lo había recuperado luego de las garras de la hechicería.

Se sentó y se reclinó en el asiento, mientras daba cuenta del vino con tranquilidad, la vista clavada en el gigantesco bárbaro que devoraba la comida como si la vida le fuera en ello.

Al fin Conan pareció darse por satisfecho, apartó el plato a un lado y se lavó en el aguamanil. Se secó y posó el paño en la mesa. Miró a Zenobia y sonrió. En sus ojos parecía haber una pregunta a medio expresar: Y ahora, ¿qué?

Sí, se dijo Zenobia, ahora, qué. El día había sido como un carrusel de emociones cambiantes, un laberinto vertiginoso en el que no había caminos ni reglas y las paredes se movían de sitio continuamente. Miedo, anticipación, dolor, esperanza, temor… Pero Zenobia no estaba preparada para la sorpresa que sintió cuando el rey empezó a hablar.

—Soy un hombre de acción, niña, toda mi vida me he abierto paso por el mundo a golpe de puños y de tajos, de determinación y empecinamiento. Un día, cuando era mucho más joven y quizá igual de tonto que ahora, soñé con ser rey. Y lo conseguí, aunque a cada paso del camino me parecía una esperanza vana, una ilusión. Con mis propias manos ensangrentadas me abrí paso hacia el trono y me senté en él. Hay días en que desearía no haberlo hecho. Pero confieso que son los menos.

Hablaba muy despacio, casi con timidez, como si aquellas palabras no hubieran salido nunca antes de su boca y temiera compartirlas. Zenobia, que se llevaba la copa a los labios cuando el rey empezó a hablar, la posó de

repente en la mesa y se quedó totalmente inmóvil.

—Salvaste mi vida, muchacha. De no ser por ti hoy no estaría en el trono y Aquilonia habría sido arrasada. En aquel momento prometí que volvería por ti. Y juré ante Tarascus que te haría reina de Aquilonia. —Guardó silencio de repente—. Si me hubiera dejado llevar por lo que deseaba habría entrado en su maldito serrallo, te habría agarrado y te habría poseído allí mismo, sin importar quién estuviera delante.

Zenobia se mordió el labio, sorprendida ante el parecido que había entre las palabras del rey y su propia fantasía.

—Mas soy el rey y, eso me dicen mis consejeros, debo pensar antes de actuar. Y, créeme, no he hecho otra cosa durante este mes. He pensado hasta que la maldita cabeza ha estado a punto de estallarme y, de haber podido, me la habría abierto de un hachazo para que las condenadas ideas tuvieran por dónde salir y me dejaran en paz. He pensado, niña, como nunca antes lo he hecho.

Zenobia intentó tragar saliva y descubrió que tenía la garganta seca. El rey tenía los puños cerrados y el ceño fruncido, pero no era furia o amenaza lo que transmitía, sino confusión… y una sorprendente indefensión que dejó estupefacta a la joven y, al mismo tiempo, hizo que sus rodillas se convirtieran en jalea. Si en aquel momento hubiera tenido que ponerse en pie, no habría podido.

—Actué contigo como lo he hecho siempre: dejándome llevar y sin pensar en el mañana. Prometí hacerte reina de Aquilonia y, al pronunciar esas palabras, ni se me pasó por la cabeza que tal vez tú quisieras otra cosa. Y por qué no, ya te he dicho que hay días en que yo mismo preferiría no ser el rey.

»Tengo una deuda de vida contigo. Y la pagaré. Pero el pago tiene que ser algo que tú quieras, no lo que quiera yo.

Abrió las manos y extendió los brazos, para luego echarse hacia atrás en la silla. En el fuego, un leño se partió en dos y las llamas crepitaron con más fuerza durante un instante.

—Ya está. Ya lo he dicho. —Sonaba hosco y aliviado al mismo tiempo, como si acabara de rematar una tarea ingrata pero necesaria—. Dime qué quieres y te lo daré, siempre que sea razonable. ¿Un feudo? ¿Una hacienda, dinero y sirvientes para no tener que preocuparte el resto de tus días? ¿Un negocio propio? ¡Yo qué sé! Dilo y es tuyo, muchacha.

Zenobia cogió la copa, se la llevó a los labios y volvió a posarla en la mesa sin haber bebido. Había imaginado la cena de mil maneras distintas, pero ninguna de ellas se parecía a lo que estaba ocurriendo en aquel preciso momento frente a sus ojos.

—Si tu majestad no quiere volver a verme, no tienes más que decírmelo —dijo, en una voz en la que, a su pesar, asomaba una nota de orgullo herido—. Si no quieres que sea tu reina, no lo seré. Entiendo que la esclava de un harén

no es la mujer apropiada para ser reina de Aquilonia. No necesitas darme dinero ni proporcionarme una casa. Me iré y no volverás a verme.

El rey dio un golpe en la mesa con el puño. Era una pieza enorme y maciza de madera, pero la fuerza del golpe la hizo temblar.

—¡Crom y Mitra, muchacha! ¿Te oyes a ti misma? ¿Acaso he dicho que no quiera que seas mi reina?

Sin dejarse amilanar, sin saber muy bien de dónde estaba sacando las fuerzas, Zenobia respondió:

—Entiendo que prometiste hacerme tu esposa sin haberlo pensado bien. Que has cambiado de idea, pero que el honor te impide hacerme a un lado sin faltar a tu palabra. Que quieres sea yo quien te rechace para así mantener el honor intacto. Sea pues, si es lo que mi rey y señor quiere.

La mesa crujió ante un nuevo golpe del enorme puño.

—¿El honor? ¡Al cuerno el honor! ¡Soy un bárbaro del norte, hijo de un herrero! ¡He sido ladrón y mercenario y he mendigado cuando no había nada que robar ni nadie a quien vender mi espada! ¡Al infierno con el honor, niña!

Se puso pie de pronto y a punto estuvo de volcar la mesa. Llegó hasta Zenobia de dos zancadas poderosas, tomó a la joven con ambas manos y la levantó en volandas. Pese a lo brusco de sus modales, pese a la ferocidad de sus movimientos, Zenobia no se sintió amenazada.

—¿El honor? —repitió como si fuera una palabra malsonante—. ¿Es que no ves que si me dejara llevar por lo que deseo te haría mía en este preciso instante?

—Si eso es lo que mi rey quiere, entonces que lo haga —dijo Zenobia con voz fría.

Conan la aplastó contra su pecho y acercó el rostro al de la joven, la boca ansiosa y hambrienta buscando la de ella. Se detuvo de pronto y la miró a los ojos. Respiraba entrecortadamente, como un animal acorralado.

—Pero, ¿qué es lo que quieres tú? —rugió.

Por primera vez desde que la habían ido a buscar al serrallo de Tarascus, Zenobia sonrió. Muy despacio, acercó su boca a la del rey y más despacio aún pegó sus labios a los de él. Conan se mantenía inmóvil, una gigantesca estatua de carne y músculos en tensión. Ella alzó las manos hacia el rostro cubierto de cicatrices y lo exploró con la yema de los dedos sin dejar de besarlo.

Cuando retiró el rostro, aún en vilo, sujeta por aquellas manos poderosas, fue como si hubiera pasado una eternidad.

—Tú eres lo que quiero —dijo—. Desde que te vi entrar a caballo en Belverus al frente de tus tropas. Y me da igual que seas rey o pordiosero.

Lentamente, casi con cuidado, él la posó en el suelo.

—Seré pordiosero si así lo quieres —dijo, muy despacio. Una sonrisa lobuna relajó sus facciones—. Aunque la vida es algo más cómoda cuando se es rey, créeme.

Sonrió de nuevo con algo que casi parecía timidez.

—Supongo que puedo acostumbrarme a que seas rey —dijo ella, devolviéndole la sonrisa.

Él abrió la boca para responder, pero Zenobia detuvo sus palabras con la punta de los dedos.

Despertó. A su lado, las sábanas aún conservaban el calor y el olor de Conan. Se incorporó a medias, tan dolorida como relajada, y contempló la mañana que se desparramaba más allá del amplio ventanal. Muy despacio, salió de la cama. En una silla junto al lecho había una bata de seda y se la puso. Recorrió la habitación descalza, agradeciendo el frescor de la piedra pulida contra las plantas de los pies. Se acercó al ventanal y asomó la cabeza.

Él estaba allí, apoyado en la amplia barandilla de piedra, totalmente desnudo frente al sol matutino, la nudosa espalda ligeramente encorvada. Zenobia se puso a su lado y se apretó contra él mientras recorría las cicatrices de la espalda con la yema de los dedos. Lo había pensado fugazmente la noche anterior, en medio del frenesí del deseo, y volvió a pensarlo ahora, más tranquila. Era como si la historia de Conan estuviera escrita en su cuerpo, tallada con rabia en cada cicatriz, cada herida y cada lesión.

—Me espera un día ajetreado —murmuró él al cabo de un rato—. Crom, las cosas eran mucho más sencillas cuando no era más que un ladrón en Zamora, en mi juventud. —Miró a la joven y sonrió—. Te habría subido a lomos de mi caballo y nos habríamos ido a correrno una buena juerga hasta que el botín se acabase. Seguramente no habría durado mucho —añadió con un encogimiento de hombros—, pero nos lo habríamos pasado bien mientras tanto.

—¿Echas de menos esos tiempos? —preguntó ella.

—A veces. —Se encogió de hombros de nuevo—. No es más que una trampa de la nostalgia, condenación, bien lo sé. Recuerdo los días buenos y paso de puntillas sobre los momentos en que tenía tanta hambre que me habría comido mi caballo. Por Mitra, llegué a hacerlo un par de veces. Nunca he mirado hacia atrás, Zenobia, mi camino siempre ha estado delante de mí, lo viera o no, y siempre he seguido andando sin pararme mucho a mirar hacia dónde me llevaba. La nostalgia es para los hombres civilizados. —Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada—. Y mírame ahora, recordando viejos tiempos y preguntándome si realmente eran tan buenos. ¿Me habré civilizado por fin? Tendré que decírselo a Pallantides, sin duda se alegrará.

—No me pareciste muy civilizado anoche —susurró ella.

Él dio media vuelta y la abrazó con una ternura que tenía algo de torpe. Vio que la joven sonreía y que no había ninguna queja en sus palabras.

—No va a ser fácil —dijo de repente—. A la mayoría de mis cortesanos ya

les parece mal que su rey sea de origen bárbaro y creo que muchos tenían la esperanza de que me casara con alguna noble e iniciara una dinastía decente. Quién sabe si con alguna de sus primas, tías o hermanas, yo qué sé. Cuando sepan que la nueva reina de Aquilonia es tan plebeya como el rey no les va a hacer mucha gracia. Van a ir a por ti.

No le decía nada que ella no supiera, nada en lo que no hubiera pensado a fondo a lo largo del último mes en los pocos momentos en que, pese a todo, se había atrevido a tener esperanzas y había planeado su futuro al lado Conan.

—Que lo hagan —respondió—. Llevo viviendo en un serrallo desde que tenía trece años. No hay nada que un noble de Aquilonia pueda intentar que no lo haya hecho, y mejor, una concubina nemedia. —Vio que Conan, complacido por su respuesta, sonreía—. He sobrevivido a ellas. Creo que podré sobrevivir a tus nobles.

No dijo lo que de verdad la inquietaba. No la preocupaban las intrigas de la corte aquilonia, sabía que podría hacerles frente. Pero, ¿qué decir del gigante que la abrazaba en aquellos momentos y la miraba con una ternura casi tan salvaje como su deseo? ¿Qué tenían en común, más allá de que cada uno alborotaba las pasiones del otro y de que sus cuerpos encajaban como si algún dios ignoto los hubiera creado deliberadamente de esa forma? Quizá no era más que una muchacha de serrallo, pero era una hibórea civilizada y sofisticada y aquel hombre cuyo toque la hacía estremecerse no era más que un bárbaro del norte con una delgadísima pátina de civilización. Bastaba escarbar ligeramente para que el salvaje saltara a la luz y asomara, imprevisible y peligroso.

Que se entendían en el lecho era evidente. Pero, ¿serían capaces de vivir juntos fuera de él? ¿Podría comprender ella alguna vez el fuego sombrío y salvaje que brillaba tras aquellos ojos azules? ¿Lograría él…?

Luego, recordó de nuevo la pasada noche, el momento tras la cena en la que la única preocupación del rey era averiguar lo que ella quería y, fuese lo que fuese, dárselo.

La fecha de la boda se fijó para el mes siguiente y la educación de Zenobia en las tareas de la corte empezó aquella misma tarde. Un ejército de camareras e instructores a su servicio llenó su cabeza de modales, protocolos, normas y regulaciones y para cuando llegó la hora de la cena le pareció que su cabeza estaba a punto de estallar. Sin embargo, soportó las lecciones con el mismo estoicismo con el que había aguantado la vida en el serrallo y se esforzó en aprender aquel cúmulo absurdo de reglas sin sentido que todos parecían encontrar tremendamente importante.

No vio a Conan durante la cena, pues el rey había salido a resolver ciertos asuntos y no volvió al palacio hasta pasada la medianoche. Ella lo esperaba

despierta y el brillo salvaje de alegría que vio en sus ojos fue recompensa más que suficiente para Zenobia. Como el día anterior, se amaron de un modo expeditivo, urgente, casi feroz, como si el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina y no hubiera tiempo para nada más.

Esta rutina se prolongó durante una semana. Por el día apenas se veían, Zenobia sumida en sus estudios del protocolo aquilonio, Conan en las tareas de gobierno. A veces cenaban juntos y a veces no, pero siempre compartían el lecho. La vitalidad del rey a sus más de cuarenta años era asombrosa y su carencia de sofisticación bajo las sábanas, casi increíble. ¿Acaso ninguna de sus numerosas amantes le había enseñado nunca nada? Era evidente que había tenido una vida amorosa activa y variada, pero parecía haber pasado por ella como un trozo de caucho bajo la lluvia: impermeable.

Lentamente, empezó a enseñarle nuevos trucos, que él acogió al principio con un gruñido de desconfianza y luego con un rugido de placer. Zenobia era consciente de que nunca le quitaría del todo su rudeza ni su inmediatez, pero tampoco lo pretendía ni lo deseaba. Al fin y al cabo, había sido su carácter indómito y salvaje lo que la había enamorado. No quería convertir al león en un gato doméstico. Le bastaba con que el león limara un poco sus garras y aprendiera cómo y cuándo sacarlas. Y que no destrozara el mobiliario en el proceso.

—¿Soy un perro al que estás domesticando? —le preguntó él una noche.

—¿Lo eres?

—He pasado esta semana aprendiendo tantos trucos que creo que podrías llevarme a la plaza pública y sacarte unos buenos cuartos conmigo.

—¿Tan mal están las arcas del reino? Si es así, como futura reina, considero mi deber ayudar a su sostenimiento. Por una módica comisión, por supuesto.

Las carcajadas sacudieron el enorme pecho de Conan, quien luego posó delicadamente una mano sobre el rostro de Zenobia.

—No creo que haga falta llegar a eso, querida, pero es bueno saber que nos podemos ganar la vida de forma honrada si todo lo demás falla.

Ella asintió muy solemne, como si se tomase sus palabras en serio. Luego añadió:

—Me dijiste que habías sido ladrón. Y estoy segura de que fuiste bueno en ello. Pero también estoy segura de que la primera vez que afanaste una bolsa tus dedos eran menos hábiles que la siguiente.

—¿La práctica hace al maestro? —preguntó él—. Sin embargo, habría jurado que tenía práctica suficiente en estos menesteres.

—Estoy segura de que así ha sido, mi amor. Pero de nada sirve practicar si cometes siempre los mismos errores.

—¿Errores?

Se quedó ceñudo y pensativo mientras ella lo contemplaba expectante. Se

dio cuenta de que el orgullo herido pataleaba en su pecho como un niño malcriado. Por primera vez se preguntó cómo había sido en su infancia. ¿Tenían infancia los cimerios, había espacio para algo así en aquellas tierras frías, brumosas e inhospitalarias que él le había descrito?

—¿Errores? —repitió Conan al cabo de un rato—. ¿Y cómo es que nadie se ha tomado la molestia de corregírmelos antes?

Sopesando con mucho cuidado lo que iba a decir, Zenobia se encogió de hombros.

—Quién sabe —respondió—. Sin duda tu rudo modo cimerio está bien para algunas ocasiones… y para algunas mujeres. Seguro que en la estepa turania lo encuentran hasta sofisticado. No voy a negar que tu estilo salvaje tiene cierto atractivo y resulta satisfactorio. Pero tampoco puedes negarme que tiene sus limitaciones y tiende a volverse repetitivo con facilidad. ¿De verdad quieres pasarte el resto de tu vida haciendo exactamente lo mismo con la misma persona?

Vio como entrecerraba los ojos, tratando tal vez de rememorar pasadas experiencias.

—Las parejas tienden a no durarme mucho tiempo —reconoció Conan al cabo—. El tiempo más largo que he compartido el lecho con la misma mujer no llegó a tres años, y fue un periodo más lleno de batallas, pillaje y persecuciones que de juegos de almohadas. —Frunció el labio, pensativo—. Por Crom, muchacha, no sé si esa manía tuya de hacerme pensar es buena idea. Pero tienes razón, quizá me acabase cansando de hacer siempre lo mismo con la misma mujer.

—Siempre puedes hacerme ejecutar al cabo de unos años y buscar una nueva esposa. Seguro que eso será novedad suficiente —dijo Zenobia en tono burlón—. Aunque hay otras posibilidades menos… eh… drásticas.

—Hmmm.

Casi pudo ver girar las ruedecitas y los engranajes en la cabeza del bárbaro. Finalmente, este asintió mientras se tendía de espaldas, agarraba con cuidado a Zenobia y la ponía sobre él.

—El resto de mi vida —dijo, como si nunca hubiera considerado antes aquella idea, lo cual, a juzgar por sus palabras anteriores, así era—. Querida, eres una mujer extraordinaria. Y he conocido unas cuantas, te lo aseguro. No parecías más que una chiquilla cuanto te me acercaste en los calabozos de Belverus y confieso que te subestimé. No volveré a cometer ese error nunca.

Ella no dijo nada. Se limitó a inclinarse sobre él y a darle un largo beso que no fue más que un preludio.

Horas más tarde, medio dormida, fue apenas consciente de que llamaban a la puerta de los aposentos reales y de que Conan dejaba el lecho. Como en un sueño, lo oyó hablar en susurros con quien quiera que estuviese al otro lado de la puerta. Luchó para despertarse por completo, pero cuando lo consiguió

descubrió que estaba sola. A su lado, las sábanas aún conservaban el calor del cimerio. Desvelada, se preguntó qué sería aquello tan importante que lo había llevado fuera del lecho.

Pasó otra semana con la misma rutina. Zenobia tenía la sensación de que desayunaba protocolos, comía bailes y cenaba recepciones. Sabía que todo aquello era necesario, por estúpido que le pudiera parecer. Tenía unas pocas semanas para aprender lo que una mujer noble sabía casi desde la cuna y, precisamente por su origen plebeyo, sabía que sería juzgada sin piedad y que cada pequeño error que cometiera se magnificaría hasta el infinito.

De hecho, era consciente del desprecio mal disimulado con el que algunos de sus preceptores y camareras la trataban. Bajo su «por favor, excelencia» y su «excelencia, si eres tan amable» se agazapaba un ligero sonsonete de burla más hiriente que el roce de un puñal.

Solo un poco más, se decía. Un poco más y ya veremos quién está en situación de burlarse de quién. Pero el «poco más» parecía una eternidad.

—¿En serio fuiste ladrón?

Conan sonrió.

—No es lo peor que he sido. De joven deambulé por el norte, por Cimeria, donde nací. —Zenobia se preguntó si él sería consciente del modo en fruncía el ceño cada vez que mencionaba su tierra natal—. Y luego por Asgard y por Hiperbórea. De ahí me fui a Zamora y aprendí a robaros a los civilizados. No era muy difícil. A veces me he preguntado si en alguna parte de mi árbol genealógico no habría algún shemita. Al fin y al cabo, Bel, dios de los ladrones, procede de tierras shemitas y siempre me favoreció, especialmente en los momentos más apurados. En Nemedia me resultó más fácil aún aligerar a los hibóreos de sus posesiones. Sí, querida, he sido ladrón y muchas otras cosas. He vendido mi espada más veces de las que puedo recordar, tanto que si hay dioses en el inframundo deben de estarme agradecidos por todas las almas que les he enviado. He sido caudillo zuagir y pirata en el mar de Vilayet y atamán de los kozaki, incluso pirata de las islas Baracha. Y muchas otras cosas.

—¿Cómo qué?

Conan la miró con desconfianza.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Por qué no?

—Porque a lo mejor resulta que no soy lo que esperabas.

—Claro que no lo eres, mi amor. Nunca lo has sido. Esa es la mejor parte.

Conan sonrió y se tendió de espaldas. Apoyó la cabeza en las manos

entrelazadas y miró al techo.

—Piensa en cualquier oficio, honrado o fuera de la ley, y seguramente lo he ejercido. Excepto trovador y traficante de esclavos. No tengo oído para lo primero ni carácter para lo segundo. He guiado ejércitos en tierras hibóreas y he sido caudillo de una tribu de negros en el sur. Comandé hombres en el lejano oriente. Y también fui primer oficial de un navío de Corsarios Negros, la *Tigresa*…

Zenobia se incorporó de repente.

—¿La *Tigresa*? ¿El barco de Bêlit? ¡Amra!

Se echó hacia atrás de un salto, como si algo la hubiera mordido. Conan, ceñudo, se sentó en la cama.

—Sí. Fui Amra con Bêlit —dijo, muy despacio, sin apartar la vista del rostro de la joven—. Asolamos las costas de Argos, de Zingaria y de Estigia y durante tres años nuestro nombre impuso el terror en el corazón del mundo entero. No creo que queden muchos en el mundo que lo sepan, pero sí, Amra de la Costa Negra y Conan de Aquilonia son uno y el mismo.

Los ojos de Zenobia ardían con una llama feroz, tan intensa que Conan no estaba seguro de cómo interpretarla.

—Y fuiste su amante —dijo ella con voz ronca—. El león que amaba a la diablesa.

Una sonrisa torcida y lobuna asomó al rostro de Conan, aunque seguía sin estar del todo seguro de lo que pasaba.

—Te lo dije. No soy lo que esperabas.

Muy despacio, ella volvió a acercarse a él. Se sentó en su regazo y recorrió con la yema de los dedos las cicatrices del rostro del cimerio, algo que hacía con cierta frecuencia. Sus ojos lo miraban como si lo vieran por primera vez, como si hasta aquel mismo momento el verdadero rostro de Conan hubiera estado oculto por una máscara que había caído de repente.

—Yo ni siquiera había nacido cuando ya eras una leyenda —susurró Zenobia. Hablaba muy despacio, paladeando cada palabra—. De niña soñaba con ser Bêlit, con recorrer los mares a mi antojo acompañada de Amra, con ser libre y…

—Fue mucho menos romántico de lo que parece —la interrumpió Conan —. Había sobre todo trabajo y sudor. Y sangre, quizá demasiada, por Crom, sobre todo al final. Pero era una buena vida. O lo fue mientras ella estuvo conmigo. —Una expresión burlona cruzó su rostro—. Apenas tenía veinticuatro años entonces y ya me creía que lo sabía todo de la vida.

Ambos guardaron silencio, cada uno sumido en sus propios recuerdos. Conan, sin duda, embriagado en la rememoración de la tigresa shemita que había sido su primer amor. Lo que recordaba Zenobia era mucho menos agradable, aunque el cimerio no tenía modo de saberlo: el momento en que su padre, para pagar sus deudas, la vendió a un mercader shemita y salió de

Messantia para no volver más. Tenía solo doce años y poco más de uno después la compraba uno de los mayordomos del palacio de Belverus para el serrallo real.

—Fuiste mi fantasía antes de conocerte —murmuró, ahuyentando aquellos recuerdos de un manotazo—, cuando no eras más que Amra, el amante de Bêlit. Y lo volviste a ser cuando te vi entrar años después en Belverus con tus caballeros como rey de Aquilonia. Y todo este tiempo resultó que erais el mismo hombre. ¿Crees en el destino?

Conan meneó la negra melena.

—Creo en mí, en el poder de mi brazo y en lo que pueda conseguir por mí mismo —dijo—. El destino es la excusa que ponen quienes han fracasado para justificar su falta de agallas.

Zenobia frunció el ceño.

—Pero, ¿puede el azar ser tan…?

—¿Por qué no? —replicó Conan—. He visto muchas cosas a lo largo de mi vida, demasiadas para creer mucho en dios alguno. Y si existen, son como nosotros, sujetos al mundo y regidos por las leyes del mundo: nacen y se les puede matar. Nosotros mismos forjamos nuestro destino.

Zenobia se mordió el labio y una expresión lúgubre cayó sobre su delicado rostro.

—A veces lo forjan los demás —dijo, en voz muy baja—. Yo no elegí ser vendida como esclava cuando mi padre no pudo pagar sus deudas.

Apretaba los dientes y hablaba con rabia. Conan la miró confuso, sin comprender del todo lo que había ocurrido. Toda su vida se había abierto paso por las dificultades a golpe de espada, a base de agallas y determinación. Y de un modo u otro, se había salido con la suya. Nunca había soportado a aquellos que abusaban de su poder y se ensañaban con los más débiles, pero al mismo tiempo su capacidad de compasión era limitada para con aquellos que no tenían fuerza suficiente para hacerles frente.

Sin embargo, allí estaba aquella mujer: fuerte, inteligente, decidida. Aquella mujer que lo amaba y lo había sacrificado todo para salvarlo sin pensar en el riesgo que estaba corriendo. Una mujer que un día había sido una niña indefensa cuyo destino no había sido forjado por ella, sino por los errores y las mezquindades de los demás.

¿Acaso no se podía decir otro tanto de él?, se preguntó de repente, como si nunca hubiera considerado antes aquella cuestión. Sin su determinación, sin su empecinamiento, sin su tozuda negativa una y otra vez a darse por vencido, no habría llegado a donde estaba, cierto. Pero no lo era menos que de no haber sido por un cúmulo de circunstancias sobre las que no tenía el menor control, ahora mismo podría estar pudriéndose en una mazmorra en Belverus, convertido en un juguete desmadejado para diversión de Xaltotun. De no haber sido por Zenobia, sin ir más lejos, ni siquiera habría logrado escapar de

la celda. ¿Quién había forjado entonces su destino?, se preguntó. ¿Él mismo o los demás, o quizá un dios terco y caprichoso que de algún modo lo favorecía una y otra vez? ¿O todo eso junto? ¿O no era todo, más que pura cuestión de suerte?

Se sintió incómodo consigo mismo por primera vez en su vida. Alzó la vista y la clavó en el rostro de Zenobia, que seguía apretando los dientes y respiraba muy lentamente, como si cada bocanada fuera lo más importante del mundo.

Poco a poco se fue calmando y cuando bajo de nuevo la vista y miró a Conan parecía tranquila y en paz, pero algo brillaba en lo más profundo de sus ojos.

Cuando Conan entró en los aposentos de Zenobia la tarde siguiente, la descubrió dándole una patada a un pequeño taburete mientras maldecía entre dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó, temeroso de que fuera consecuencia de lo ocurrido entre ellos la noche anterior.

Aún se sentía confuso al respecto: las palabras y la actitud de Zenobia le habían hecho cuestionarse muchas de las cosas que siempre había creído y de pronto se encontraba en una tierra de nadie en la que no parecía haber puntos cardinales.

Sin embargo, la reacción de la joven al verlo lo convenció de que su mal humor no tenía nada que ver con él. Todo rastro de furia desapareció de sus facciones y el rostro se le iluminó con una sonrisa mientras saltaba hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo.

Ella dudó, insegura de qué contarle. Acabo por decidirse y dijo:

—Toda esa gente. Los preceptores, los maestros de ceremonias, los árbitros de la elegancia, los expertos en protocolo… —Él asintió—. No lo dicen y me tratan con la mayor de las cortesías, pero sé que me desprecian. Bajo cada una de sus palabras…

—Comprendo —dijo él.

Al fin y al cabo, había experimentado lo mismo al ascender al trono. Un bárbaro sentado en el trono del león, pisando con sus toscas sandalias los mármoles pulidos de la sala de audiencias. Ah, sí, claro que comprendía cómo se sentía Zenobia. Cuantas veces había deseado blandir la espada y limpiar el salón del trono de aquella escoria. De no haber sido por la ayuda de Pallantides y de Trócero…

—No durará mucho, querida —dijo.

—Lo sé. Me lo digo a mí misma una y otra vez. Pero mientras tanto…

Conan asintió.

—Necesitas a alguien. No, no a mí. En este caso me temo que soy inútil.

Pero creo que conozco a la persona perfecta.

La condesa Albiona era algunos años mayor que Zenobia, pero sus edades eran lo bastante cercanas para que ambas pudieran compartir unos referentes comunes. También era increíblemente hermosa y la futura reina no pudo por menos que preguntarse si en alguna ocasión habría compartido el lecho del que iba a ser su esposo.

Aristócrata de cuna, Albiona había sido, sin embargo, una de las más firmes partidarias de Conan desde el principio. De hecho, había estado a punto de perder la vida por serle leal durante el breve periodo en el que Valerius le había arrebatado al cimerio la corona con ayuda de Xaltotun, el brujo de Aqueronte.

Si había una persona perfecta para que Zenobia se integrase con buen pie en la nobleza aquilonia era sin duda Albiona. Donde iba la joven condesa, los demás la seguían y su opinión era aceptaba sin ponerla jamás en duda. Sostener en público una opinión contraria a la de Albiona era peor que cometer alta traición: era de mal gusto. La condesa, que debía a Conan su vida, entre otras cosas, tomaría el encargo de su rey como algo personal y, con independencia de sus simpatías o antipatías, se encargaría de que nadie volviera a mirar a la futura reina por encima del hombro.

Lo cierto es que las dos jóvenes congeniaron casi desde el primer momento. Ambas sentían una enorme curiosidad por la otra, y eso ayudó a romper el hielo enseguida. Albiona consiguió hacer llevadera la segunda semana de educación real de Zenobia y casi logró volver placentera la tercera.

No tardaron en intercambiarse confidencias, como si fueran amigas de muchos años. Era inevitable que el rey asomara más tarde o más temprano a sus conversaciones. A decir verdad, fue más bien temprano, pues Zenobia no aguantó mucho tiempo sin satisfacer su curiosidad.

—Ah, no —fue la respuesta de la joven aristócrata—. Nunca ha habido nada entre el rey y yo. Sin duda es atractivo a su feroz manera y, si mis inclinaciones fueran otras, no me cabe duda de que habría sucumbido a sus encantos. Aunque fuera el caso, no debes preocuparte por ello. Eso sería tan solo el pasado. Y es evidente para cualquiera que ahora solo tiene ojos para ti.

Zenobia no le preguntó qué inclinaciones eran aquellas, aunque no le costó mucho imaginarlas, teniendo en cuenta que la joven condesa seguía soltera a una edad en la que la mayoría de las nobles llevaban tiempo casadas. Dado que no era un problema de fortuna ni, evidentemente, de atractivo físico, el motivo por el que Albiona seguía soltera tenía que ser otro.

—¿Seguro? —preguntó Zenobia medio en broma, medio en serio—. ¿No ha visitado el serrallo real desde mi llegada?

Albiona abrió mucho los ojos.

—¿Compartís lecho todas las noches y aún te preguntas si el rey anda esparciendo su simiente por el serrallo?

—Vitalidad para ello no le falta.

—Estoy segura de que no. De todos modos, no debes preocuparte. Desde que Conan es rey no hay serrallo real.

—¿Cómo?

—Fue una de las primeras cosas que hizo cuando… cuando ascendió al trono. Dijo que jamás había tomado una mujer contra la voluntad de esta y que no iba a empezar a hacerlo ahora, por muy rey que fuera. Les dio a todas una generosa dote y las ayudó a empezar una nueva vida. Si antes de que se fueran se divirtió con alguna, como he llegado a oír, fue porque ella así lo quiso, de eso estoy segura.

Perpleja, Zenobia meneó la cabeza.

—Tengo que confesarte que eso fue una de las cosas que me convencieron de que sería un rey digno de mi lealtad —siguió diciendo Albiona—. Y he de decir que no me arrepiento de haber tomado esa decisión. El rey Conan es un hombre extraordinario, Zenobia. Estoy segura de que lo sabes.

Ella asintió.

—Claro que lo sé. Cómo no voy a saberlo. Qué otro habría hecho de una moza de serrallo su reina. Pero a veces…

—Es un bárbaro —la interrumpió la aristócrata—. Un cimerio. No sé qué significa eso exactamente y espero no tener que averiguarlo nunca, porque lo poco que he visto… —Se estremeció, tratando de apartar aquellos sombríos recuerdos de la memoria—. Mucho de lo que nosotras vemos normal para él resulta absurdo y mucho de lo que él encuentra natural para nosotras quizá sea aborrecible. Es violento y su ira es terrible. Pero nunca es injusto, no permite que otros paguen por lo que él ha hecho y jamás será cruel con alguien más débil solo por diversión. ¿De cuántos hombres civilizados puedes decir eso?

Zenobia no respondió. Recordó su conversación de unas noches atrás sobre el destino, y la reacción de Conan al ver cómo la afectaban sus palabras.

—Y aprende —añadió Albiona, como si hubiera visto algo en los ojos de Zenobia—. Sobre todo, aprende. A una velocidad escalofriante. Nunca dejará de ser lo que es. Pero al mismo tiempo, puede ser muchas otras cosas.

Faltaban dos días para la boda cuando Conan entró en los aposentos de Zenobia y, sin que mediara palabra, se postró a sus pies.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Vio como el enorme pecho se llenaba mientras tomaba aire muy despacio. Tenía los dientes apretados y un aspecto entre confuso y perdido que Zenobia no supo cómo interpretar.

—En toda mi vida jamás le he pedido perdón a nadie —dijo de forma

atropellada, temeroso de que sus palabras, de algún modo, se volvieran contra él—. Eres la primera persona a la que se lo digo. Quizá la última. Perdóname.

—¿Por qué? —preguntó ella, perpleja.

—Lo sabes. Al menos creo que lo sabes, o lo sospechas. Confieso que yo, sin embargo, no. Te herí la otra noche cuando hablábamos del destino, cuando afirmé que… No sé aún cómo ni de qué manera. Y no sé si llegaré a averiguarlo nunca. Somos tan condenadamente distintos…

Por primera vez Zenobia se dio cuenta de que en la negra melena de Conan asomaban algunas canas. Sin duda ya habían estado allí y simplemente no había reparado en ellas, pero por absurdo que fuera no pudo evitar el pensamiento de que era ella la responsable de su aparición.

—No tenemos por qué ser iguales, amor mío —dijo al cabo, mientras acariciaba con ternura las cicatrices del rostro de Conan—. Por Mitra, sería lo más aburrido del mundo si lo fuéramos.

A su pesar, Conan sonrió.

—Y tanto que sí —murmuró—. Como sea…

—Shhhh —dijo ella mientras se inclinaba hacia él y detenía sus palabras con la yema de los dedos—. No es necesario que digas nada más.

Lo besó muy despacio y, por primera vez desde que se conocían, él le devolvió el beso sin impaciencia.

Mientras los pajes terminaban de preparar el atuendo real, el rostro ajado de Pallantides asomó por la puerta. A Conan no se le escapó que no parecía muy contento con las noticias que traía.

—¿Qué ocurre, buen Pallantides?

—Perdona la interrupción, Majestad, sé que hoy tienes cosas más importantes en la cabeza. Pero el sacerdote de Asura insiste en verte y me dijiste que le diera paso franco a cualquier hora.

—¿Hadrathus? —Pallantides asintió—. Por Crom, ¿qué esperas? Hazlo pasar.

El tranquilo sacerdote entraba pocos minutos después en los aposentos reales. Caminaba con parsimonia, con el fantasma de una sonrisa benevolente en los labios y un brillo ligeramente pícaro en la mirada.

—Buenos días, Majestad. Permíteme que te felicite el día de tu boda. Estoy seguro de que…

—Ahórrame las galanterías, Hadrathus —le interrumpió el rey—. Aunque agradezco tus buenos deseos, seguro que no has venido hasta aquí solo para felicitarme. —Se volvió hacia uno de los pajes—. Un poco de vino.

El joven, nervioso por encontrarse ante el sumo sacerdote de Asura, se apresuró a obedecer. A Conan, habituado a vivir entre cien religiones distintas y a tratar con mil dioses diferentes, no le importaba gran cosa a qué adorasen

los demás en tanto no interfirieran con la vida pública, así que no comprendía del todo la actitud de buena parte de la población aquilonia, fieles a Mitra, hacia el culto de Asura. Aunque siempre se había preguntado si aquella desconfianza nacía del secretismo con el que los fieles de Asura tendían a llevar sus asuntos o si era la desconfianza de los demás, a menudo traducida en violencia, la que los había obligado a llevar sus asuntos en secreto.

El paje volvió con una bandeja. Hadrathus tomó la copa sin hacer caso del tembleque en las manos del joven y luego se acercó al rey.

—Tienes razón, Majestad, pero tengo noticias y me pareció que era el momento oportuno para transmitírtelas.

—Buenas, espero —dijo Conan mientras cogía su propia copa y daba un buen trago.

—No te habría molestado de no ser así. Siempre hay tiempo para las malas noticias. Las buenas, en cambio, es mejor darlas cuanto antes. Te alegrará saber que cierto brujo estigio ha sido convenientemente advertido de lo que le puede pasar si vuelve a inmiscuirse en los asuntos del Reino de Aquilonia.

Conan asintió y tomó otro trago.

—¿Y los hirkanios?

—El joven hashin volvió a su montaña convencido de haber llevado a cabo la tarea con éxito. No recuerda la noche que pernoctó en una posada junto a la frontera de Turán, ni la moza con la que se divirtió allí. Así que no sabe lo que lleva en el morral. Ni lo sospechará hasta que se lo entregue a su superior, el Viejo de la Montaña. En cuanto este… está a punto de recibir, o acaba de hacerlo, un mensaje que no le gustará nada, pero al que obedecerá. Kerim al Dashen es un hombre sabio. Consiguió que los hashin sobrevivieran pese a la determinación del rey Yezdigerd de acabar con ellos. Así que, aunque su primera reacción sea de rabia, predominará el sentido común y hará caso de nuestra advertencia. Los hashin dejarán de operar en territorio aquilonio.

—Pareces muy seguro.

—El futuro es un paisaje en perpetuo cambio, Majestad. Pero sí, en este caso estoy bastante seguro. Hemos tomado nuestras precauciones, por supuesto, en caso de que el estigio o Kerim no se muestren razonables. He movilizado a los fieles de Asura en los países adecuados… Sí, Majestad, hasta en Estigia tenemos alguno… Tendrán los ojos abiertos y actuarán si es necesario.

El rey terminó la copa y la depositó en la mesita junto al espejo. Sonrió.

—Buenas noticias, como bien dices. Las mejores para darle a alguien el día de su boda. —Se llevó una mano al cuello de la lujosa sobrevesta con el león de Aquilonia y se lo ajustó una vez más. Al igual que en las nueve anteriores, no quedó muy satisfecho con el resultado. Miró al sacerdote, quien solo esperaba la venia del Rey para irse—. Ven a la boda, amigo mío, es lo menos que puedo hacer por ti.

—No creo que sea buena idea. A aquellos de tus súbditos que adoran a Mitra no les gustará.

—Al cuerno con ellos. Fuiste tú quien me ayudó a salvar mi reino. Y hoy has vuelto a hacerlo. Ven.

—Si mi rey así lo quiere, así se hará. Pero deja que al menos me mantenga en un puesto discreto. Déjame pasar desapercibido.

—Como quieras. Créeme, te envidio. Pasar desapercibido no me vendría mal ahora mismo. Por Crom, he estado en cien batallas y he combatido tantos enemigos que ya no los recuerdo. Y nunca me han temblado tanto las piernas como hoy.

Dio media vuelta y vio a Pallantides en el umbral.

—¿Es la hora?

—Casi, Majestad.

—Búscale un sitio a Hadrathus en la ceremonia y en el banquete. —Contempló la mirada suplicante del sacerdote—. En un lugar lo más discreto posible.

Pallantides dudó unos instantes, a punto de decir algo. Se lo pensó mejor y acabó por asentir.

—Por supuesto. Buen Hadrathus, si me acompañas… El conde Trócero vendrá a buscarte en unos minutos, Majestad.

El consejero real y el sacerdote abandonaron juntos los aposentos reales. Conan se miró una vez más en el espejo y se ajustó de nuevo el cuello de la sobrevesta. Contempló la corona que descansaba sobre un cojín, a un lado del espejo. Sin poder contenerse, se echó a reír. No era la risa de un monarca o un caballero, sino las carcajadas feroces del hijo indómito de un herrero cimerio.

—¡No lo has hecho mal hasta ahora! —le dijo a la imagen que le devolvía el espejo—. Así que seguro que también sabrás salir de este atolladero.

La puerta se abrió y el conde de Poitain entró por ella.

—¿Preparado, Majestad?

—No estoy seguro, Trócero. Así que mejor lo averiguamos cuanto antes.

La boda se celebró tal como estaba previsto. Hubo, por supuesto, rumores sobre la reina plebeya que se casaba con el rey bárbaro. Ni el rey ni la reina se inquietaron demasiado por ellos y dejaron que fuera Pallantides quien se preocupara de lidiar con el asunto. Al fin y al cabo, esa era su labor, entre otras.

El sumo pontífice de Mitra celebró la ceremonia en un salón del trono atestado y luego los monarcas salieron al balcón para recibir el aplauso del pueblo, que se había congregado en la plaza. Zenobia había pasado por demasiado en su corta vida para creer que la adulación de la plebe era sincera; mas, a pesar de eso, no pudo evitar un estremecimiento ante el rugido de la

multitud. Ahora, allí, en aquel preciso instante, la emoción con la que los ovacionaban era real. Al día siguiente tal vez los vendieran al mejor postor y los escupieran camino del cadalso. Pero hoy, en aquel preciso instante, los querían con un amor irracional, absurdo e irrefrenable que Zenobia no pudo evitar devolver. Sintió que se le saltaban las lágrimas.

A su lado, un Conan sonriente se bañaba en la adulación de la multitud, pero no creía en ella. En sus poco más de cuatro años de reinado había habido tres conspiraciones para derrocarlo y dos de ellas habían tenido éxito. Quién sabía lo que le depararía el mañana.

Mientras presidía el banquete real, Zenobia se sentía como en una nube y una parte de ella estaba muy lejos de allí. Distante, sin perder la calma, contemplaba lo que había a su alrededor. Estaba donde no se había atrevido a soñar que estaría cuando por primera vez vio a Conan y le rindió en silencio su corazón. El impulso de una niña, comprendía, el sueño infantil de una niña raptada, violada y humillada, la fantasía tonta e imposible que la había mantenido en pie día tras día, que le había permitido seguir adelante y enfrentarse a la vida en el serrallo real.

Ni siquiera cuando volvió a verlo y, guiada por el mismo impulso, le salvó la vida y lo ayudó a escapar se atrevió a soñar que estaría donde estaba ahora. Cuando él le dijo que volvería por ella, ni siquiera se molestó en fingir que lo creía. Le había bastado su agradecimiento, sus besos rudos y apasionados y el deseo feroz que había visto asomar a sus ojos azules. Era suficiente, no esperaba nada más.

Pero había vuelto a buscarla. La fantasía se había hecho realidad. Si ella había rendido su corazón ante el rey bárbaro, este se había rendido ante Zenobia de un modo no menos incondicional. El cuento de hadas era de pronto real y la concubina se convertía en reina.

Había tenido miedo. Un miedo atroz a que el Conan real no estuviera a la altura del bárbaro indómito de sus fantasías. Sin embargo, había sido al revés, porque el hombre real tenía todo lo que había tenido el sueño y todo lo que este nunca había poseído. Era fiero, indómito, una bestia salvaje a medio domesticar, tal como ella había soñado una y otra vez en la soledad bulliciosa del serrallo. Pero nunca se había atrevido a fantasear con la ternura ruda y torpe con la que la trataba, con la indefensión que había en sus ojos cuando estaban a solas y ambos eran los únicos dueños de sí mismos.

No iba a ser fácil, lo sabía. No habría sido fácil sin el obstáculo añadido de la corona, pero con ella iba a ser aún más difícil.

Pero era posible. Le bastaba con girar la cabeza y contemplar la negra melena coronada a su lado para saber que era posible y que él estaba tan dispuesto a intentarlo como ella.

—¿En qué piensas? —preguntó Conan de repente, haciéndola volver de su distante trono de fría razón al bullicio del salón de banquetes.

—En el futuro —respondió ella.

Él asintió.

—Bien hecho. El pasado es una fulana ajada que tapa sus arrugas con cuentas de vidrio y adornos de pedrería.

—¿Y qué es el futuro? —preguntó ella con una sonrisa.

—Tú —respondió él, bajando la voz.

—Nosotros —replicó ella.

—Nosotros —asintió él.

*Soy fan de Robert E. Howard desde la primera vez que leí uno de sus relatos de Conan. Se trataba de «Nacerá una bruja» y estaba incluido en una antología llamada* Héroes bárbaros *compilada por un tal Hans S. Santesson. No solo disfruté de la habilidad con la que Howard usaba la elipsis y el estilo indirecto a lo largo del relato, sino con su estilo dinámico y su increíble sentido del ritmo narrativo.*

*Sabía que antes o después escribiría algún tipo de ficción howardiana. Lo que no me esperaba era acabar escribiendo una novela entera de Conan en la que narrase los tres años en los que este fue corsario en la Costa Negra. Pero así fue y el resultado se llamó* La canción de Bêlit.

*No fue lo único que escribí sobre Conan… aunque en realidad, este relato no es sobre el bárbaro. Un día empecé a preguntarme cómo sería Zenobia, la joven destinada a ser la mujer de Conan y, por tanto, reina de Aquilonia. Sobre todo, me preguntaba si la relación entre los dos funcionaría: al fin y al cabo, ella es producto de una civilización culta y sofisticada y Conan, por más que los años le hayan dado una pequeña capa de civilización, sigue siendo un bárbaro del norte. El deseo de explorar esa relación fue el origen de este relato.*

**2017**

# HISTORIA SIN CIUDAD

—¿Qué haces?

Como de costumbre, Sarai aparece de repente y lanza la pregunta en dirección a ninguna parte, como si no esperase respuesta alguna.

—Un nuevo edificio. —Me doy cuenta de que mis palabras despiertan su curiosidad.

—¿De qué tipo?

—Una iglesia.

Frunce el ceño. La pasada semana descubrió la religión y se empeñó en averiguarlo todo sobre el concepto. No le gustó demasiado.

—No necesitamos una iglesia.

—Entonces usadla para otra cosa —respondo—. Para jugar o como un museo o… yo qué sé, para lo que os dé la gana. —Sigue sin parecer muy convencida—. Échale un vistazo —insisto.

Despliego los planos y le muestro algunas fotografías antiguas que he escaneado hace un par de días. Veo asomar un brillo de interés a sus ojos, casi en contra de su voluntad. Intenta no parecer impresionada, pero sabe que no me engaña.

—Vale. Pinta bien. ¿Dónde vas a ponerlo?

Cargo el plano de la ciudad y se lo muestro.

—Ahí —digo—. En ese punto, en la confluencia entre la calle Marina y la calle Provença.

—Ahí no hay nada.

—Pero lo hubo. Y volverá a haberlo.

De nuevo frunce el ceño. Luego, sin añadir una sola palabra más, se desvanece. Sonrío y sigo trabajando.

La mañana transcurre tan rápido que es mediodía antes de que me dé cuenta. Voy hasta la nevera, pillo una lata de comida y un botellín de agua y me dirijo al tejado. Hace un hermoso día de otoño y el cielo está totalmente despejado, azul como un sueño lánguido. A mi espalda, lo que fue una vez el Parque

Nacional de Serra del Collserola no es más que una jungla enmarañada llena de sonidos inquietantes. Frente a mí, la ladera desciende hacia la ciudad en ruinas y muere junto al mar. El sol reverbera en las silenciosas aguas mediterráneas y a mi alrededor todo parece dormido.

Abro la lata y devoro su contenido con rapidez, sin pararme a saborearlo. Luego, engullo el agua fría de la botella casi de un trago. Meto la lata y la botella en una bolsa y, como cada tarde, compruebo el estado de los paneles solares. Todos parecen funcionar correctamente y, con un encogimiento de hombros, finalizo mi inspección.

Vuelvo al edificio. Sigo trabajando hasta que el crepúsculo llena de fantasmas inquietantes cuanto me rodea. Me incorporo, echo un largo vistazo a mi alrededor y decido ir a buscar a Sarai.

La ciudad es una gema delicada, una flor siempre a punto de florecer. Al principio, mucho antes de que dejara salir a mis hermanos y hermanas y les permitiera vagar por sus calles, no era más que un paisaje vacío, delimitado por el mar a un lado y las distantes montañas al otro. Sé que la ciudad original no tenía esas montañas, pero las añadí porque proveen un buen punto de referencia y vienen bien para trazar las fronteras.

Empecé con los primeros edificios hace cinco años y solté a mis hermanos y hermanas dos más tarde. Aún hay demasiados lugares vacíos y hago cuanto puedo para que eso no se note. Normalmente tengo éxito y mis hermanitos no son conscientes de que falte nada en el paisaje. Para ellos la ciudad está completa, y siempre lo ha estado.

Aunque no para todos, claro.

Sarai es diferente. Siempre reconoce los lugares vacíos y es consciente de la existencia de edificios nuevos en el mismo momento en que los añado. Como ejemplo, sus palabras de esta mañana: Nadie se ha dado cuenta nunca de que entre Marina y Provença haya un hueco, de que el lugar donde una vez estuvo la Sagrada Familia ahora no es más que un solar vacío cubierto de ruido y oscuridad.

No permanecerá así mucho rato, me digo.

—Llegas tarde —dice Sarai en cuanto aparece de pronto a mi lado.

—Y tú temprano —respondo.

Sonríe, aunque mis palabras son las mismas que las de la noche pasada y la noche anterior a esta. Como de costumbre, tiene el aspecto de una adolescente de enmarañado pelo naranja y maliciosos ojos verdes. Es alta, un poco más que yo mismo, y parece escuálida a primera vista, pero esa impresión no tarda en desvanecerse. Sus pómulos se marcan con fuerza y su mandíbula, terca y

precisa, siempre tiembla un poco cuando está a punto de reconocer que se ha equivocado.

Paseamos en silencio por las oscuras calles. Esta parte de la ciudad está casi vacía y es como si la Luna jugara al escondite con los elevados edificios. Descendemos hacia Vía Augusta y luego giramos a la derecha por Montaner hasta llegar a la Avenida Diagonal. Distinguimos diversos grupos de personas aquí y allá; algunos en corros, discutiendo con vehemencia algo que no logramos oír, y otros paseando sin prisa y deteniéndose cada poco. A mi izquierda diviso la calle Provença, pero hago como si fuera a seguir de frente y no tuviera la menor idea de adónde nos lleva Sarai. Me toma del brazo, impaciente, y modifica mi rumbo. Sonrío y me doy cuenta de que a ella le está costando no sonreír a su vez.

Ya estamos aquí. No hay mucha gente por los alrededores y los pocos transeúntes son incapaces de ver el hueco vacío que Sarai y yo contemplamos. Un racimo de nubes oculta de repente la luna y el mundo entero se convierte en un lugar abandonado y frío. El momento pasa tan rápido como ha llegado y no tengo muy claro si no me lo habré imaginado. Seguramente ha sido un pequeño fallo en el sistema, me digo. Tendré que comprobarlo después.

—¿Sabías que la Sagrada Familia original no se terminó nunca? —pregunta Sarai, que no parece haber notado nada raro.

Asiento. Así que ha estado leyendo la base de datos, tal como esperaba.

—¿Y sabías que fue financiada con aportaciones privadas?

Asiento de nuevo. Las preguntas de Sarai no me pillan por sorpresa; las esperaba desde esta mañana. No me cabe la menor duda de que se ha pasado la mayor parte del día recopilando información y de que cada nuevo dato que ha descubierto ha ido aumentando su curiosidad.

—Pero no quiero que sea una iglesia —dice. Su voz es ahora firme, afilada, como si se preparase para una larga batalla.

—Pues entonces, no lo será.

Se detiene como si hubiera tropezado, como si hubiera empujado con demasiada fuerza una pared que no está ahí.

—Vale —dice mientras frunce el ceño.

Supongo que está esperando que se cierre la trampa a su alrededor. Pero no hay trampa alguna.

—Estupendo —digo—. ¿Seguimos paseando?

Sin estar completamente convencida de su victoria, asiente. Saboreo el momento. Sorprender a Sarai no es algo que consiga a menudo. Da un par de pasos, se detiene de pronto y se vuelve hacia mí.

—En cierto modo, el edificio les pertenecía a todos —dice—. Al menos a todos aquellos que lo financiaron. Estaría bien conseguir algo parecido con este.

—Claro —respondo—. Podemos lanzar una petición pública para que la

gente done…

—No, eso no. Dinero no. Algo más personal.

—¿El qué?

—Su trabajo. Deja que construyan el edificio, que caven los cimientos, alcen las paredes, decoren… Deja que lo construyan con sus propias manos.

Ahora soy yo el que es tomado por sorpresa. ¿De dónde saca esas locas ideas? Pienso en ello un momento. Me gusta, pero…

Sarai se me queda mirando. Parece nerviosa, casi ansiosa, como si su futuro dependiera de mi respuesta.

Considero con calma su propuesta. Me gusta la idea, pero al mismo tiempo implica cambiar todo cuanto nos rodea. Hasta ahora, mis hermanitos han estado viviendo en un presente perpetuo, sin recuerdos del pasado ni deseos de un futuro. Lo que Sarai me propone lo cambiará todo. El proceso de construcción llevará meses, quizá años. Los ciudadanos verán la Sagrada Familia crecer ante sus ojos y tendrán un punto de referencia que les mostrará el paso del tiempo. Serán conscientes del pasado. Podrán imaginar el futuro. Cambiarán, crecerán, envejecerán…

Nava volverá a ser igual.

¿Pero no es eso exactamente lo que los Progenitores pretendían cuando me dejaron al cargo de todo esto? Antes o después mis hermanitos tendrán que abandonar su presente eterno y empezar a vivir una vida real.

¿Ha llegado el momento?

La respuesta me aguarda en los ojos verdes de Sarai.

Sabía que este momento llegaría, pero me había gustado que fuera más tarde. Cuando yo fuera más viejo, quién sabe si más sabio.

Pero lo que ha propuesto Sarai tiene todo el sentido del mundo. Es el siguiente paso lógico. El único paso que puedo dar, de hecho. Hace tiempo que lo sé, aunque lo he ido posponiendo una y otra vez.

Es una de las primeras cosas que me dijeron los Progenitores cuando empezaron a entrenarme:

—Para que su vida sea real, deben tener un pasado y un futuro. Deben crecer, envejecer. Y deben morir.

Recuerdo con claridad los rostros solemnes de los cinco.

—Llegará un momento en que estarán listos para ello. Tendrás que decidir cuándo.

¿Ha llegado ese momento? Una parte de mí insiste en que no, en que no están listos y es demasiado prematuro. Pero hasta esa parte sabe en el fondo que me estoy mintiendo y que llevan tiempo estando preparados.

Contemplo las nubes perezosas desde el tejado. A mis pies, los arbustos, la hierba y los árboles se extienden hasta donde alcanza la vista, los nuevos

dueños de lo que fue una ciudad, ahora una jungla que extiende sus brazos alrededor de los restos de un cadáver. Termino el almuerzo y tomo una decisión.

Adiós, Sarai, pienso mientras vuelvo al interior. Adiós, mi chiquilla terca, mi dulce niña inocente y maliciosa. En un parpadeo te convertirás en una mujer adulta y tu mente se llenará con cientos de pensamientos e ideas mucho más interesantes que pasear conmigo.

El resto del día lo paso revisando mis cálculos e implementando nuevos algoritmos. Los compruebo con el máximo rigor posible y cuando me convenzo de que todo está correcto, detengo la ejecución de la ciudad y espero mientras el sistema graba una copia de seguridad de su actual estado.

Todas las luces están verdes. Todo está preparado. Cargo los nuevos algoritmos y los integro en el sistema. Espero unos pocos segundos que se me hacen eternos con el dedo sobre la tecla de lanzamiento y finalmente la pulso con una rabia desesperada que se desvanece en una silenciosa resignación.

La ciudad se está ejecutando de nuevo. Sus ciudadanos despiertan sin ser conscientes de que han estado dormidos. Sus relojes empiezan a contar el tiempo. Empiezan a vivir.

La primera vez que me conecté al mundo digital y jugué con mis hermanitos digitales no era más que un niño. Fue asombroso. De pronto, no estaba solo, había otros niños y niñas como yo y podía jugar con ellos. Todo cuanto me rodeaba parecía más real que el mundo de carne y hueso, más vívido, más intenso. Mis hermanitos eran poco más que bebés y estaban llenos de curiosidad, ansiosos por aprender. Mi llegada fue para ellos como un regalo de cumpleaños. Conocían a los Progenitores, por supuesto, pero la distancia con ellos era demasiado grande. Yo podía interactuar con mis hermanitos de un modo mucho más eficaz que un adulto.

En cuanto volví al mundo de carne y hueso le pregunté a Aurora por qué no podía quedarme allí para siempre. Ella menó la cabeza antes de decir:

—Podrías. Pero entonces no nos ayudarías a desarrollar a tus hermanitos.

Confieso que, en aquellos momentos, eso no me pareció demasiado importante. No era más que un crío ignorante que no tenía la menor idea de lo que era importante y lo que no.

—Además, si vas a residir permanentemente en el mundo digital, no podrás recordar quién eres.

No lo entendí.

—El sistema tiene salvaguardas para impedir ciertas cosas. Entre otras, para impedir que una persona de este mundo lleve sus prejuicios con él. Si vas a ser un residente permanente, los recuerdos de tu yo digital serán borrados y solo quedarán tus pautas de personalidad.

—No quiero olvidar lo que sé.

—También olvidarías quién eres.

La convocatoria pública para construir la Sagrada Familia ha sido un éxito enorme. De los cuatrocientos ciudadanos que hay, da la sensación de que hasta el último de ellos está en el solar cavando y preparando los cimientos.

Sarai está entre ellos, por supuesto. Aún pasea conmigo por las tardes y al anochecer, pero ahora recorremos calles llenas de gente ansiosa por celebrar su existencia. Y la construcción del nuevo edificio se convierte siempre en el principal tema de conversación.

No es que hubiera esperado algo distinto, aunque eso no hace que duela menos.

Me doy cuenta de que Sarai lo nota y que intenta contener su entusiasmo, pero su éxito es limitado. Se siente feliz e ilusionada como nunca antes la he visto. ¿Y por qué no? Está viva de verdad por primera vez en toda su vida.

Las semanas van transcurriendo y nuestra relación vuelve a la normalidad… más o menos. Algo se ha perdido, pero lo que queda es suficiente, al menos de momento.

El establecimiento de los cimientos avanza a buen ritmo y tener algo que crear juntos les da a los residentes una sensación de comunidad, de pertenencia, que antes no tenían. Debería sentirme satisfecho, exultante. El proyecto ha alcanzado una nueva fase y tengo la sensación de que los ciudadanos estarán listos para valérselas por sí mismos enseguida.

Pero no es así como me siento. No me importa que ya no me necesiten, pero no soporto la idea de que algún día Sarai sea capaz de apañárselas por sí misma y yo me convierta en un mero apéndice; agradable, pero no esencial, quién sabe si molesto en ocasiones.

A veces tengo la sensación de que me lee la mente. Hay momentos en los que parece a punto de decir algo, pero siempre cambia de idea y las palabras que flotaban en sus labios se desvanecen en el frío aire nocturno sin dejar el menor rastro.

Apenas queda tiempo para nada que no sea trabajar. Paso las mañanas en el mundo de carne y hueso luchando contra bifurcaciones inesperadas en el código y trazando los distintos módulos de programación en busca de errores. Todo parece funcionar correctamente, pero como solía decir uno de los Progenitores (ya no recuerdo si fue Carles o Roberto): «Todo funciona a la perfección un nanosegundo antes de que deje de hacerlo».

Así que no me relajo. Sigo trabajando duro, más de lo que lo he hecho en mi vida. Hay cientos de miles de líneas de código, algunas de ellas escritas en

lenguajes de programación obsoletos y casi ininteligibles, y la integración de todo ello en el sistema parece a veces un árbol de Navidad diseñado por un ingeniero borracho.

Es lógico, pues buena parte de lo que ahora forma parte del sistema fue diseñado originalmente para otras tareas. Es un milagro que los Progenitores se las apañaran para ensamblarlo y conseguir que funcionase. No soy más que un enano a lomos de gigantes, algo de lo que soy muy consciente.

Transcurre otra semana y me permito relajarme mientras intento disfrutar de esta nueva fase del proyecto. Todo parece marchar bien. Los cimientos casi están listos y Sarai y yo estamos satisfechos del modo en que todo se desarrolla… aunque la satisfacción no es del todo real, al menos en lo que a mí respecta.

Pero hemos encontrado un terreno común cuando paseamos y hablamos. Nos engañamos a nosotros mismos y nos decimos que nada ha cambiado; y aunque es una ilusión, de momento es suficiente.

Recuerdo la última vez que hablé con Aurora. Ella estaba en la cama que no tardaría en convertirse en su sudario. Tenía la cabeza y un brazo conectados al autodoc, cuyas luces parpadeaban de un modo frenético y pasaban rápidamente del verde al rojo. Aurora era la última de los Progenitores que seguía con vida y era increíblemente vieja, quizá la persona más vieja del mundo, o eso pensaba yo. Quién sabe, tal vez tenía razón. El autodoc llevaba una semana entera intentando mantenerla con vida, pero ya no podía hacer mucho más.

Me miró y dijo:

—Ahora tendrás que apañártelas por ti mismo.

Asentí. No podía hablar. ¿Qué podría haberle dicho? Las palabras no tenían sentido alguno en aquellos momentos.

—Tengo que irme, mi niño. Ya es hora de que descanse.

Noté las mejillas humedecidas por las lágrimas, pero no hice nada para limpiarlas.

—Adiós, mi dulce príncipe —dijo. Sus ojos verdes me miraron una última vez—. Hasta que volvamos a vernos.

Aquellas fueron sus últimas palabras. En un momento sus ojos me miraban con algo que me gusta pensar que era amor y al siguiente no eran más que dos canicas de vidrio frio.

Aquel día me quedé solo en el mundo de carne y hueso. Para siempre, o eso pensaba.

—¡La! ¿Alguien?

Es una voz joven y suena casi risueña. Me digo a que me estoy imaginando cosas, hasta que una silueta se recorta contra el marco de la puerta, a contraluz del día. Parpadeo y meneo la cabeza.

Estoy despierto y no es ninguna alucinación. Es otro ser humano. Un ser humano de carne y hueso.

Imposible. La guerra y la epidemia de infertilidad de la posguerra acabaron con todo… O eso me aseguraban los Progenitores una y otra vez, aunque Aurora admitió cierto día que no era más que una suposición. Creían que la extinción en masa era la consecuencia más probable, pero no tenían modo alguno de saberlo con certeza.

Me pongo en pie y me las apaño para decir:

—Hola. Pasa, *benvingut*.

Mi voz suena áspera. Ha pasado mucho tiempo desde que la usé en el mundo de carne y hueso. Parece la voz de un anciano. De un anciano borracho, me digo, y apenas puedo evitar una risita entre dientes.

—¡Guá! ¿Real?

Aumento la intensidad de la luz y dejo que me examine a placer.

—Entra —le dijo—. Bienvenido.

Aún duda. De pronto, se inclina ante mí y dice:

—Tus días de alegría y tus noches de placer.

Parece esperar algún tipo de respuesta de mi parte.

—Gracias —contesto—. Te deseo lo mismo. No conozco las palabras apropiadas, lo siento.

Sonríe al mismo tiempo que da un paso al interior y lanza una mirada de asombro a su alrededor. Ahora que no está a contraluz me doy cuenta de que, en efecto, es muy joven, diría que casi diez años más joven que yo. Tendrá unos diecisiete como mucho. Sus facciones son agradables y sinceras y apenas tiene vello facial. Una pelusilla rubia emborrona su mandíbula y su labio superior y el pelo se desparrama sobre sus hombros como una cascada de oro.

—Fabri —dice, señalándose.

—Abraham —respondo, tras suponer que me ha dicho su nombre.

—De Novuporti. Tres días de pies desde aquí.

—No… no vengo de ninguna parte. Esta es mi casa.

Me doy cuenta de que mis palabras lo pillan totalmente por sorpresa.

—¿Nacimiento aquí, en Barslona?

No corrijo su pronunciación. ¿Para qué?

—Así es.

—Ahhh… no, imposible. No tan viejo. No tan viejo como viejo mundo.

Sonrío y meneo la cabeza.

—Cierto, no lo soy. Pero mis padres sí.

Parece fascinado, no solo por mis palabras sino por todo lo que le rodea. Es como un niño en una tienda de golosinas. De hecho, es un niño, de la

misma edad que Sarai.

—Viaje para adulto más interesante que previsiones —me dice, entusiasmado—. Incredulidad a la vuelta de los míos.

—¿No esperabas encontrar a nadie?

—¡No nunca! ¡Barslona, ruinas viejo mundo! Nada vivo aquí. Solo fantasmas y espectros. —De pronto se muerde el pulgar y escupe en la palma de la otra mano—. ¿Fantasma tú?

Me echo a reír.

—No, solo un hombre, como tú —respondo.

Se me acerca, no del todo convencido. Alarga un brazo y toca mi rostro. Dejo que lo haga e intento mantenerme lo más inmóvil posible. Termina su inspección y asiente, convencido por fin.

—Sí, hombre. Sudor y respiración, no fantasma.

Sonrío del modo más tranquilizador posible y él me devuelve la sonrisa. De pronto veo un brillo peculiar asomar a sus ojos.

—¿Sexo tú y yo? —pregunta, indeciso.

—¿Así, sin más? ¿Es lo normal entre los tuyos cuando conoces a un forastero?

—A veces. Así seguro no fantasma.

—Comprendo. ¿Por qué no? Sígueme.

—El complejo fue creado como parte del esfuerzo de guerra —me dijo Aurora en cierta ocasión. Estábamos solos. Sospecho que no me habría dicho nada de haber habido algún otro Progenitor en la habitación. No les gustaba hablar de los viejos días, salvo a Aurora. No había temas prohibidos con ella—. Creábamos drones y robots más rápidos y versátiles que los del enemigo. Aprendíamos a moldear el ADN y manipularlo como si fuéramos músicos virtuosos tocando un instrumento. Desarrollábamos algoritmos más complejos y eficaces de lo que nadie podía imaginar.

Se detuvo y me miró directamente a los ojos, como si quisiera asegurarse de que la entendía, de que no se me escapaba nada de lo que me estaba diciendo. Me quedé muy quieto y ni siquiera parpadeé.

—Por eso no podíamos irnos. Cuando todos huyeron, cuando el mundo se vino abajo y no quedaba nada por lo que vivir, no nos dimos por vencidos. No podíamos. Lo que habíamos conseguido…

Señaló la línea de servidores, llena de lucecitas parpadeantes. Sus ojos verdes se humedecieron.

—Están vivos. Piensan. Son personas. No son tan solo información, no son un puñado de ceros y unos en un flujo de datos. Nadie pretendía crearlos, pero nacieron. Existen. Son nuestros hijos. No, no míos o de los otros Progenitores. Son los hijos de la humanidad. Heredarán el mundo y, con un

poco de suerte, no cometerán nuestros errores.

No tengo la menor idea de la edad que tenía entonces. Los cinco Progenitores me parecían increíblemente viejos cuando era un niño. Pero sin duda era vieja, muy vieja. ¿Noventa? ¿Cien? Quizá más. Ella y los demás habían estado trabajando por su cuenta durante muchos años, intentando criar y hacer crecer a aquellos niños digitales que habían creado por accidente. Luego, en sus últimos años, crearon un niño de carne y hueso. Yo.

Era muy vieja. ¿Lo seré yo algún día? ¿Duraré tanto tiempo?

Está durmiendo. Lo miro y me pregunto qué estará soñando. Es tan joven, apenas un niño, y en cierto modo me recuerda a Sarai.

Se da la vuelta y su rostro se encara con el mío. En sus labios aletea una sonrisa y su respiración es tranquila y regular. ¿Qué clase de persona es capaz de dormir así en presencia de un desconocido? ¿Qué clase de sociedad crea gente como él, tan confiados, tan inocentes?

Hemos estado hablando después del sexo. Sentía curiosidad por mí y por este lugar, por supuesto. Me dijo que no esperaba encontrarse a nadie en la antigua ciudad, solo ruinas y tal vez fantasmas. Le conté algo, no gran cosa, nada importante; mientras hablaba me di cuenta de que no apartaba la vista de las luces parpadeantes de los servidores. ¿Qué son?, quiso saber. Máquinas, respondí. ¿Qué clase de máquinas?, quiso saber. Máquinas que almacenan información, respondí.

Su curiosidad no parecía tener límites, pero fue lo bastante educado para contenerla cuando a mi vez le pregunté por él y los suyos.

Son poco más de ciento cincuenta, me dijo, aunque un viajero procedente del sur les dijo, hace cinco años, que había una comunidad de unas quinientas personas a orillas del Guadalquivir. Aquella visita fue, en su momento, lo más excitante que Fabri y su gente habían experimentado en varias generaciones. Son una comunidad agrícola y han perdido la mayor parte del conocimiento tecnológico del viejo mundo. Fabri recuerda que solían tener luz eléctrica cuando él era niño, pero que un día dejó de funcionar y nadie supo arreglarla.

No me atreví a preguntarle si había muchos jóvenes entre los suyos o él era una excepción. Sin duda habría encontrado extraña la pregunta y lo último que quería era despertar sus sospechas. Me digo que son muy pocos para ser genéticamente viables e intento convencerme de que, aunque su fertilidad fuera como antes de la guerra, no hay motivo alguno para preocuparse.

Pero estoy preocupado, claro que sí.

Lo contemplo una vez más mientras duerme y juego con la idea de convencerlo para que se quede y me ayude. Podría enseñarle lo que sé y sería muy gratificante tener un compañero después de todos estos años, alguien que pueda compartir mis objetivos, alguien con quien hablar, alguien a quien

acariciar…

Pero no me atrevo. Es un riesgo que no puedo correr.

Es inocente. No pretende causar daño. No es más que un niño ignorante y entusiasta, ansioso por aprender y por descubrir nuevos lugares, no muy distinto de mis hermanos digitales. Y cuando vuelva a su comunidad les contará a los demás lo que ha encontrado en la antigua ciudad de Barslona y…

No puedo permitirlo.

Los Progenitores fueron muy claros al respecto. La viabilidad del proyecto se basa en el secreto. Los seres humanos no deben saber que son una especie agonizante, y mucho menos aún que van a ser reemplazados.

—Si hay supervivientes, no deben saber lo que hacemos aquí —me dijo Aurora una y otra vez—. Al menos no durante los próximos mil años, suponiendo que sobrevivan tanto.

La veo frente a mí como si de verdad estuviera aquí. Su piel es como un viejo mapa de carreteras y le tiemblan las manos, pero los ojos verdes no han perdido el brillo de la juventud.

Tiene razón. Nadie debe saberlo.

Y sé muy bien lo que tengo que hacer.

Muy despacio, poso las rodillas en sus hombros, me inclino hacia él y paso las manos alrededor de su cuello. Voy apretando poco a poco, intentando no mirarlo, pero no puedo evitarlo y mis ojos permanecen clavados en su rostro.

Despierta de repente y me mira, incapaz de comprender qué ocurre. Se revuelve y patalea, pero soy fuerte, más que él. Abre la boca, no sé muy bien si para intentar respirar o para decir algo. No importa. El aire nunca llegará a sus pulmones y no quiero oír nada que pueda decir.

Se oye un crujido. Sus ojos se transforman en vidrio helado. La lucha termina de repente. Me relajo y suelto su cuello. Tiene la boca entreabierta y hay una mirada de incomprensión en sus ojos muertos. Ha muerto sin saber por qué y nunca tendrá oportunidad de saberlo. Si hay vida después de la muerte, tal como Carles pensaba (aunque Aurora afirmaba que se equivocaba) se pasará toda la eternidad perseguido por la idea de que nunca sabrá por qué murió.

Ojalá hubiera podido explicárselo. Ojalá…

Me pongo en pie y me limpió las lágrimas. Ya es tarde y debería dormir, pero antes debo ocuparme del cadáver. Va a ser duro y desagradable y cuanto antes me ponga con ello, mucho mejor.

Al día siguiente recorro el perímetro del complejo y realizo una inspección lo más minuciosa posible. En teoría, todo estaba cuidadosamente oculto, pero Fabri se las arregló para dar con él. Incluso aunque haya sido por puro accidente, no puedo permitirme correr el riesgo de que alguien más dé con

nosotros. Así que examino cada centímetro en busca de puntos débiles y trato de dar con un modo de fortalecerlos.

Si alguien vuelve a pasar por aquí, no debe ver nada de interés, tan solo yerbajos, matorrales de espinos y las ruinas maltrechas de un viejo edificio. Debería seguir su camino sin molestarse en mirar atrás.

No puedo permitirme otro Fabri.

¿Por qué tuvo que decirme su nombre?

—Te echaba de menos.

Estoy a punto de decir que lo siento, pero sé que eso no sirve de nada con Sarai.

—Tenía cosas que hacer.

—Y parece que muy importantes.

—En efecto.

Duda un instante y luego se encoge de hombros.

—¿Qué opinas? —pregunta, mientras me señala a la gente que está trabajando en el edificio.

Los cimientos ya están acabados y las paredes empiezan a tomar forma. Es increíble lo que han conseguido en los meses que he pasado fuera de aquí.

—Pinta bien —dijo.

—Mejor que bien. Nos ha dado un propósito común.

Asiento.

—Lo sé.

Sospecho que está pensando que cómo podría haber sido de otro modo. Por lo que ella sabe, soy prácticamente omnisciente. A veces me pregunto si fue esa la única razón por la que se puso a hablar conmigo la primera vez, porque tenía pinta de saberlo todo.

Poco después de la muerte de los Progenitores, cuando decidí enchufarme al mundo digital y supervisarlo con regularidad, fue simplemente para comprobar de primera mano cómo iba todo… O eso me decía a mí mismo. Intentaba mantener mis interacciones con los ciudadanos al mínimo posible. Y me las iba apañando hasta que apareció ella.

—Eres nuevo —me dijo nada más verme.

Aquello despertó mi interés. ¿Cómo lo sabía? No tendría que haber podido recordar anteriores iteraciones de su mundo.

No me llevó mucho tiempo descubrir que Sarai era única en numerosos aspectos. Al principio, se limitaba a lanzarme a la cara una pregunta tras otra. Luego, sorprendida por el hecho de que pareciera tener respuesta para todo, redobló sus esfuerzos y sus preguntas se hicieron más complicadas y elaboradas.

Un día me preguntó adónde iba cuando no estaba allí. Aquello me hizo

estremecerme hasta el tuétano. En teoría, debería haber sido incapaz de ser consciente de mis ausencias.

Tendría que haber examinado sus registros, inspeccionado sus parámetros de comportamiento y comprobado sus niveles de acceso. Pero no lo hice, asustado ante lo que podría encontrar.

Para entonces Sarai se había convertido en la pieza más importante de mi mundo. La viga maestra de mi realidad. No podía arriesgarme a descubrir que su personalidad y comportamiento eran fruto de un bug del sistema. Aunque había alternativas mucho más inquietantes…

—¿Cómo era el mundo antiguo? —le pregunté un día a Aurora.

Ella sonrió, medio triste medio nostálgica, y luego clavó en mí los ojos verdes. Eran los ojos de una joven, tal vez de una niña. Lo único en ella que nunca envejecía.

—Era… la mejor de las épocas y la peor de las épocas —dijo, como si recitara unos versos—. La era de oscuridad y la era de la locura; el momento de creer y el momento de dudar; la estación de la luz y la estación de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación.

—No lo entiendo —dije, perplejo.

Se encogió de hombros e hizo algo que nunca antes había hecho. Se inclinó y me besó.

—Era una época como cualquier otra —me dijo—. Como cualquier otra.

La construcción de la Sagrada Familia marcha bien. Muy bien, de hecho. El edificio original tardó más de cien años y nunca llegó a completarse del todo. Este estará completo en pocos meses, como mucho año y medio.

Todo el mundo trabaja en el proyecto y, al hacerlo, descubre nuevas habilidades. A medida que el trabajo avanza, empiezan a crecer las diferencias entre ellos. Algunos descubren que tienen talento para las matemáticas, otros desarrollan inesperadas habilidades manuales, otros… Empiezan a individualizarse cada vez más, y sus personalidades y habilidades son cada vez más marcadas. Al mismo tiempo, sus lazos como comunidad se van estrechando gracias a la tarea.

Sarai tenía razón. Era justo lo que necesitaban para dar el siguiente paso en su desarrollo. ¿Cómo lo sabía? ¿Y cómo es que yo no?

Me mira y sonríe como si me leyera la mente. A veces creo que lo hace. En realidad, no es imposible. Ahora mismo mis pensamientos no son más que un flujo de datos en la nube de servidores. Cualquiera puede leerlos si tiene el nivel de acceso adecuado.

¿Lo tiene Sarai?

—Paranoico —me dice. ¿Bromea o me está diciendo que tengo razón?

—Eso no significa que no me persigan —respondo.

Se echa a reír. Y su risa es tan genuina e inocente que apaga mis sospechas por completo… casi.

Hay tanto por hacer.

Los Progenitores ya eran viejos cuando nací. No fui sino el único éxito en una larga lista de intentos condenados al fracaso. Habían estado trabajando toda su vida, luchando por preservar el precioso descubrimiento que habían hecho al final de la guerra, tan solo unos meses antes de que la epidemia de infertilidad se adueñase del mundo.

—La humanidad está condenada —me dijeron en cuanto pude entenderlos—. Pero aquí hay una nueva posibilidad, otra forma de vida, un…

Roberto, impaciente como siempre, hizo a un lado a Carles y dijo:

—Son nuestros hijos. Tus hermanos, en cierto modo. Debes protegerlos y ayudarles a crecer.

Había tanto que se me escapaba. Pero Aurora, más paciente que los demás, me lo explicaba todo una y otra vez, hasta que por fin lo entendía.

Era mi Progenitora favorita. Carles, Roberto, Farya y Chihook no estaban mal, pero Aurora… Nunca se impacientaba conmigo, nunca pensaba que no daba la talla, nunca se negaba a responder una pregunta. Siempre prestaba atención a lo que decía y me daba cuenta de que no era por educación; realmente le interesaban mis palabras.

—Tuvimos suerte —me dijo en cierta ocasión—. Estas instalaciones se construyeron en secreto durante el último año de la guerra. Eran muy pocos los que sabían de su existencia y localización y estaban diseñadas para ser autosuficientes. Pura suerte. Nuestro descubrimiento pudo haber sucedido en un lugar menos protegido que este… o en ninguna parte.

Me enseñó a trabajar duro y a no rendirme nunca. Pero hay tanto que hacer. Por no mencionar todo aquello que no puedo prever, tal como la vivista de Fabri me mostró.

Ojalá estuviera aquí Aurora. Podría hablar con ella y preguntarle. Sarai se equivoca: no tengo todas las respuestas, pero Aurora y los demás sí que las tenían. Eran los creadores de este mundo, mientras que yo no soy más que un jardinero, un guardián. Aurora habría sabido qué hacer en todo momento.

Como tú, me dice una voz que suena como la suya dentro de mí. Tienes que proteger a tus hermanos digitales. Son el futuro.

Pero no sé si me alcanzará el tiempo para todo lo que tengo que hacer. Y no es solo cuestión de tiempo. Al fin y al cabo, soy uno solo y las tareas a realizar, casi incontables.

Puedo controlar el mundo digital, su programación y su desarrollo. Pero

qué pasa con el resto de la maquinaria, con los paneles solares, los robots de construcción, los… Mientras no suceda nada grave, puedo ocuparme del mantenimiento, y la mayoría de las máquinas están diseñadas para auto repararse y reparar a las demás, pero hay ciertas tareas de las que son incapaces, tareas que requieren una mano humana y no estoy seguro de que las mías estén a la altura del desafío.

No importa cuánto viva, antes o después moriré. Para entonces mis hermanos deben ser capaces, no solo de controlar su mundo digital, sino las máquinas del mundo de carne y hueso. Si falla un panel solar tienen que ser capaces de enviar y controlar un dron para que lo repare.

Sí, es cierto, me preocupo demasiado. Antes de la llegada de Fabri rara vez pensaba en el futuro. Al igual que mis hermanos, vivía en un presente perpetuo que era más que suficiente.

Pero todo ha cambiado. Fabri lo ha cambiado todo. ¿Estoy haciendo lo que debo? ¿Realmente el mundo que hay más allá del complejo es un lugar moribundo para el que no hay esperanza? La comunidad de Fabri y las otras que existen por ahí fuera, ¿están realmente condenadas a una larga decadencia que solo puede desembocar en la extinción?

No tengo respuestas. Tan solo recuerdos de una risa inocente y un par de ojos confiados, de alguien a quien maté antes de haberlo llegado a conocer.

Pero no puedo dejarme ganar por la duda. Errada o correcta, esta es mi vida, la única que conozco. Soy el guardián del futuro y no puedo rendirme.

Pero, ¿qué futuro? No el mío, sino el suyo, el de mis hermanos. Fabri fue afortunado: lo maté en la primavera de su vida y no tuvo que lidiar con las indignidades de la vejez. Nunca envejecerá, su cuerpo no lo traicionará jamás, no tendrá que soportar…

Basta. ¡Basta! Es mi vida. Lo demás no importa.

El tiempo va pasando. Las semanas se convierten en meses que desembocan en años. Los drones bajo mi control casi han completado su tarea y, para cuando la terminen, será casi imposible dar con este lugar. Al menos eso pretendo. He hecho cuanto he podido y espero que sea suficiente.

En el mundo digital, la ciudad crece a marchas forzadas y mis hermanos con ella. Han decidido pillar el toro por los cuernos y ocuparse de las cosas por sí mismos, así que son ellos ahora los que deciden qué se construye y dónde. La ciudad va tomando forma; los lugares vacíos ya no lo están y se erigen nuevos edificios todos los días.

La nueva ciudad se parece mucho a la original, pero está lejos de ser una copia exacta. Hay nuevas calles, plazas y edificios, e incluso aquellos que son como los antiguos, se desarrollan de un modo ligeramente distinto. Mis hermanos no paran de desarrollarse y empiezan a volverse creativos. Las

Ramblas son un buen ejemplo: las han transformado en una serie de estanques, cada uno de los cuales acoge diferentes peces.

La población crece a medida que aprenden a interactuar entre ellos y crear nueva vida.

Los Progenitores estarían orgullosos. Al menos, eso espero.

Aunque todo parece ir perfectamente, hay algo que me inquieta. Algo que no es del todo como debería ser. Y aunque prefiero que así sea, la existencia de la anomalía me incomoda de un modo que no sé explicar.

El complejo está oculto y salvo. El mundo digital se ha vuelto más complejo y casi puede desarrollarse por sí mismo. Mis hermanos crecen y se van haciendo adultos.

Todos menos uno.

—No envejeces.

—Tú sí.

Sarai tiene razón. Mi yo digital refleja con dolorosa fidelidad los diez años que han pasado en el mundo de carne y hueso. Pero ella es la misma adolescente de siempre. No ha cambiado nada.

—Así es como debe ser —digo—. Todo lo que está vivo debe crecer, envejecer y morir algún día.

—Entonces, ¿no estoy viva?

Es una buena pregunta. ¿Lo está? Y en caso afirmativo, ¿qué es?

—No del todo —respondo. Mido con extremo cuidado cada palabra—. La vida es cambio. Debes cambiar si quieres estar viva del todo.

Duda un instante y luego se encoge de hombros.

—Cambiaré —dice.

—Pero no hoy.

—No, hoy no.

Sus palabras me llenan de alegría… casi tanto como me asustan.

Al volver al mundo de carne y hueso hago lo que he estado evitando todos estos años. Me introduzco en el sistema y busco los parámetros que definen a Sarai.

En vano.

Una y otra vez el sistema me detiene y me dice con esa voz insufriblemente amable que no tengo el nivel de acceso necesario.

Intento mantener la calma mientras me pregunto cómo es posible que el único administrador del sistema no tenga el nivel de acceso necesario. Luego decido dejar esa pregunta para más tarde, para cuando haya resuelto el misterio de Sarai.

Pero a pesar de todos mis esfuerzos, no tengo el menor éxito. Durante dos días lo intento sin parar y mi frustración crece cada vez más mientras voy de fracaso en fracaso.

Decido volver al inicio, a lo más básico, a las especificaciones originales del sistema, tal como las escribieron los Progenitores.

Encuentro lo que busco tras varias horas de lectura de código máquina. Es el propio sistema el que tiene el mayor nivel de acceso posible, superior incluso al mío, y puede por tanto negar cualquier petición del administrador si considera que tal petición perjudica al proyecto de algún modo. Un comentario del programador me informa de que fue Aurora la que implementó ese código.

Tiene sentido, aunque no se lo veo al principio. Pero tras unas horas trabajando en el mantenimiento de los paneles solares puedo volver a la habitación de servidores y encarar el asunto con la mente fría. Sí, tiene sentido; el sistema tiene que ser capaz de defenderse de cualquier ataque que amenace los parámetros del proyecto. Poco importa que ese ataque sea interno o externo. De hecho, una amenaza interna puede ser mucho más peligrosa y dañina que una externa.

Lo cual me lleva a una pregunta molesta. ¿En qué sentido intentar averiguar los parámetros de Sarai pone en peligro el proyecto?

Durante los siguientes dos días diseño e implemento un módulo espía. Cuando lo tengo listo, dudo. ¿Debo lanzarlo? ¿Y si el sistema tiene razón y estoy arriesgando todo lo que los Progenitores y yo hemos conseguido? ¿Es tan importante saber lo que es Sarai que no me importa destruir la labor de mi vida con tal de averiguarlo?

Los segundos se convierten en minutos que están a punto de convertirse en una hora antes de que me decida a dar la orden.

Diez interminables minutos después mi módulo espía vuelve con la información que ha conseguido.

Casi nada. El sistema está lo bastante bien escudado y no ha tenido problemas en protegerse de mis débiles intentos de traspasar la seguridad. Lo único que me facilita el módulo espía es la fecha de creación de los parámetros de Sara y la de activación de su código.

Nada. Una fruslería. ¿De qué me sirve saber el momento exacto en que los Progenitores la activaron?

Pero es lo único que tengo, así que abro el fichero.

No puede ser. No tiene sentido.

Sarai fue definida y creada muchos años después que mis otros hermanos. ¿Por qué? ¿Qué ocurrió? ¿Acaso los Progenitores desarrollaron un nuevo algoritmo más eficaz que implementaron en Sarai? De ser así, ¿por qué no me lo dijeron? Yo ya estaba trabajando con ellos cuando Sarai fue definida y activada.

De hecho, tendría unos…

Efectúo un rápido cálculo mental. El año, el mes el día. Sí, claro que sí, yo ya trabajaba en con los Progenitores por aquel entonces, pero todos ellos estaban muertos, excepto Aurora. Y a ella le quedaban pocos días de vida.

¿Pocos o ninguno?

Cargo los datos vitales de Aurora. Miro la fecha y hora de su muerte. No necesito compararlas con la fecha y hora que me ha dado el módulo espía.

Sarai nació menos de un picosegundo después de la muerte de Aurora.

Recuerdo una vez más que el sistema tiene salvaguardas que previenen ciertas cosas. Entre ellas, que una persona del mundo de carne y hueso se lleve sus prejuicios con ella. Si alguien va a convertirse en un residente permanente del mundo digital, su memoria será purgada y lo único que se transmitirán serán las pautas de su personalidad.

¿Y si eso no es lo único que se transmite?, me digo. Quizá Sarai no tenga los recuerdos de mi madre, pero tiene el mismo nivel de acceso al sistema que ella, cada vez estoy más seguro de ello. Por eso era consciente del paso del tiempo y sabía que yo no pertenecía al sistema. Es un usuario privilegiado y tiene capacidades de las que carecen mis otros hermanos.

Capacidades tales como negarse a crecer y ser una adolescente durante tanto tiempo como desee, por ejemplo.

¿Fue un accidente o algo deliberado? ¿Engañó Aurora al sistema de algún modo y convirtió a su yo digital en un súper usuario?

Un nuevo recuerdo surge de ninguna parte y me golpea con intensidad. Veo a Aurora una vez más en su lecho de muerte. Recuerdo las últimas palabras que me dirigió:

—Hasta que nos veamos de nuevo.

Me lo dijo. Con sus últimas palabras, me dijo lo que estaba a punto de pasar. He sido un estúpido. Un completo y perfecto idiota. He tenido la verdad delante de las narices todos estos años y no he sido capaz de verla.

A lo mejor, no he querido.

El tiempo vuela. Empiezo a tener dificultadas para distinguir un año de otro. Cuando miro hacia atrás, me parece que fue ayer mismo cuando murieron los Progenitores, cuando apareció Fabri de la nada, cuando mis hermanos empezaron a construir por sí mismos la ciudad. Un suspiro. Un parpadeo.

Pero han pasado más de veinte años desde que terminaron la Sagrada Familia y lo celebraron con sus primeros fuegos artificiales.

Ya no soy joven. No lo he sido en los últimos años. No soy tan viejo como los Progenitores, pero lo soy lo bastante para empezar a ser más joven que mi cuerpo. Mis ojos reflejan el paso del tiempo y hace mucho que dejaron de parecer ansiosos e inocentes. En realidad, creo que esos ojos que estoy

recordando ahora no son míos, sino de Fabri…

Me mantengo en buena forma. Y si tengo cuidado, aún me quedan unos cuantos años por delante. ¿De qué clase? Varios años viviendo en un mundo muerto y cuidando de un mundo vivo y nuevo que no es para mí. Mis hermanos seguirán desarrollándose, evolucionando, modificando su entorno, creando su propio universo a medida que lo exploran y lo imaginan… Yo me limitaré a hacerme viejo y morir. Un día estaré tan muerto como el resto del mundo.

Como Fabri.

Curioso. A medida que pasan los años pienso cada vez más en Fabri y no dejo de preguntarme qué habría pasado si mis actos hubieran sido distintos. ¿Habría sido capaz de convencerlo? ¿Me habría ayudado? ¿Si le hubiera dado la oportunidad de entender la importancia de lo que hacía, la habría aprovechado?

En realidad, no importa. Ni mis pensamientos ni los remordimientos pueden cambiar el pasado, aunque eso no hace que deje de pensar o de dar vueltas a su alrededor. Manías de viejo, supongo.

En estos veinte años mis visitas al mundo digital se han ido espaciando cada vez más. Mis hermanos evolucionaron con rapidez y no tardaron en ocuparse por sí mismos de su mundo. Un mundo cuya forma ha empezado a cambiar en términos que no me atrevo ni a imaginar. Después de veinte años, la ciudad se ha convertido en algo muy distinto a la original.

Mejor, me digo. La original era un fantasma invadido por la jungla cuando apareció Fabri y hoy es poco más que un recuerdo distante.

Aún quedan algunas cosas reconocibles. La Sagrada Familia y dos o tres lugares que aún significan algo para los ciudadanos. Ahora construyen su propia ciudad, siempre que lo que estén construyendo sea una ciudad, claro. A veces tengo mis dudas.

Bueno, ¿y por qué no? Los Progenitores pretendían evitarles el peso de los errores del viejo mundo. Que cometan los suyos propios, es su derecho.

Durante estos años, he visto a Sarai de vez en cuando. Aún parece una adolescente y se comporta como tal, pero sus ojos parecen los de una persona mayor. Es curioso, porque a Aurora le pasaba justo al revés.

He terminado mi trabajo aquí y mi presencia es más un obstáculo que una ayuda. Es hora de irse, hora dejar que viven sus vidas sin interferencia alguna, ni siquiera la mía.

Es hora de que Sarai y yo nos digamos adiós.

—Te vas —me dice nada más verme.

—Así es. Y ha llegado el momento de que empieces a crecer. Gracias por haber sido la misma para mí todos estos años. Pero ya no hace falta.

Hace algo que nunca la he visto hacer antes: se echa a llorar. De un modo tranquilo, solemne, las lágrimas resbalan por sus mejillas.

—No pasa nada —le digo—. Tenéis que vivir vuestras vidas por vosotros mismos, sin supervisión. Os protegeré con mi último aliento, pero no pertenezco a este lugar. Ya no. Ahora es vuestro mundo.

Está a punto de decir algo. Estoy seguro de que está a punto de decir que este también puede ser mi mundo, pero de pronto decide guardar silencio. Todos mis planes se vienen abajo como un castillo de naipes y descubro que soy incapaz de articular palabra. Me limito a mirarla.

¿Y hacer como tú, madre?, habría respondido a esa propuesta que no me ha hecho.

Sé que mis palabras no la habrían pillado por sorpresa. Tengo la certeza de que, de algún modo, ha descubierto quién era antes y conoce su pasado. Bueno, no exactamente el suyo, sino el de la persona cuyos pensamientos y comportamiento se usaron para crearla, por así decir.

Tal vez me preguntaría que cuánto tiempo hace que lo sé. ¿Qué le diría? ¿Qué hace años? ¿Que, en cierto modo, lo he sabido siempre pero no he querido verlo? Todas las pistas estaban frente a mis narices.

No importa. Quizá ha heredado las pautas de personalidad de Aurora, pero no es Aurora. Es Sarai. Y las he amado a ambas.

Miro a mi alrededor por última vez, al menos con estos ojos envejecidos y cansados. Hay tanto que ver, tantas cosas nuevas, tanta gente nueva. Supongo que hice bien mi trabajo, por más que a veces me moleste que la nueva ciudad no se parezca mucho a la original y cada vez parezca menos una ciudad.

¿Pero por qué tendría que parecerse? Es su mundo, no una copia fantasmal de uno que ya no existe. Es algo completamente nuevo y ellos lo contemplan con ojos nuevos, ojos que no cargan con el peso de un pasado que no es más que un espectro. No puedo ver su mundo con esos ojos; y el día que pueda, ya no seré yo mismo.

—Adiós, amor mío —digo.

Y sí, es una despedida en toda regla. La próxima vez que la vea, dentro de muchos años, yo seré otra persona.

Al cabo de un rato sonrío:

—Hasta que nos veamos de nuevo.

*En julio de 2016, en Avilés, Asturias, Ian Whates me pidió un relato de unas cinco mil palabras para incluirlo en una antología que preparaba para ser distribuida durante la EuroCon (Convención Europea de Ciencia Ficción y Fantasía) de Barcelona. Más allá de su longitud, el único requisito era que el relato guardase alguna relación con la Ciudad Condal. Le dije que sí casi sin pensármelo: la idea me gustaba y es difícil darle un no por respuesta a Ian, es un tipo demasiado majo. Pero lo cierto es que no tenía la menor idea de qué iba a escribir.*

*Algo acabó surgiendo y me puse manos a la obra. En lugar de escribir el relato directamente en castellano y luego traducirlo al inglés, decidí tomar el toro por los cuernos y escribirlo directamente en inglés, algo que nunca había intentado, al menos en ficción. Fue un proceso curioso, difícil en ocasiones, pero siempre fascinante. De hecho, disfruté tanto que seguramente volveré a hacerlo.*

*Al final el relato fue más largo de lo que esperaba y acabó superando las ocho mil palabras. Se lo envié a Ian, pese a todo, y este lo aceptó sin problemas y de forma entusiasta pese al exceso de longitud. Bajo el título de «A Tale of No City» apareció en noviembre de 2016 en el libro* Barcelona Tales.

*Lo gracioso es que, cuando algún tiempo más tarde, Cristina Jurado me pidió el relato para su revista* Supersonic, *tuve que traducirlo al castellano, lo que no deja de ser irónico, ciertamente.*

# UNAS PALABRAS FINALES

En 1996, poco después de terminar *El abismo en el espejo* (aunque en aquel momento aún se llamaba *El abismo te devuelve la mirada*), comenzó un periodo de unos cuatro o cinco años durante los que mi producción se redujo bastante. La recuperación se inició más o menos en 1999, cuando decidí convertir *El sueño del rey rojo* en una novela, tras haberlo presentado al UPC como novela corta.

Lentamente mi ritmo de trabajo fue subiendo y allá por 2003 supongo que se estabilizó. Desde entonces (más allá de picos y valles ocasionales) no ha variado y se mantiene sin problemas. Así que no puedo evitar preguntarme hasta cuándo voy a poder seguir manteniendo el ritmo.

Por otro lado, este ritmo de una novela por año, más o menos, ha tenido sus consecuencias negativas. Y es el hecho de que ya no escribo relatos cortos. A lo largo de estos años he ido escribiendo alguno que otro, pero casi siempre por encargo: alguien me pide un relato para una antología, el tema me resulta lo bastante interesante y acabo aceptando hacerlo.

Y ocasionalmente surge una idea que me pide un relato corto y así han ido pergeñándose unos cuantos, casi con cuentagotas, en los últimos años.

Escribir relatos cortos me gusta. Y también me cansa. Tiendo a escribirlos de una sentada y con una intensidad mucho mayor que una novela, evidentemente. Y me cuesta. Siempre me ha resultado muy difícil encontrar una idea que funcionara bien como cuento, y cada día me cuesta más dar con el modo más adecuado de narrarlo, con el enfoque más apropiado para el relato. Si me pongo a pensarlo, el esfuerzo que requiere construir un cuento es muy superior, en términos relativos, al que me exige escribir una novela: si comparamos el tiempo y el esfuerzo empleados en la planificación con las páginas producidas, uno podría llegar a la conclusión de que no compensa.

Lo cual, por supuesto, es una tontería que no merece ni ser comentada.

Supongo que eso se debe a varios motivos. Pero en mi caso concreto, uno de ellos es el hecho de que tardé bastante en contemplar la idea de escribir relatos. Como comentaba al principio de estas páginas, cuando empecé a escribir, allá por 1978 (sí, cuando los dinosaurios recorrían la Tierra

persiguiendo a Raquel Welch, o poco tiempo después), ni se me pasó por la cabeza empezar por los cuentos: lo que salía de mis dedos eran novelas. Novelas deshidratadas, evidentemente, que no pasaban de treinta o cuarenta páginas: pero en intención, estructura y desarrollo eran novelas, no cuentos.

Lo cual es curioso, porque buena parte de mis lecturas por aquella época eran relatos. De hecho, lo primero que leí de ciencia ficción fue un cuento. No recuerdo su título, aunque estaba incluido en una de aquellas selecciones de Bruguera tomadas de *Fantasy & Science Fiction* que recopilaba Carlo Frabetti: iba sobre un minero espacial que solicitaba un androide femenino para que le hiciera compañía. Al acabar la historia descubría que lo que le habían mandado era una mujer de verdad y eran felices y comían perdices y esas cosas. No recuerdo ni el título ni el autor, pero la historia no se me ha olvidado.

Como decía, buena parte de mis lecturas de aquella época eran relatos cortos, y sin embargo ni se me pasó por la cabeza escribirlos. Me lancé directamente a las novelas y pasaron al menos tres o cuatro años hasta que me planteé la idea de escribir un cuento.

Y, claro, no sabía cómo. Para entonces tenía cierta idea intuitiva de cómo enfrentarme a una novela, pero no de cómo plantear un cuento corto. Porque no se trataba de hacer lo mismo en menos páginas: enseguida me di cuenta de que el planteamiento era muy distinto, y la forma de enfrentarse al asunto tenía poco que ver.

Con el tiempo, supongo, fui aprendiendo a construirlos. Resulté especialmente prolífico en los diez años que hay entre 1984 y 1994 y la mayoría de esos cuentos fueron apareciendo sin problemas en los fanzines de la época.

Uno de los motivos por el que durante una época me lancé a escribir cuentos y dejé un poco de lado las novelas (aunque nunca del todo) fue muy simple: en aquella época publicar relatos era relativamente fácil; hacerlo con una novela, casi imposible. Y, como bien escritor novato, estaba hambriento por publicar, casi diría que famélico. Publicar como fuese, donde fuese y al precio que fuese… más o menos.

Así, los cuentos sirvieron para ir dándome a conocer en el mundillo de los aficionados a la literatura fantástica y, al mismo tiempo, me proporcionaron el rodaje necesario: fui aprendiendo a escribir relatos a medida que lo hacía y cada nuevo cuento me enseñaba cosas que aplicaba al siguiente. Algo que, desde el principio, me había pasado con las novelas, pero que hasta más o menos 1996 no empezó a sucederme con los relatos.

Lo curioso es que se podría decir que aprendí a escribir relatos en el mismo momento en que dejé de hacerlo, al menos de forma regular.

Una vez conseguí publicar mi primera novela, *La sonrisa del gato*, mi producción breve empezó a declinar. No se notó mucho al principio (tenía acumulado bastante material inédito) pero poco a poco fui escribiendo cada

vez menos cuentos: uno, dos al año como mucho; y algunos años, ninguno.

Y así hemos llegado a la situación actual. No tengo problemas de bloqueo: las ideas se me ocurren con facilidad y pasarlas al papel no me resulta complicado, en general. Pero siempre son ideas para relatos largos, novelas cortas o, directamente, novelas. Encontrar una idea cuya resolución adecuada sea un cuento cada vez me es más difícil.

Por un lado, no me preocupa. Por el otro, me fastidia bastante. Escribir cuentos me gustaba, y mucho, a pesar de lo complicado que siempre me ha resultado (o quizá precisamente por eso, vete tú a saber), y me da cierta rabia no seguir haciéndolo.

«Pues hazlo», me diréis. Sí, sin duda la solución al problema es esa.

Y supongo que me preocupo por nada. De algún modo, y casi siempre cuando menos lo espero, los relatos acaban naciendo en mi cabeza y se las apañan para pasar a la página escrita.

# AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y sé que va a sonar tópico, debo agradecer a mis padres que hayan estado ahí todos estos años y me hayan apoyado siempre. Especialmente quiero agradecerles que cuando le preguntaron a aquel niño de doce años qué estaba haciendo y él respondió «escribiendo una novela», no se lo tomaran a risa ni lo miraran con condescendencia, sino que lo animasen a seguir adelante si eso era lo que quería. De hecho, lo primero que escribí en mi vida en aquel lejano 1978 sigue existiendo gracias a que ellos lo hicieron mecanografiar y encuadernar. No es una obra que merezca pasar a la posteridad (suponiendo que haya algo en todo lo que he escrito que merezca tal honor, cosa que dudo enormemente) pero para mí la existencia aún hoy de *Un terrestre en Krándor-V* es la demostración palpable, y nunca mejor dicho, de su apoyo y comprensión. Sé que hubo momentos en que esa comprensión tuvo que haber sido difícil, así que mi agradecimiento por ella es aún mayor.

También doy las gracias a todos aquellos responsables de haber seleccionado estos relatos en su momento para ser publicados en las páginas de su *fanzine*, en las de su revista o las de su antología. Espero no olvidar a ninguno de ellos: Ricard de la Casa, Alejandro Castroguer, Julián Díez, Santiago Eximeno, Luis G. Prado, José Luis González, Luis González Baixauli, Cristina Jurado, Rafael Marín, Pedro Jorge Romero, Joan Manel Ortiz, José Luis Rendueles, Ricard Ruiz, Juanma Santiago, Domingo Santos, Paco Ignacio Taibo, Mariano Villarreal e Ian Whates. Sin ellos quién sabe si estos relatos hubieran acabado viendo la luz; y en todo caso no puedo por menos que agradecerles el haber visto en estos cuentos algo que merecía la pena que fueran publicados.

Y, por último, a ti, lector. Sin ti, estas páginas no son más que un montón de palabras que no dicen nada. Solo cuando tú las lees y estableces tu propio e intransferible diálogo con el texto que yo he escrito, este se convierte en literatura.

Gracias por estar ahí.

Rodolfo Martínez
Gijón, diciembre 2019

# CRÉDITOS

«Encerrada» fue publicado originalmente en *Sueño del Fevre* 2, setiembre 1990.

«Todo fluye» fue publicado originalmente en *Parsifal* 5, primer semestre 1995.

«Oye, véndeme tu alma» fue publicado originalmente en *Parsifal* 3, primavera 1994.

«Hijos de la misma noche» fue publicado originalmente en *Kenbeo Kenmaro* 3, enero 1994.

«Territorio de Pesadumbre» fue publicado originalmente en *Beca Pepsi-Semana Negra de novela corta*, Semana Negra, Gijón, 1999.

«Victoria pírrica» fue publicado originalmente en *Visiones 1997* (AEFCF, 1997).

«Atraviesa el desierto» fue publicado originalmente en *Asimov Ciencia Ficción* 6, marzo 2004.

«Tarot» fue publicado originalmente en *Gigamesh* 18, febrero 1999.

«Piensa lo que quieras» fue publicado originalmente en *Cuentos 1995-1998* (Ayuntamiento de Carreño, 1999).

«Intruso» fue publicado originalmente en *BEM* 72, enero 2000.

«En territorio ajeno» fue publicado originalmente en *Artifex* 1 segunda época, 1999.

«Con dados cargados» fue publicado originalmente en *2001* 6, 2002.

«El agradecimiento de una dama» fue publicado originalmente en *Compa(ñ)ero Leonardo* (Semana Negra de Gijón, julio 2004).

«Marcado tres veces» fue publicado originalmente en *Paura*, 2005.

«Eterno retorno» fue publicado originalmente en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«Hombres de césped» fue publicado originalmente en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«Al día siguiente» fue publicado originalmente en *El libro* (Semana Negra de Gijón, julio 2009).

«Bajo la ciudad». Aunque una versión anterior se publicó en *Las brujas y el sobrino del cazador* (Elfstone, 1995) esta versión aparece aquí

por primera vez.

«En la mente de Dios» fue publicado originalmente en *Vintage '62* (Sportula, 2012).

«Te hemos seguido» fue publicado originalmente en *Ácronos 2* (Tyrannosaurus Books, 2014).

«Zenobia y el rey» fue publicado originalmente como «La concubina y el bárbaro» en *El viento soñador y otros relatos* (Sportula, 2018).

«Historia sin ciudad» fue publicado originalmente como «A Tale of No City» en *Barcelona Tales* (NewCon Press, 2016). Publicado en castellano por primera vez en *SuperSonic* 10 (2018).

# BIBLIOGRAFÍA
# —RELATOS—

Siguiendo el mismo criterio que he aplicado a la hora de ordenar los relatos de esta recopilación, esta es una bibliografía un tanto peculiar, ya que, aunque esta ordenada cronológicamente, no lo está por fecha de publicación, sino por fecha de creación.

Si queréis una bibliografía más al uso, encontraréis una sumamente detallada en mi web **Escrito en el agua**:

http://www.escritoenelagua.com/?page_id=1009

Y en mi wiki personal:

http://rudy.escritoenelagua.com/index.php?title=Bibliograf%C3%ADa_Rodolfo_Mart%C3%ADnez

Veréis que mi año más productivo es 1989, con ocho relatos, seguido de 1993 y 1994 con seis cada uno y 1996 con cinco. A partir de ahí, mi producción en el terreno del relato baja drásticamente y suele oscilar entre dos y tres al año… los años en que he escrito alguno. El motivo es que, a partir de 1995, en que publiqué mi primera novela, empecé a centrarme con más fuerza en ese género y solo muy ocasionalmente escribí relatos: a menudo por solicitud o encargo de alguna publicación y en ocasiones porque la fortuna ponía en mi camino la idea adecuada para ser plasmada en unas pocas páginas, algo cada vez más difícil para mí a medida que pasa el tiempo. Lo normal es que cualquier idea que pase por mi mente empiece a ramificarse enseguida y me esté pidiendo una novela casi antes de que haya tenido tiempo de ponerme a escribir una sola palabra.

Casi todos los cuentos que escribí entre 1990 y 1992 pertenecen a la misma serie, «Horizonte de sucesos». Son relatos que comparten personajes y escenario y, como curiosidad, he de decir que, salvo los dos primeros, todos

fueron escritos mientras estaba haciendo el servicio militar, entre febrero y octubre de 1992. De hecho, fue lo único que escribí durante mi periodo como soldado de infantería del Ejército de Tierra y escribiente de la Compañía de Plana Mayor y Servicios del Tercer Batallón del Regimiento de Infantería Aerotransportable Príncipe Nº 3. Cuando fui llamado a filas estaba a mitad de una novela; cuando me reintegré a la vida civil, seguía en el mismo punto.

Recojo única exclusivamente material publicado. Hay muchos relatos que escribí entre 1980 y 1986 que se quedaron inéditos y que desaparecieron. Aunque recuerdo el título de algunos y tengo una idea aproximada del momento en que fueron escritos, no tiene demasiado sentido incorporarlos a esta bibliografía, teniendo en cuenta que es imposible que podáis leerlos.

Y sin más, vamos a la bibliografía:


1980

«Los únicos seres vivos». En *Black Hole*, 1981.
«Elecciones». En *Black Hole*, 1981.

1984

«Tiempo pasado». En *Drímar, el ciclo completo* (Sportula, 2012).

1985

«El chico de la moto es el rey». En *Maser* 10, 1987.
«En los confines del norte». En *Maser* 13, 1989.

1986

«El robot». En *BEM* 46 (1995). Reeditado en *Cuentos de ciencia ficción* (Bígaro, 1998). Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Cabos sueltos* (Sportula, 2010). Reeditado en *Roy Córdal, detective* (Sportula 2012). Reeditado en *Drímar, el ciclo completo* (Sportula, 2013). Reeditado en *Los Premios Ignotus 1991-2000* (Sportula, 2014).

1987

«Encerrada». En *Sueño del Fevre* 2 (1990). Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).
«En el feudo». En *Drímar, el ciclo completo* (Sportula, 2012).

1989

«Las brujas y el sobrino del cazador». En *Las brujas y el sobrino del cazador* (Grupo Elfstone, 1995). Reeditado en *Drímar, el ciclo completo* (Sportula, 2013).
«La carretera». En *Parsifal* 2 (1993). Reeditado en *2001* 1, 2001. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *El carpintero y la lluvia* (Sportula, 2010). Reeditado en *Prospectivas* (Salto de Página, 2012). Reeditado

en *Drímar, el ciclo completo* (Sportula, 2012).

«Bajo la ciudad». En *Las brujas y el sobrino del cazador* (Elfstone, 1995). Reeditado en *Drímar, el ciclo completo* (Sportula, 2013).

«Todo fluye». En *Parsifal* 5 (1995). Reeditado en *Semillas de tiempo* 1 (Bibliópolis, 2004). Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«Oye, véndeme tu alma». En *Parsifal* 3, 1994. Reeditado en *Galileo* 6, 1995.

«Más allá de la biblioteca». En *Sueño del Fevre* 3, 1991. Reeditado en *Drímar, el ciclo completo* (Sportula, 2012).

1990

«El hijo de la noche». En *Kenbeo Kenmaro* 8, 1995. Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006).

«Hijos de la misma noche». En *Kenbeo Kenmaro* 3, 1994. Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006).

«Visibilidad nula». En *BEM* 19, 1992. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Horizonte de sucesos* (Sportula, 2011).

«Por delante de su tiempo». En *BEM* 19, 1992. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Horizonte de sucesos* (Sportula, 2011).

1991

«Dábale arroz a media ele». En BEM 37, 1994. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Horizonte de sucesos* (Sportula, 2011).

1992

«Castillos en el aire». En BEM 38, 1994. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Horizonte de sucesos* (Sportula, 2011).

«Sintonía previa». En BEM 39, 1994. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Horizonte de sucesos* (Sportula, 2011).

«… Donde nadie ha llegado anteriormente». En BEM 41, 1994. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Horizonte de sucesos* (Sportula, 2011).

«El largo adiós». En Callejones sin salida (Berenice, 2005). Reeditado en *Horizonte de sucesos* (Sportula, 2011).

1993

«Colmillo de dragón». En *Kenbeo Kenmaro* 2, 1993

«El hombre silencioso». En *Kenbeo Kenmaro* 4, 1994.

«La aventura del asesino fingido». En *La sabiduría de los muertos* (Fundación Dolores Medio, 1996). Reeditado en

*Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* (Bibliópolis, 2004 / Alamut, 2008).

«Una petición inesperada». En *El Fantasma* vol. 7, octubre, 1994.

«La cueva de Gréndel». En *El fantasma* vol. 8, 1995.

1994

«Territorio de pesadumbre». En *Beca Pepsi-Semana Negra de novela corta*, Semana Negra (1999). Reeditado en *El Doble de Ciencia Ficción* núm. 2 (Ediciones Robel, 2004). Reeditado en *Territorio de pesadumbre* (Sportula, 2010)

«Victoria Pírrica». En *Visiones 1997*, AEFCF, 1997. Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«Opositor, opositor». En *La plaga* 1, 2001.

«Un cuento que nunca escribiré». En *Kenbeo Kenmaro*, 1995 Reeditado en *Ciberpaís* 4, 2000.

«Desde la tierra más allá del bosque». En *Visiones 1996*, AEFCF, 1996. Reeditado en *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* (Bibliópolis, 2004). Reeditado en *Desde la tierra más allá del bosque* (Sportula, 2010).

«La lotería de Babel». En *El fantasma* 13, 1997.

1995

«Mensajero de Dios». En *Bucanero* 4, 1997. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Drímar, el ciclo completo* (Sportula, 2013). Reeditado en *Castillos en el aire* (Sportula, 2016).

1996

«Atraviesa el desierto». En *Asimov Ciencia Ficción* 6, 2004. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005).

«El segundo principio de la termodinámica». En *Artifex* 3, 2000, segunda época.

«El fin del mundo no es un mal lugar para tomar decisiones». En *Impactos del tercer milenio* (Espiral, 1999).

«Tarot». En *Gigamesh* 18, 1999. Reeditado en *Fabricantes de sueños 2000*, (AEFCF, 2000). Reeditado en *Mestizo* (Semana Negra, 2000). Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«Piensa lo que quieras». En *Cuentos 1995-1998*, Ayuntamiento de Carreño, 1999. Reeditado en *Solaris* 14, 2002. Reeditado en *Blanco móvil*, 2003. Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

1997

«Intruso». En *BEM* 72, 2000. Reeditado en *Laberinto de*

*espejos* (Berenice, 2006). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«En territorio ajeno». En *Artifex* 1, segunda época, 1999. Reeditado en *Trama negra* 2, 1999. Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

2000

«Aquí, allí, en todas partes». En *Gigamesh* 34. Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

2001

«Gameover». En *Asimov Ciencia Ficción* 4, 2002.

«Con dados cargados». En *2001* 6, 2002. Reeditado en *Callejones sin salida* (Berenice, 2005). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

2004

«El agradecimiento de una dama». En *Compa(ñ)ero Leonardo*, Semana Negra de Gijón, 2004. Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice, 2006).

2005

«Espejismo». En *Porciones individuales* (Sportula, 2012). El relato tiene comprometidos los derechos en este momento. Será recuperado en una edición posterior del libro.

«Marcado tres veces». En *Paura* 2, 2005. Reeditado en *Laberinto de espejos* (Berenice). Reeditado en *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«Tres veces seis». En *Quo, 9 relatos de terror y misterio*, 2005. En realidad es una reelaboración, resumida de «Marcado tres veces» para que encajase en la longitud pedida por *Quo*. Por tanto, no tiene sentido incorporarlo aquí.

2009

«Eterno retorno». En *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«Hombres de césped». En *Porciones individuales* (Sportula, 2012).

«Al día siguiente». En *El libro*, Semana Negra de Gijón, 2009.

2011

«Embrión». Sportula, 2011. Acabaría formando parte de *Los rostros del pasado* (Sportula, 2015 con nueva edición revisada en 2018).

«Amistad». Sportula, 2011. Acabaría formando parte de *Los rostros del pasado* (Sportula, 2015 con nueva edición revisada en 2018).

«En la mente de Dios». En *Vintage '62. Marilyn y otros*

*monstruos*, Sportula, 2012.

2013

«Te hemos seguido». En *Ácronos*; 2, Tyranosaurios Books, 2014.

«En el ático». Se convertirá en el fragmento inicial de mi novel *Final de Trayecto*. En *Mañana todavía*, Fantascy, 2014.

2014

«Piso veintisiete». Se convertirá en el tercer fragmento de mi novela *Final de trayecto*. En *Delirio* 16, 2015. Reeditado como «Perro fiel» en *Excelsius*, 2018.

2015

«La concubina y el bárbaro». En *El Viento Soñador y otros relatos* (Sportula, 2018)

2016

«A Tale of No city». En Barcelona Tales, NewCon Press, 2016. Relato escrito originalmente en inglés. Se incluye aquí la versión española:

2017

«Historia sin ciudad». Versión en español de «A Tale of No City». En *SuperSonic* 10.

RODOLFO MARTÍNEZ (Candás, Asturias, 1965) es un escritor español de fantasía y ciencia ficción.

Descubre la ciencia ficción y la fantasía siendo niño, probablemente a través de los cómics de superhéroes y, posteriormente, a través de su padre, lector habitual del género.

Cursó estudios de filología inglesa, aunque no llegó a terminarlos y, desde 1995, trabaja como programador informático. Comenzó a publicar relatos en revistas y fanzines en la década de los noventa y en 1995 publica su primera novela, La sonrisa del gato.

Rodolfo Martínez es una personalidad dentro del fandom en España, no solo como autor, sino también por la labor que ha desarrollado dentro de diferentes asociaciones y publicaciones.